
Serie
-No tengas miedo-
La vida
no es justa
Nicolás de Paula

LA VIDA NO ES JUSTA

NICOLÁS DE PAULA

Contenido

LA VIDA NO ES JUSTA
No tengas miedo
0
PRIMERA PARTE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
SEGUNDA PARTE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
TERCERA PARTE
1
2
3
4
Tres meses después
NOTA DEL AUTOR
AGRADECIMIENTOS

A mi padre y a mi madre,
la mejor protección.

Los hechos, personajes y lugares de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© 2024 NICOLÁS DE PAULA.
Todos los derechos reservados.
Abril 2024.

Instagram: nicodepaula
Correo: nicodepaula@outlook.es
Web: nicolasdepaula.com

No tengas miedo

La enfermedad de Urbach-Wiethe es una patología real de origen genético y de carácter incurable. Uno de los posibles efectos de la misma es la imposibilidad de experimentar miedo, incluso ante situaciones donde hay una amenaza considerable. Hasta el momento, solo están registrados alrededor de 300 casos en el mundo.

La ausencia de miedo suele estar vinculada a un daño en el cerebro como causa principal. En concreto, una afectación en la amígdala, el centro cerebral donde se inicia el procesamiento del temor.

No deja de ser llamativo que la única emoción alterada en la enfermedad sea el miedo; todas las demás permanecen intactas: ira, amor, entusiamo, etc. Quienes padecen esta condición pueden exponerse a cualquier peligro, pero no perciben que esto sea un riesgo, ni reaccionan fisiológicamente ante las amenazas.

Además de otras características, también suelen ser personas con problemas de memoria, tendencias paranoicas y comportamientos agresivos.

0

Terminé de trabajar y me fui para casa. Aún estaba afectado por lo que me dijeron el día anterior en comisaría, no paraba de darle vueltas. Llegué al bloque de pisos y abrí el portal. Subí por el ascensor y antes de llegar a la puerta solté el maletín en el suelo, no encontraba las llaves en el bolsillo. Cartera, mando del coche, un bisturí que me traje sin querer del laboratorio y, por fin, las llaves. Abrí la puerta y respiré hondo: hogar, dulce hogar. Alargué mi brazo para encender el interruptor del pasillo y algo me absorbió de forma violenta hacia la puerta por donde había entrado.

En mi mente no imaginé lo que estaba pasando: un brazo me rodeó el cuello y me mantuvo en el aire. Me estaba quedando sin oxígeno y si no hacía nada en cuestión de segundos, moriría en el mismo recibidor de casa. Pensé en el bisturí del bolsillo y lo saqué con las pocas fuerzas que me quedaban. Calculé la altura exacta para producir un corte de gran sangrado; entre el ombligo y el músculo oblicuo. Cogí impulso y le clavé aquella herramienta antes de perder el conocimiento. La persona que me estaba asfixiando cayó de rodillas a mi lado. Mientras yo me tiraba al suelo para recuperar el aire que exigían mis pulmones, el ahora herido aprovechó para escapar. Si algo había aprendido durante mi carrera profesional era que un corte como ese debía ser curado lo antes posible para no morir desangrado.

Una vez superado el susto, cerré la puerta y me tiré encima del sofá para pensar con claridad. Venían a por mí y mi piso no era un lugar seguro.

Busqué lo más importante para salir de allí y me di cuenta de que el asaltante me había robado la información del caso. Todo menos una cosa, el informe forense. Eso lo tenía bien escondido. No debí

indagar en ese informe. Maldito momento en el que quise hacerlo. Descubrir que habían falsificado la causa de un muerto con claros signos de tortura fue mi condena.

En la policía debían de tener a alguien que les pasara la información. Ya no podía fiarme de nadie. Me había quedado sin trabajo, sin libertad, sin casa, en resumen, sin vida. Por culpa de estar en el lugar y en el momento equivocado. Ni siquiera podría moverme con tranquilidad por la ciudad sin el temor de que un coche negro apareciera de la nada y me secuestrara. Esos criminales iban a matarme tarde o temprano. Volver otra vez a la policía no entraba en mis planes.

Solo me quedaba una alternativa: contactar con ese chico. Una persona que fue maltratada por los mismos que me querían matar a mí. Miré de nuevo su nombre en mi móvil:

«Duke Vencedor».

Acercarme a él sin que me tachara de loco y no muriese en el intento iba a ser complicado. Estaban vigilando cualquier movimiento que hiciera, ya fuese en internet o en la vida real, pero no tenía otra opción. Metí el informe forense en un sobre, rellené una nota y salí de mi hogar para no volver nunca más. Ese chico era mi última bala, mi última esperanza.

PRIMERA PARTE

Duke Vencedor

1

«El plan de vida para cualquier persona es: naces, te dejan divertirte hasta que llegas a los seis años, vas a la escuela, exprimes la poca diversión mientras tanto, estudias, buscas un trabajo, una pareja a los treinta y cinco años, pagas impuestos, ahorras para cuando te jubiles mientras los bancos te sacan el poco dinero que tienes y finalmente, cuando llegas a los sesenta y cinco años, te retiras para dedicarte a disfrutar de tu vida. A los setenta años sufres un infarto. Nuestra obligación es quedarnos callados y no hacer preguntas durante todo este proceso».

Salí de mis pensamientos cuando de repente escuché la notificación de que mis auriculares bluetooth se estaban quedando sin batería. Ignoré el sonido porque sabía que aguantarían unos minutos más antes de que dejasen de sonar.

«En el fondo, los dispositivos electrónicos no son tan diferentes a nosotros, al principio funcionan a la perfección. Ahora tengo unos auriculares que se quedan sin batería mucho antes que cuando eran nuevos. Guardando las distancias, envejecemos de manera parecida».

Me encontraba saliendo del segundo trabajo que probaba en menos de un año y ya había decidido que no iba a seguir en el puesto. Volví de nuevo a mis pensamientos.

«Nunca he entendido por qué la gente acepta trabajos para vivir una vida mediocre. ¿Merece la pena el sacrificio? La gente se traslada de su ciudad, se separa de sus seres queridos y emplea su tiempo para trabajar. No lo entiendo. Cualquiera diría que es cuestión de madurez y es probable que tenga razón, pero no paro de preguntarme por qué hacemos ese tipo de cosas sin replantearnos al menos una alternativa. Si jugásemos a ser Dios por

un día, no creo que diseñásemos un mundo para que los habitantes tuviesen que sufrir y trabajar para vivir una vida ya establecida, predecible y con contadas dosis de felicidad.

Me veo obligado a hacer las cosas de otra manera, quiero creer que es posible hacerlo. No quiero tener un trabajo, una pareja, casarme a los treinta y cinco, comprar una casa, un coche y tener hijos por el simple hecho de que haya una norma no escrita que diga lo que hay que hacer. Creo que nos diferenciamos de nuestros antepasados y de lo que hacían porque siempre ha habido alguien que ha pensado por encima de lo establecido. Hoy día no salimos de cuevas a cazar con una lanza porque hemos cambiado las cosas. No es casualidad. Alguien tuvo que plantearse en esa época que estar metidos en cuevas era una mierda».

Otra vez volví a salir de mis pensamientos tras escuchar una advertencia de que mis auriculares iban a apagarse en cuestión de segundos. De repente, percibí el ruido de la ciudad y tuve la necesidad de refugiarme en el interior del coche para seguir inmerso en mi mente. Mientras me dirigía hacia allí, desbloqueé el móvil y subí el brillo al máximo para poder ver la hora:

«9 de mayo de 2022, 14:30».

Por raro que pareciera, quería certificar viendo la hora y el día que era real lo que estaba volviendo a hacer. Había salido de mi nuevo trabajo para no volver más. Me senté en el coche, activé los seguros de las puertas y me quedé reflexionando.

«Tengo un sueldo medio, horario flexible y un entorno de trabajo cómodo. Pero no lo quiero. Todos soñamos de pequeños con ser futbolistas, astronautas o superhéroes y al final nos conformamos con un trabajo de ocho horas diarias que no sea muy incómodo. De verdad que algo estamos haciendo mal mientras evolucionamos en este proceso tan bonito llamado madurez. Enseñamos a nuestras futuras generaciones a que se conformen, a que no piensen por fuera de lo previsto. Dame pan y llámame tonto».

Aún tenía el suficiente dinero para vivir durante un año sin grandes ostentosidades, pero sabía a la perfección que ese tiempo

no era lo suficiente como para dormir tranquilo por las noches. Tenía que hacer algo y un contador imaginario se había activado en mi mente con una cuenta atrás.

Con treinta años, ya había dedicado parte de mi vida a sacarme una ingeniería, montar una empresa y trabajar en diferentes puestos de trabajo. Casi todos mis planes con el mismo final: abandonados por aburrimiento o falta de resultados. Igual me ocurría con las mujeres, mis relaciones no duraban mucho tiempo. Me aburría demasiado rápido de las cosas y de las personas. Y eso me generaba más emociones negativas que positivas. Así que tenía dos opciones: o me resignaba y terminaba trabajando en cualquier empresa mediocre para sobrevivir, junto a la búsqueda de una pareja para formar una familia, o cambiaba las cosas con un resultado incierto.

Siendo sincero, no sabía lo que quería, pero sí estaba seguro de lo que no quería. Haciendo referencia a la película *Matrix*, hubiese elegido la píldora roja: quería saber la verdad con el consecuente desenlace de estamparme con la realidad y que los pájaros de mi cabeza se fueran volando, a cualquier precio.

2

Estando ya en casa, y tras haber comido las sobras de la cena del día anterior, me tumbé en la cama y me quedé mirando la tarjeta NFC de identificación de la que hasta hace un par de horas era mi nueva empresa.

«Dos semanas. Dos semanas he tardado en hackear las tarjetas de identificación de la empresa», pensé en voz alta.

Eso me permitía suplantar la identidad de muchos trabajadores de alto rango para acceder a lugares prohibidos. Incluso tendría a disposición la base de datos de la empresa para consultar información confidencial.

Creo que, si hubiese decidido seguir allí, la curiosidad me hubiese llevado a caminos de no retorno. En mi interior, algo me empujaba a no soportar ser un trabajador cualquiera si era capaz de hacer este tipo de cosas. No podía seguir buscando puestos de trabajo de mierda donde me tratasen como en una guardería.

«No es el mejor sueldo, pero por lo menos pagan», decían mis familiares.

«Lo siento, pero no estoy dispuesto a pasar ocho horas al día en puestos de trabajo para que en diez años con suerte me doblen el sueldo. La mayor parte de la población justifica este tipo de decisiones porque hay cosas que pagar. ¿Realmente necesitamos un coche, una casa en propiedad, tener hijos y pareja? Sé que es complicado vivir de otra manera, pero ¿hay alternativa a eso?

Si quitamos a la población rica del planeta, que prácticamente se permite cualquier cosa, es demasiado fácil predecir cómo va a transcurrir la vida de una persona media. Nos creemos especiales, pero en realidad nos pasamos toda una vida haciendo lo mismo que ya hicieron otros».

Encendí el portátil, escribí la carta de renuncia y la envié por correo electrónico. Ya no había vuelta atrás. Para no pensar demasiado en lo que había hecho me puse a jugar al ordenador hasta que mi cabeza dijera basta. Al no fumar ni beber, solo canalizaba el estrés de mis decisiones sumergiéndome en juegos de ordenador. Ahora, sin trabajar, volvía a mi querida rutina: pasar largas noches viendo series o jugando a algún juego hasta casi el amanecer.

Eran las tres de la mañana cuando de repente mi ordenador y la televisión me mostraron el mismo mensaje:

«No hay conexión a internet».

Fue una manera original de interpretar que tenía que irme a dormir. Anduve hasta el rúter y comprobé el estado de la conexión. Al aparato le parpadeaba el símbolo de internet. Supuse que era fallo externo de la infraestructura de fibra óptica de casa, es decir, la jodida compañía de internet estaba fallando de nuevo. No esperaba una solución rápida. Lo más lógico hubiese sido irme a dormir, pero sin apenas sueño y sin saber cómo solucionar lo del internet, salí a tomar el aire. Era tarde, pero la tranquilidad de la noche y la buena temperatura de primavera me permitían disfrutar del ambiente. Abrí la puerta de casa y algo me sorprendió.

Un sobre blanco sin remitente se presentó ante mis ojos en el suelo. Sin agacharme, me incliné hacia delante y lo toqué con el pie como si de un animal peligroso se tratase. Parecía seguro cogerlo. Lo alcancé con el brazo y lo inspeccioné durante unos segundos. Estaba cerrado. Me guardé el móvil en el bolsillo y lo abrí con las dos manos. Encontré dos cosas: una nota y un folio doblado por la mitad.

«Tienes que ayudarme. Fdo. Henky», decía la nota.

Me quedé inmóvil. No sabía si asustarme o tomármelo a broma. Con la otra mano abrí el folio y lo hojeé:

«Informe forense del Instituto de Medicina Legal, solicitado por Autoridad Judicial. Objeto del informe: reconstrucción de los hechos y dictamen de la causa de la muerte de Markus Ozola. Preámbulo: el cadáver es encontrado la madrugada del día veintitrés de abril en la calle Villanueva. Al parecer, la víctima volvía a su residencia tras una noche de fiesta. Examen: pantalones impregnados de orina propia, hemorragia subconjuntival en ambos ojos, varias uñas arrancadas y edema pulmonar. Conclusiones: la causa del fallecimiento del sujeto es muerte súbita cardíaca. El mecanismo que lo produce es un esfuerzo físico. Todo indica, según pruebas realizadas, que el sujeto ha sido torturado hasta la muerte. Presuponemos una enfermedad cardíaca congénita, la cual, ha podido ser concluyente en el proceso de muerte súbita».

Entré en casa con el folio en la mano y me senté en el sofá. Un mensaje de ayuda junto a un informe forense, lo nunca visto. Hice un esfuerzo por imaginar quién me había dejado tal información, pero no tenía ni la más mínima idea. Podría tratarse de una broma, así que no le di más importancia. Puse el folio encima de la mesa y como seguía sin internet, activé los datos del móvil y leí Twitter.

Un par de tuits sobre fútbol y otros varios de gente indignada abriendo hilos por cualquier motivo al azar; nada nuevo. Estuve navegando en la plataforma casi una hora hasta que de repente una notificación emergente ocupó la parte superior de la pantalla del móvil:

«Nuevo seguidor en Twitter. Henky te acaba de seguir».

Al leer eso, me levanté de un salto y fui a cerrar la puerta de casa con llave. Fue como un acto reflejo, esa notificación me había atemorizado. Primero la carta y luego un seguidor de Twitter bajo el seudónimo de Henky. Traspasaba lo inquietante. Transcurrieron unos minutos hasta que analicé lo que había sucedido. Miré por la ventana del salón a cada extremo de la calle, pero todo parecía tranquilo. Estaba en alerta. Algún vecino gracioso la habría tomado

conmigo para gastarme ese tipo de broma. El poder de la imaginación me hizo creer que incluso podría haber alguien en casa, así que no me moví del salón por miedo. Bloqueé el perfil de Twitter y sin quitármelo de la cabeza, vi a duras penas una serie en Netflix hasta quedarme dormido.

Desperté a media mañana y, aún con los ojos cerrados, localicé mi móvil en el sofá para ver si habían respondido a mi renuncia en la empresa. Una vez lo encontré, comprobé las notificaciones en la pantalla de bloqueo. Como era de esperar, la empresa había tramitado mi baja y me habían dejado un correo recriminándome haberles hecho perder el tiempo conmigo.

Recordé al instante lo del informe forense y el seguidor de Twitter. Era algo sin precedentes, seguía sorprendido. Mi curiosidad me obligó a desbloquear el perfil de Twitter e investigarlo. Revisé sus tuits, pero no había tuiteado nada nuevo. Tan inesperado fue para mí, acostumbrado a no presenciar este tipo de situaciones que, al tener el móvil justo en frente de la cara agarrado con una mano, se me resbaló y cayó justo en mi nariz. Nunca mejor dicho, desperté de golpe. Fui directo a la ducha.

Una de mis rutinas diarias para estar activo durante todo el día era ducharme por las mañanas. Yo era enemigo de cualquier estimulante: cafeína, teína, alcohol, drogas; las evitaba a toda costa. Desde chico había sido una persona nerviosa y cualquier sustancia de ese tipo que tomase, me producía un estado de nerviosismo que no me dejaba ni dormir. Por fortuna, tenía una alternativa: despertar con una ducha. Se había convertido en mi café particular. Día que no lo hiciese, día que me costaba afrontar.

Con lo tarde que ya era, decidí ir a por comida a la tienda de pollos que había al lado de casa. Podía pedirla por el móvil, pero tenía ganas de que me diese el sol y el aire. Quería desahogarme tras la carga mental que estaba generando a raíz de encontrarme sin trabajo y lo sucedido con la carta.

Mientras esperaba fuera de la tienda para recoger el pedido, sentí como el sol me estaba dando en la espalda y en ese momento,

me resultó de lo más placentero. La cola estaba durando más de la cuenta, así que cogí el móvil para entretenerme hasta que llegase mi turno. Miré un par de tiktoks, varias fotos en Instagram y antes de volver a comprobar el estado de la cola, dejé mi dedo pulgar encima de la app de Twitter. No me quitaba de la cabeza ese usuario. Puse su nombre en el buscador para entrar en su perfil. Abrí la sección de tuits y me di cuenta que había puesto uno nuevo. Al leerlo, sentí como si un profesor te pillase copiando en mitad de un examen. O como cuando has enviado un wasap comprometido sin querer a alguien. Una explosión de angustia, vergüenza e incoherencia recorrió mi cuerpo. El tuit decía:

«Si quieres una vida diferente, no tengas un trabajo corriente. Ayúdame y te ayudaré».

No podía creer que alguien desconocido me hubiese dejado una carta en casa con el informe forense de un muerto y estuviese hablando de una situación tan particular como la mía en Twitter, justo cuando había dejado mi puesto de trabajo.

De repente sentí una mano tocarme el hombro. Una mujer con su hija de forma muy educada me advertían que ya era mi turno. Recogí el pollo y fui para casa con la sensación de no entender bien qué había pasado en Twitter. Abrí la puerta de casa, me senté en la cocina y coloqué el portátil entre mis manos con la intención de saber más de ese usuario. Me quedé mirando la pantalla.

«¿Qué coño está pasando? Esto es surrealista. Suponiendo que sepa algo sobre mí, salvo la empresa, nadie sabe mi situación actual de desempleado. Ni siquiera mi familia y amigos. Alguien quiere que juegue a los policías y no sé ni por qué. ¿Quién podrá ser? ¿Qué querrá de mí?».

Giré la tapa del portátil frente a mí y busqué al usuario para analizarlo con más detalle. Era un perfil creado hace unos cuatro meses y su actividad se centraba en hablar de fútbol y en compartir información estadística de jugadores con otros perfiles de Twitter. Estaba abrumado, no le encontraba sentido. Sin saber qué hacer, el

olor a pollo recién hecho hizo que me olvidara por un momento de aquello y desplazando el ordenador hacía delante, almorcé.

Como ya no tenía que trabajar, esa misma tarde decidí hacerle una visita a mi amigo Solid en su trabajo. Quería ver cómo estaba y de camino comentarle lo de Twitter. Aunque sonase raro, hacerle una visita al trabajo estaba justificado. Tenía una empresa que se dedicaba a diseñar páginas web y a varios temas relacionados con la informática. Por lo tanto, podía molestarle sin demasiado compromiso.

3

Solid y yo nos conocimos en la carrera. Desde entonces, nos unió una gran confianza que se forjó durante los años académicos. En cada examen formábamos una especie de escuadrón para aprobarlos. Teníamos diferentes métodos para copiarnos: distraer al profesor, sacar el móvil, sentarnos de manera estratégica… Lo preparábamos como si de un atraco a un banco se tratase. Y lo hacíamos bien. Luego, cuando terminaban las clases, salíamos de fiesta con frecuencia para celebrar cada aprobado. E igualmente, actuábamos en equipo para conocer a aquellas chicas que nos gustasen. Aprobar asignaturas y conocer mujeres era para nosotros un verdadero arte.

Cuando salíamos de fiesta sabíamos que la oferta de chicos en una discoteca era inmensa para una chica. Por tanto, teníamos que desmarcarnos de los demás. Siempre que frecuentábamos el ocio nocturno, hacíamos un cribado de chicas para quedarnos con aquellas que estuviesen interesadas en nosotros. Éramos chicos normales, ni muy feos, ni muy guapos. Por tanto, es eso lo que buscábamos: chicas que se parecieran a nosotros en físico y más adelante al conocerlas, en personalidad. Teníamos que ser pragmáticos, era imposible gustarles a todas. Y así, conseguíamos aumentar las posibilidades de que ellas estuviesen predispuestas a conocernos y a mantener una conversación divertida.

Así es como conocí a Fama, una chica de rasgos parecidos a lo que yo buscaba. Allí estaba, con sus dos amigas en medio de la barra de un pub famoso de Santa Fe. Metro sesenta y siete, vaqueros de corte alto, camisa blanca con estampados, botines negros y un pequeño bolso negro no muy llamativo colgando sobre su hombro derecho. Rasgos mediterráneos: nariz puntiaguda,

melena a media altura de color castaño oscuro y un maquillaje que simplemente le acentuaba sus grandes ojos color miel, junto a un pintalabios un poco más oscuro que su piel. Había pasado el filtro. Era perfecta para conocerla. Ahora tocaba descubrir si aquella chica estaba interesada en mí.

Ese día Solid y yo estábamos con más amigos de la universidad, pero nos separamos de ellos para poner en práctica el plan. Sabíamos lo que había que hacer: esa chica tenía una copa en la mano y, a medida que hablaba con sus amigas, la copa daba viajes en pequeños vaivenes debido a la gestualidad que hacía al hablar. Iba a finguir la del chico torpe. Solid miró desde lejos como fui acercándome a ella. Mientras hablaba con sus amigas, me coloqué cerca del brazo que sostenía la copa. En el momento exacto, avancé un poco y empujé con mi pecho su brazo. La copa de la chica cayó al suelo sin ejercer demasiada resistencia. Sin mediar palabra, Fama me dio un bofetón en la cara de manera instintiva. Lo único que hice fue disculparme. Sabía que aparte de aquellas chicas, alrededor habría gente observando lo ocurrido. Tenía que calmar las aguas.

—Perdón… ha sido sin querer —dije en tono avergonzado pasándome la mano por la zona donde me había dado el bofetón.

—¿Pero tú eres imbécil o qué? —sonó una voz desafiante sin dejar dudas de un gran enfado.

—Imbécil, torpe y ahora me van a dar el título de romper copas.

Lo normal hubiera sido que la chica se hubiera enfadado aún más con mi comentario, pero tenía que jugármela. El rostro de Fama atenuó la expresión de enfado y se le escapó una pequeña mueca de risa.

—¿Puedo recompensarte invitándote a una copa?

Fama me miró sin pestañear a los ojos durante unos segundos sin saber cómo reaccionar y acto seguido, miró a sus amigas para obtener el aprobado de que debía aceptar dicha proposición. Ellas afirmaron con la cabeza sin decir ni una palabra. Ya tenía la aprobación de sus amigas. Ahora tocaba demostrar que era diferente a la mayoría de chicos que había en ese pub.

—No te vas a ir de rositas por invitarme. Mis amigas también han sufrido.

Ese comentario fue positivo, iba a gastar el triple de pasta invitando a sus amigas, pero demostraba que estaba predispuesta a mantener ese tira y afloja tan divertido a la hora de conocerse dos personas.

—Puedo invitarte a ti y si luego me caen bien tus amigas, las invito a una ronda. Pero necesito saber vuestros nombres para declararlo en Hacienda. Va a ser mucho gasto.

Las tres chicas rieron al unísono.

—Yo me llamo Fama, ella es Victoria y ella es Gloria. ¿Y tú?

—Es un placer conocer a las integrantes de la asociación de chicas afectadas por copas tiradas al suelo. Me llamo Duke Vencedor, pero todo el mundo me dice Vence.

De nuevo unas risas sonaron en sintonía. Me di la vuelta para pedir las copas y Solid se dio cuenta de que una de ellas aprovechó para darle una aprobación con la mano a Fama.

Fue una situación ideal, a menudo no obteníamos ese tipo de reacción con las mujeres. Muchas veces respondían de mala manera, otras no estaban interesadas y alguna que otra se aprovechaba de nosotros para beber copas gratis. Pero era pura estadística, al fin y al cabo, siempre había alguna chica dispuesta a conocerte. Era cuestión de encontrarla.

Llegó el turno de Solid, tenía que entretener a las amigas de Fama mientras yo conseguía profundizar un poco más con ella. Cogí las tres copas de la barra y noté como Solid sin decirme nada se puso a mi altura. Fuimos directos al grupo.

—Chicas, os presento a mi amigo Solid. Es inspector de Hacienda y viene a revisar si ha habido alguna infracción con el gasto en copas. Solid, esta es Fama, ella es Victoria y ella es Gloria.

A Victoria le atrajo Solid nada más verlo. Ya nos hubiera gustado tener ese éxito con más frecuencia cada vez que salíamos de fiesta.

—Yo no me fío de los inspectores de Hacienda —dijo Victoria llamando la atención de Solid.

Solid sabía a la perfección lo que hacer. Le siguió el juego a Victoria y de manera automática aisló a las amigas de Fama.

Nos quedamos solos: Fama y yo teníamos la situación ideal para hacernos todo tipo de preguntas. Le di la copa y ella me lo agradeció con una sonrisa.

—¿Y a qué te dedicas, Vence?

—Pues no debería contártelo, pero haré una excepción. Soy ladrón de kioscos. Aunque en mis ratos libres suelo estudiar una ingeniería para no aburrirme. ¿Y tú?

—Me alegra que me digas eso, casualmente yo estudio para curar en un hospital a los ladrones de kioscos cuando llegan malheridos por escapar de la policía.

—Mmm… me gustaría tenerte en mi equipo, nunca viene mal una persona así.

Y le estreché la mano como si hubiéramos hecho un trato de negocios.

Esa noche fue de lujo. Fama y yo intercambiamos los números de teléfonos y Solid terminó liándose con Victoria. Estuvimos saliendo un par de meses hasta que mi maldita forma de ser terminó por arruinarlo todo. Me aburrí de la relación y dejamos de vernos. Tan bien empezó como rápido se desvaneció. Era un drogadicto de esa sensación que se producía cuando conocía a alguna chica nueva. Esas mariposas en el estómago las primeras semanas de relación. En cuanto esa sensación desaparecía, la relación se convertía en un lastre para mí. Así me pasaba una y otra vez.

Es obvio que el haber sufrido y disfrutado cada una de esas batallas, nos hizo ser grandes amigos a Solid y a mí. Amigos que no dudaban en ayudarse diese igual el momento y el lugar.

4

Henky

Antes de que me asaltaran, había tratado con todo tipo de jueces y tribunales de justicia, pero esto… Traspasaba cualquier fenómeno médico-biológico en un hecho delictivo. Estaba seguro de que el culpable no era ningún asesino en serie o trastornado. Nadie en esa situación sería capaz de falsificar mi informe forense; ni tampoco incinerar el cuerpo de la víctima con esa rapidez, saltándose tantos trámites. Quien fuese estaba por encima de la autoridad judicial.

La víctima luchó contra una muerte agonizante. Su corazón no aguantó el dolor, se orinó encima y tuvo un edema en los pulmones: signo de estar sometido a un estrés o reacción violenta. Recuerdo su cuerpo agarrotado y lleno de sufrimiento. Nunca había visto unas marcas de tortura como esas, daba miedo observarlo. ¿Qué secretos escondía el pobre hombre para terminar así? Un estudiante universitario de Erasmus en España, a más de tres mil kilómetros de su casa. Recomendado a estudiar aquí por la propia universidad. El profesor que lo mentorizaba sabría algo de lo sucedido, casi con total seguridad. Pero no podía investigar el caso. Me habían querido matar y la policía estaba presuntamente de su lado. Estaba en un callejón sin salida.

Tenía que contactar de nuevo con ese chico, contarle toda la verdad. Ya había recibido mi carta y el informe forense, pero aún no se fiaba de mí. ¿Cómo iba a conseguirlo?

No podía salir a la calle. Mi única alternativa era enviarle mensajes a través de Twitter hasta que me hiciera caso; con la sutileza para que no me descubrieran. Era el único que tenía un

motivo contundente para no dudar de él: sin ser consciente de ello, le habían jodido también la vida.

5

Un olor a nuevo me vino cuando abrí la puerta del local de la tienda de Solid. Siempre pensaba en Navidad cuando olía así. Posiblemente, porque casi todo lo que pedía para el día de Reyes eran móviles, juguetes electrónicos o cualquier otra cosa que llevase chips. Y al abrir esos regalos desprendían ese olor.

—Aquí huele a ordenador nuevo. ¿Han venido los Reyes anticipados? —dije sin ver a nadie.

—A las seis de la tarde un día de semana. ¿Qué coño haces aquí? —sonó la voz de Solid procedente del taller de la tienda.

—Esperaba que estuvieses aburrido, así que vengo a contarte un par de cosas.

Solid asomó la cabeza por la puerta del taller, me miró de arriba abajo y haciéndome un gesto con la cabeza hacia un lado, me indicó que entrara.

—Déjame adivinar, has vuelto a dejar el trabajo y vienes a darme la primicia.

—¿Crees que uno de los mejores ingenieros del país debe pasarse ocho horas leyendo documentación técnica en inglés para un superior?

—Ese mismo ingeniero rechazó trabajar conmigo, abandonó su propio proyecto empresarial y ahora ya lleva dos trabajos seguidos que deshecha. ¿Qué debería decirle para que no termine pidiendo a la salida de un McDonald?

—Ya te dije que mezclar amistad con negocios es un problema que no quiero tener. Sobre lo demás, ya encontraré algo que no me amargue demasiado la existencia.

—Confío en que lo hagas. Aquí ya sabes que siempre tendrás un sitio. Pero bueno… —dijo dando la vuelta en su silla para mirarme

directamente—. ¿Qué quieres contarme?

—A ver cómo te lo explico para que me creas… Ayer por la noche salí a tomar el aire a la puerta y me encontré una carta firmada por un tal Henky pidiéndome ayuda junto a un informe forense de un muerto. Minutos más tarde me siguió en Twitter un usuario con el mismo nombre. Igual es una tontería, pero sé que a ti te gustan todos estos misterios.

—¡Joder! Ahora sí que se está poniendo interesante la tarde. Asumiendo que no has tomado ningún tipo de droga que te produzca alucinaciones, ¿puedes enseñarme las pruebas?

—Échale un vistazo al Twitter en mi móvil, al informe forense y me dices qué te parece.

Solid cogió ambas cosas y, mientras ponía sus pies encima de la mesa del taller, leyó toda la información sobre aquel usuario llamado Henky.

Pasaron unos minutos. Cambió varias veces de postura y se puso con los pies cruzados en modo zen.

—Hmmm, veamos. Te encuentras una carta de alguien llamado Henky pidiéndote ayuda, un informe forense de un muerto y pasado un rato, te sigue un usuario en Twitter llamado Henky. Luego, esta mañana pone un tuit mandándote una indirecta sobre lo sucedido con tu trabajo y reincidiendo en que lo ayudes —pensaba en voz alta.

—Veo que de pequeño no te perdiste las clases de resumir historias. Bien hecho —bromeé.

—Qué maquiavélico parece esto. ¿Por qué querrá alguien que lo ayudes con un informe forense si no tienes ni idea de medicina?

—Si lo supiera, no te lo hubiera preguntado. ¿No podrías hacer un poco de magia para averiguar quién es? Yo lo estuve revisando y solo he podido comprobar que la cuenta se creó hace cuatro meses y que suele hablar de fútbol.

Solid y yo habíamos estudiado la misma carrera de ingeniería; pero cada uno nos especializamos en diferentes ramas. Yo conocía las entrañas de toda la electrónica de los diferentes dispositivos que usábamos a diario. Solid se había especializado en programación.

Para alguien fuera de ese sector, Solid era el hacker y yo el que diseñaba aparatos electrónicos.

—¿Magia? Que me hagas esa pregunta ofende, soy una persona con principios. No puedo ir hackeando a todo el que te plazca —ironizó mientras se reía.

—Pero si a mí no me gustan tus principios…

—Pues tengo otros. ¿Acaso me ves con cara de Groucho Marx? Anda, siéntate ahí y espera un momento —me ordenó como si ya tuviese algún tipo de plan organizado en su cabeza.

—A sus órdenes.

Estuvo como quince minutos abriendo y cerrando ventanas en el escritorio de su ordenador.

—Esto es interesante… —dijo indicándome con la mano que me acercara al ordenador—. Mira, la dirección IP de la cuenta de usuario Henky tiene tres cuentas más en Twitter.

—¿Acabas de hackear Twitter para saber la dirección IP de esa cuenta?

—Digamos que tengo acceso a la base de datos de Twitter España. Gracias a una chica que conocí hace poco en un pub de la calle Pedro Alcántara. Trabajaba llevando las redes oficiales de Twitter, nos liamos y con un poco de ingeniería social le saqué más información de lo que ella creía saber de sí misma.

—Voy apuntando otro nuevo delito de robo de información en tu lista de posibles condenas —le dije sacando una libreta imaginaria mientras hacía el gesto de escribir en ella.

—Sabes perfectamente que no utilizaría esa información para hacer daño a esa chica, solo como herramienta para ayudar a alguien como tú.

—Lo redefiniríamos como un nuevo concepto de justicia poética. Tú robándole la info de acceso a una de Twitter y yo siendo acosado por un loco de internet.

—La verdad que no te deja en buen lugar. Tienes toda la pinta del inútil que muere primero en las películas.

No hice demasiado caso a su último comentario debido a que algo estaba acaparando toda mi atención. En la pantalla de Solid se

veía como nuestro sospechoso usuario de Twitter había puesto un nuevo tuit.

—Es imposible —mis ojos estaban clavados en la foto que había subido Henky a Twitter.

—Creo que me está empezando a cabrear tu misterioso amigo.

6

En esa misma tardé me despedí de Solid y le pedí que siguiera investigando lo que pudiese. Estuve valorando si acudir a la policía para presentar una denuncia de acoso o apostar por que Solid descubriera algo más.

A la mañana siguiente de haber visto la foto que había puesto Henky en Twitter, me presenté de nuevo en la tienda.

—¿Algún avance? —le pregunté a Solid sin ni siquiera saludarlo.

—He tenido lío esta mañana con unos clientes, pero pienso hackear a ese bastardo cueste lo que cueste.

Solid no soportaba ni un solo ápice de ciberacoso. Cuando la hermana pequeña de Solid tenía diecinueve años, estuvo saliendo con un tío que se grabó mientras mantenía relaciones sexuales con ella y terminó utilizando esos vídeos para chantajearla. Su hermana pasó una temporada bastante jodida. En ese tiempo, Solid aún no había empezado a estudiar programación y no sabía cómo tomar venganza.

Recuerdo como me contaba que no soportaba ver a su hermana llorando todos los días tras lo sucedido. Se sentía impotente, sin ser capaz de hacer nada para ayudarle.

La falta de empatía era más desgarradora que cualquier arma para hacer daño a una persona. Estoy seguro que una de las motivaciones por las que se especializó en programación, fue presenciar dicha experiencia. Aunque Solid de vez en cuando quedase con chicas y tuviese la mala costumbre de hackearles el móvil o su ordenador por gusto, nunca utilizaba dicha información para hacerles daño. Teníamos pocos principios, pero uno de ellos era no hacer daño a gente inocente.

Y a esta situación ya la podíamos llamar por su nombre; alguien me estaba empezando a acosar, pero seguía sin entender por qué me había pedido ayuda en una carta.

7

Desde que terminé la carrera, llevaba un tatuaje en la pierna izquierda con una fórmula física: la ley de Ohm. En él, tenía las iniciales «VIR» haciendo referencia a dicha ley, junto a una frase que decía: «Amat victoria curam».

En la foto que había subido aquel usuario aparecía un tatuaje con las mismas iniciales y la misma frase. Suponiendo que no fuera nadie que me conociese, alguien había estado revisando mis distintas plataformas de redes sociales para saber que tenía un tatuaje en la pierna.

—¿Por qué querría alguien intimidarme de esa forma? No he hecho nada lo suficientemente malo como para que una persona me quiera hacer daño. Y luego está el informe de ese muerto. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Ya sabes que a veces no hay motivos reales para que un trastornado haga daño a gente inocente —dijo Solid recordando de manera indirecta lo que sucedió con su hermana.

—¿Y qué se supone que se hace en estos casos? Igual tendría que dar parte a la policía.

—¿Crees que la policía va a encontrar a ese loco antes que yo? O peor aún, ¿crees que te van a hacer caso por un tuit y una foto de mierda?

—No dudo de tus capacidades, pero tengo que seguir durmiendo por las noches y tener eso en mente es perturbador…

—La policía no se va a molestar por un leve caso de intimidación digital. No lo van a catalogar como ciberacoso hasta que sea demasiado tarde.

—Tú me dirás entonces qué hago. Los malos en las películas siempre se cuelan en las casas de las víctimas por la noche. Por muy

bien cerrada que tengas la casa.

—Tienes que dejar de ver tantas series policíacas. Mira, haz una cosa; ve al supermercado que hay al final de la calle y tráete algo de comer mientras termino con esto de un cliente; en cuanto acabe, cierro para que no nos molesten y te encuentro a ese cabrón.

Salí de la tienda convencido de que Solid agitaría de nuevo su varita mágica para encontrar a dicho personaje. La idea confirmada de que alguien estaba espiándome, me hizo sentir un escalofrío por el cuerpo. Entre el mar de dudas que almacenaba en mi cabeza, se unió el pensamiento obsesivo de que cualquier persona estaría vigilándome mientras compraba. Incluso tuve una sensación de mareo al fijarme en la gente que había en el supermercado. Ya no sé si era mi propio cuerpo que me preparaba para peligro inminente o estaba empezando a delirar.

«¿Cómo coño iba a quitarme ese pensamiento de la cabeza?»

Cogí rápidamente la comida de los estantes, le pagué al chico del cajero y me fui directo a la tienda de Solid. Entré tropezando por la puerta. Hasta mi coordinación con los pies se vio afectada por la preocupación.

—Dime que has encontrado algo porque me estoy emparanoiando, creo que hasta mi puta sombra podría estar espiándome.

—Cálmate un poco, «cagao». Como siempre, Solid tiene solución a tus problemas —me quitó la bolsa del supermercado y hurgó en ella—. ¿Sabes lo que es la esteganografía?

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Lo sabes o no?

—Creo que sí, una forma de esconder información en fotos, canciones o cualquier archivo de internet. ¿No?

—Exacto. Coges la información y la camuflas en un archivo. Como bien dices, puede ser una imagen, una canción o incluso un archivo PDF.

—O sea que el colega de Twitter ha metido información oculta en la foto del tatuaje, ¿me equivoco?

—Así es. Mientras estabas comprando, llegué a la conclusión de dos cosas: si fuese un simple acosador, la foto solo serviría para intimidarte. Pero si no lo fuese, la foto significaría algo más. Y ahí me acordé de una asignatura que tuve relacionada con la esteganografía. Por lo que pensé que la foto tendría algún tipo de mensaje oculto y… ¡Bingo! Me he descargado la foto, la he analizado con un programa especial y tu querido ciberacosador ha incrustado un mensaje en ella. Aunque hay un pequeño problema.

—Me estás poniendo más nervioso que el propio ciberacosador. ¿Qué coño dice el mensaje oculto?

—No lo sé. Es una fecha: doce de junio de 2018.

—Joder, nos lo está poniendo difícil. Mmm… El tatuaje me lo hice en agosto de 2018, así que no tiene nada que ver con eso supongo.

—A mí no me pasó nada relevante esa fecha —se metió de golpe uno de los donuts que le había traído del supermercado.

—Sea lo que sea, quiere que recuerde lo que pasó ese día. Puede que tenga algo que ver con la muerte del informe forense.

No supimos qué significaba esa fecha hasta que decidimos darnos por vencidos. Quería irme a casa para reposar toda la información. Estaba asustado y decepcionado. Me despedí de Solid y justo cuando abrí la puerta de la tienda vi un cartel publicitario que le habían pegado en el cristal:

«¿Cansado de suspender en la universidad? Prepara tus asignaturas o trabajo fin de grado con la mejor academia de Santa Fe. Envíanos un whatsapp para más información».

De repente me vino a la cabeza lo qué pasó exactamente ese día. Tan rápido como un rayo golpeando en la tierra. Era imposible haberlo olvidado; solo habían pasado cuatro años.

8

Con una sonrisa reveladora entré de nuevo a la tienda y miré a Solid mientras aún se estaba chupando los dedos llenos de chocolate.

—Mi trabajo fin de grado. El día que presenté mi trabajo fin de grado fue el doce de junio de 2018.

—¿Me estás diciendo que alguien quiere contactarte por lo que pasó con tu TFG?

—Si a ti se te ocurre algo mejor que pasara ese día, soy todo oídos.

—No me jodas. Fue un puto escándalo. Pero no entiendo, si alguien quisiera contarte algo sobre lo que pasó te llamaría directamente o te enviaría un wasap. ¿Para qué tanto misterio y carta por debajo de la puerta?

El doce de junio de 2018 presenté uno de los mejores trabajos fin de grado de la historia de mi carrera. Al principio, la idea de que me propusieran para un trabajo como ese me resultó uno de los mayores reconocimientos que había obtenido en mi vida. Uno de los profesores, el que terminó siendo mi tutor, se fijó en mí por haber sacado matrícula de honor en una de las asignaturas. Me ofreció trabajar en algo que ni siquiera en su departamento sabían cómo resolver: un laboratorio les había pedido diseñar un sistema electrónico para interpretar las señales nerviosas del cuerpo humano.

Mi tutor me puso al día de la situación y me propuso convertir dicha investigación en mi trabajo fin de grado. Yo quería terminar mi carrera por todo lo alto, demostrando que era uno de los mejores ingenieros que iba a salir por esas clases. Acepté el reto.

Como yo era una persona muy independiente, no reporté los primeros avances a mi tutor. Este, al ver que aún no había mostrado nada del trabajo en varias semanas, me citó en su despacho para insinuarme que debía cambiar el TFG. Por aquellas fechas yo ya había diseñado un prototipo funcional. En cuanto se lo conté, dejó de insistirme en que dejará el TFG y quiso ver de inmediato mis resultados. Al verlos, dio los mismos saltos de alegría que un aficionado viendo ganar a su equipo un campeonato. A partir de entonces, me confesó que se comprometería a proponer mi trabajo como matrícula de honor; con el reconocimiento especial de ser uno de los mejores alumnos de la carrera.

Los meses pasaron y mis resultados fueron mejorando hasta tener un dispositivo apto para utilizarse. El laboratorio se enteró y contactó de forma directa conmigo, sin reportar con la universidad. Me pidió realizar las primeras pruebas con ratones de laboratorio para aligerar los resultados. En aquel momento no supe que esa iba a ser la principal causa de mi desgracia. Me engañaron como a un niño pequeño.

Cegado por la emoción de mis avances, realicé las pruebas por mi cuenta con los ratones sin comentárselo a la universidad. Confié en el laboratorio, pero me la jugaron. La universidad se enteró y me acusó de maltrato animal, apartándome de la investigación. Mi TFG no solo no fue calificado con matrícula de honor, sino que fue calificado con una de las peores notas de la carrera.

El día doce de junio fui acusado de maltrato animal por parte del tribunal que me evaluó. En ese tribunal tuve a tres eminencias como el catedrático en biología Avid Le Fried, Alberto Ajaquefa, catedrático en tecnologías de computadores y al doctor en ingeniería genética, Juan Zirró. Dejaron la parte técnica a un lado y me dieron un discurso acerca de la ética y moralidad con la que había realizado dicha investigación. Literalmente, fui fulminado. La peor nota de un TFG. No pude hacer nada: hablé con el defensor universitario, con mi tutor, con los demás profesores de mi carrera; nadie quiso ayudarme a resolver la situación. Lo único que obtuve fue una frase que sigo recordando desde entonces:

«Vence, la vida no es justa».

Fue lo que me dijo uno de mis profesores cuando le comenté la situación. A nadie le interesó ayudar a un pobre estudiante. El laboratorio presentó la patente de los dispositivos que había inventado y yo terminé siendo el apestoso que había sido acusado de maltrato animal.

Me conformé con el aprobado y mi titulación de ingeniero. Mi «casus belli» para ser la persona que era hoy. Una persona que no quería pasar más tiempo aguantando trabajos de mierda y malos jefes a cambio de un sueldo mediocre y sin reconocimiento alguno. No iba a aceptar más situaciones de ese tipo. Ya había tenido suficiente.

9

Después de descubrir que ese misterioso usuario de Twitter tenía algo que ver con mi trabajo fin de grado, la sensación de miedo que se había instaurado en mi mente se transformó en intriga. Pero había algo que no entendíamos. ¿Por qué tanta protección y anonimato para ponerse en contacto conmigo? ¿Por qué crearse cuatro perfiles de Twitter y mandarme una carta pidiéndome ayuda? Un simple wasap, una llamada o un correo electrónico hubiesen servido para ello. Quizá no estábamos entendiendo la repercusión de lo que estaba sucediendo. Tampoco disponíamos de la información necesaria para saberlo.

A la mañana siguiente de haber estado en la tienda de Solid, y sin haber salido aún de la cama, vibró mi móvil. Lo noté debajo de la almohada, alguien me estaba llamando. Despertar en aquel momento fue demasiado pronto para mí. La vibración me pareció como si se tratase de un terremoto de grado siete en la escala Richter.

«¿Quién coño me estaba llamando si tenía puesto el modo avión?»

Metí la mano por debajo de la almohada, saqué el móvil y solté varios improperios en diferentes idiomas. El cabrón de Solid sabía que tenía el modo avión y me estaba llamando por WhatsApp.

—Esto no se le hace a un amigo. Despertarlo de estas maneras. Hubiera preferido que el acosador me visitara en plena noche.

—Buenos días a ti también. Jódete que a mí no me engañas. Pones el modo avión, pero el WiFi lo tienes activo, así que por WhatsApp te puedo llamar.

—Gilipollas.

Y mientras lo decía, me quité el móvil del oído, activé el modo altavoz, lo eché hacia un lado y volví a cerrar los ojos. Sabía que Solid iba a soltarme uno de sus planes, pero el sueño era más intenso que las ganas de escucharlo.

—He estado pensando durante esta noche algo para esclarecer el tema. Por eso te llamo.

—Psss… —es lo único que articulé.

—No te me vayas a quedar dormido de nuevo y escúchame atentamente.

—No quiero. Vete a la mierda y te fusionas con ella.

No me gustaba que me levantasen por las mañanas antes de mis ocho horas de sueño ininterrumpido. Esa noche me acosté cerca de las cinco de la madrugada y Solid me estaba llamando a las diez y media de la mañana.

—Vamos a poner una foto en tu perfil de Twitter con un mensaje oculto para tu amigo misterioso. En ese mensaje le vas a decir una hora y un lugar para quedar con él.

Tras escuchar eso, abrí automáticamente los ojos, levanté la cabeza y me volví a poner el móvil en la oreja.

—¿Pero de verdad eres tonto o qué te pasa? ¿Quieres que me rapten?

—Piénsalo bien, si es alguien que quiere decirte algo, lo averiguarás. Y si es alguien que quiere secuestrarte, tendrá que secuestrarte a ti y a mí. Porque voy a ir contigo.

—Tu plan parece seguro. Me has convencido —dije de manera irónica.

—Perfecto. Pues levántate y nos vemos en la cafetería Dos Tragos que hay cerca de la tienda. Vamos a elaborar un plan como hacíamos en la universidad.

Solid tenía un pequeño defecto que poca gente sabía: nació con la enfermedad de Urbach-Wiethe. Una enfermedad genética recesiva poco frecuente. A Solid le había tocado ser unos de los 300 casos confirmados en el mundo. Pero a pesar de que no era una enfermedad que afectase a su esperanza de vida, tenía un síntoma peculiar: su sentido del peligro siempre destacaba por su ausencia. A

veces, eso le beneficiaba en situaciones en las cuales una persona quedaba paralizada, en otras, asumía demasiados riesgos.

Al poco de conocerlo, contaba que para combatir ese defecto de la enfermedad hacía un esfuerzo en su manera de pensar. Un post-procesado para filtrar si era peligroso lo que estaba a punto de hacer. Como si alguien quisiera expresarse en un idioma y tuviese que pensar todo lo que dice. Se había acostumbrado a vivir así. Hacía vida normal y no necesitaba medicación. Incluso a veces aprovechaba la ausencia de miedo para hacérnoslo sentir a nosotros.

Teníamos un trato: nunca me subía con él en su coche. Yo siempre conducía cuando íbamos los dos. Aunque no lo hacía con frecuencia, disfrutaba viéndome pasar miedo en su coche mientras lo ponía a más de doscientos kilómetros por hora.

Me metí en la ducha, comí y fui directo a la cafetería mientras escuchaba una sesión de música electrónica en el coche. Al llegar, no había nadie. Solid llegaría tarde como acostumbraba hacer.

—¿Qué te pongo? —dijo el camarero.

—Zumo de naranja y media de jamón con tomate.

—Muy bien.

¿Quién estaría detrás de todo esto? ¿A quién le interesaría ayudarme en lo que pasó? ¿Realmente era ese el motivo o estábamos especulando?

Con la primavera ya se apreciaban las olas de calor tan características en Santa Fe. El bochorno que se generaba en el ambiente te obligaba a reaccionar más lento. Me quedé sin pensar nada. Mirando la sombrilla que permitía darme un poco de sombra en aquella mesa donde estaba sentado. Solid apareció por mi espalda hincando su mano en forma de pistola en mi nuca.

—Soy tu acosador, no te muevas.

—Más vale que tu disparo sea certero porque como pueda levantarme, vas a tener que correr más que yo —parafraseé un diálogo de alguna película de cuyo nombre no tenía memorizado.

—¿En qué película salía esa frase?

—No tengo ni idea. ¿Te puedes creer que me acuerdo de la frase y no de la película?

—No sería tan buena. ¿Listo para cazar acosadores? —me dijo sentándose a plomo en la silla y levantando la mano para que el camarero viniera a atenderlo.

—A ver, vamos a asumir que todo gira en torno a mi TFG.

—¿En qué momento hemos supuesto lo contrario?

—Tenemos pruebas, pero es una situación extraña. No termino de creerla. Quizá estamos imaginando cosas que no son reales.

—Una lástima que fuera así. ¿No te parece emocionante que haya relación entre un informe forense y tu TFG?

—Si obviamos la parte en la que hay que tener en cuenta los riesgos, sería como disfrutar de una buena película.

—No sé lo que es el miedo. ¿Recuerdas? —bromeó mientras se encogía de hombros.

—No hace falta que lo digas… Volviendo al tema, si alguien estuviese detrás de esto, debe de existir un beneficio o una causa que motive a dicha persona. Y luego está la manera de mantenerse en el anonimato. ¿Tiene miedo? ¿A quién? ¿A qué?

—Por sentido común podemos descartar al departamento de la universidad y al laboratorio. Sería echarse mierda encima. ¿Un nuevo alumno afectado?

—No creo. Un alumno sólo tiene ganas de acabar la carrera. Tiene que haber algo más. Yo veo dos cosas: o existe una recompensa económica fruto de destapar este caso, o alguien se ha visto afectado seriamente a raíz de dicha investigación y tiene la motivación necesaria para enfrentarse a ellos.

—¿Te imaginas que se les haya ido de las manos y hayan provocado una pandemia con un virus mortal incurable?

—Joder, luego me dices que yo veo muchas series de Netflix. ¿Crees que la policía o algún organismo especial no se hubiera puesto a investigar?

—No necesariamente. Si aún no se ha denunciado nada, la policía no es consciente de ello.

—¿Y alguien ha preferido filtrarnos la información a nosotros que somos unas mierdas en vez de a la policía?

—En realidad no nos ha filtrado nada aún. Por eso tenemos que quedar con esa persona.

No me gustaba la idea de quedar con un supuesto acosador, pero diez minutos más hablando con Solid terminaron por convencerme. La persuasión de Solid no tenía límites. El plan era simple: quedar en un lugar público con afluencia de gente y esperar a que apareciese alguien.

10

Esa misma mañana pusimos un tuit en mi perfil. Seguimos el mismo patrón que ese usuario hizo conmigo: subir una foto insignificante, pero con un mensaje dirigido y oculto. Solid se ocupó de añadir la información secreta. Una nota que, si descargabas la foto y la analizabas con un programa especial, se leía el siguiente mensaje: «Plaza Nikola Tesla, 14:30h, miércoles, 18 de mayo 2022».

Ya habíamos movido ficha. Ahora tocaba esperar a que llegase el miércoles para encontrarnos con él. Aún quedaba una semana, el tiempo suficiente para que leyese nuestro tuit y se preparase. Yo no dormí los días siguientes. En cambio, Solid se divertía como un niño chico en un parque de bolas. Envidiaba su actitud.

La semana pasó más lenta de lo que me hubiese gustado. Teníamos la esperanza de que la foto generase alguna reacción, pero todo se mantuvo como lo dejamos. Iríamos a esa plaza a ciegas.

Miércoles, dos en punto de la tarde. Solid y yo habíamos quedado treinta minutos antes en un parque cercano a la plaza.

—¿Listo? —le dije a Solid.

—Nunca lo he estado más que hoy.

—Me veo obligado a recordarte que es una situación con riesgo. Es importante que interpretes bien mis movimientos.

—Vence, te conozco mejor que a mi santa madre. Ahí voy a estar pase lo que pase.

—Eso es lo que quería escuchar.

—Que comience el juego. Soy tu sombra.

Me sentía seguro teniendo a Solid cerca. Fui directo hacia un banco vacío que había en la Plaza Nikola Tesla. Mi corazón se iba

acelerando cada vez más al acercarme. No lo podía controlar, esto era nuevo para mí. Las pulsaciones se habían trasladado a mi cuello. Me puse los auriculares con música para olvidar los latidos mientras hacía un barrido visual de la zona. A mi izquierda, un banco con dos chicas sumergidas en una conversación. A mi derecha, otro banco con un hombre tomando el sol y el bar Siglo XXI con un camarero atendiendo una mesa de cuatros personas. Me senté en el banco vacío y envíe un wasap a Solid advirtiéndole de que estaba ya en posición. Su respuesta fue rápida:

—Lo sé, te veo.

La Plaza Nikola Tesla estaba dividida por una carretera y Solid se había situado en uno de los bancos al otro lado de la plaza. Tenía visión directa conmigo.

Cada segundo que pasaba, me sentía más incómodo. Tras aumentarme la frecuencia cardíaca, mis manos sudaron y los músculos de mis piernas se contrajeron de manera automática. Estaba preparándome para huir de manera inconsciente, pero ni siquiera sabía de quién. Hacía calor y noté como una gota de sudor brotaba de mi axila izquierda y caía por mi costado hasta absorberse por mi camiseta.

Ya eran las dos y cuarto y aún no había llegado nadie. Volví a analizar mi entorno: el hombre seguía tomando el sol como si de un lagarto se tratase y las chicas del otro banco se habían levantado para sentarse en la terraza de la cafetería. Solid estaba sentado con los codos apoyados en la parte superior de sus rodillas mientras observaba su móvil. No había nada extraño a mi alrededor. Me quedé un rato mirando la flama que soltaban los coches cuando paraban en el semáforo que había cerca de la plaza.

«¿Y si ha tenido miedo a venir? ¿Y si no ha interpretado el mensaje de Twitter? ¿Estará observándome?»

Diez minutos más de reloj. No llegaba nadie. Saqué el móvil y envié un wasap.

—Aquí no viene nadie.

«Escribiendo…».

—Aguanta —contestó Solid.

Me desesperé hasta tal punto de no saber qué estábamos haciendo allí. Sospechaba que alguien se estaba riendo de mí o estaba siendo víctima de una cámara oculta. Me mordí las uñas, cosa que no solía hacer, jugué a crujirme las manos y me retrepé en aquel banco con los brazos extendidos.

Algo interrumpió mi estado de nerviosismo: una chica se estaba acercando. Tragué saliva, apreté los puños y la miré mientras acortaba distancias. No había duda, venía hacia mí. Llevaba un boli y varios flyers publicitarios en la mano. Paró a escasos centímetros. La miré y me sonrió.

—¡Hola! —saludó.

Me puse blanco. No pude articular palabra.

—Ehh…

Mi mente se bloqueó.

—Parece que has visto un fantasma. ¿Tienes hambre? Soy relaciones del bar que tienes aquí al lado. Tengo unas ofertas para el almuerzo de hoy. ¿Te interesa?

Respiré aliviado, falsa alarma. Era la típica relaciones pesada que merodeaba por la plaza en busca de clientes.

—Lo siento, pero no me interesa. Hoy comeré en casa.

—Tengo muy buenas ofertas, permíteme que insista.

—De verdad que lo siento, pero hoy no voy a comer fuera, gracias.

—Vale, no pasa nada. De todas formas, te voy a dejar una tarjeta con la oferta por si lo piensas mejor. ¿Qué te parece?

Su insistencia me resultó molesta.

—No quiero ser maleducado, pero ya te he dicho que no me interesa.

La chica me miró sin pestañear.

—Insisto, acepta la tarjeta con la oferta.

De repente, mis cinco sentidos se agudizaron. Esa persistencia traspasaba lo habitual. Decidí aceptarla.

—Vale, dame una y me lo pienso.

—Perfecto, aquí tienes. Muchas gracias. ¡Hasta luego!

La chica se fue y me quedé paralizado con aquel cartón de nueve por seis centímetros en la mano. La observé: recorrió el mismo

camino por donde había venido, pero no entró al supuesto bar donde estaba trabajando. Se perdió entre la multitud. Bajé la mirada y leí la tarjeta que sostenía:

«Bar Siglo XXI. Oferta especial: ESTÁS EN PELIGRO. TE ESTÁN VIGILANDO. SAL DE AHÍ. HENKY».

El miedo recorrió mi cuerpo hasta regresar a mis pensamientos. Miré por toda la plaza, presentí que algo malo pudiera ocurrir. Cegado por el temor, me levanté del banco para salir huyendo de allí, pero en ese mismo instante un hombre chocó conmigo. No pude verlo. Le tiré el sombrero que llevaba. Era el hombre que estaba sentado en el banco cuando llegué a la plaza. Recogí el sombrero del suelo y se lo devolví.

—Su sombrero, señor. Lo siento —le dije cagado de miedo.

—Muy amable, gracias por recogerlo. No te preocupes.

—La culpa es mía, señor. No le he visto llegar.

Las manos no dejaban de temblarme.

—Tutéame. No soy tan viejo —dijo de forma jocosa.

Su comentario me tranquilizó un poco.

—Sí, perdón, no era mi intención ofenderte —le aseguré.

—¿Esperas a alguien? Te he visto inquieto en el rato que llevo aquí tomando el sol.

Seguía distraído pensando en el mensaje de Henky.

—Pues… —miré a mi alrededor y continué hablando—, estoy esperando a alguien, pero creo que me va a dejar plantado.

—¿Una chica, verdad? Si no valora tu tiempo, no merece importancia.

—Sí, algo así —dije sin querer profundizar, tenía que salir de allí cuanto antes.

—Pues entonces estás igual que yo, joven. Estoy esperando a tres chicas: mi mujer y mis dos hijas, ya sabes, plan de compras por el centro.

Me estaba entreteniendo demasiado.

—Es una buena opción tomar el sol y...

Aquel hombre me interrumpió con la mirada, había visto a alguien a mi espalda. Me di la vuelta y vi como Solid estaba acercándose a pocos metros de nosotros.

—Parece que ha llegado la persona que esperabas —dijo guiñándome un ojo.

Solid ya estaba a mi lado mientras aguardaba en silencio a que acabásemos la conversación.

—Ahh, este es mi amigo, pero no es…

–Chaval, no le hagas esperar más a tu amigo o te las verás conmigo.

—Créeme que se lo merece —dijo Solid bromeando, como siempre.

—Pues aquí os dejo, muchachos. Uno que se marcha.

—Un placer conocerte.

—Igualmente —concluyó aquel hombre.

Y se marchó con su sombrero. Solid y yo nos quedamos de pie viendo como se alejaba por la acera de la plaza.

—Ahora es cuando me dices que el acosador es ese hombre de cincuenta años con altos conocimientos en informática y uso de Twitter.

—No, hombre —dije riéndome aliviado—. Ha sido una conversación extraña, pero no era el acosador. Era un hombre que estaba aquí esperando a sus hijas.

—Pues parece que os habéis hecho buenos amigos. No sabía que te iba ese rollo. Ponerte a ligar con hombres de esa edad.

—Eres gilipollas.

—Suelen decírmelo mucho. ¿Qué quería la chica que se te ha acercado antes?

—Me dio una nota con un mensaje de Henky. Me advertía de que aquí corría peligro.

—¿En serio?

—Sí, se acercó, insistió en darme la nota y se fue como vino.

—Igual sería buena idea irse de aquí.

—Eso creo, vámonos ya.

11

Henky

La plaza donde me había citado ese chico no era un buen lugar para encontrarnos, pero ya lo había puesto en peligro, tenía que ayudarle. Decenas de personas por los alrededores, sin saber si alguna de ellas era el asesino de Markus Ozola. Esperando a reconocerme. Sabían que acudiría a esa cita para hablar con él. Allí estaba, sentado en un banco, confiando en que alguien apareciese para resolverle el misterio. Acercarme a él me transformaría en hombre muerto, pero si no lo hacía, es probable que otra persona lo hiciera por mí con peores intenciones.

Se me ocurrió una idea apresurada, convencer a esa mujer. Una relaciones de un bar que estaba en una esquina intentando captar clientes. Agaché mi cabeza para no llamar la atención y me acerqué a ella. Le ofrecí cincuenta euros a cambio de que advirtiera al chico en mi nombre. Ella, que trabajaba a cinco euros la hora, aceptó sin miramientos. Volví a esconderme. Se acercó y le dio el mensaje escrito. Él lo observó y noté su nerviosismo. El miedo le obligó a huir, se levantó y chocó con alguien.

En ese momento de tensión, sin darme cuenta, la chica que había entregado el mensaje estaba otra vez a mi lado, dándome las gracias. No la había escuchado acercarse. Eso delató mi posición, no debió venir de nuevo. Miré a mi alrededor y me fijé como varias personas tenían la mirada clavada en la chica.

Me tocaba correr.

12

No habíamos conseguido avanzar nada en toda la mañana. Ese tal Henky lo único que hizo fue meterme el miedo en el cuerpo con aquella nota; sin resolvernos ninguna duda. Fui un idiota por creer en algo tan estúpido como que hubiese una conspiración alrededor de lo que pasó con mi trabajo fin de grado. Alguien se habría estado riendo de nosotros en todo este proceso. Las fotos, los tuits, la muerte del informe, los mensajes ocultos… Una broma de mal gusto para hacernos perder el tiempo y fastidiarnos. Quizá fuese cierto que ver tantas series en Netflix nos había afectado. Nos dejamos llevar por la emoción y las ganas de que hubiese algo más. No volvimos a ver nada nuevo en el perfil de aquel usuario ni obtuvimos respuesta alguna.

Aguanté los días siguientes las llamadas y visitas incesantes de Solid para convencerme que debíamos seguir adelante, pero yo no estaba por la labor. Como a cualquier persona, no me gustaba que me engañasen y si encima me hacían perder el tiempo, era doble enfado. Solid dejó de llamarme a los cuatro o cinco días, pero yo sabía que no iba a parar. Su afición por el misterio y su falta de percepción del riesgo eran la mezcla perfecta para obcecarse con dicha situación.

Las siguientes dos semanas no quise saber más del tema y estuve encerrado en casa sin hacer nada útil. Mi rutina favorita: dormir, comer y jugar al ordenador hasta altas horas de la noche. La ociosidad se había convertido en una fiel compañera de viaje. Volviendo a la rutina, tenía que pensar la forma de ganarme la vida, pero no estaba en mis planes buscar un nuevo trabajo.

Salí a la puerta de casa y me apoyé sobre la baranda mientras me daba el sol. Miré a ambos lados de la calle mordiéndome el labio con los dientes incisivos. No pensaba nada interesante que hacer. La gente pasaba a cada instante por los alrededores. Una pareja con bolsas del supermercado, una furgoneta de reparto, niños gritando en bicicleta… Todos con algún quehacer diario.

Me fijé como el viento intentaba mover un árbol que había en el jardín de enfrente. Se resistía a cada sacudida que le daba. Pensé en cómo habría aguantado hasta llegar a tener esa firmeza, soportando todo tipo de condiciones climatológicas. Por tonta que pareciese, me motivó la idea de plantar un árbol y verlo crecer hasta que llegase a ser tan fuerte como ese.

«¿Y si voy a un vivero y compro uno?», se me ocurrió.

Mi mente asimiló esa propuesta como algo excitante. Me pareció el mejor plan que había podido tener ese día, a pesar de que no tuviese nada de especial. Alcé los hombros y fui a por las llaves del coche para ir al vivero que estaba al salir de Santa Fe.

Eran las once y media cuando aparqué justo enfrente de la puerta. Solo había un Ford de color blanco en el parking. Supuse que era del trabajador de allí. Nunca había estado en un vivero hasta ese día. El interior era una nave con forma de invernadero gigante donde el techo era de un material translúcido. Olía a tierra mojada y todo estaba lleno de diferentes plantas y productos relacionados con la jardinería. Me acerqué al mostrador y me di cuenta de que allí no había nadie. Miré a mi izquierda y había una habitación abierta llena de árboles frutales. Enfrente tenía un par de pasillos con estantes a los lados y una puerta abierta al final. Crucé por allí y salí a una explanada. Un techado cubría una centena de árboles más grandes. Seguí andando hacía delante hasta que alguien me interrumpió por la espalda.

—¡Hola!

Al escuchar el saludo, me giré y vi como una chica vestida con un mono rojo y unos guantes enormes me miraba con ganas de saber qué hacía allí merodeando.

—Hola, estoy buscando a alguien que me ayude.

—¿Te sirvo yo? —me dijo señalándose a ella misma con esos enormes guantes.

—Supongo que sí. Estoy interesado en comprar un árbol para plantarlo en la puerta de casa.

—¿Qué tipo de árbol quieres?

—No tengo ninguno pensado en concreto. Alguno que huela bien y dé frutos.

—Te podría interesar un limonero entonces. Son resistentes al invierno y al verano de aquí. Sígueme y te enseño los que tenemos.

Esa chica era decidida. No me dio más oportunidad de pensarlo. La seguí hasta volver de nuevo a una de las habitaciones interiores.

—Mira, aquí tenemos estos tres limoneros con un año de vida. Si los cuidas, en otro año más se pondrán enormes.

—¿Pero me tengo que llevar los tres a la fuerza? —bromeé.

—No, chiquillo, puedes elegir uno de los tres. Ahora mismo solo tenemos estos.

—Pues dame el que mejor se haya portado.

—¿Como si fueran niños? Anda, llévate el de la izquierda.

—Perfecto.

Cogí el limonero y me dirigí hasta el mostrador.

—Mira, y te vas a llevar un fertilizante con quelato de hierro para echárselo cada siete días. Voy al almacén a por él.

—¿Un quelato de qué?

—Quelato de hierro. Sirve para que tu limonero crezca más rápido —y se metió por una puerta que había detrás del mostrador.

—De acuerdo.

Justo al meterse aquella mujer en el almacén, noté algo punzante clavado en la parte inferior de mi espalda. Giré mi cabeza para ver qué era, pero una mano bloqueó mi movimiento. La voz de un hombre resonó cerca de mi oído.

—Dile a tu amigo que deje de meterse donde no le llaman o tendrá peores consecuencias.

Sin moverme, le intenté sacar más información.

—¿Qué amigo? ¿Qué ha pasado?

—Sabes muy bien de quién hablo.

En ese momento la chica del vivero apareció por la puerta.

—Aquí traigo el quelato de hierro —levantó la cabeza y vio a mi nueva compañía—. ¡Hola! ¿Qué necesitas?

El hombre aflojó el objeto punzante con el que me estaba apretando en la espalda y me puso la mano por encima del hombro.

—Hola, soy el hermano de este hombre. He venido a recordarle que no teníamos herramientas para plantar el árbol. No te olvides de comprarlas. Te espero en el coche.

Y sin mediar una palabra más, me dio un par de golpecitos en la espalda y se fue por la puerta.

—¿Quieres herramientas? —me preguntó la chica señalando varios aperos que tenía al lado.

—Sí, por favor. Necesito un escardillo.

—Muy bien, pues con el escardillo, son treinta y tres euros.

—Dicho y hecho. Aquí tienes. Gracias.

—A ti. Que lo disfrutes.

Salí de aquel vivero con las manos temblando. Aquel hombre había desaparecido. Abrí el maletero del coche y metí el limonero con la poca delicadeza que me permitió ese momento. Lo cerré y antes de meterme dentro del coche, apoyé las manos en el marco de la puerta. Me faltaba un poco el aire. Respiré lo más hondo posible mientras me aflojaba el cuello de la camiseta. Una vez repuesto, me subí al coche para dirigirme a casa.

Al llegar, agarré el limonero y lo puse en la entrada. Cerré el coche y junté todas las herramientas de jardinería que tenía guardadas en el garaje. Lo extraño fue que mi mente no quiso ahondar en lo que había ocurrido. Estaba como en un estado de shock. Es como si mi cabeza quisiera olvidar lo sucedido.

Estuve aproximadamente una hora sacando tierra de un cerco sin loseta que había en la acera de la puerta de casa, sin pensar en nada. Quité raíces y trozos de madera secos para hacer espacio al limonero. Una vez conseguida la altura del agujero, lo introduje de tal manera que quedase a ras de suelo. Rellené con la tierra que había sacado previamente y apreté con mis manos los alrededores del limonero para que quedase firme. Finalmente, coloqué cuatro estacas en cada esquina de aquel cerco cuadrado y puse una malla

de medio metro de altura alrededor de ellas para proteger al pequeño árbol.

Tenía las manos sucias y dolor en las rodillas después de haber estado tanto rato agachado escarbando aquel agujero. Me senté justo al lado de mi nuevo limonero en el borde de la acera, y recobré emociones. De repente, me acordé de las palabras de aquel hombre y pensé en Solid.

«Dile a tu amigo que no se meta donde no le llaman o tendrá peores consecuencias».

No podía ser otra persona. Saqué el móvil del bolsillo con las manos llenas de barro y marqué el número de Solid. Un tono, dos tonos, tres tonos… Me quité el móvil de la oreja y colgué. No lo cogía. Abrí el WhatsApp y le envié un mensaje pidiendo que me llamase. Mientras tanto, terminé de recoger las herramientas de jardinería y entré en casa. Me quedé mirando ese pequeño limonero como el que terminaba una creación tallada en piedra. Luego, cerré la puerta de casa y fui a limpiarme las manos y la cara.

13

Ya habían transcurrido un par de horas desde que envié el wasap a Solid. Me había dado tiempo a comer y a ducharme, pero no me había respondido. Volví a llamarle con el mismo resultado. Miré en mi ordenador la última vez que se había conectado: llevaba tres días sin hacerlo. Ya me estaba empezando a preocupar demasiado.

Volví a coger las llaves del coche y me dirigí hacia la tienda de Solid. Desde mi casa hasta allí, había unos diez minutos contando con los respectivos semáforos y algún que otro atasco mañanero. Conduje el trayecto sin música y con una pequeña rendija en mi ventana para que el aire exterior tranquilizase mis pensamientos. No quería anticiparme a los hechos, pero el sentido común me decía que Solid no iba a estar allí.

Estando dentro del coche, paré en doble fila justo en la puerta de la tienda. De lejos vi que tras la cristalera del escaparate no se vislumbraba movimiento. Puse los intermitentes y me acerqué a la puerta. Cerrada. La golpeé varias veces con el puño de la mano. Ninguna respuesta tras ella. Volví a marcar su número en mi móvil. Otra vez lo mismo, cinco o seis tonos sin contestación. Pensé en enviarle otro wasap, pero si no había respondido al primero, no lo haría con uno nuevo. Me quedé un rato observando el interior de la tienda a través de los cristales de la puerta.

Todo parecía en orden. Salvo que no estaban las persianas echadas. Es decir, la última vez que Solid estuvo aquí no cerró para irse. Pensaba volver, pero aún no lo había hecho. Se me ocurrió ir a su casa para comprobar si estaba allí, pero no sin antes pasar por la mía para coger sus llaves.

Justo cuando entré por mi calle, vi un coche azul oscuro aparcado encima de la acera de mi puerta. Ese coche me resultó familiar. Tenía la puerta del piloto abierta y la cancela de mi casa estaba entornada. Me coloqué detrás de este y apagué el motor. Solo podía ser una persona. Y no me iba a gustar que lo fuera. Al salir del coche, escuché unos tacones bajar por las escaleras de casa y una chica rubia se asomó para ver quién había aparcado detrás. Me reconoció en cuestión de segundos. Deseé mentalmente que no dijera la frase. No quería que mis sospechas se confirmaran. Se acercó hacia mí, me saludó dándome un abrazo y me habló:

—Cuánto tiempo sin verte, Vence, estás igual que siempre.

Aparenté normalidad, no quería asustarla así de primeras.

—Lo mismo digo, Diana, pero tú más guapa que yo.

—Venga ya, hombre; tú que siempre me ves bien. Oye, por cierto —no lo digas, por favor—, ¿has visto a mi hermano? Llevo tres días sin localizarlo y en su casa no me abre nadie.

Y ahí estaba la frase que no hubiera querido escuchar bajo ninguna circunstancia.

14

Tenía a la hermana pequeña de Solid en la puerta de casa preocupada por su hermano. Solid podía estar días y semanas sin dar señales de vida, pero lo único que no dejaba de hacer es hablar y verse con su hermana con frecuencia. Desde que le pasó lo del acoso con ese tío, Diana y Solid eran uña y carne. No se separaban nunca, se lo contaban todo. Si alguno de los dos tenía indigestión, el otro lo sabía.

—Aparca el coche ahí enfrente y entra en casa —le indiqué.

—Vence, me estás preocupando. ¿Ha pasado algo?

—No lo sé. Pero me puedo imaginar qué ha podido pasar.

—Voy a aparcar y me cuentas.

Diana era la versión mejorada en mujer de Solid. Con sentido del riesgo y, desde que el tío ese le chantajeó con las fotos, se había vuelto una de las personas más listas que jamás había conocido. Fue como un antes y un después en su vida. Ahora tenía veintiocho años y poca gente se había podido aprovechar de ella desde entonces. Manejaba a los hombres a su antojo. Los tenía siempre comiendo de su mano. Era atractiva, metro setenta, rasgos escandinavos; piel clara, ojos azules y pelo rubio natural. Me recordaba demasiado a Solid. Tenía su misma forma de cara, nariz y bastantes expresiones en común.

Estudió publicidad y se especializó con un máster en el sector inmobiliario. Ahora estaba trabajando en una de las empresas más famosas de compra-venta de inmuebles del país. Se le daba bien estar de cara al público. Conocía las debilidades y los deseos de cada uno de los clientes con solo tener una breve conversación con ellos. Era complicadísimo ocultarle algún tipo de emoción cuando hablabas

con ella. Lo intuía casi todo. E iba a ser complicado engañarla para que no se preocupara por su hermano.

Esperé en la calle hasta que pudo aparcar. Mientras que entrábamos en casa, nos pusimos al día de nuestras situaciones actuales. Yo tampoco tenía mucho que explicarle. Ella me dijo que estaba actualmente vendiendo casas a ricachones con ganas de gastar pasta en cualquier cosa. Así que aprovechaba para encasquetarles todo tipo de comisionistas para reformar las casas recién compradas.

Estando ya dentro, le invité a que se sentara y bebiese lo que le diese la gana. Ella se descalzó, colocó sus sandalias cerca de la puerta, fue a la cocina, cogió una cerveza y se sentó en el sofá del salón. Yo me quedé observando cada uno de sus pasos como un mero espectador.

—Oye, aquí huele a cebolla. Tienes que dejar de pedir pizzas barbacoa por la noche porque dejan un olor asqueroso. Menos mal que no soy un ligue tuyo —se levantó de nuevo con la cerveza en la mano y abrió de par en par la ventana del salón—. Así mejor.

—Me tienes que buscar alguna de tus amigas para que me ayude a limpiar por las noches, si no, imposible evitar ese olor.

Fui a la cocina a por otra cerveza, la mía sin alcohol, y me senté justo enfrente. No podíamos tampoco estar mucho tiempo allí, había que encontrar a Solid.

—Tengo una que acaba de dejarlo con su novio, si le das unas semanas para que se olvide de él te la presento.

—Ya haremos trato, pues.

—Ve ahorrando, te hará falta. Mis intermediaciones son caras. Y bueno, ¿me vas a contar dónde está mi hermano o qué?

—Emmm… Sí… —me rasqué la barba—. Pues la verdad que no sé dónde está. Llevo dos semanas sin verlo y no me coge el teléfono. Acabo de venir de la tienda, pero tampoco estaba allí. Al WhatsApp tampoco me responde.

Oculté lo que me había pasado en el vivero. Solo conseguiría preocuparla más.

—¿Y esa historia que os traéis sobre que alguien te estaba ciberacosando tiene algo que ver?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Vence, mi hermano me cuenta todo. Hasta cuando va al váter. De hecho, a veces me envía fotos de sus cagadas, literalmente.

—Qué asco, joder… Si te ha contado todo, sabrás que hace dos semanas quedamos con el supuesto ciberacosador en la plaza Nikola Tesla.

—Sí, me lo contó.

—Pues no se presentó nadie y yo me sentí tan decepcionado que no quise saber más de todo lo que pasó. Aunque sí es verdad que tu hermano quiso seguir profundizando, pero no me convenció. Hasta hoy que quise llamarlo para hablar sobre el tema y no me ha cogido el móvil. Entonces, me he preocupado.

—¿Y tú sabiendo que no le teme a nada ni a nadie no le dijiste que parase?

—Después de quedar en la plaza, vino a verme los días siguientes para tratar de persuadirme. Pero le dejé claro que teníamos que olvidarnos de lo sucedido. De hecho, hasta hoy no quise hablar sobre eso con él.

—O sea que es posible que esté desaparecido —dijo con tono preocupado—. ¿Y por qué precisamente hoy querías hablar con él? Vence, si me estás ocultando algo, dímelo. ¿Qué tenías pensado hacer ahora? ¿Ir a la policía?

—Venía de la tienda a coger las llaves de la casa de tu hermano para ver si estaba allí.

—¿Tienes las llaves de su casa? Vamos para allá —bebió de un trago la mitad de cerveza que le quedaba, se incorporó, se puso las sandalias y salió a la calle sin apenas esperarme—. Yo conduzco.

Viendo que iba a irse sin mí, cogí las llaves de Solid y salí de casa lo más rápido posible para alcanzarla. Entré en su coche justo cuando ya estaba metiendo la primera marcha para salir.

—Un poco más y me dejas en tierra, mujer.

—No es tu hermano el que está en peligro.

Ya no tenía ganas de hacer bromas. Su preocupación había inundado sus pensamientos.

—Como si lo fuera.

—Ya veo. A ti te deja las llaves de su casa y a mí no. Esa se la tengo guardada.

—Será que a mí me quiere más.

Diana le pegó un leve roce con el pie derecho al freno del coche para mirarme sin decir nada. Consiguió hacer que yo me moviera hacia delante por la inercia y girase al mismo tiempo mi cara para mirarla. Ella me negó con la cabeza haciéndome intuir que era la última vez que hacía una broma de ese tipo.

—Nadie quiere más a mi hermano que yo. ¿Lo has entendido?

—Creo que me ha quedado claro.

15

Solid. Año 1998.

Mis padres me estaban llevando de nuevo a ese médico con gafas que me miraba sin decir nada. Había perdido la cuenta de las veces que lo había visto. Mi hermana Diana no paraba de reírse de mí mientras me daba la mano. Entramos todos a aquella consulta. El doctor tenía unos documentos entre las manos. Volvía esa mirada sin expresión.

—Como bien saben, la falta de respuesta al miedo de Solid está asociada a disfunciones en la amígdala. Sus continuas peleas en el colegio son producto de ese defecto. Para que lo entiendan, es complicado corregir una conducta cuando no dispones de un sensor o chivato que te avise de que lo estás haciendo mal.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó mi padre preocupado.

—Hay un problema que hay que tener en cuenta: puede que esa carencia en Solid lo predisponga a cosas como la criminalidad adulta. Si no reducimos su conducta actual, estará predispuesto a afrontar situaciones anormales en el futuro. Pero eso no es lo peor, el peligro reside en los trastornos asociados que se generarán.

—¿Doctor, está usted diciendo que nuestro hijo va a ser un criminal cuando sea mayor?

—No, el crimen no es un desorden cerebral. La psicopatía sí, por ejemplo; y por eso debemos actuar de raíz para evitar dichos trastornos. Su hijo es insensible al miedo, pero con un tratamiento pedagógico para enseñarle a comportarse correctamente, podremos reducir la probabilidad de lo citado.

—Haremos lo que sea necesario, ¿qué te parece, Solid? —me dijo mi madre mientras me acariciaba el pelo.

Yo no entendía nada de lo que había dicho ese médico. Lo único que me importaba era que mi hermana me estaba haciendo tonterías para no estar triste.

16

Hicimos el camino hasta la casa de Solid en silencio. Cada uno imaginando posibles situaciones que encontraríamos allí. Llegamos a la calle de su hermano y aparcamos a un par de metros de la casa. Bajamos del coche y vimos desde lejos todas las persianas echadas.

—¿Crees que le habrá pasado algo malo?

—Esperemos que no —dije mientras recordaba las palabras de aquel hombre en el vivero.

—Tengo miedo, Vence. Cuanto más lo pienso, más nerviosa me pongo. Vamos a abrir esa maldita puerta.

Diana me agarró tan fuerte de la mano que llegué a notar mis propios latidos en ella. Así fuimos hasta la puerta de la casa y, con mi mano libre, golpeé varias veces en el llamador. Fueron unos segundos intensos. Notaba el miedo en Diana. La hermana de Solid que todos conocíamos, segura de sí misma, independiente, fuerte, estaba como un crío agarrándome de la muñeca. Mis oídos se agudizaron de tal manera que oí cómo tragaba saliva. Nadie abrió la puerta.

—Voy a abrir —dije.

—Vence, he estado imaginando muchas situaciones ahí dentro. No quiero verlo. Guíame tú.

Nos temíamos lo peor. Sin dejar de apretarme la mano, Diana colocó su frente en mi espalda de manera que no viese nada de lo que encontrásemos al abrir. Me utilizó como barrera para no ver la realidad.

Giré una vez la llave para abrir, pero la puerta no se abrió. Eso provocó que, aparte de apretarme la mano, me hincase las uñas. Me dolió como una picadura de avispa. Esa mujer tenía una fuerza

desproporcionada en los brazos en comparación con su peso de unos cincuenta y pico kilos.

—Diana, relájate. Me vas a reventar la mano. La llave está echada. Tengo que girar otra vez.

—¡Hazlo ya, por Dios!

Volví a girar la llave y la puerta se abrió. Una nube de oscuridad se presentó ante nosotros. No se veía nada. Busqué los interruptores en la pared a tientas y encendí la luz del pasillo. Tenía el salón a mi derecha, las escaleras para subir a la planta de arriba a mi izquierda y la cocina al fondo del pasillo. Diana aún estaba acostada sobre mi espalda cuando me dirigí hacia el salón y abrí la puerta. Busqué de nuevo un interruptor para encender las luces de la nueva habitación. No tenía visual de quién estaba tumbado en el sofá, pero vi como sobresalían un par de pies con sendos calcetines. No se movían.

Fui acercándome hasta que me asomé por encima y reconocí de quién eran esos pies. Solid estaba allí. Con mi mano libre le puse el dedo debajo de la nariz: respiraba. Estaba durmiendo, con la boca abierta y la ropa puesta. Diana seguía con los ojos tapados. Me había soltado la muñeca y me estaba agarrando la parte posterior de los hombros con ambas manos. Notaba su aliento cálido en mi espalda al traspasar mi camiseta. Se me ocurrió comprobar el estado de salud de Solid. Cogí mi móvil, puse la linterna, le abrí los párpados y le pegué un fogonazo directo a los ojos. Sus pupilas se contrajeron. Solid reaccionó liberando un gruñido. Su hermana me soltó y se asomó por encima del sofá.

—¡Solid! ¡Estás aquí!

—Grrrr… —gruñó Solid.

—¿Estás bien, hermanito?

—Grrrr… —otro gruñido.

—Déjalo que descanse, Diana. Ya habrá tiempo para preguntarle cosas. Vamos a la cocina mientras.

Dejamos a Solid durmiendo en el salón y abrimos las ventanas para que ventilase. Luego, fuimos a la cocina.

—Vence, muchas gracias —y mientras me lo decía, me agarró la cara con las dos manos, me plantó un pico en la boca y me abrazó

justo después.

El semblante de Diana había cambiado. La realidad la tranquilizó. Ella era así, podía estar dándote un beso y al mismo tiempo cabreándose contigo por cualquier cosa.

—Joder, ojalá esté tu hermano en peligro con más frecuencia para obtener esa recompensa.

—Te lo has ganado. No hubiera podido venir sola, no lo hubiera soportado. Pero no te acostumbres. Si alguien pregunta, lo negaré todo.

—Que me quiten lo bailao'.

—¿Tú crees que Solid está bien?

—O ha pillado una borrachera, o lo han drogado. Y desde que lo conozco, nunca se ha emborrachado. Así que me decantaría por lo segundo.

—Entonces, ¿no tendríamos que llevarlo a un hospital?

—A ver, no soy médico, pero respira, sus pupilas han respondido a la luz y no hay indicios de que haya vomitado. Por lo que me atrevería a decir que lo que tiene es una resaca importante. Si ahora cuando se levante no se acuerda de nada, es que lo han drogado fijo. O se ha drogado él, que lo dudo.

Estaba haciendo el papel de mi vida. Con la intención de no asustar más a Diana, me estaba conteniendo las ganas de decir que un tío me había amenazado con hacerle daño a Solid.

Durante las siguientes dos horas estuvimos rebuscando por la casa en busca de alguna pista que nos dijera lo que hizo los días anteriores, pero no encontramos nada. Harta de esperar, y sabiendo que su hermano ya estaba a salvo, Diana llenó un cubo de agua y se fue a por él. Solid se limitó a cambiar de posición mientras dormía durante las dos horas que estuvimos allí, hasta que de repente notó como un chorro de agua fría se le estampaba en la cara. Su postura cambió de estar tumbado a erguido como si de un suricato se tratase. Sus ojos se abrieron y pareció como si hubiese despertado de una mala pesadilla.

—¡Espabila, hermanito! Que ya es hora. ¿Está fresquita el agua?

—¡La puta madre! ¿Qué coño...? —Solid abrió tanto los ojos que pensé que se le iban a salir de las cavidades.

—Bienvenido de nuevo a la vida, colega —le animé.

Diana se abalanzó hacia él y le soltó un abrazo de varios minutos.

—¿Por qué coño me habéis tirado agua cabrones?

—Llevas tres días sin dar señales de vida; nos tenías preocupados —dijo Diana.

—¿Cómo que tres días? Si yo estaba en… —se quedó pensando unos segundos—; joder, no me acuerdo. ¿Qué día es hoy?

—Hoy es viernes por la tarde, día dos, primera semana de junio —especificó Diana.

—Imposible, es imposible. Solo tengo recuerdos del jueves por la mañana hacia atrás. Dejadme el móvil, por favor. Lo necesito para comprobar una cosa.

—No tenemos tu móvil, Solid —objeté—. Y, además, hemos rebuscado por tu casa y no hemos encontrado nada.

—Entonces, ¿dónde está mi móvil?

—Sería un buen momento para que recuerdes todo lo que puedas, hermanito.

—Primero necesito un café, mi cabeza me va a estallar.

17

Por los síntomas presenciados, es posible que a Solid lo drogaran con algún tipo de estupefaciente o narcótico capaz de anular su voluntad. Una borrachera común no te aniquilaba durante tres días con amnesia. Y a saber las horas que llevaba durmiendo. Burundanga, rohypnol, éxtasis líquido: cualquiera de ellas era suficiente para abusar de una persona sin que esta ofreciese resistencia.

—No os enfadéis conmigo, pero estuve investigando por mi cuenta durante estas dos semanas sobre tu caso, Vence. Ufff… madre mía, qué dolor de cabeza tengo.

—Mira que te dejé claro que te olvidaras del tema…

—Pues cuando te cuente lo que he descubierto —una mano voló rumbo a la nuca de Solid, resonando por todo el salón—.

—¡Ahhhh! ¡Mi cabeza, joder! No me martirices más, Diana.

—No vuelvas a hacerte el superhéroe sin decirnos nada. ¿Me has escuchado? Cuando vayas a hacer de nuevo otro de tus actos heroicos, avísame o me encargaré yo de matarte.

—Joder, Diana, qué dolor tengo ahora. Lo que he conseguido descubrir es…

Esta vez no hubo un golpe en la nuca, Diana agarró a Solid por la camiseta y se puso cara con cara a escasos diez centímetros.

—Me da igual lo que hayas descubierto. ¿Me has entendido sobre lo de hacerte el valiente o no?

—Sí, hermanita. ¡Ay, Dios mío!

—Diana, entiendo tu enfado, pero ¿no deberíamos dejar que se explique?

—¿Tú también quieres recibir? A ver si es que por haberte dado un beso antes no te puedo soltar una colleja. Soy capaz de ambas

cosas.

—Un momento, ¿le has dado un beso a mi hermana?

—Sí —volvió a sujetarlo por la camiseta—. ¿Tienes algún problema?

—No, no, en absoluto.

—Ahora, vas a contarnos a Vence y a mí todo lo que sabes. Empieza.

—Me han entrado hasta náuseas por el golpe que me has dado. Escuchadme —hizo una pequeña pausa—. Después de los dos días que estuve yendo a tu casa y no convencerte, decidí investigar un poco por mi cuenta. Bueno, un poco no, la verdad, me fui a la universidad los siguientes días.

—La mejor idea para no llamar la atención, sí señor —le dije.

—Y estuve yendo a las clases de uno de los cabrones del tribunal que te acusó de maltrato animal. El catedrático Alberto Ajaquefa.

—La madre que te parió, que es la misma que la mía —gritó Diana.

—Es un profesor que a mí no llegó a darme clase, por lo que no pudo reconocerme los días que estuve allí. Y, además, me metí en una asignatura que los alumnos suspenden hasta casi en el último año de curso. Había como setenta u ochenta alumnos. Yo me camuflé en las últimas filas sin mucho esfuerzo.

—Hasta ahora no la has cagado; legalmente, cualquiera puede asistir a una clase universitaria. Continúa.

—No os voy a engañar, mi intención era acceder a su ordenador y buscar cualquier indicio relacionado con tu trabajo fin de grado. Estuve yendo esos días para ver en qué momento podía acceder al portátil. Pero no se separaba de él. Incluso cuando hacía algún descanso, muchos alumnos se quedaban en clase y no era plan de acercarme a rebuscar en su mesa delante de todos. Así que se me ocurrió un plan.

—El plan. Qué sería de ti sin un maldito plan.

Diana ya estaba en posición para darle una nueva colleja a Solid, pero se contuvo las ganas.

—El plan salió a la perfección: como no podía acceder a su ordenador, decidí pedirle una tutoría haciéndome pasar por uno de

los alumnos y verme con él en su despacho, para consultarle dudas. La mayoría de veces, los profesores no tienen las fotos de sus alumnos, así que no me resultó complicado pasarme por uno de ellos. Pero necesitaba un cebo. Alguien que lo entretuviera mientras estábamos en el despacho. ¿Vence, recuerdas esa vez que estábamos en una revisión de examen y vimos al profesor de Electrotecnia aprobar a una chica por la cara?

—Por la cara, por los pechos, por llorarle y por oler bien.

De repente una colleja fue a parar a mi cuello. Intuí que a Diana no le había hecho mucha gracia mi comentario. Yo asentí reconociendo que la merecía.

—Pero no por la nota —admitió Solid—.

—Teníamos alrededor de un cuatro y ella entró con un tres con dos y salió aprobada. Y nosotros suspendimos. Me acuerdo a la perfección que hasta la chica nos guiñó al salir.

—Es que fue una cantada increíble lo que hizo. Así que pensé que necesitaría una chica para captar toda la atención del profesor. Si ya había funcionado con uno, es posible que funcionase con otro. Y en los días que estuve yendo a esa clase me hice amigo de una universitaria de primer año y le ofrecí sesenta euros por hacerme de cebo.

—¿Y ella accedió?

—Obvio que sí. ¿Quién se iba a resistir a mis encantos?

—Pues cualquier chica con dos dedos de frente, aunque en este caso no voy a entrar a valorar la capacidad intelectual de una de primer año —dijo Diana resignada.

—Y que sesenta euros en cervezas son muchas cervezas. Los universitarios valoran el dinero basándose en la cantidad de cervezas y porros que pueden consumir. Y más si no son de la propia ciudad. Pero volviendo al tema: este miércoles pasado por la tarde me presenté en el despacho de tu querido profesor de tribunal. No me resultó complicado preguntarle unas cuantas dudas del temario de la asignatura. Estuvimos unos diez o quince minutos intercambiando conceptos sobre la transformada de Fourier. Hasta que la puerta sonó y la cabeza de una inocente chica se asomó por ella junto a una dulce voz. De primeras, el profesor no quiso hacer caso a la

chica, pero la insistencia de ella lo terminó por convencer. Se levantó, cerró la puerta y atendió a la chica en el pasillo. Estuve unos cinco minutos solo en aquel despacho mientras esa chica mantuvo distraído al profesor. La suerte estuvo de nuevo conmigo: su ordenador no estaba bloqueado. Tenía el escritorio de Windows y un par de pestañas abiertas en el navegador Chrome. Tuve el tiempo suficiente para encontrar información interesante sobre tu trabajo fin de grado. Lo busqué en el buscador de Windows: «Dispositivo electrónico neuro-compatible». Cribando varios documentos sin importancia, encontré unos relacionados con la neuro-compatibilidad. No profundicé en lo que ponía, pero me dio tiempo a fotografiar varias hojas de uno de los documentos con mi móvil. Luego volví a la silla y me aseguré de dejar su ordenador tal cual lo había dejado él. Minutos después, el profesor entró de nuevo y terminamos aquella tutoría. Yo me despedí y me fui para casa.

—¿Y pudiste ver las fotos que hiciste?

—Sí. En cuanto llegué a casa me puse a verlas en el móvil. Las hice un poco borrosas, pero aprecié una especie de lista con códigos y una serie de parámetros asignados a cada código.

—¿Y nada más?

—¿Te parece poco lo que llegué a obtener en cinco minutos? Te recuerdo que tú te rendiste a las primeras de cambio.

—Ahí tiene razón mi hermanito.

Por primera vez en todo el día, Diana estaba dando la razón a Solid. Si ya no tenía suficiente con él, no me quería imaginar lo que llegarían a hacer estos dos juntos.

—Ah, y se me olvidaba. En esas fotos, aparte de los códigos, vi los documentos marcados en la cabecera con el nombre de «Proyecto Sulley».

—¿Proyecto Sulley? —dijimos al mismo tiempo Diana y yo.

—Yo ando lento de neuronas ahora mismo, así que no me pidáis que sepa lo que significa.

—Aún no nos has contado por qué no te acuerdas de estos últimos días y qué relación tiene con todo esto.

—Ahora viene lo mejor. Resulta que, al día siguiente de haber conseguido las fotos, el jueves, recibí un wasap por la tarde de la

chica que me ayudó a entretener al profesor. Me dijo que había hablado con él por la mañana y que le había asegurado que la iba a suspender si no realizaba una práctica adicional conmigo. ¡Conmigo! Eso me descuadró. Le había dado un nombre falso al profesor, era imposible que de repente me quisiera juntar con esa chica para hacer un trabajo adicional. Por lo que supuse que el profesor quería darme caza. Lo que pasa que él no sabía quién era yo en realidad, ni tenía forma alguna de contactarme. Solo tenía a esa chica para dar conmigo. Le puso la excusa de que yo sabía bastante de la asignatura y que era probable que aprobase con ese trabajo extra. La chica me dio pena y no me resistí a quedar con ella para explicarle que no iba a ayudarle.

—¿Y tú sabiendo que ese profesor quería dar contigo, quedas como si nada con esa tía? Eres gilipollas —le dije.

—Escúchame, Vence. ¿Cómo coño iba a saber yo que iba a terminar así quedando en un sitio público como la cafetería de la universidad? Sabía que ese profesor me buscaba e incluso que esa chica podría estar en el ajo, pero de ahí a que no me acuerde de lo que pasó después de quedar con ella… Era un sitio neutral, con muchos universitarios y a plena luz del día. No lo interpreté como una situación de alto riesgo. En serio.

Aunque Solid entendiera en su cabeza que no figuraba como una situación arriesgada, lo era. Cualquier persona normal, con sentido del riesgo, no hubiera quedado con esa chica.

—Joder, Solid. Te he dicho miles de veces que me llames cuando creas que vas a meterte en situaciones peligrosas. Hubiera ido en seguida. Sabes que estaba en casa sin hacer nada.

—Vence, me lo dejaste claro. No querías saber nada del tema. Y no quería ser pesado.

—Dejad de lamentaros y termina la historia —interrumpió Diana.

—A ver, yo me presenté en la cafetería y esa chica ya estaba esperándome en una mesa sola. Me senté, pedimos un par de cervezas con sus respectivas tapas y estuvimos hablando un rato. Yo me inventé la excusa de que era de otro turno de la asignatura y

que me había metido en esa clase para recuperar las horas que había perdido en mi horario. También le confesé que mi intención era robarle los exámenes al profesor, pero que no pude al final. Incluso me quiso devolver los sesenta euros que le di por haberme ayudado, pero yo me negué. Estuvo a punto de llorar porque pensaba que iba a suspender la asignatura después de todo. No entendió por qué le habían asignado un alumno de otro turno. A partir de ahí, no me acuerdo de una mierda. Creo que me sentí mal y fui al servicio. Pero no sé más.

—Sumisión química.

—¿Cómo? —me preguntaron ambos.

—Que de alguna forma te drogaron para manipular tu voluntad y aprovecharse de ti. Lo normal es que lo hagan en violaciones o robos de dinero. Burundanga, éxtasis líquido, rohypnol… cualquier sustancia de ese tipo.

—¿Y tú cómo sabes tanto? —preguntó Diana.

—Creo que es lo único bueno de ver tantas series policíacas en Netflix. Aprendes todo ese tipo de cosas. Además, es de sentido común. Esas drogas se utilizan para obtener algo sin forzar a la víctima. Y viniendo de haber robado dos fotos y que tu móvil haya desaparecido, blanco y en botella.

—Querían borrar las fotos de tu móvil —Diana miró a su hermano.

—¿Drogarme para robarme el móvil? Pero si ni siquiera podrían desbloquearlo sin mi permiso. Necesitan mi huella.

—Te recuerdo que, si te han drogado, uno de los síntomas más comunes es la anulación de la voluntad. Hubieras hecho todo lo que te hubiesen pedido. ¿Has comprobado la localización de tu móvil? Cuando te llamé seguía dando tono. Es posible que, si sigue encendido, la localización siga activada. Aunque si le has dado las contraseñas… la cosa se va a complicar.

—Pero ¿cómo voy a comprobar nada si me habéis despertado hace un rato con un cubo de agua?

—¿Y no sería recomendable llevarte a un hospital a que te hagan pruebas? —dijo Diana.

—Si han pasado más de diez o doce horas, es probable que no queden restos de droga en su cuerpo.

—Joder con el experto en estupefacientes.

—Sigo sin entender algo —pensé por un momento—; ¿quién te drogó? ¿La chica?

—La chica imposible. Nos pedimos dos cervezas con tapas y ni se acercó a mis consumiciones.

—¿El camarero abrió las cervezas delante de ti? —volví a preguntarle.

—Correcto. No pudo haber echado nada en ellas. Eran tercios de cristal cerrados. Aunque ahora que lo pienso, el camarero me preguntó qué queríamos de tapa.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Joder, Vence, parece que el que tiene lagunas mentales eres tú. Has sido universitario como yo. En esa cafetería nunca preguntan qué tipo de tapa quieres. Siempre ponen lo que les da la gana.

—Mmm… ¿y tú qué pediste?

—Le pregunté al camarero qué tenían y me dijo que les quedaba pincho de tortilla, carne en salsa y arroz amarillo. La chica pidió carne en salsa y yo pincho de tortilla. Sí es verdad que el camarero nos puso los platos en la mesa, es decir, la carne en salsa al lado de la chica y la tortilla en mi lado. Sin preguntarnos. Nada sospechoso, pero ahora que lo pienso, es posible que ese camarero forzase a que yo me comiera ese pincho de tortilla.

—Tiene toda la pinta de que metieron algo en ese pincho.

De repente se escuchó otro estruendo en el salón seguido de un quejido de Solid.

—¡Ahhh! ¿Pero por qué me pegas ahora?

—Es que me he acordado de nuevo de todo lo que has hecho sin avisarnos. No vuelvas a hacerlo. ¿Vale?

—Me vas a dejar tonto para siempre.

—Ya lo eras desde hace mucho tiempo, solo estoy certificándolo.

No sé por qué, pero esa manera de actuar de la hermana de Solid me ponía muchísimo. Incluso pensé en el beso que nos habíamos dado. Me imaginé besándonos con más pasión y de

manera prolongada. Otro golpe se escuchó en el salón. Esta vez la víctima fui yo.

—Vence, despierta. ¿En qué estás pensando? Te has quedado clisado.

—Ehh, perdón. Estaba pensando que deberíamos averiguar qué hizo esa chica después y dónde está el móvil de Solid.

—Tienes razón. Solid —ordenó Diana—, ve a la ducha y nos ponemos con ello.

Y así es como por fin empezamos a investigar el caso. Había estado escéptico estas últimas semanas, pero ya estaba comprometido. A mi amigo lo habían drogado y a mí me habían amenazado. No había vuelta atrás. ¿Estábamos expuestos? ¿Sabría algo la policía? Ya no podíamos hacer como si nada hubiera pasado. Y encima, habíamos metido en el caso a la hermana de Solid. A ver quién era capaz de mantenerla al margen.

18

Esa misma tarde habíamos llevado a Solid al hospital para descartar que sufriera algún tipo de daño adicional a la resaca que llevaba encima. Yo no tenía ganas de entrar y los esperé en la puerta mientras pensaba en todo lo ocurrido. Teníamos que averiguar quién lo había drogado, quién estaba detrás de los tuits y quién me había amenazado. Pero no podíamos jugar a ser superhéroes o inspectores de policía, había que denunciar lo sucedido.

La puerta automática de la entrada de Urgencias se abrió y de allí salieron Solid y Diana. Me acerqué a ellos y les pregunté por las pruebas.

—Estoy limpio.

—Le he dicho a la doctora que había consumido drogas y le han hecho una prueba toxicológica, pero no le han encontrado nada —aseguró Diana.

—Esa gente sabe bien lo que hace. Han debido de utilizar la dosis exacta para que no recuerdes lo que hiciste y tampoco quedasen restos en tu sangre.

—Qué hijos de puta. No me he drogado en la vida y la primera vez que lo hago me estreno con burundanga. Por lo menos el culo no me duele, así que supongo que no me han violado. Eso que se han perdido.

—No frivolices con esas cosas o te llevarás otra de mis collejas —amenazó su hermana con total seriedad..

—No, por favor.

—Por cierto, mientras esperaba fuera, he estado pensando… ¿no creéis que sería buena idea ir a la policía a denunciar?

—¿Y a quién denunciamos sin pruebas, Vence? ¿Nos presentamos en comisaría y digo que me han drogado en un bar? Se van a reír de mí. Tengo una prueba de drogas que demuestra que estoy limpio.

—Le podemos decir que a mí me han estado acosando y que a ti te han drogado. Algo harán.

—Escúchame, Vence, tú sabrás mucho de drogas, pero parece que no sabes como funciona la policía. Lo primero, no tenemos nada serio que denunciar. Intuimos que está pasando algo, pero eso no sirve de nada. Y lo segundo, nosotros tenemos claro que tu acoso y el haberme drogado están relacionados, pero la policía no. Hasta que no tengamos pruebas serias, van a tomarnos por unos locos. Y eso sin contar que he robado información de un lugar privado. Como me hayan grabado en ese despacho, esa gente sí que va a tener pruebas para denunciarme a mí.

Solid siempre había tenido una animadversión a todo lo que oliese a policía, y esta vez no sería menos. Pero yo sabía algo que ellos no sabían: me habían amenazado con hacer daño a Solid si él no paraba. Y no me atrevía a contarlo delante de Diana.

La miré para obtener algo de complicidad, pero no reaccionó; nos observó pensativa como intentando llegar a una conclusión mental antes de decir algo.

—Entiendo que no tenemos nada firme, pero no podemos seguir exponiéndonos de esta manera. Ahora te han drogado. ¿Qué será lo siguiente? —le dije a Solid.

Por fin Diana se atrevió a hablar.

—¿Qué motivación tenéis?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero al fin de todo esto. ¿A dónde queréis llegar? ¿Qué beneficio os va a reportar seguir investigando?

Había estado dándole vueltas a esa pregunta desde las primeras sospechas que tuvimos. Al principio no le encontraba sentido, pero mi perspectiva había cambiado; ¿y si existiera algún indicio demostrable de que hubo prevaricación en mi trabajo fin de grado? ¿Cuánto hubiera cambiado mi vida si hubiera sido el dueño de una

patente? Estaba claro que, si yo no luchaba por ello, nadie lo iba a hacer por mí.

Solid habló como si hubiera estado escuchando mis pensamientos.

—La probabilidad de perder en la lucha no debe disuadirnos de apoyar una causa que creemos que es justa —dijo parafraseando a Abraham Lincoln.

Me quedé mirándolo. Tenía una confrontación de ideas. Por un lado, no quería continuar por riesgo a que nos pasase algo, pero por otro, no podía defraudarlo. Sin beneficio directo, él estaba decidido a defender mis propios intereses. Incluso más que yo. Me estaba demostrando el significado real de la fidelidad. Eso, o que estaba loco por completo.

—Vamos a intentarlo —dije al final convencido—, pero a mi manera. No quiero que volvamos a ponernos en peligro. A partir de ahora, todo lo que ronde por tu cabeza lo quiero saber.

—Ese es el Vence que yo quería escuchar, ¡por fin!

—Esperad un momento. ¿En serio vas a arrastrar a mi hermano contigo, Vence? No hace falta que diga lo que te haré si le pasa algo.

—Te prometo que no pasará nada.

—Cuidado con lo que prometes, Vence. Yo no puedo estar de niñera de los dos porque tengo que trabajar, pero quiero estar informada de todo.

—Lo sabrás todo —aseguró Solid.

Después de la conversación que tuvimos rumbo al aparcamiento del hospital, Diana se fue a trabajar y Solid y yo volvimos a su casa. Por el camino, le confesé lo sucedido con aquel hombre en el vivero. Le admití que no quise decirle nada delante de Diana para no preocuparla más. Me dijo que había hecho bien y encima le sirvió para estar aún más motivado en el caso. Pensé que le serviría para ir con más cautela, pero resultó ser todo lo contrario. En este tipo de situaciones es cuando más te dabas cuenta del pequeño defecto de fábrica que tenía Solid. Ningún estímulo externo lo conmovía.

19

Entramos a su casa para buscar cualquier prueba que nos aclarase lo ocurrido: volvimos a rebuscar todas las habitaciones y no echamos en falta nada. Solid sacó su ordenador portátil de un compartimiento que tenía en su habitación y comprobó la localización del móvil; por raro que pareciese, seguía encendido. Era en realidad nuestra única baza para acceder a aquellas fotos. La localización marcaba la zona de la cafetería donde estuvo Solid con aquella chica. Eso nos daba esperanzas de recuperarlo, ya que nadie en su sano juicio dejaría un móvil encendido si se lo encontrase.

El problema era que Solid no podía volver allí. Hasta él mismo reconoció que no sería buena idea que fuera. Así que me tocaba a mí. A pesar de haber sido amenazado, iría al lugar donde drogaron a mi amigo con la sospecha de que alguien del bar fuese el autor. Y no solo bastaba con eso, la localización GPS del móvil marcaba una precisión de unos cinco o diez metros a la redonda; por tanto, podría estar en cualquier parte de la cafetería. Aunque Solid aseguró que el último lugar en el que estuvo fue el baño. En un momento de lucidez, tuvo que esconderlo en algún lugar de la cafetería antes de perder la consciencia. Pero si nosotros sabíamos que el móvil estaba allí, es probable que los asaltantes estuvieran acechando la zona.

A la mañana siguiente, después de comprar un móvil para Solid, fuimos a la cafetería. Nos aseguramos de que no nos siguiera nadie y Solid se esperó subido en el coche, a unos treinta o cuarenta metros. Para no llamar mucho la atención, me puse gorra negra y una mochila.

Era ya media mañana y los estudiantes se agolpaban en las mesas para tomar el desayuno. Entré por la puerta principal y fui

directo al baño. No había entrado aún cuando una voz se escuchó detrás de la barra.

—Perdone, caballero. No se puede entrar al baño sin antes consumir.

—Necesito ir con urgencia, ahora le pido en cuanto salga.

Moví el pomo de la puerta, pero estaba bloqueado.

—Si no paga, no puedo abrirle. Normas de la cafetería.

Resignado, me di la vuelta y me senté en un taburete de la barra.

—Ponme un tercio sin alcohol, por favor.

—Perfecto, son dos cincuenta. ¿Y de tapa qué va a querer?

—Lo que tengan.

—¡Marchando un tercio sin y un pincho de tortilla!

Esto no me olía demasiado bien. ¿Sería posible que me hubiesen reconocido? Saqué el móvil y le envié un wasap a Solid.

—El baño está cerrado. Me han obligado a consumir para entrar.

«Escribiendo…».

—Nunca ha estado cerrado ese baño. Ten cuidado. No comas ni bebas nada.

Miré a mi alrededor, a los universitarios, a los camareros, varios profesores en la barra… No creía que en ese lugar drogaran a Solid. Era tan familiar, tan inofensivo; nadie lo imaginaría y ese quizá era el mejor truco. El camarero me puso la cerveza y la tapa encima de la barra.

—¿Me podría dar las llaves del baño, por favor? —dije mientras soltaba el dinero a su lado.

—Claro que sí, pero cómase la tapa, hombre, que se le va a enfriar.

Y me puso las llaves encima de la barra.

Dejé la cerveza allí mismo y entré al baño. Había dos urinarios y cuatro retretes con puertas. Entré en uno de los que tenía puerta, cerré el pestillo y envié otro wasap a Solid.

—Llama ahora.

—Ok.

El móvil de Solid seguía encendido desde que lo perdió, por tanto, si lo llamaba con su móvil nuevo, podría escuchar donde

estaría. Allí dentro no oí nada, así que salí de aquel retrete con puerta y busqué por el baño. Levanté todas las cisternas y solo había agua. Miré por detrás de cada retrete y ni rastro del móvil. De repente, la puerta de la entrada crujió y alguien entró. Me esperé lo peor: vi aparecer a un hombre rapado y de metro ochenta y cinco. Se quedó mirándome sin decir nada y se puso a orinar en uno de los urinarios. Yo fingí una llamada. Cogí el móvil y me lo puse en la oreja.

—Sí, voy ahora mismo. Estoy en el baño de la cafetería de la universidad, que me ha dado un apretón y estoy acabando. Esperadme fuera.

Pensé que eso serviría como medida intimidatoria para aquel hombre presente en el baño. No sabía si era alguien peligroso o un simple universitario, pero no me arriesgué. Estaba en un sitio cerrado fuera de la vista de cualquier persona. Aquel lugar era una trampa sin salida. Ese hombre tardó más de la cuenta en orinar y yo no sabía qué más hacer allí. Me lavé las manos y, justo al cerrar el grifo, oí un leve sonido enlatado junto a una vibración por fuera de las paredes. El baño tenía una ventana entreabierta encima del grifo y daba al jardín exterior. El sonido provenía de allí. Supuse que Solid seguía llamando a su antiguo móvil.

El hombre se abrochó la bragueta, golpeó la cisterna y se puso a mi altura en el otro grifo para lavarse las manos. Si quería que aquel hombre no escuchase el móvil de Solid, tenía que hacer algo. Le di un toque al secador de manos y el ruido camufló el sonido del exterior por un momento. Creo que no se llegó a dar cuenta. Me sequé las manos y justo al salir por la puerta del baño noté un leve tirón en mi mochila.

—Perdona.

Me di la vuelta atemorizado y lo miré.

—Dime.

—Me ha dicho el camarero que tú tienes las llaves. Déjamelas y ahora cierro yo.

—Ah sí, es verdad. Toma —y le solté las llaves en el lavabo.

Salí de allí angustiado y fui al jardín de la cafetería que daba a la ventana del baño. Pegué un salto y atravesé los arbustos que lo

dividían del hormigón de la acera. Varios gatos me asustaron mientras rebuscaba por aquella tierra. El móvil de Solid no estaba allí, pero el sonido seguía sonando. Miré a mi alrededor, me dejé llevar por mis oídos y clavé la mirada en una papelera abrazada a una pequeña farola. Me acerqué a ella, metí la mano y después de impregnarme con diversos líquidos grasientos, noté el tacto del móvil. El hecho de haberlo encontrado me puso nervioso. Lo saqué y salí corriendo en dirección a la salida de la cafetería.

Me quedaban unos quince metros para doblar la esquina y llegar al coche de Solid. El sol estaba en todo lo alto y me permitió ver como una sombra se proyectaba delante de mí. Tenía a alguien detrás a escasos metros. Me giré mientras no dejaba de andar y vi como el hombre del baño estaba siguiéndome. Al darme cuenta, apresuré el ritmo, pero no fue suficiente para que me alcanzara con su brazo. Tiró con tanta fuerza de mi mochila, que mi cuerpo se inclinó hacia atrás y me quedé con una pierna suspendida en el aire. No podía enfrentarme a él, era más alto que yo y más fuerte; así que al mismo tiempo que él tiraba, antes de caerme para atrás, encogí los hombros, metí las manos por dentro de las asas de la mochila y me deshice de ella mientras las leyes de la física obligaban a aquel hombre caer al suelo. Había tirado tan fuerte de la mochila que al soltarla yo, su propia fuerza le hizo caer de boca. Aproveché esos segundos para perderlo de vista y correr lo suficiente hasta llegar al coche. Sin aliento, entré y le indiqué a Solid que acelerase todo lo que pudiera.

—¿Qué coño ha pasado?

—Acelera…

No dije más. Mis pulmones necesitaban más aire del que yo introducía por mi boca. Eché la cabeza hacia atrás y cerré por unos segundos los ojos mientras me recuperaba.

—¿Has conseguido el móvil?

Lo miré y le alcé la mano con él.

—¿Dónde estaba?

—En una puta papelera llena de mierda. Lo podías haber escondido en otro sitio —dije con un poco más de aire.

—Joder, pues sigo sin acordarme. ¿Y por qué vienes tan corriendo? ¿Te ha seguido alguien?

—Un hijo de puta ha salido detrás de mí en cuanto ha visto que he encontrado el móvil. Me ha seguido al baño y creo que no me ha hecho nada allí porque aún no sabía si lo había encontrado.

—Qué cabrones. Seguramente estarían en alerta y vigilando a todo el que entrara y saliera de allí.

—Ve para mi casa. Creo que estaremos más seguros allí que en la tuya.

—Ok. Voy directo.

—Y llama a tu hermana. Cuéntale todo lo que ha pasado.

20

El primer objetivo ya lo teníamos; móvil recuperado. Ahora nos quedaban tres incógnitas más: encontrar a aquella chica que quedó con Solid, averiguar quién me envió la carta y descubrir qué importancia teníamos en todo esto.

Al llegar a casa, tomamos la decisión de convivir juntos para evitar que nos pillasen por sorpresa de nuevo. Solid cerró su tienda por un tiempo y se trajo todas sus pertenencias. Una vez aclimatado, estuvimos revisando su móvil.

—Parecen códigos asignados a algo o a alguien: E20V-2017, F21H-2018, I23V-2022, L21V-2018, D19H-2020 —dije mirando el contenido de las fotos.

—Todos los códigos siguen un patrón: hay una primera letra, un número de dos cifras, una letra hache o uve y, por último, ¿un año?

—¿Las letras «h» y «v» pueden significar hembra o varón?

—Es posible. Y los números que hay entre las letras son llamativos. Van desde el dieciocho hasta el veintitrés.

—¿Qué podría ser? ¿Y las primeras letras?

—No sabría decirte.

—O sea que tenemos una referencia al género de una persona, un año y otras dos cosas que desconocemos. ¿Son personas?

—Mmm.

—¿Y por qué iba a tener un profesor de universidad ese tipo de información?

—Ni idea. Sea lo que sea, se llama proyecto Sulley. Lo pone en la cabecera. Y si me han drogado y a ti te han perseguido para recuperar las fotos, no creo que sea muy legal.

—Joder, tío, esto no tiene buena pinta. ¿Has buscado en Google si hay información sobre el proyecto Sulley?

—Lo he mirado y no hay absolutamente nada. Solo me sale el monstruo azul de la película de *Monstruos S.A.* de Disney. Se ve que su nombre es Sulley.

—Vaya panorama.

—¿Y qué hacemos ahora?

Miré alrededor del salón en busca de alguna idea. Teníamos demasiada información acumulada y me notaba cansado después de todo. Solo podíamos hacer una cosa para despejarnos.

—Vamos a echar una partida al ordenador y ya mañana iremos a hacerle una visita a tu amiga de la universidad. E incluso vuelvo a incidir, deberíamos ir a la policía.

—Joder, Vence, qué pesado eres con la policía. Voy a tener que acompañarte al final para que veas que no sirve de nada ir. Mañana vamos.

—Créeme que si no fuera necesario, no iría. Anda, enciende tu ordenador y echamos unas partidas.95

21

Siempre que nos conectábamos jugábamos a un juego multijugador en especial, el League of Legends. Un juego donde tenías que formar un equipo de cinco jugadores para conquistar el territorio de otro equipo formado por el mismo número de integrantes. Una batalla cinco contra cinco. Solid y yo íbamos en el mismo equipo y necesitábamos tres jugadores más para completarlo. La asignación se hacía de manera aleatoria a no ser que invitaras a alguno de tus amigos. Justo al darle a comenzar la partida para la asignación de jugadores, vimos que alguien nos había enviado una petición para jugar en nuestro equipo. No era habitual, pero podía pasar.

«Henky se unió a la partida».

A Solid y a mí nos salió la misma frase de la boca:

—¡Hijo de puta!

Nos quedamos asombrados. El jodido usuario de Twitter estaba metido en una partida con nosotros. ¿Otra vez casualidad? Imposible. El juego tenía un chat parecido a WhatsApp para comentar las posibles jugadas y estrategias, así que lo utilizamos para hablar con él. No tardé en escribirle.

—¿Eres Henky?

Durante unos segundos la ventana del chat se mantuvo en negro hasta que un mensaje apareció por pantalla.

—Hola, Vence. Al fin puedo hablar contigo.

No lo creímos. Teníamos delante de nuestras pantallas la causa que nos había metido en este enredo.

—Tengo muchas preguntas, Henky.

—Voy a ser directo, no tengo mucho tiempo. Tenéis que ayudarme.

—Primero dime por qué me pediste ayuda en la carta y me intimidaste en Twitter. Pensé que me estabas acosando.

Tenía unas ganas enormes de saber la respuesta a esas preguntas. Llevaba tres semanas imaginando día y noche cómo sería esa contestación. Y, por fin, iba a tener la oportunidad de averiguarlo.

—He enfadado a gente que no debía. Y esa gente es posible que me mate si me encuentran. He intentado contactar contigo desde hace tiempo por Twitter, creando cuentas nuevas para que no me rastreasen. La carta, los tuits… te mandé mensajes en clave para que fueras consciente de lo que estaba pasando y te comunicaras conmigo, pero no podía hacerlo con facilidad. Esta gente se me ha echado encima y vigilan todo lo que hago. Tampoco quería ponerte en riesgo a ti. Si te mandaba un correo electrónico contándote la verdad me hubieras tratado de loco o peor aún, te hubiera puesto en peligro. He estado buscando una alternativa para comunicarme contigo de una manera segura hasta que descubrí este juego. Llevo varios días entrando aquí para hablar contigo, y por fin te has conectado. Aquí podemos hablar sin riesgo; por ahora. Lo siento si pensaste que sería un acosador. No tenía alternativa.

—Si tantas ganas tenías de hablar conmigo, ¿por qué no viniste a la plaza?

—Estaba allí, escondido, pero no pude acercarme a ti. Es posible que estuvieran observándonos. Si yo descifré tu foto de Twitter con la hora y la fecha, ellos también. Le dije a una mujer que me encontré que te llevase la nota para que te pusieras a salvo.

—No entiendo nada. ¿Ponerme a salvo de quién? ¿Quiénes son ellos?

—A ver cómo te lo explico… No te lo vas a creer, pero en tu universidad hay una especie de spin-off que se llama La Gran Unidad. Seguro que os suena el nombre de haberlo visto por internet o en algún anuncio. De manera pública se definen como un grupo de investigadores cuyo propósito es reunir a empresarios, profesionales y políticos para prestar servicios humanitarios y de

investigación. Pero, en realidad, creo que están utilizando esa tapadera para realizar actividades de dudosa legalidad.

—¿Crees? ¿Por qué sabes todo eso? ¿Quién eres?

—Soy médico forense, bueno… lo era, hasta que descubrí esto. Ahora no soy nada. El año pasado me encargué de hacer el informe forense de un joven letón, Markus Ozola, de veintiún años en vuestra ciudad. Estaba de Erasmus y sufrió un infarto después de haber salido de fiesta. Comprueba la noticia en cualquier periódico digital. Aparecerá como muerte natural.

Nada más leer el mensaje, le chasqueé los dedos a Solid en la habitación y le dije que buscase la información en Google sobre ese caso. No tardó ni un minuto en compartirme el titular de la muerte:

«Joven universitario de origen letón muere por paro cardíaco tras haber estado de fiesta».

Al comprobar que era verdad, seguí con la conversación.

—¿Qué le pasó en realidad?

—Hubo una investigación sobre la muerte de esa persona y un juez me asignó el informe forense del cuerpo. Las pruebas que realicé a la víctima no dejaron dudas: fue torturado hasta morir. Lo dejé bien claro en el informe, que es el mismo que te envié en la carta. El problema estuvo en que ese informe nunca llegó a hacerse oficial. Falsificaron mi firma y las conclusiones de la muerte. A la familia se le comunicó que había muerto debido al exceso de alcohol y el cuerpo fue incinerado. Nadie pudo volver a hacerle pruebas, pero por casualidades de la vida me di cuenta de ello hace poco y empecé a pedir explicaciones. Ahí empezó mi calvario.

—¿Y qué relación tiene La Gran Unidad con la muerte?

—Estuve investigando y descubrí que el fallecido estudió en España gracias a una beca que la universidad le concedió, por recomendación de La Gran Unidad. Lo extraño de todo esto es que, en la universidad pública, un alumno nunca viene por recomendación expresa de alguien; tiene que ser él quien decida venir y cumplir unos determinados méritos. ¿Qué interés tendría un grupo de investigadores externos en que un estudiante extranjero viniera a estudiar aquí? Eso me llamó mucho la atención. Luego

apareció muerto en mitad de la calle, rumbo a su piso. Algo le hicieron.

—¿Y nadie lo denunció?

—Sí, como te he dicho, hubo una investigación, pero el caso se cerró. El informe oficial que falsificaron certificó que la muerte había sido natural. Me sorprendió que la policía no investigara a fondo el caso, así que me presenté allí para preguntarles sobre ello con el informe real que tenía de la autopsia. Me dijeron que era una prueba falsa y que tenían demasiado trabajo como para reabrir un caso cerrado.

—Esto es de película…

—¿Si? Pues espérate, tuve que agitar algún avispero porque al día siguiente cuando llegué a casa después de trabajar, estaba todo desordenado. Me robaron el ordenador y toda la documentación que tenía sobre el caso. Me quedé sin pruebas, salvo el informe que lo tenía bien escondido. Lo peor es que cuando abrí la puerta al llegar, alguien me estaba esperando. Me cogió por sorpresa por el cuello y me asfixió. Yo me zafé de él clavándole un bisturí y el hombre se largó malherido. En ese momento no hice otra cosa que huir. No podía fiarme de la policía ni de cualquier persona ajena. Cogí algo de dinero, mis tarjetas y hoy día sigo en paradero desconocido.

—Vale, suponiendo que todo lo que nos estás contando es verdad, ¿por qué acudir a mí? ¿Qué pinto yo en todo esto?

—Haces bien en desconfiar, es normal. Resulta que, tras lo sucedido con la policía y el intento de matarme, no confié en nadie. Así que, tras esconderme, seguí investigando y a raíz de la muerte del joven letón, descubrí que un catedrático llamado Avid Le Fried fue el mentor de universidad aquí en España del fallecido. Y todo eso me llevó hasta ti. Avid fue uno de los integrantes del tribunal que evaluó tu trabajo fin de grado hace cuatro años.

—Lo recuerdo. Avid fue el más crítico con mis resultados.

—Sea lo que sea lo que hiciste, me percaté de que algo raro pasó con tu evaluación. Y lo averigüé. A través de un informe público de la Oficina de Patentes y Marcas, descubrí que tu trabajo estaba relacionado con una patente presentada por La Gran Unidad y tu universidad. Una patente valorada en millones de euros que hubiera

sido de tu autoridad, si hubieses demostrado que las pruebas con animales de laboratorio no fueron idea tuya. Pero te la robaron, no hubo denuncia por tu parte y de manera legal no perdieron ese derecho.

Millones de euros. No creí lo que estaba leyendo. Cuatro años pensando que todo mi trabajo se había ido a la mierda y ahora esta persona me estaba dando unas esperanzas que ni en mis mejores sueños hubiera imaginado.

—Aún sigo sin entender algo: ¿por qué has acudido a mí? Podría ser alguien de La Gran Unidad. Según tú, no puedes fiarte de nadie.

—Podrías ser más rico que la mayoría de la población. Por lo que de las pocas personas que confiaría en contarle todo esto, eras tú. Me resultó obvio pensar que no fueras uno de ellos si te habían fastidiado de esa manera. Además, supuse que sabiendo que tu patente te hubiera hecho ganar millones de euros, tendrías un aliciente para acabar con esta red de locos.

—Esto es infumable. ¿Y qué pretendes que hagamos?

—Ahora mismo no tengo pruebas de la implicación de La Gran Unidad en esa muerte, solo sospechas. Pero si las conseguimos y lo hacemos público, podrás pelear por recuperar tu patente y yo mi propia vida.

—¿Crees de verdad que nosotros tenemos los medios para vencer a esos tipos?

—Hay que intentarlo. Esa gente no puede seguir campando a sus anchas. Si no lo haces por tu patente, hazlo por las familias inocentes.

—Pero ¿cómo quieres que lo hagamos? Somos personas normales. No somos policías ni investigadores como tú dices.

Estaba empezando a enfadarme. Solid me cogió del brazo y me miró fijamente para tranquilizarme.

—Vence, lo tenemos que hacer. Son personas inocentes. Tú también lo mereces; si es verdad lo que dice, te han tangado millones de euros.

Volví a mirar el chat.

—A mí ya me han jodido la vida. No puedo salir ni siquiera a la calle por miedo a que me cojan. Tenéis que conseguir pruebas de

que Avid Le Fried está relacionado con la muerte de Markus Ozola. Ahí está la clave. Yo estaba investigándolo justo cuando intentaron matarme. Os aseguro que tiene algo que ver.

—Vale, de acuerdo —escribí—. Pero ¿cómo conseguimos esas pruebas?

—Tenéis que vigilar a Avid Le Fried de cerca, descubrir qué hace fuera de la universidad. Debe de acudir a algún sitio en horario no lectivo para reunirse con más gente de la organización. En algún momento tiene que meter la pata para descubrirlo.

—¿Pero de verdad crees que vamos a ser capaces de enfrentarnos a una posible organización que mata gente?

—Piénsalo bien, Vence. Hay mucho en juego. Me vais a perdonar, pero os tengo que dejar ya, no puedo estar mucho tiempo conectado. Podemos volver a hablar cada dos días sobre esta hora. Hablamos el próximo día.

—Pero espera, Henky. Aún tengo más preguntas.

No hubo más mensajes. El chat del juego nos notificó que el usuario Henky había abandonado la partida. Solid y yo salimos del juego y nos quedamos impresionados.

22

—Dime una cosa, Vence, ¿estamos en peligro?

—¿De verdad no sientes ni una pizca de miedo?

—Sospecho que es una situación de riesgo, pero no lo siento así.

—Madre mía —me puse las manos en la frente.

—¿Por qué no le has contado a Henky todo lo que nos ha pasado desde entonces? Las amenazas, el haberme drogado, las fotos…

—No me fío de él todavía. Parece que es verdad lo que cuenta, pero debemos ser cautelosos.

Tenía la santa costumbre de dudar hasta de mi sombra. No iba a ser menos que confiase en un extraño, aunque se le notaran buenas intenciones. Persuadirme con lo de la patente era demasiado bonito, de hecho, alimentaría mis delirios de grandeza, pero ya me habían engañado una vez por fiarme de las buenas palabras.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Solid.

—No lo sé. Esta situación me intimida. Me aterra pensar que quieran hacernos algo por haber robado esa información. Pero ese profesor, ese maldito profesor…

—Hay que investigarlo. ¿Se te ocurre cómo hacerlo?

—Deja ya de preguntarme y suelta por esa boca lo que estés pensando —sabía que Solid pretendía introducirme en uno de sus locos planes. Preguntar tantas veces era su manera de pedir permiso para exponerlos.

—Joder, me conoces demasiado bien. Tengo un plan.

—Vaya, no me lo esperaba —puse cara de falso asombro.

—Es posible que haya investigado un poco a los profesores de tu tribunal.

—¿Un poco? ¿Cuándo? Si hemos estado juntos desde que te encontramos drogado.

—Mientras estabas en la cafetería buscando mi móvil. Me aburría en el coche y me puse a buscarlos por las diferentes plataformas de redes sociales.

—Explícame el plan.

—No tenían nada interesante publicado en redes, pero descubrí algo de Avid Le Fried que podría servirnos.

—Me desesperas siempre con tanto misterio. Cuenta ya de qué se trata.

—Avid Le Fried tiene una hija estudiando en Santa Bárbara. A unos quinientos kilómetros de aquí. Lo comprobé mirando los amigos de su Facebook.

—No —le dije imaginando por donde iba a desembocar su plan.

—Sí.

—No.

—Piénsalo bien, Vence. Si consigues ligártela y te ganas su confianza, yo podría acceder a su móvil o portátil. Y es probable que tenga información que nos permita llegar a su padre. La aplicación del banco compartida con la hija, correos electrónicos personales, compras en Amazon, PayPal… Me serviría cualquier cosa de ese tipo para llegar hasta Avid Le Fried.

—Estás flipando. ¿Has pensado lo ridículo que parece tu plan? No eres consciente de la tontería que acabas de proponer.

—¿Se te ocurre otra manera?

Al principio me resultó un plan de mierda y rozando la absurdidad. Aprovecharse de una persona no debería ser nunca primera opción de nada. Reflexioné sobre ello. Lo bueno era que ni siquiera La Gran Unidad imaginaría que fuéramos a ir a por una de sus hijas; y menos estando a quinientos kilómetros. Nos moveríamos con más facilidad allí. Solo tendríamos que salir de aquí sin que nos viesen. Quedarnos implicaría que cualquier paso en falso que diésemos, nos convertiría en hombres muertos. Pero aceptar que fuéramos a por esa chica, aunque no le hiciéramos nada malo, me situaba en un dilema. Tenía que elegir, y una elección conllevaba una no elección y un saco de consecuencias.

—Mmm… ¿y cómo vamos a salir de aquí sin que lo sepan?

Solid se abalanzó sobre mí y me abrazó.

—Gracias por confiar en mi plan. Saldrá bien.
—Eso espero.

23

Habíamos decidido ir a por esa chica. El plan dependía en exclusividad de que yo le gustase a la hija de Avid Le Fried para empezar una relación y que Solid pudiera acceder a sus cuentas. No teníamos el poder de una autoridad como la policía ni la experiencia de un cuerpo de investigadores, pero desde que empezamos en la universidad nos resultaba fácil conocer personas; en particular mujeres, y no solo eso, nuestros conocimientos tecnológicos y la pericia adquirida tras haber aprobado tantos exámenes a nuestra manera, nos permitía obtener información de una forma más óptima a como lo haría cualquier persona normal.

Solo nos quedaba saber si podíamos salir de casa sin peligro. Era probable que estuviesen vigilando tanto mi puerta como la de la casa de Solid y casi seguro que tendrían apuntadas las matrículas de nuestros coches. Por tanto, teníamos que utilizar otro coche para cambiarnos de ciudad. Pensamos en una solución: era rubia y daba cincuenta collejas por minuto. Nos costó varias discusiones y amenazas físicas por su parte, pero conseguimos que la hermana de Solid nos prestara su coche para salir de Santa Fe.

Dejamos pasar casi una semana encerrados en casa para que la cosa se calmara, pero lo teníamos todo preparado: Airbnb reservado y el coche de Diana aparcado en la calle de detrás.

Madrugamos para salir de casa, eran alrededor de las ocho de la mañana. Yo estaba en plan zombi y con una empanada mental que hacía que me costase procesar cualquier información. Madrugar era una palabra que resonaba en mi cabeza como unas uñas arañando una pizarra de colegio. A punto estuve de decirle a Solid que me

pusiera una correa al cuello para que tirase de mí hasta el coche. La ducha consiguió espabilarme lo suficiente.

El plan era sencillo: no podíamos salir por la puerta de casa, pues era posible que estuviesen vigilándola. Así que teníamos que saltar por la pared de mi patio que daba justo a la calle de atrás donde habíamos aparcado el coche de Diana. Terminamos de desayunar y Solid se asomó por la ventana del salón para observar la calle principal.

—No veo nada raro por aquí, tres coches aparcados sin nadie dentro. ¿Quieres que salgamos por la puerta en vez de saltar por el patio?

—No vamos a cambiar de plan, Solid.

—Joder… Odio correr, odio saltar, ¡odio el deporte!

—Me hubiera gustado verte el otro día si hubieras tenido que escapar de aquel rapado de metro ochenta y cinco.

—Psss…

Esas fueron nuestras últimas palabras antes de dirigirnos hacia el patio con las maletas de mano. Solid se colocó pegado a la pared, entrelazó sus dedos y me hizo de apoyo para saltar aquel muro de dos metros. Puse mi pie izquierdo en su mano y me impulsé hacia arriba. Me agarré al filo con las manos y subiendo mis piernas, me senté en todo lo alto. Al mismo tiempo que vislumbraba la calle desde esa altura, me di la vuelta y dejé caer mi peso por el lado exterior de la pared mientras agarraba el filo superior con mis manos.

Fue justo en esa acción cuando escuché un motor diésel entrar por la calle. No pude verlo, estaba cara a cara con la pared, así que en un gesto apresurado solté mis manos de aquel filo y caí al suelo desde una altura de dos metros. Me doblé el tobillo al aterrizar y me retorcí de dolor, pero aquel coche me preocupaba más. Fui cojeando hasta otro coche que tenía a escasos metros aparcado y me quedé agachado detrás de la rueda trasera. Levanté la cabeza unos centímetros para ver a través de la ventana de los pasajeros. Un Mercedes negro había entrado en la calle y se dirigía en ralentí hacia mí. Reconocí al conductor. Ya habíamos compartido una carrera de

veinte metros hace unos días. Él terminó en el suelo y yo huyendo. El hombre rapado de la cafetería iba al volante.

No podía escapar de allí, lo único que hice fue agacharme de nuevo y apretar mi cabeza contra la carrocería de aquel coche aparcado. Empecé a sudar y noté un escozor en mis brazos. Me había raspado los codos tras haberme deslizado por la pared y no paraban de sangrar. Eso no me ayudó a mantener la calma. El Mercedes paró a mi altura y se escuchó el movimiento de una ventanilla bajando. No me había dado cuenta, pero alguien gritaba y aquel hombre rapado se percató.

—¡Vence! ¡Me has dejado aquí abajo, cabrón! ¡Ayúdame a subir! ¡Ven aquí!

No podía ser verdad. Solid estaba gritando desde el interior del patio de casa sin saber lo que estaba pasando afuera. Escuché al hombre abrir la puerta del coche mientras Solid seguía vociferando.

—¿Vas a venir a ayudarme o llamo al 112 para que me ayude? ¡Esto está altísimo!

El sonido del freno de mano de aquel coche sonó como una vara partida. El hombre se estaba acercando hacia la acera donde yo estaba. Miré por debajo del coche y vi como se iba aproximando cada vez más. Esperé justo el momento en que pisó aquella acera para ponerme por la parte del maletero del coche aparcado y que no me viese. Solid seguía gritando.

—¡Que te den, Vence! Voy a salir por la puerta.

Eso provocó que el conductor de aquel coche se diese la vuelta y fuese corriendo a su asiento para regresar a la otra calle y vigilar la puerta de casa. Yo volví de nuevo a la rueda trasera y esperé a que girase la esquina para avisar a Solid.

—¡Solid! ¡Vamos! ¡Hay que salir de aquí ya!

—Joder, iba ya para la puerta. ¿¡Por qué no me respondías!?

Tenía que subir por la pared de nuevo para ayudar a Solid. Puse mi pie en los salientes de ladrillo que había en la fachada y me impulsé hacia arriba. Le alargué mi mano a Solid y subió a regañadientes. Saltamos de nuevo e hicimos un último esfuerzo para llegar al coche de Diana lo antes posible. No tardaría mucho más en volver el Mercedes al ver que por la puerta principal de casa no

saldría nadie. Arranqué el coche y salí en dirección prohibida para no cruzarnos con aquel hombre. Ya fuera del barrio, hablamos sobre lo sucedido.

—¿Qué coño estabas haciendo?

—La que has liado, tío. Te has puesto a gritar como un loco y el calvo del otro día estaba dando vueltas por aquí. Y justo ha pasado por la calle cuando estaba saltando. Qué puta casualidad.

—¿Qué dices?

—Sí, lo que oyes. Y por culpa de tus gritos ha estado a punto de pillarme. Menos mal que has dicho que ibas a salir por la puerta y el tío se ha ido para allá. No sé ni cómo hemos salido de esta.

—Estaba todo calculado. Lo de la puerta era un cebo para distraerlo. Lo sabía todo desde el principio.

—Tú siempre igual… Te cae un meteorito al lado y ni te inmutas.

—¿Ha pasado algo malo? ¿A que no? Pues eso es lo importante. ¡Vamos rumbo a por esa chica!

—Madre mía…

Solid estuvo todo el viaje bromeando sobre la calvicie de aquel hombre y vanagloriándose de haberlo engañado.

24

Llegando a Santa Bárbara noté cómo había cambiado la temperatura. En nuestra localidad, por estas fechas se palpaba un calor seco en el ambiente; aquí se notaba la humedad de estar próximos al Mediterráneo. Olía a playa y se escuchaba el ruido de las olas chocar contra la orilla. Era una sensación reconfortante.

Solid había reservado una casa de sesenta metros cuadrados a unos cien metros de la playa, durante dos semanas. Se había gastado casi seiscientos euros. Por un momento pensé que lo que en realidad quería Solid era pasar unas vacaciones de relax. Pero había escogido bien el lugar, la universidad estaba a medio kilómetro yendo por una carretera de circunvalación. No estábamos ni demasiado cerca, ni demasiado lejos del sitio donde estudiaba aquella chica. Un lugar insospechado si alguien quisiera encontrarnos.

Dejamos el coche de Diana en un aparcamiento en batería del paseo marítimo y subimos alrededor de unos veinte escalones para llegar a aquella casa cargados con las maletas. El vecino que había justo enfrente nos dio las llaves de la casa. Estuvimos hablando como diez minutos atendiendo a sus advertencias de no hacer ruido por la noche ni de hacer ningún tipo de fiesta. Estas casas acostumbrarían a ser víctimas de grupos de amigos que vendrían a veranear en temporada alta. Finalmente, entramos en casa y nos acomodamos en un sofá cama que había enfrente de una televisión enorme. Solid no quiso perder ni un segundo. Sacó su ordenador portátil y lo puso encima de una mesa baja que separaba aquel sofá de la tele.

—Durante el viaje he terminado de investigar a la chica.

—Aún no me has contado ni cómo se llama, ni cómo es, ni si le gustan los hombres… ¿Tiene novio?

—Vamos por partes. Su nombre es Carlota Le Fried y tiene veintitrés años. Estudia Derecho y creo que está en tercer curso. Ha debido de repetir algún año. Vive en un piso compartido con otra chica que estudia Enfermería.

—Enséñame alguna foto de ella.

—Su Instagram lo tiene privado, pero hay algunas fotos en su Facebook. Es morena, pelo negro a media espalda, metro setenta, ojos marrones, cara redondita y diría que pesa unos cincuenta y siete kilos. Aquí tienes una foto —y me deslizó el portátil con una imagen en grande de aquella mujer.

—Parece guapa. Y no es despampanante, eso me gusta aún más. Es muy complicado que las personas que llamen demasiado la atención físicamente se fijen en otras que no son tan llamativas a primera vista, como yo. ¿Sabes algo más sobre ella?

—Según sus fotos, su principal afición son los caballos y creo que está soltera. No se le ve con ningún chico.

—¿Los caballos? —dije extrañado.

—Sí, es un animal parecido a un dinosaurio pequeño.

—Ya sé lo que es un caballo, gilipollas. Me refiero a que no es un hobby frecuente en una persona de esa edad.

—No sé de qué te extrañas. A ti te gusta la música electrónica y es de pastilleros.

—No me has entendido. Aunque gracias por la puya que me acabas de tirar. Digo que es un hobby que solo puedes practicar en lugares especiales o en recintos cerrados. ¿Sabes por dónde voy?

—Sí, te entiendo. Solo estaba vacilándote. Es posible que en sus ratos libres acuda a algún lugar a practicar equitación. O quizá si su padre tiene tanto dinero como aparenta, que sean ellos mismos los que tengan un negocio propio.

—Haz un rastreo por internet a ver qué encuentras —le pedí.

Si la familia Le Fried tuviera un negocio donde criasen caballos, sería un lugar interesante para investigar. Pero antes de todo, había que conocer a Carlota Le Fried, y eso dependía de mi buen hacer. Durante la conversación que mantuvimos en nuestra nueva casa de

vacaciones, habíamos llegado a la conclusión de que lo mejor sería abordarla en la calle, justo cuando saliera de sus clases. No sabíamos lo que hacía en su día a día, pero teníamos los horarios aproximados de sus asignaturas. Había que provocar un supuesto encuentro fortuito y que naciera a partir de ahí una bonita historia de amor.

Como cuando conocí a Fama en aquel pub con la técnica del chico torpe tirándole la copa, teníamos que inventar algo para justificar el encuentro. Algo que diese coherencia al acercamiento y que al mismo tiempo nos comprometiera de manera emocional a los dos a mantener una conversación. Y muy importante, que aquella chica no se sintiera ni incómoda ni intimidada llegado el momento. Eran los ingredientes necesarios para que el plan saliera bien. El noventa y nueve por ciento del plan. El uno por ciento restante, el más importante, dependía de la chica: la suerte de gustarle en esa primera interacción.

Fracasar significaría activar el plan B. Esta vez sería Solid el que conocería a su compañera de piso. Pero no pensamos demasiado en esa alternativa.

—Centro Ecuestre Le Fried —dijo Solid en voz alta mientras yo buscaba comida por aquella cocina desierta.

—¿Lo has encontrado? ¿Dónde está?

—A unos ocho kilómetros de aquí, en una especie de explanada separada de cualquier lugar. Tienen servicios de estabulación, pupilaje, doma, clases de equitación, espectáculos y compra-venta de caballos. Un centro polivalente. ¿Quieres un caballo?

—Estoy deseando tener uno —ironicé—. ¿Sabes lo que cuesta tener un centro como ese? Seguramente lo ha financiado La Gran Unidad.

—Ya lo descubriremos. Pero bueno, ponte cómodo que vamos a ir un rato a la playa. Tengo ganas de mojar los pies. Mañana iremos a comprobar los horarios de salida de tu futura novia —dijo al mismo tiempo que se ponía una camisa hawaiana de manga corta y unas gafas de sol.

—No tienes arreglo. En fin… vámonos.

25

Después de haber estado el día anterior echando un vistazo a los alrededores de la universidad de la hija de Avid Le Fried, estábamos preparados para poner en marcha el plan. La hija tenía clase hasta las once y media y volvería de nuevo a clase pasada una hora. Es decir, aprovecharía ese descanso para acercarme a ella. Tras darle mil vueltas a cómo iba a ser el encuentro, pensamos que simular la típica escena de película en la que dos personas se chocasen y se conocieran, podría servir. Una idea absurda, pero muchas veces los mejores planes tenían como base la estupidez. Y juntar a dos estúpidos como Solid y yo intensificaba el efecto.

Eran ya casi las once y media y la chica estaba a punto de salir. Yo estaba en posición, en la esquina de una calle perpendicular por donde ella pasaría. Solid estaba en la otra calle para tener visión directa con ella.

El plan era sencillo: chocarme en el momento exacto en que Carlota estuviese a mi altura. Yo cruzaría la esquina con tan mala suerte de no verla, chocarnos y provocar ese encuentro. Solid y yo estábamos en llamada mientras tanto; lo escuchaba por mis auriculares bluetooth.

—Presta atención. Cuando yo te diga, sales, a la cuenta de tres, dos, uno. ¿Vale?

—Ok. Estoy listo.

—No le debe de quedar mucho para salir, son ya las once y media.

Como era normal, estaba nervioso. Mi reacción a una situación estresante era siempre igual: corazón acelerado y los músculos de mis piernas rígidos. Noté ausencia de saliva en mi boca, tenía una sequedad extrema. Me tomé un chicle.

—¡Ahí sale, Vence! Está saliendo por la puerta de la universidad —escuché por los auriculares.

Me tragué el chicle sin querer al escucharlo. Ahora me iba a crecer un árbol de chicles en el estómago, o eso me decían de pequeño. Cogí el recipiente de café que habíamos comprado, apreté la mochila a mis hombros y agarré una carpeta llena de folios que había preparado. Suspiré, me limpié el sudor de la frente y escuché de nuevo con atención la voz de mis auriculares.

—Cien metros… Cincuenta metros… Veinte metros…

—Vamos, joder.

—La tienes a diez metros. Cuenta atrás. Sal en tres, dos, uno…

No habíamos tenido en cuenta un pequeño detalle. Un pormenor que me había sucedido cuando salí de casa por la pared del patio días atrás. Una mala caída al ver aquel Mercedes por la calle. Mi tobillo se dobló y no le di importancia al probable esguince de primer grado que acarreé hasta este día. En el momento en el que Solid me hizo la cuenta atrás, salí de aquella calle con la intención de chocarme con Carlota Le Fried, pero algo falló; en vez de chocarme, tirarle el café encima y que se me hubieran caído todos los folios de mi carpeta, mi tobillo se dobló antes de llegar a chocarme, le tiré el café y yo caí al suelo delante de ella. Me quedé a escasos centímetros de besarle los pies. El problema vino cuando quise levantarme para pedirle perdón por haberle tirado el café encima. Había perdido movilidad en el tobillo y no podía apoyarlo. Chillé de dolor y me apoyé en la farola que había a mi lado. El dolor se iba acentuando con el paso de los segundos. Carlota, sin mediar palabra, no dudó en hacerme de apoyo para socorrerme. Vi de reojo a Solid levantando los dos dedos pulgares de sus manos y diciéndome por los auriculares que había hecho una buena actuación fingiendo esa caída.

Me encontraba en las urgencias del hospital de Santa Bárbara, sentado con el pie en alto. Nunca imaginé visitar dos hospitales en tan poco tiempo. Me habían inmovilizado el tobillo y lo tenía más hinchado que un pez globo asustado. Estaba esperando los

resultados de las pruebas. Mi acompañante apareció con la botella de agua que le había pedido. Mi cara de pena y varias plegarias fueron suficientes para que aquella chica desconocida sintiera lástima por mí y me acompañase a aquel centro médico.

—Toma, Vence, aquí tienes la botella —y se sentó a mi lado limpiándose con una toallita el top de tirantes blanco manchado de café.

—Oye, Carlota. Ya te lo he dicho en el taxi veinte veces, pero lo siento mucho por todo lo que ha pasado.

—Llevas perdonado desde la primera vez que me lo has dicho. Pero me ha sorprendido algo…

—¿Qué? —dije expectante.

—No sabía que era tan fea como para que una persona se cayera del susto al verme.

—No, mujer, en realidad quería chocarme contigo para conocerte —le dije de forma irónica, aunque ese fuese el motivo real—. De todas formas, mil gracias por acompañarme al hospital.

—¿Chocarte a caso hecho? Si de verdad me has tirado un café encima de forma intencionada, te juro que te mato. Y no tienes que darme las gracias, no podía dejar a un moribundo tirado en mitad de la calle.

«El que me quiere matar es tu padre», pensé.

—¿Esa es tu excusa para escaquearte de la universidad? Reconoce que te ha venido bien acompañarme para no asistir a esas clases aburridas de Teoría del Derecho.

—Sí, me has pillado. Eres mi salvador —derrochaba sarcasmo.

—A tu favor diré que me podría haber chocado con un tío gordo, feo y medio calvo. En cambio, me ha tocado una chica como tú.

—¿Cómo yo? ¿A qué te refieres?

—Pues… una chica guapa, simpática, estudiante… Aunque un poco sucia.

—¿Sucia?

—Sí. No sé qué pensarán tus amigos, pero salir a la calle con un top de tirantes manchado no da buena impresión —y le señalé la

mancha de café que le había hecho al caerme.

—¡Serás imbécil! —me golpeó el hombro de manera cómplice—. Todavía te quedas aquí solo en el hospital.

—Perdón, perdón. Era una broma.

Se abrieron las puertas de la sala de espera y el médico de guardia entró con los resultados de mi tobillo. Esguince de segundo grado. Mantener reposo durante unos días y no hacer ejercicio en dos semanas. Carlota me acompañó hasta la salida y pedimos otro taxi para que me llevase a casa.

—Pues lo dicho, Vence, ha sido un placer ayudarte. Espero que te recuperes lo antes posible.

—Te lo agradezco, Carlota. Has sido una bonita coincidencia.

Al decir eso, hubo unos segundos de silencio mientras nos miramos sin decir nada. Nuestros ojos estaban pidiendo a gritos hablar para poder expresar lo que no podíamos decir con la boca. Pero algo distrajo a Carlota. Su móvil recibió una notificación y bajó su mirada para verla.

—Tengo que irme ya, Vence.

—Espera, aún sigo en deuda contigo. ¿Podría invitarte alguna tarde a tomar algo y estamos en paz?

—No creo que haga falta. Tu deuda está saldada —dijo como si no le hubiera parecido buena idea.

—Al menos apunta mi número por si algún día me caigo y necesito que vengas a recogerme de nuevo.

Ella sonrió a mi comentario y sopesó la idea de intercambiar los números. No estaba convencida, pero al final decidió hacerlo. Nos dimos los números y mientras me subía al taxi, vi como aligeraba su paso por aquella calle exterior al hospital. Se podía haber venido conmigo en el taxi, pero no quiso. Es como si le hubiera cambiado el humor desde que vio la notificación en su móvil. El taxista me dejó en la acera de nuestra nueva casa de playa; le pagué y esperé a que viniese Solid a ayudarme a subir por las escaleras.

Estando dentro de la casa, tiré la muleta al lado del sofá y me tumbé con el tobillo en alto. Solid no paraba de reírse de mí.

—No puedo creer que te hayas hecho de verdad un esguince.

—Anda que has venido a socorrerme, cabrón.

—¿Para qué? Estaba tu novia ayudándote. El plan ha salido a pedir de boca.

—Tan bien no ha salido. Iba todo encaminado, pero algo le ha pasado en el hospital. Le ha llegado una notificación al móvil y le ha cambiado el carácter. Se ha mostrado fría de repente. He podido conseguir su número, pero creo que me lo ha dado por pena.

—Lo importante es que lo tienes. Ahora en un rato le envías un wasap y le propones quedar de nuevo.

—No lo veo yo tan claro eso —mascullé.

Mis sensaciones me transmitían pesimismo al hecho de poder avanzar con Carlota. Noté una reacción rara en su cara cuando leyó aquella notificación. Como si un niño pequeño hiciese algo malo y de repente recibiera una llamada de atención de sus padres. Por mi cabeza pasaba la idea de que Avid Le Fried se hubiera enterado de que estaba con ella o cualquier cosa relacionada. No nos debíamos olvidar de todo lo que nos había sucedido antes de llegar allí. Ese calvo de metro ochenta podría estar en cualquier esquina vigilándonos. Pero Solid, en cambio, me transmitía esa falsa seguridad que siempre lo caracterizaba. Parecía que nunca pasaba nada malo a su alrededor. Y me dejaba guiar por ella, como un ludópata al escuchar el ruido de una máquina tragaperras.

—Hola, Carlota. Soy Vence. Espero que hayas llegado bien a casa. ¡No vuelvas a perderte más clases o se lo diré a tus profesores! —escribí en una nueva conversación de WhatsApp.

Carlota tardó dos o tres horas en responder.

—Hola, Vence :). ¡Vaya cara tienes! Si eres el culpable de perderme las clases.

—Lo sé, ja, ja. Voy a poner un póster con tu cara en mi habitación, ¡eres mi salvadora!

Otra hora y media aproximada para volver a responderme.

—Sí, ja, ja. Te cobraré los royalties por poner mi cara.

—¿Podríamos discutirlo alguna tarde mientras tomamos algo no?

Y no respondió más.

Desde que intuyó que quería quedar con ella, su comportamiento cambió. Podría ser que no le gustase, pero esa mirada en el hospital y su forma de hablar conmigo… Quizá eran suposiciones mías, nada más. Creí que le gustaba. Aunque la realidad me estaba indicando lo contrario. Y tampoco iba a ser un pesado en WhatsApp insistiéndole a hacer algo que no quisiese. Así que la conversación murió en mi último mensaje. No volvimos a hablar más. Solid y yo descartamos la idea y pensamos en poner en marcha otro plan. Solid podría acercarse a su compañera de piso o ir al centro ecuestre a investigar qué se cocía por allí. Pero antes de hacer nada, pensamos en alguien.

26

Desde que llegamos a Santa Bárbara, no nos habíamos puesto en contacto con Henky. Él nos dijo que se iba a meter cada dos días en el juego para hablar con nosotros y habían pasado ya casi dos semanas desde la última vez que hablamos.

—¿Crees que seguirá conectándose si llevamos tantos días sin meternos? —preguntó Solid.

—Está amenazado de muerte, en paradero desconocido y tiene información confidencial. Si sigue conectándose será todo un logro.

—Voy a entrar al juego a ver si está.

Pero no se conectó en todo el día. Fue desolador para nosotros saber que nuestro plan había salido mal y encima nuestro único apoyo no daba señales de vida.

Al día siguiente yo ya estaba dándole vueltas a la cabeza para volver de manera segura a casa, aquí era posible que no hiciéramos más. Los malos resultados de nuestros planes siempre me incitaban a huir y a olvidarme de todo. Pero por suerte tenía a Solid. Él seguía empeñado en que Henky se conectaría y estuvo metiéndose en el juego dos días seguidos. Y su persistencia dio resultado. Al segundo día, mientras comíamos con la televisión puesta, sonó una notificación en el ordenador. Henky se había unido al chat del juego.

—¡Lo ves! Sigue vivo, hombre de poca fe.

Solid cogió el portátil con una mano y se lo puso entre las piernas.

—¡Hola, Henky!

—Hola, chicos. ¿Qué os ha pasado estos días? Me habíais preocupado, me temí lo peor. Me alegro de volver a leeros.

—Digamos que hemos tenido que cambiar de lugar.

—¿Y eso? ¿Os están siguiendo? ¿Qué habéis hecho ya?

—Cuando hablamos se nos olvidó decirte que robamos una información interesante y eso dio lugar a que me drogaran y asaltaran a Vence. Así que no podíamos quedarnos en casa. Decidimos cambiar de lugar para seguir investigando.

—¿Por qué no me contasteis eso antes? Os hubiera ayudado. ¿No os fiais de mí aún?

—A ver, piensa que fue la primera vez que hablamos contigo…

—Ya, bueno, da igual… Lo importante es que seguimos vivos y en contacto. Tengo noticias nuevas, pero vamos por partes. Por seguridad, no me digáis nunca por aquí vuestra localización ni vuestros futuros movimientos. Yo tampoco lo haré. Aunque es un sitio seguro, nunca se sabe. ¿Qué pruebas encontrasteis?

—Pues me colé en el despacho de uno de los profesores del tribunal de Vence, un tal Alberto Ajaquefa, y fotografié un informe que creemos que son códigos correspondientes a personas. En la cabecera del informe ponía «Proyecto Sulley». Pero no salía nada de La Gran Unidad.

—Pensad que La Gran Unidad siempre va a tener las espaldas bien cubiertas. Aunque esa información es interesantísima. Y más sabiendo que os han perseguido por ello. ¿Podéis enviarme esas fotos?

Solid me clavó su mirada para obtener mi aprobación. Yo me quedé pensando durante un rato y valoré si fiarnos o no. Seguía con dudas, pero tampoco íbamos a perder nada por hacerlo. Miré a Solid y le afirmé con la cabeza.

—Sí. ¿Cómo quieres que te las enviemos?

—Cread una cuenta de correo nueva y con los datos móviles activados de una tarjeta SIM de prepago, me las enviáis a cuentadeprueba5453@correoprueba.com.

—Sé como enviar información para que no la rastreen, descuida. Lo haremos.

—Me gustaría saber cómo os drogaron y os asaltaron, pero, como sabéis, no podemos estar mucho tiempo hablando por aquí. Tengo algo importante que contaros antes.

—¿Qué es?

—He descubierto una nueva muerte relacionada con el caso. Bueno, en realidad es una muerte anterior a la que se produjo en Santa Fe. En 2017 se suicidó un español en Francia. ¿A que no sabéis qué estaba haciendo allí?

—Estaba de Erasmus.

—Correcto. Un joven español de veinte años estudiando de Erasmus en Francia. Al igual que Markus Ozola, su beca fue financiada en parte por La Gran Unidad.

—¿Cómo tienes acceso a toda esa información? ¿Cómo se suicidó?

—Aún tengo mis contactos, aunque no sé durante cuánto tiempo.

—Espero que algún día vuelvas a hacer vida normal.

—Ojalá —y puso un emoticono de una cara guiñando un ojo—. Volviendo al tema, el fallecido saltó de un tercer piso por el balcón y dio positivo en drogas, en especial una que se llama *polvo de mono*.

—¡¿Qué coño es eso?! A mí me drogaron, pero no encontraron nada en mi sangre.

—Te drogarían con otra sustancia, el *polvo de mono* es una droga que provoca paranoia extrema y alucinaciones. Puede ser inhalada, inyectada o tragada. Causa efectos tales como brotes psicóticos, hipotermia e insensibilidad al dolor. De ahí a que la gente se atreva a cometer terribles locuras. Y este chico decidió saltar por un balcón.

—Si está relacionado con La Gran Unidad podemos suponer que no se drogó, sino que lo drogaron como a mí. ¿Pero para qué?

—Eso estoy intentando averiguar, no puede ser casualidad que sean personas estudiando de Erasmus, becados por La Gran Unidad y encima mueran en extrañas circunstancias. Empieza a haber un patrón.

—No es casualidad ni de coña. ¿Qué podemos hacer entonces con esa información? Nosotros estamos investigando otro indicio, pero si te lo cuento por aquí nos comprometería.

—No me digáis nada hasta que lo tengáis resuelto y estéis a salvo, a no ser que necesitéis mi ayuda. Sobre la información, me ha servido para descubrir un nuevo participante en el caso.

—¿Un nuevo participante?

—Sí, os cuento. Comparando las dos muertes, supuse que debían de tener algo más en común y lo descubrí gracias a Vence.

—¿A Vence por qué?

—Como bien debe saber Vence, quien se ponía en contacto para saber sus avances de la patente era un laboratorio. Pues aquí viene la sorpresa: hay varios laboratorios repartidos en distintas ciudades de España y Francia, y lo más llamativo, hay uno en cada ciudad donde se produjeron dichas muertes. Estoy seguro que hay relación. Así que os voy a mandar un listado por correo de todos los laboratorios, a ver si podéis encontrar algo. Yo voy a trabajar con las fotos que me vais a enviar y si descubro algo más, en cuarenta y ocho horas nos ponemos al día. Tengo que irme ya.

—Vale, de acuerdo. Nos vemos en dos días. Cuídate, Henky.

—Igualmente, chicos. Nos vemos.

«Henky abandonó el chat de juego».

Solid y yo estuvimos durante un rato conversando sobre la nueva información. Henky nos respondió al correo de las fotos con un listado de todos los laboratorios: aparte de haber uno en cada ciudad donde murieron los universitarios, había dos más en España y otros dos más en Francia. En total, seis laboratorios. Lo más curioso, fue que uno de los dos laboratorios restantes en España estaba en Santa Bárbara. Eso nos dio pie a pensar que no fuese una simple coincidencia su localización. Avid Le Fried tenía un centro ecuestre y a su hija estudiando en la misma ciudad. Podría ser un posible vestigio de la actividad de Avid con La Gran Unidad. Por tanto, teníamos que aprovechar que estábamos allí para investigar quién trabajaba y qué hacían en aquellos laboratorios. Aunque si de verdad tenían algo que ver con las muertes, iba a ser complicado adentrarnos en ellos. No iba a ser tan fácil como acceder al ordenador de un profesor universitario. Por lo menos de manera legal. Y viendo que Carlota llevaba tres días sin contestarme, dejé a Solid que pensara uno de sus planes para adentrarnos en aquel laboratorio.

—Sé como lo vamos a hacer —dijo con seguridad.

—Ahora es cuando te haces el misterioso y vas soltando pequeñas dosis de tu plan genial.

—Exacto. Vamos a comprar cuarenta memorias USB. ¿Has visto la primera temporada de la serie *Mr. Robot*?

—No.

—Pues acompáñame que voy a hacerte una pequeña demostración.

27

Solid me había obligado a ir con él a una tienda de informática de Santa Bárbara para comprar cuarenta memorias USB. La facilidad con la cual se gastó doscientos euros en aquellas memorias me hacía creer que su plan llevaba organizado incluso meses. Siempre me pasaba lo mismo cuando seguía alguna de sus ideas, me daba la sensación de que ya las tenía almacenadas en su mente a la espera de que yo le propusiera una situación que encajase con alguna de ellas. Para complementar su plan, Solid ya había recorrido media ciudad en menos de una semana para conocer los principales lugares.

Una vez llegamos a casa, me utilizó como mano de obra barata para cargar un programa suyo en cada memoria sin decirme de qué iba a tratarse.

—¿A dónde vamos a ir con todo esto, Solid?

—A un parque transitado que hay cerca de aquí.

—Dale con el misterio, cuando quieras me lo explicas...

—No te enfades, hombre. Capítulo seis de la primera temporada de *Mr. Robot* en Prime Video, minuto ocho cincuenta y cinco segundos: un hacker quiere acceder a los ordenadores de una empresa y mete un virus en un puñado de memorias USB. Se va al parking de la empresa y va tirando al suelo las memorias infectadas cerca de cada coche aparcado. En menos de veinticuatro horas tiene acceso a los ordenadores de la empresa.

—¿Y tu plan está basado en algo que has visto por televisión? ¿En una serie de ciencia ficción?

—Vuelves a pecar de incrédulo, Vence. La realidad supera la ficción. Me ofende que no confíes en mis planes con los buenos resultados que siempre dan.

—Creo que esta vez te va a costar que tu plan salga bien. La gente no es gilipollas.

—Las personas son curiosas por naturaleza. Parece obvio que nadie en su sano juicio recogería una memoria USB del suelo para conectarla a su ordenador. Pero te sorprenderías del resultado. Por eso vamos a ir al parque. Quiero que presencies el comportamiento humano en todo su esplendor.

—Te veo demasiado seguro.

—Coge la mitad y yo la otra mitad. Vamos a utilizar solo veinte, diez para cada uno. Cuando lleguemos, ve tirándolas cerca de cada banco y en sitios de fácil visión. Luego veremos los resultados en mi ordenador.

Llegamos a ese parque cargados de memorias USB. Daba la sensación de que veníamos de una cabalgata de Reyes Magos, con los bolsillos llenos de caramelos. Nos dividimos y fui soltando a los pies de cada banco una memoria USB. También tiré varias en mitad de los caminos de arena blanca que atravesaban el parque. Me reuní con Solid en uno de los bancos y nos sentamos durante un rato para observar a los que paseaban por allí. Había personas que ignoraban lo que había en el suelo, algunas se quedaban mirando las memorias sin atreverse a tocarlas y, por último, comprobé cómo había otras que directamente se agachaban a recogerlas y se las metían en el bolsillo. Yo miraba a Solid incrédulo. Él me respondía con una sonrisa pícara.

—Ahora solo tenemos que esperar a que conecten las memorias en sus ordenadores para que mi programa acceda a sus datos.

—Reconozco que he dudado de tu plan, pero me has callado la boca —dije convencido.

—Lo sorprendente aún no lo has visto. Vamos a esperar a la noche y verás.

Terminamos de cenar y, como si fuéramos niños pequeños esperando una atracción, fuimos al ordenador de Solid para comprobar los resultados. Yo seguía fascinado por lo que estaba presenciando. En ninguna situación metería una memoria USB del

suelo en mi ordenador. No sé en qué momento una persona valoraría que hacer eso sería una buena idea. Pero había gente que nos lo iba a demostrar.

—¿Ves esos puntitos verdes que salen por pantalla con un montón de números al lado? —me indicó.

—Sí. Los veo.

—Pues son los ordenadores que han sido infectados por mi programa, es decir, la cantidad de personas que han enchufado la memoria USB en su ordenador y están conectadas ahora mismo.

—Un tercio de las memorias que hemos tirado al suelo se han utilizado. No me lo puedo creer.

—Ahora mismo tengo acceso al escritorio del ordenador de seis personas. ¿Quieres ver la información de alguien? Elige un usuario, el número que más te guste.

—Hay que ser gilipollas. A la gente le falta educación en seguridad de internet. Como nunca pasa nada… Dale al primero que sale, a ver quién es.

—No te resignes, Vence. Esta es la realidad. ¿Entiendes por qué estaba tan seguro de mi plan?

—Sin comentarios… —dije condescendiente.

—Izan Sorní, hombre de treinta y ocho. Administrativo contable de una gestoría de la ciudad. Tiene una nómina de mil quinientos euros netos y dos pagas extras de mil seiscientos euros.

—¿Cómo lo has sabido tan rápido? —Estaba flipando.

—Tiene en el escritorio un documento PDF llamado «nómina enero». No he tenido que buscar mucho. ¿Quieres ir de festival este verano? Tiene otro documento PDF que se llama «festival agosto código QR».

—Joder, lo puedes dejar seco si quisieras. ¿Se puede ver si está conectado por la cámara?

—Claro, lo más seguro es que tenga la cámara sin tapar. Veámoslo.

—¿Qué coño hace el tío?

—Coge palomitas. Creo que se la está pelando delante de nosotros. Le va a salir un buen bíceps.

—Qué asco. Parece un mono —un amago de arcada me subió por la garganta—. Quita eso, por favor.

—Cambiemos de tercio. Mira esta, aquí tenemos una universitaria estudiando un máster en Dietética y Nutrición. Nela Bañuls. Veinticuatro años. ¿Quieres apuntes para estudiar otra vez en la universidad? Tiene el escritorio lleno de prácticas y exámenes resueltos.

—La gente es una inconsciente.

—Vamos a mirar sus redes sociales —Solid le dio un par de clics a su ratón y entró al perfil de la chica con la misma facilidad como si fuera el suyo—. Tiene dos mil seguidores en Instagram, fíjate en los mensajes que recibe. Qué asco damos los hombres, somos unos babosos. Hay como veinte tíos intentando ligar con ella.

—Ese es nuestro nivel.

—Mierda... ¿Por qué haces esto, Nela? —le dijo Solid a la pantalla del ordenador.

—¿Qué pasa? —y acerqué la mirada a la pantalla. Me sobrecogió lo que estaba viendo—. ¡Dios santo!

Siempre habíamos dicho que la información que estuviera disponible de alguna manera en internet, sin las medidas de precaución necesarias, corría el riesgo de ser robada por un tercero. La chica tenía una carpeta llena de fotos desnuda de manera explícita. Ya habíamos pasado por algo parecido con la hermana de Solid. Era un tema que no nos gustaba ni recordar. Nos jodía ver como una persona se exponía así de fácil a que le hicieran daño. Internet nos trajo un sinfín de cosas positivas a las personas, pero también una serie de amenazas que aún no habíamos sido capaces de afrontar. Caíamos una y otra vez como población en el mismo error.

—Voy a quitar esto. No quiero continuar viendo a esta chica —dijo Solid apenado.

—Creo que es suficiente. Ya hemos comprobado lo que se puede llegar a conseguir.

Se nos quedó un cuerpo cortado viendo los datos de aquellos usuarios. Sabíamos que íbamos a encontrarnos información privada, pero había secretos de la gente que era mejor no saber.

Sobrepasado esto, pusimos nuestros esfuerzos en planear cómo haríamos para que alguien del laboratorio cayera en la trampa de Solid. Nos bastaba que una persona conectara una memoria USB en la red de ordenadores. El aparcamiento de ese edificio albergaría una treintena de coches, así que teníamos las posibilidades suficientes para que alguien cogiera una memoria del suelo. Conseguido eso, nos quedaría esperar a que un símbolo verde apareciera en el ordenador de Solid, indicando que un usuario habría infectado su ordenador con el virus informático.

A once de junio, llevábamos ya una semana en Santa Bárbara y habíamos descubierto una cantidad significativa de cosas: dos muertes de estudiantes erasmus, una red de laboratorios vinculados a La Gran Unidad, un centro ecuestre perteneciente a Avid Le Fried, el informe robado por Solid en la universidad y yo tenía el número de teléfono de Carlota Le Fried. Ahora nos quedaba relacionar toda esta información entre sí.

28

A la mañana siguiente de haber visto los datos de los usuarios que cogieron las memorias USB, fuimos al aparcamiento del laboratorio. Llegamos andando para que no se quedaran con el modelo y la matrícula del coche de Diana, en caso de que pasase algo inesperado.

Eran las dos de la tarde y el aparcamiento estaba casi al completo, pero nos encontramos con un problema que no tuvimos en cuenta: un vigilante de seguridad estaba custodiándolo. No era el mejor plan arrojar veinte memorias USB delante de aquel hombre. Llamaría mucho la atención y daría parte de ello al laboratorio.

—Tengo que entrar al edificio.

—¿Y si te pillan? —le advertí.

—No lo van a hacer. Voy a soltar varias memorias en los cuartos de baño y en el mostrador de la secretaría. Será suficiente con eso.

—¿Quieres que lo haga yo?

—Esto es cosa mía. De todas formas, mantengámonos en llamada por si acaso.

—De acuerdo. Pero solo una cosa: no arriesgues más de lo necesario.

—No te prometo nada.

Solid se puso sus auriculares bluetooth y se dirigió a la entrada del laboratorio. Estuvo unos segundos parado frente a la puerta y luego cruzó por ella, lo perdí de vista. Yo estaba apoyado en una pared a unos cincuenta metros de aquel edificio.

—¿Solid, me oyes?

—Alto y claro. Te voy dando info. Acabo de entrar por la puerta y tengo la secretaría a la derecha y los servicios a mi izquierda. Es un edificio cuadrado con un patio interior en medio. Al fondo están las

oficinas donde supongo que estarán los trabajadores. Hay tres plantas en total, una subterránea. Voy a la secretaría a soltar las primeras memorias.

—Bien, ten cuidado de que nadie sospeche.

—Hola, buenas tardes —Solid estaba saludándo a alguien.

—Hola. ¿Qué te hace falta? —era una mujer.

—Pues mire, es mi primer día hoy y he olvidado sin querer mi tarjeta de identificación para fichar cuando acabe, soy un idiota. ¿Cómo podría obtener una nueva para fichar?

—En eso no te puedo ayudar. Tienes que hablar con el responsable de tu departamento para que lo tramite. ¿Quién es tu responsable? Dime su nombre y compruebo si está en el edificio para que hable contigo.

—Mierda. Te van a pillar. ¿Por qué coño has ido a hablar con la secretaría? Eres tonto —le dije por el micrófono de mis auriculares.

Solid se mostró indiferente a aquellas preguntas.

—La responsable de mi departamento es Patricia Legado.

—A ver, déjame mirar. Un segundo… Aquí la tengo. Pues Patricia no está ahora mismo en el edificio, ha debido de salir ya para ir a comer. Cuando vuelva le diré que la estás buscando.

—No es necesario. Ya la llamo yo ahora. Pero me haría falta que sí me ayudara en algo.

—¿Qué más? —dijo la secretaria.

—Necesito ir al servicio, pero sin tarjeta de identificación no puedo entrar. ¿Podría dejarme la suya y se la devuelvo en cuanto acabe?

—Hay que ver el quehacer que dais los nuevos… Anda, toma y me la traes ahora.

Solid cogió la tarjeta NFC de identificación de la secretaria y fue hacia el baño de hombres.

—Pero ¿qué has hecho, loco? ¿Cómo sabías el nombre de una jefa de departamento? —le espeté.

—Tranquilo, hombre. Justo al entrar al edificio me crucé con un grupo de trabajadores y uno de ellos era una mujer con una identificación colgada en el pecho que ponía «Jefa de Departamento. Patricia Legado». Así que, a partir de ahí, se me ocurrió una excusa

para robarle durante unos minutos la tarjeta NFC a la secretaria. Y ha colado.

—¿Para qué quieres su tarjeta NFC?

—Tú eres el que sabe clonar tarjetas NFC, ¿no? Este edificio tiene una planta subterránea y no se puede acceder sin identificación. Ahora me dices como clonarla y ya tenemos forma de entrar otro día. Voy a ir soltando las memorias USB por los retretes mientras me explicas como hago lo otro.

—Descárgate un programa que se llama «Lector NFC» y, como si fueras a pagar con tú móvil, coloca la tarjeta NFC de la secretaria en la cara de atrás del teléfono. Cuando vibre, apunta los números que salgan y los guardas. Solo necesito eso para clonarla.

—Oído cocina. Ya he soltado cuatro memorias en este baño. Voy al de mujeres sin que me vea nadie y suelto otras cuatro.

—Ten cuidado…

—Joder, este baño huele mucho mejor que el de hombres. Huele a papel perfumado. Hmm…

—Deja de hacer el idiota y céntrate en lo que hay que hacer.

—Vale, listo. Ya van otros…

Alguien lo interrumpió.

—¡Pero oye! ¡No puedes estar aquí! Este es el baño de mujeres —se escuchó la voz de otra mujer.

—¿Perdona? ¿Estás poniendo en duda mi sexualidad?

—Eh, bueno, yo no pensaba que tú...

—Es broma, no te preocupes. Soy nuevo, me he confundido. Lo siento, ya me voy.

—No has conocido la vergüenza —le achaqué.

—Ha sido divertido. La chica estaba muy ofendida. Ya he copiado los números de la tarjeta. Voy a devolvérsela a la secretaria y suelto un par de memorias por el mostrador sin que me vea.

No podía negar que la probabilidad de éxito de los planes de Solid era casi del cien por cien. Se las apañaba para salir victorioso a pesar de la cantidad de riesgos y consecuencias que se presentaban. Solid salió del edificio soltando las memorias restantes en determinados puntos del suelo. Llegó hasta mí espolvoreándose las manos como si hubiera acabado un buen trabajo.

—Vámonos, Vence. Aquí ya no hay nada que hacer.
—Anda… calla que te has lucido, como siempre.
—Soy efectivo, cumplo con el objetivo pase lo que pase.
—Touché.

Otra vez se había salido con la suya. Lo único que me preocupaba era pensar el día en que sus planes no saliesen bien. Por estadística, tendría que ser alguna vez, tarde o temprano.

El portátil de Solid estaba preparado encima de la mesa del salón a la espera de que algún trabajador infectase la red corporativa del laboratorio. Ya habían pasado más de seis horas y no habíamos recibido ninguna notificación. Estábamos impacientes, cuanto más lo deseábamos, más lento pasaba el tiempo.

La hermana de Solid nos llamó esa noche para saber cómo nos encontrábamos. Lo primero que nos preguntó fue por su coche. Después de asegurarle que se encontraba en perfectas condiciones, la pusimos al día. Habíamos prometido contarle todo, cada cosa que nos sucedía, lo iba sabiendo. Le advertimos que estuviera en alerta, pues el hombre rapado seguiría buscándonos por allí y podría hacerle una visita si descubría que era la hermana de Solid.

Terminamos de hablar con Diana y el ordenador continuaba sin mostrar ninguna actualización, es decir, nadie había conectado aún las memorias USB. Nos quedamos dormidos en el sofá esperando que dicha notificación se mostrase ante nosotros, pero no obtuvimos respuesta. Algo no estaba yendo bien.

29

Amanecimos al día siguiente con la esperanza de que hubiese algún cambio. El ordenador repetía el mismo mensaje por pantalla:

«No hay usuarios conectados».

La idea de que había sido un plan perfecto se diluía en mi mente. Me volvía a pasar lo mismo que cuando quedamos con Henky en aquella plaza: una sensación de frustración se adueñó de mí. Yo ya no podía irme a olvidar todo durante dos semanas, esta vez no tenía escapatoria. Tenía que continuar, pasara lo que pasase. El plan de Solid estaba fallando y ahora me tocaba a mí estrujarme la mente para avanzar en el caso.

Pensé en Carlota. Volví a recordar como nos miramos el uno al otro en la puerta del hospital. Un torrente sanguíneo atravesó mi estómago. Esas miradas debían de significar algo. Saqué el móvil, abrí el WhatsApp y releí la conversación que tuvimos hace una semana. Estaba incompleta para mi gusto. Una historia como la que provocamos no podía quedarse en cuatro tristes mensajes de WhatsApp. El fracaso del plan de Solid me incitó a escribir de nuevo a Carlota:

—¡Hola, Carlota! Espero que todo vaya bien. Me quedé con ganas de volver a verte (cara sonriendo).

Estuve deliberando si añadir algo más al mensaje. No era lo mejor que podía escribirle, pero no se me ocurrió nada más. Le di a enviar y me metí el móvil en el bolsillo.

Alcé la vista y me di cuenta de que estaba solo en el salón. Hacía quince minutos que tenía a Solid medio dormido en el sofá y ahora no había nadie más que yo. Miré inclinado hacia la derecha para ver

si estaba en la cocina americana y ni rastro de él. Grité varias veces su nombre y no recibí contestación. Fui al recibidor de la casa y me fijé que la puerta de salida estaba entreabierta. Se había escapado sin decir nada como un perro sin atar.

Volví al salón sospechando lo que había hecho. Miré en la mesa, debajo del sofá, en el mueble de la televisión y en mi mochila. Solo había una de las dos copias de la tarjeta del laboratorio que cloné la noche anterior. El cabrón de Solid había vuelto a hacer de las suyas. En un acto de cabezonería, se puso de nuevo en riesgo y, por consiguiente, a mí también. Se largó con la tarjeta clonada para colarse otra vez en el laboratorio. Cuando se le metía algo en la cabeza, era como un niño pequeño. Lo llamé y no me cogió el teléfono.

Me eché un poco de agua en la cara, me puse una camiseta y corrí hasta el coche de Diana. Tras lo presenciado semanas antes, estaba obligado a llegar lo más rápido posible allí. Aceleré a fondo en cada esquina y semáforo que se iba poniendo en verde, hasta entrar por una calle paralela al aparcamiento del laboratorio. Aparqué y me bajé del coche mientras llamaba con el móvil a Solid. Seguía sin cogerme la llamada. Cerré el coche y fui corriendo hasta el aparcamiento. El vigilante seguía haciendo su ronda por los alrededores de los coches. Me quedé observando la puerta de salida, no había movimiento. Grité varias veces al cielo y golpeé el borde de la acera con mi pie, sintiendo el dolor que producía la rotura de una uña. Estaba enfadado conmigo mismo, con Solid, con la situación.

No me quedaba otra alternativa que discurrir alguna forma de entrar al edificio y buscarlo. Pero no sabía dónde estaba, ni si le habría pasado algo. Y que no respondiera por teléfono no auguraba nada bueno. Haciendo un acto de fe, respiré hondo y atravesé la puerta de entrada del laboratorio. Recordaba a la perfección todas las descripciones que me había dado Solid sobre el edificio. La secretaria entretenida en su ordenador, los baños, el patio interior, pero desconocía por completo sus intenciones. Fui hacia los baños y saqué la otra copia de la tarjeta clonada de la secretaria; por previsión, hice dos la noche anterior. Entré al de hombres, no había nadie. Abrí la puerta del de mujeres, estaba vacío. Miré hacia las

salas de trabajo que había enfrente; era imposible que estuviera allí dentro. Había como veinte o treinta trabajadores. Giré mi cabeza ciento ochenta grados a los lados buscando más lugares donde buscar.

Recordé las palabras de Solid:

«Este edificio tiene una planta subterránea y no se puede acceder sin identificación».

Era como si me hubiese estado dando pistas adrede de sus futuros pasos, pero me estaba llevando a la boca del lobo. Bajar a esa planta subterránea y que alguien de La Gran Unidad supiera que estábamos allí, significaba que éramos hombres muertos. Aunque había algo más predominante que mi miedo, la voz de la hermana de Solid resonando en mi mente:

«Si le pasa algo a mi hermano por tu culpa, te mataré».

Di un paso al frente y me dispuse a bajar las escaleras rumbo a la planta menos uno. Un hombre con pelo largo subía por ellas muy apresurado, nos saludamos al cruzar y continué bajando. Por un momento creí que me llamaría la atención. Exhalé parte del aire de mis pulmones. Acto seguido, me encontré con una puerta blanca cerrada y un lector de tarjetas en el pomo. Saqué mi tarjeta del bolsillo y la pasé por aquel dispositivo. La puerta se accionó y un led de color verde iluminó la cerradura. Entré y cerré la puerta.

Un pasillo iluminado con luces frías recorría el largo de toda la planta. Olía a desinfectante de hospital y la temperatura estaba climatizada a unos dieciséis o dieciocho grados centígrados. Había un montón de puertas a cada lado. Todas tenían un círculo de cristal en medio para ver en su interior. Fui revisando una a una cada habitación. Despachos, consultas, laboratorios… Varios trabajadores se veían a través de los cristales. Estaba llegando al final del pasillo cuando me quedé mirando el interior de una de las habitaciones. Esta era diferente: tenía las paredes y el suelo con el mismo detalle en forma de pequeños cuadrados grises y blancos. Había dos mesas

de acero en el centro de la habitación con una balanza cada una, parecían mesas de autopsia. En las paredes se veían varios negatoscopios y un par de fregaderos empotrados. Lo que más me llamó la atención fue un ordenador portátil encendido encima de una mesa metálica. No me aguanté las ganas de ir a inspeccionarlo.

Miré al pasillo para asegurarme de que no viniese nadie y entré a la habitación. El olor a lejía y a quirófano se intensificaron. Sin soltar la puerta, fui cerrándola poco a poco para que no hiciera ruido. Fue justo en ese instante cuando un brazo me rodeó el cuello por detrás y me dejó desarmado. Otro brazo me tapó la boca. Ya me estaba imaginando al hombre rapado de la cafetería con la satisfacción de haberme atrapado. Una voz familiar me tranquilizó.

—¡Shhhh! No vayas a chillar —me susurró la voz de Solid.

No terminó de aflojarme el cuello y la boca cuando me revolví como una serpiente y lo estampé contra la pared sujetándolo por la garganta.

—¡Eres un hijo de la gran puta! ¡Estás como una cabra! ¿Por qué coño has venido hasta aquí sin decirme nada?—le dije mientras se me hinchaba una de las venas del cuello.

—Me vas a asfixiar. No podemos estar aquí—dijo a duras penas.

—¿Cómo que no podemos estar aquí?

—Nos van a descubrir, van a volver a la sala.

Sin entender nada, solté a Solid y cayó al suelo de rodillas. Me había llegado a cabrear tanto que lo estuve agarrando tan fuerte que casi se desmaya. Tomó varias veces el aire y se reincorporó.

—Habla —le advertí.

—Hay que esconderse, estaba vigilando a un tío cuando alguien lo ha llamado por teléfono y ha ido arriba a recibirlo. Creo que han quedado en esta sala.

—¿Y desde dónde lo estabas vigilando? Aquí no hay sitio donde esconderse.

—Sí, ahí —y me señaló detrás de mí.

Giré mi cabeza para ver lo que era y me mordí el nudillo para evitar darle un puñetazo a Solid.

—¿Quieres que nos metamos en un depósito de cadáveres a cinco grados centígrados? Tú eres gilipollas, estás loco.

—Si se te ocurre una mejor alternativa, podemos hacerla.

—Sí, largarnos de aquí.

El mecanismo de la puerta del pasillo rechinó en mitad del silencio a lo lejos. Alguien estaba entrando a la planta subterránea.

—Nos tenemos que esconder, Vence. No hay tiempo de pensar otra cosa.

—Me cago en mi puta vida. No te vuelvo a dejar escapar de casa. Te voy a atar como a un perro.

Y después de haber maldecido a Solid lo suficiente como para haberme calmado, entramos en aquellos cajones metálicos. Una sensación de muerte recorrió mis pensamientos. Estaba oscuro, hacía frío y solo escuchábamos pasos acercándose a la sala. Por la rendija que había dejado en la puerta del cajón escuché a dos hombres entrar mientras hablaban de manera confiada.

—…cuando alguien queda conmigo en el laboratorio no lo sabe ni la secretaria, por eso he subido a recibirte. Aquí podemos hablar con privacidad.

—Oye, tenéis buenas instalaciones. Se parecen mucho a los demás laboratorios. ¿Cómo va el trabajo en general?

—Nos va bastante bien. Como sabrás, tenemos varias colaboraciones con tu universidad y tres contratos vigentes con empresas del parque tecnológico. Las empresas confían en nosotros.

—Eso me gusta. Últimamente estamos centrados en la seguridad del proyecto y no queremos más fallos.

—Se les fue de las manos hace unos años en Santa Fe y en Francia. Todo proceso requiere su tiempo y si te apresuras, las consecuencias son graves.

—Vosotros sois los expertos. Quisisteis ir hasta el límite para acortar tiempos y os los cargasteis. Nos costó muchísimo trabajo arreglar la chapuza que hicisteis.

—A mí no me metas en ese saco, yo trabajo en este laboratorio. Y por ahora no hemos tenido ni un solo incidente. Aunque me han comentado que con el dispositivo *Tremor* todo es más fácil. Se puede calcular con exactitud el límite hasta donde se puede llegar.

—El dispositivo es una maravilla. Nos ahorra dinero, tiempo y, sobre todo, problemas. Lo que pasa que solo tenemos dos unidades

y están en los laboratorios de Francia. Los ingenieros de la universidad aún no han sido capaces de diseñar más unidades.

—Ojalá podamos disponer de alguno lo antes posible. Por cierto, ¿cuándo tendremos la próxima extracción?

—Tenemos una extracción programada para dentro de un mes, en julio. Por eso quería hablar hoy contigo. Necesito saber si vais a estar preparados para ese día. Hay que ir organizándolo todo ya. No queremos más fallos, nunca más —de repente, mi móvil vibró durante apenas un segundo y la vibración se transmitió por toda la estructura metálica del depósito de cadáveres. Habían oído el ruido. Durante un momento se callaron. Me mordí los labios y cerré los ojos; quise parar el tiempo, evitar las consecuencias—. ¿Qué ha sido eso? —dijo uno de los hombres.

—¿El qué? ¿Los ruidos? No temas, seguramente sea algún cadáver que nos hayan traído de los donantes fallecidos para extraerles los órganos. A veces los cuerpos siguen teniendo actividad una vez muertos.

—Algunos pretenden vivir toda la vida, ¿no?

—Eso quisieran. ¿Los quieres ver? —dijo mientras golpeaba la puerta que se interponía entre ellos y nosotros.

—No, no, no… Prefiero ahorrarme ese disfrute.

—Tú te lo pierdes.

Mientras se reían por los comentarios tan chistosos sobre los muertos, yo saqué mi móvil para ver quién me había enviado un wasap. De no ser porque tenía a mi alrededor varios cadáveres que convulsionaban de vez en cuando, ese wasap nos hubiese delatado. Carlota Le Fried me había respondido a mi último mensaje:

«Yo también tengo ganas de verte, Vence».

No sé si era por estar respirando el mismo aire que un puñado de muertos, pero no llegué a creerme esa respuesta. Metí de nuevo el móvil en el bolsillo y seguí escuchando.

—A diferencia de los muertos, nos toca trabajar. Hoy tengo un día completo, aún me queda ir a la universidad a gestionar varios

temas. Ve organizando al equipo y recibiréis más información las próximas semanas. No quiero ni un fallo.

—Dalo por hecho.

Los dos hombres salieron de aquella morgue y atravesaron el pasillo hasta subir de nuevo a la planta de arriba. Tuvimos que esperar unos cuantos minutos hasta estar seguros de poder abrir los cajones. Estábamos muertos de frío y con las extremidades agarrotadas. Sin entretenernos demasiado, apuramos nuestra salida de aquella planta hasta salir de las instalaciones del laboratorio. Por suerte, la gente con la que nos cruzamos nos trató como si fuéramos unos trabajadores más. La naturalidad, como siempre, era el mejor método para no levantar sospechas.

Lo habíamos vuelto a conseguir, salir vivos. Hasta la próxima.

30

Arranqué el coche como si hubiera ido al colegio a recoger a mi hijo. Se había portado mal y la profesora me llamó para decirme que lo habían expulsado. Así me sentía después de haber tenido que ir a por Solid a aquella planta subterránea del laboratorio. Estaba cabreadísimo. En cambio, Solid desprendía un halo de felicidad y satisfacción. Dos interpretaciones diferentes del resultado de un mismo plan. Parecíamos el yin y el yang. Solid ponía la intuición, la valentía y la temeridad, yo la prudencia, el saber estar y el realismo.

—Sigo sin creerme lo que has hecho. Irte sin mí y sin avisar. ¿En qué cabeza cabe hacer eso?

—Cuando desperté te vi agobiado. Si te proponía colarnos en la planta subterránea es probable que no me hubieras dejado.

—¿Te parece normal lo que ha sucedido? Que no te haya pasado nada malo es un milagro.

—No me vuelvas a dar la chapa con eso. Fíjate la conversación que hemos presenciado. ¿En qué plan de los tuyos hubiéramos conseguido eso?

—Te doy la chapa porque no paras de ponerte en peligro y de manera indirecta a mí también.

—Ha merecido la pena el riesgo. Es lo importante. Ahora tenemos más información; y con más información, tomaremos mejores decisiones.

—Esto no funciona así. Si quieres mantenerte vivo, no puedes seguir actuando de esta manera.

Nuestra conversación en el coche terminó ahí. No nos volvimos a dirigir la palabra durante un rato. Llegamos a casa y Solid se tumbó con su ordenador como si no hubiera pasado nada. Verlo actuar de esa forma me enervó por dentro. Salí a la calle para no enfrentarme

a él. La dichosa enfermedad de Urbach-Wiethe que padecía amenazaba su supervivencia, por muy consciente que fuera de ella. Decidí ir a aquel parque donde estuvimos el día anterior. Necesitaba pensar con claridad y estaba irascible. Haberme quedado con Solid en casa hubiera desencadenado una discusión subida de tono.

Atravesé el parque por aquellos caminos de arena blanca y encontré un banco vacío. Pasados unos minutos hice recuento de todo lo ocurrido. Uno de aquellos hombres pertenecía sin duda a La Gran Unidad. De hecho, por su forma de expresarse, tenía toda la pinta de ser Avid Le Fried. Hubiera reconocido su voz, ya que tenía leves recuerdos de cuando estuvo en el tribunal de mi trabajo fin de grado, pero el depósito de cadáveres distorsionaba el sonido que llegaba a mis oídos. Sonaban como a lata. Por otro lado, había bastantes cosas que analizar en la conversación que mantuvieron. Hablaron de que metieron la pata hace unos años y de que se cargaron a alguien. Muy probable que se refirieran a las dos muertes que descubrió Henky. Luego comentaron sobre una «extracción» programada para dentro de un mes. No había que pasar por alto ese acontecimiento. Y, por último, hablaron de mi dispositivo. Aquel que me usurparon. No se habían molestado ni siquiera en cambiarle el nombre con el que yo lo bauticé: *Tremor*. Los inútiles llevaban cuatros años utilizando los dos prototipos que fabriqué. No habían sido capaces de diseñar más unidades sin mí. Y por lo que escuchamos, eran de vital importancia para sus actividades. Me dieron ganas de viajar a Francia para robarlos y que se jodieran.

Ese día había mucho movimiento en el parque. Gente paseando a sus perros, haciendo deporte, meditando en el césped… Era incomprensible pensar que un grupo de personas estuviese matando gente inocente como la del parque. ¿Qué motivo habría? Dinero, locura…, no eran causas suficientes para hacer ese tipo de actos. Imposible creer que alguien los cometiera de manera voluntaria. Aunque echando un vistazo a la historia, no era raro, sino todo lo contrario, algo común. Dictaduras, bandas organizadas, países subdesarrollados, guerras; lo malo era más frecuente que lo bueno. Estábamos rodeados de injusticias, a pequeña y gran escala. Era

más probable que el dinero terminase corrompiendo a una buena persona que convertirla en alguien mejor.

Recordé la primera conversación con Henky:

«Pensé que sería un aliciente para ti que supieras que te pertenece una patente valorada en millones de euros».

No quería el jodido dinero, quería hacer justicia para mí mismo. Iría a por esos desgraciados a robarles mis dispositivos. Cada vez lo tenía más claro. Eran unos malditos ineptos que se aprovecharon de un universitario inocente como yo. Me quería comer el mundo y el mundo terminó comiéndome a mí.

Mi móvil vibró medio segundo en el bolsillo. Me sacó de mis pensamientos. Lo cogí con una mano y lo desbloqueé. Carlota Le Fried me había enviado otro wasap con un emoticono de una cara dando pena. Había olvidado responderle desde que recibí su mensaje en el laboratorio.

«Yo también tengo ganas de verte», leí de nuevo en la conversación.

Me extrañó que, en cuestión de una semana, de repente, me respondiera así después de haberme ignorado al conocernos. Podría ser una trampa ideada por su padre, pero me resultaba improbable. No creo que pusiera a su hija en peligro, más bien la protegería. Y si mis sospechas de que Avid Le Fried era uno de aquellos hombres en la morgue del laboratorio resultaban ciertas, no estaría tan tranquilo por aquí sabiendo que andábamos cerca. Decidí responder al wasap.

—¿Quieres tomar algo? —escribí.

—¡Me encantaría! :).

Fue instantánea su respuesta, Carlota debía de estar mirando nuestra conversación en ese momento.

—¿Te apetece que nos veamos esta tarde y me enseñas la ciudad?

A Carlota le dije en el hospital que me había mudado hace poco por trabajo y que no conocía bien los lugares típicos.

—¡Claro! Salgo de clase a las seis y media. ¿Dónde nos vemos?

—¿Conoces el parque que hay en el paseo marítimo con mucha vegetación y dos colmillos enormes en forma de arco en la entrada?

—Sí, se llama Parque del Mamut.

—Ya he aprendido algo nuevo hoy —bromeé—. ¿A las siete en punto en la entrada?

—De acuerdo, Vence. Nos vemos a las siete (cara sonriendo).

—¡Perfecto!

Pegué un salto de aquel banco y estuve pensando durante todo el trayecto a casa los pasos que había que seguir. Iba a necesitar a Solid para que me cubriera las espaldas en todo momento. Si Carlota quisiera tenderme una trampa, debíamos estar prevenidos.

Necesitaba a alguien que no me perdiera de vista. Llegué a casa y me encontré a Solid en el mismo lugar donde lo dejé. Me senté a su lado y sin mediar palabra, me hizo un saludo tímido con una de sus manos.

—Voy a necesitar tu ayuda —le dije.

Al escuchar eso, cerró la tapa del portátil y se giró hacia mí mostrándome toda su atención.

—¿Tienes un plan? —preguntó.

—Carlota me mandó un wasap cuando estábamos en el depósito de la morgue y he quedado con ella en el parque a las siete en punto. Tienes que venir conmigo y asegurarte de que no me pase nada malo.

—Cuenta conmigo siempre. Volveré a ser tu sombra.

—Gracias.

—¿Y qué hay de todo lo que escuchamos? ¿Has pensado algo? Grabé la conversación entera con mi móvil.

—¿La has grabado? Eso es buenísimo. Se la podemos enviar a Henky cuando hablemos con él.

—Eso he pensado. Y hay que averiguar a qué se han referido con esa «extracción» programada para dentro un mes. Aunque te parezca arriesgado, yo no pienso permitir que maten a más

universitarios. Ya escuchaste lo que hablaron. Se han cargado a varios. A saber qué coño están haciendo.

—Ya pensaremos alguna forma de descubrirlo. Ahora quiero centrarme en que salga bien la cita con Carlota.

—¿Has decidido algo sobre tu patente?

—¿A qué te refieres?

—Joder, Vence. Están utilizando tus dispositivos en los laboratorios de Francia. ¿No tienes ganas de ir a por ellos y robarlos? No saben cómo diseñarlos, los dejaríamos jodidos.

—Sí, tengo muchas ganas de joderlos y de quedarme con mis dispositivos. Pero creo que conocer a Carlota es más importante para avanzar en el caso. Mi patente es solo una herramienta para ellos.

—Eso quiere decir que vamos a ir a Francia, me gusta tu forma de pensar.

—Yo no he dicho eso.

—Te conozco, Vence. Vamos a ir.

—No empieces.

—Ya lo hablaremos, vamos a ver a tu novia.

31

El plan era simple: Solid permanecería a una distancia prudente y vigilaría nuestros alrededores. Esta vez hubiera sido extraño llevar unos auriculares puestos mientras hablaba con Carlota, así que la comunicación con Solid se limitaría al móvil.

Llegamos al parque unos quince minutos antes de las siete. Solid se alejó unos veinte metros y se mezcló entre la gente que paseaba por la calle contigua a la entrada. Yo estaba en un estado de incertidumbre por partida doble. El encuentro con Carlota se podía considerar una cita y me producía los típicos nervios en el estómago. Por otro lado, no se me quitaba de la cabeza que Carlota hubiera ideado todo para entregarnos a La Gran Unidad. El encuentro iba a ser arriesgado a simple vista.

Esperé en la entrada hasta las siete en punto sin saber qué postura poner. Me apoyé en la puerta, me crucé de brazos, metí las manos en los bolsillos, miré el móvil. Parecía un adolescente. Pasaron unos cinco minutos después de las siete cuando vi de reojo la silueta de Carlota acercándose hacia mí. No quise mirarla, me hice el tonto. En el móvil vi como Solid me notificaba que se estaba acercando. Escuché sus pasos y reaccioné a su saludo.

—¡Hola, Vence!

—¿Qué tal, Carlota?

Nos dimos dos besos. Estaba radiante. Su pelo desprendía un perfume dulce y amaderado. Eso me provocó una descarga eléctrica que viajó desde mi espalda hasta mis brazos. Si alguien me hubiese tocado, se hubiera llevado un chispazo.

—¿Entramos? —propuso.

—Sí, vamos a un banco y después si quieres nos tomamos algo en una terraza. ¿Qué tal la semana? Ya pensé que habías pasado de

mí.

—No, hombre. He estado liadísima con la universidad y demás, pero tenía ganas de quedar contigo. ¿Cómo está tu tobillo?

Ya no me acordaba del esguince que me hice al chocarme con ella. Si supiera que el reposo que me recomendó el médico consistió en colarme en la morgue de un laboratorio, emparedarme en un depósito de cadáveres y salir huyendo de allí, se habría largado antes de terminar de explicárselo. Ahora que me lo recordaba, lo tenía inflamado.

—Un poco hinchado. Si no me hubieras asustado, no me hubiera caído y estaría aún mejor.

—¡Qué idiota eres! Yo no tengo la culpa de que algunos se asusten de mi belleza —dijo con tono airoso.

—O sea que lo hiciste aposta, lo de asustarme. Pues te está bien merecido que se me cayera por accidente el café en tu top... —quise provocarla.

—Al final te vas a ganar un guantazo —e hizo un amago de darme un golpe con su mano—. Te tenía que haber dejado allí tirado como a un vagabundo.

—Te hubiese denunciado por malos tratos. En ese momento era un hombre sin hogar y malherido. Nahh, pero ya en serio, te lo vuelvo a repetir, fuiste una bonita casualidad.

Nos miramos de nuevo como en el hospital, pero en esta ocasión Carlota sonrió y bajó su mirada por timidez.

—Perdona por no haberte respondido antes, en serio, Vence.

—No te preocupes; pero bueno… vamos a lo importante. Cuéntame algo sobre ti, tu vida, tus aspiraciones, tus gustos.

—Pues no sé qué contarte. Ya te dije que estoy en tercer curso de derecho y, aparte de eso, me gusta montar a caballo, soy hija única y no sé aún lo que haré cuando acabe la universidad.

—¿Eres hija única? Qué suerte tener siempre toda la atención de tus padres. Debes de ser la típica hija mimada. No te quejarás.

—Eres muy tonto… Pues para tu información te diré que solo tengo un padre. Mi madre murió hace unos años por enfermedad.

Había metido la pata hasta el fondo. Me pasé de gracioso.

—Ostras, no tenía ni idea. Lo siento mucho, de verdad. Espero que no te haya ofendido.

—No pasa nada. Era imposible que lo supieras, estás perdonado. Pero aún no te he perdonado por lo del café. Esa te la tengo guardada eh —dijo levantando el dedo índice de su mano—. ¿Y qué me puedes contar de ti?

—Pues aparte de saber tirar bien un café, soy un chico simple. Estudié ingeniería y ahora estoy empezando en una nueva empresa aquí, como ya te dije. Tengo un hermano de diecinueve años que vive con mis padres y la verdad que a mí no me gusta montar a caballo. Me podrías enseñar algún día… gratis, claro está.

—¡Pero tendrás cara! Eso te lo tendrás que ganar.

—A cambio yo te enseñaría a caer con estilo. Son clases más caras que las de montar a caballo. No me digas que no te gustó mi forma de caer al suelo el otro día.

Otra vez mi móvil vibró en el bolsillo, vaya día llevaba. Vibración larga significaba llamada. Saqué el móvil y vi que la llamada la estaba realizando Solid. Eso no pintaba nada bien. Le dije a Carlota que esperase un segundo y descolgué el móvil:

—No digas nada, disimula. Dos bancos a tu izquierda, hay un tío rubio de veintitantos años sentado. Os ha seguido desde que habéis entrado y no para de miraros. No lo pierdas de vista. Si veo que se acerca a vosotros, me tiro para él —aseguró Solid.

—Vale, tío. Ahora te paso por WhatsApp la contraseña. No tardo —y volví a guardar el móvil en el bolsillo.

—¿Un amigo en apuros? —preguntó Carlota.

—Sí, compartimos Netflix y se le ha olvidado la contraseña. Era una llamada de urgencia, cuestión de vida o muerte.

—Eso es cierto, una vez que te enganchas a Netflix es como una droga.

«Droga: como la que utilizaron tu padre y sus amigos para matar a dos personas», susurré en mi cabeza.

—Es adictivo, la verdad —confirmé—. Oye, ¿te parece que vayamos para una terraza ya? Estos bancos son muy incómodos.

—Vaya con el señor mayor. Si lo llego a saber hubiéramos quedado en el centro del jubilado.

—¿No serás tú la reina del chiste?

—Igual se me ha pegado de ti.

Y mientras me lo decía, esperé a que se levantara y le tendí mi mano como si fuera un anciano.

—Ayúdame, hija. Estoy mayor para levantarme del banco.

—Pero ¿cómo puedes ser tan bobo?

—Igual se me ha pegado de ti —dije imitando la misma frase que me había dicho ella—. ¿No crees?

—Ten mucho cuidado conmigo —se acercó a mí y me golpeó el hombro—, soy campeona de puñetazos. No te quiero lastimar.

No dejaba de recordar su olor, me tenía embriagado. El hecho de tenerla a mi lado, andando juntos por aquel parque, captando toda su atención, me hacía sentir pleno. Intuía en que se iba a transformar esto: me estaba gustando esa chica. Mi mente estaba cortocircuitando. Si me permitía enamorarme de Carlota, el final iba a ser desastroso. No iba a ser justo para ella; todo estaba basado en una gran mentira, me iba a aprovechar de la situación.

Aunque tampoco sabíamos si estaba implicada en el caso. En mi opinión, no lo parecía. Al contrario, era probable que Carlota no supiera nada de lo que hacía su padre en la clandestinidad. Establecer lazos emocionales con ella complicaría todo, pero no concebía otra manera de saber la evidencia sobre Avid Le Fried. Mi ética se estaba viendo comprometida. No estaba siendo fácil analizar qué precio tendría saber la verdad. Estaba siendo incoherente con lo que siempre habíamos promulgado: no hacer daño a gente inocente, pero al mismo tiempo estábamos defendiendo una injusticia.

Tenía más preguntas que respuestas: muchas de ellas no se podían consultar en internet como si fuesen un síntoma de una picadura. No había nadie en el mundo que respondiera a mis dudas con el suficiente contexto. Dependía en exclusividad de mi criterio.

32

Salimos del parque en dirección a una terraza que había cerca del paseo marítimo, en una especie de plazoleta. En el trayecto de unos cuatrocientos metros nos estuvo siguiendo aquel hombre. Solid no paró de mandarme wasaps:

—Os sigue, os sigue.

La situación era preocupante, pero mientras estuviese en lugares públicos con afluencia de gente, era complicado que me hicieran algo. Ya dudaba hasta de la inocencia de Carlota. Podría estar haciendo el papel de su vida para que cayera en las garras de La Gran Unidad.

Aquel hombre desapareció en cuanto nos sentamos en la terraza del bar. Solid fue listo y se pudo sentar en una mesa cerca de nosotros, a la espalda de Carlota. Yo lo veía de frente. Carlota pidió una Coca-Cola y yo una cerveza sin alcohol.

— Esto ya es otra cosa — cogí la cerveza, bebí un trago y saboreé la mezcla de malta, maíz y lúpulo a cinco grados centígrados—. Bendita cerveza.

—Eres la primera persona que veo en mucho tiempo pedirse una cerveza sin alcohol —dijo Carlota asombrada.

—Me da hasta fatiga decirlo, pero soy abstemio. La cerveza es lo más sano que puedo beber cuando salgo.

—¿Nunca has bebido? ¿Ni te has emborrachado?

—Nunca. Cuando empecé a salir a los dieciséis o así, ya tenía claro que no iba a probar el alcohol.

—Me resulta sorprendente, de verdad. ¿Cómo estuviste tan seguro de ello? No me imagino a nadie que lo tenga tan claro a esa edad.

—La mayor culpa la tuvo mi padre. Me enseñó que se podía disfrutar de cualquier situación sin beber. Él tampoco bebía y eso me llegó al alma. Quería ser como mi padre, imitarlo; para mí era como un héroe.

No la estaba engañando, estaba siendo sincero con ella. Me vino de forma espontánea utilizar la experiencia con mi padre para acercarme al suyo. Tenía claro a dónde quería llevar la conversación. Si yo hablaba del mío, ella lo haría del suyo. Habíamos venido para eso.

—A mí me ocurrió algo parecido con mi padre —justo donde yo quería—. Cuando mi madre murió, compaginó el duelo con su trabajo y con criarme. A veces lloraba por él, en mi cuarto, cuando no me veía. Notaba su tristeza; sentía que no encontraba sentido a las cosas sin mi madre. Y fingía buena cara cada vez que nos veíamos. Se quedó solo cuidando de su hija, a punto de cumplir la mayoría de edad. Fue un trauma que llevamos los dos por dentro, tanto mi padre como yo, pero que nunca lo compartimos. Yo no quería que mi padre me viese mal y él tampoco quería que lo viera entristecido. Nos fuimos alimentando de falsas sonrisas hasta que el tiempo cicatrizó nuestras heridas. Es por ello que hoy día es una de las personas que más quiero en este mundo. Y no te doy más la chapa con mi situación familiar que me pongo muy pesada.

—Joder —achiqué con mi dedo meñique el exceso de lágrimas que había almacenado en uno de mis ojos—, me has hecho casi llorar. Qué duro. Debes de ser una chica bastante fuerte ahora.

—Me considero una chica fuerte, pero tampoco tuve elección.

—¿Y qué le pasó a tu madre? Si se puede saber…

—Mi madre tuvo… esclerosis. Fue empeorando de forma exponencial con el tiempo hasta que…

En ese instante Carlota me miró a los ojos apretándose los labios. Tenía un nudo en la garganta, no le salían más palabras. Tuve que interrumpir la conversación; la había presionado demasiado. Fui imbécil. Me sentí la persona más idiota del planeta. Por el simple hecho de saber más sobre su padre, le estaba haciendo daño. Me levanté de la mesa y me acerqué a su silla.

—Oye, Carlota —le quité los pelos de la cara y sujeté con mis dos manos su mentón. Nos miramos—. Eres increíble —y le di un beso en la frente junto a un abrazo—. Voy a enseñarte una cosa, ven conmigo.

Puse un billete de diez euros en la mesa de la terraza y le cogí una de sus manos para que me acompañara. Ella me siguió sin decir ni una palabra. La llevé hasta la orilla de la playa. Estaba atardeciendo y el horizonte parecía absorber el sol. Nos sentamos en la arena húmeda sin importar que nos mojásemos. Las olas pegaban en nuestros pies descalzos. Volví a agarrar su mano con la mía. Ella seguía llorando.

—¿Conoces la parábola de la langosta? —le pregunté.

—No —sollozó.

—Las langostas son animales muy tiernos que viven dentro de un caparazón duro y rígido que les impide crecer cuando va pasando el tiempo.

—¿Y qué hacen entonces?

—No les queda otra que esconderse para mudar su caparazón debido a la presión que sienten en su interior, mientras se exponen a sus depredadores; y esto lo repiten varias veces en su vida.

—No sabía que las langostas hicieran eso.

—A lo que me refiero, Carlota —le volví a mirar a los ojos—, es que si las langostas no se sintieran incómodas, nunca crecerían. Lo mismo nos pasa a las personas. Tú eres una chica única. No porque lo hayas sido de manera espontánea, sino porque has tenido que cambiar el caparazón varias veces. Y con total sinceridad, ahora que te conozco mejor, me alegro aún más de haberte encontrado.

Carlota me miró, se acercó y me dio un beso muy lento cerca de la comisura de la boca. Sin decir nada más, se acurrucó en mi hombro izquierdo. Había abierto una de sus heridas cicatrizadas. Quise compensarla de alguna manera contándole la historia de la langosta. Estuvimos como quince o veinte minutos en silencio, viendo como anochecía.

—Me ha encantado —dijo Carlota.

—¿El qué?

—Conocerte, Vence. Has sido también una bonita casualidad para mí.

—¿Incluso después de haber manchado uno de tus tops con café?

—Eso no me preocupa porque me vas a comprar uno nuevo.

—¿Cómo que uno nuevo?

Le hice cosquillas por ambos costados de su cuerpo. Estábamos a gusto. Había química entre nosotros; situación ideal para besarnos de nuevo, pero no quise lanzarme. La única conclusión que tuve clara esa tarde fue que Carlota desconocía quién era en realidad su padre. El final de esta historia no iba a terminar bien entre nosotros, de ninguna de las maneras. O Solid y yo moríamos en manos de Avid Le Fried, o Solid y yo destruíamos a Avid Le Fried. Era paradójico que su hija pareciera una chica buena y noble.

Como era ya casi de noche, decidí acompañar a Carlota a su piso. Era una chica cariñosa, estuvo durante muchos tramos del camino agarrada a mi brazo mientras seguía apoyando su cabeza en mi hombro. Llegamos a la entrada de su piso, nos despedimos con un abrazo y quedamos en vernos los próximos días. Una vez que cerró la puerta de su portal, me di la vuelta y salí de aquella calle. Al cruzar la esquina me encontré con un Solid expectante. Había estado siguiéndonos desde el principio hasta el final. No me podía quejar de amigo.

Volvimos a casa comentando todo lo sucedido: cómo se había dado cuenta de la existencia de aquel hombre en el banco y cómo nos estuvo siguiendo hasta la terraza del bar. Lo que no entendimos fue por qué desapareció de repente. Aunque Solid me aseguró que, si ese hombre se hubiera atrevido a hacerme algo, él se hubiera tirado como un león a partirle la cara. Otra cosa que nos resultó extraña fue el cambio de actitud de Carlota. Me ignoró durante una semana hasta que le hablé de nuevo y, de repente, estaba dispuesta a quedar conmigo. Estaba claro que no era un comportamiento normal y debía de estar justificado por alguna razón.

En la casa no teníamos nada que cenar y ya eran más de las diez de la noche. Pedí comida por el móvil para que nos la trajeran y

mientras esperábamos, nos sentamos en el patio a tomar el aire. Solid se entrecruzó los dedos por detrás de la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Estoy jodido por lo de Carlota, no pensé que fuera a afectarme.

—¿Matarías a una persona para salvar a cinco?

—No me vengas con esas… Conozco ese dilema. Lo leí una vez por internet. No sé lo que haría, la verdad. Solo te puedo asegurar que no sé cuál es la respuesta correcta. La mayoría de la gente se tiraría horas y horas justificando una decisión u otra.

—Yo sé la respuesta.

—¿Ah, sí? Ilumíname, por favor.

—Vamos a ir a Francia a por tus dispositivos y vamos a desarticular a La Gran Unidad a través de Avid Le Fried. ¿Qué te parece?

—Me parece que deberíamos hablar con Henky, eso es lo que me parece. Ya han pasado un par de días.

—Me gusta como piensas, pásame el portátil, por favor.

33

Mantuvimos el chat del juego abierto durante toda la noche esperando a Henky. Era complicado que coincidiéramos tan rápido con él ya que no teníamos ninguna hora acordada. No fue hasta la tarde del día siguiente cuando por fin se conectó. Solid tomó la palabra en cuanto vio la notificación.

Hola de nuevo, Henky. ¿Cómo va todo?

—Hola, aquí sigo investigando. ¿Y tú?

—Pues nosotros hemos encontrado información muy interesante. Te va a gustar cuando te la mandemos. ¿Algún avance en las fotos que te enviamos?

—Sí, tengo nuevas noticias sobre las fotos, pero ¿qué habéis encontrado? ¿Dónde estáis ahora mismo?

Solid y yo nos miramos extrañados en cuanto leímos ese último mensaje.

—Este no es Henky —sospechó Solid.

—Henky nos advirtió de que nunca dijéramos por aquí nuestra localización y ahora de repente quiere saberla. Un poco raro, ¿no?

—¿Qué hacemos entonces?

—Tengo una idea. Déjame escribir a mí, voy a ver si los pillo.

Solid me pasó el portátil y empecé a escribir.

—Estamos donde siempre. Ahora te enviamos lo que hemos encontrado al correo. ¿Tú sigues en Portugal?

Durante un rato el chat del juego se quedó estático. Por un momento pensamos que se habían dado cuenta, pero volvieron a escribir.

—Sí, sigo en Portugal, pero en unos días iré a España. Voy a necesitar que me enviéis la información a un nuevo correo, por seguridad, ¿vale?

Ahí estaba la prueba de que no era Henky. En ningún momento el verdadero Henky nos dijo que estaba en Portugal; se tragaron mi farol.

—De acuerdo. Pásanos tu nuevo correo y ahora te lo enviamos todo. ¿Qué has podido descubrir de las fotos?

Otro buen rato sin haber movimiento en el chat. Deberían de estar pensando bien qué escribirnos. Eso, o que se estaban creando un nuevo correo electrónico sobre la marcha para que les enviásemos la supuesta información.

—Apunta: nuevacuenta5467@nuevacuenta.com. Ahora os envío lo que he descubierto de las fotos con este correo.

—De acuerdo. Nos ponemos con ello.

—¿Hay algo más que sepáis que me sirva para seguir investigando?

—Por ahora, no, solo lo que te vamos a enviar. Nos está resultando difícil avanzar.

—No os preocupéis, acabaremos con ellos.

—Ojalá. Vamos a cerrar ya el chat. Seguimos en contacto los próximos días. Adiós, Henky.

—Ok. Nos vemos.

Quitamos el chat del juego y lo desinstalamos. No podíamos volver a entrar bajo ningún concepto. Esa gente había sido capaz de dar con Henky y no solo eso, habían descubierto el método por el cual nos comunicábamos. Henky podría estar muerto o secuestrado en esos instantes. Por lo menos no sabían dónde nos encontrábamos, fue lo primero que nos preguntaron. El problema era que desconocíamos la localización de Henky. No sabíamos si estaba cerca o lejos de nosotros. Debía de estar próximo a Santa Fe; escondido en algún hotel de mala muerte o en la casa de un amigo, pero no podíamos ayudarle sin saber dónde estaba. Nuestro siguiente paso era volver a quedar con Carlota para sonsacarle más información de su padre. No vi procedente hablar más sobre su familia el día que nos vimos tras haberle visto llorar por la muerte de su madre.

Estuvimos intercambiando mensajes por WhatsApp los siguientes días para establecer una nueva cita, aunque me preocupaba algo: el hombre que nos persiguió cobraba ahora más importancia para nosotros. Si a Henky le había pasado algo, no nos resultaba casual que apareciera dicho individuo persiguiéndonos por el parque y hacia la playa, pero algo no estábamos entendiendo. Por el chat intentaron averiguar dónde nos escondíamos y el que nos persiguió lo sabía. Hubieran venido a por nosotros sin preguntarnos.

34

Seguía con el miedo en el cuerpo tras averiguar que habían descubierto a Henky. A la mañana siguiente, jueves quince de junio, una llamada inesperada a Solid nos sorprendió. Diana llamó a su hermano para contarle algo.

—¿Qué pasa, hermanita?

—Hola, hermano.

—¡Hola Diana! —grité desde lejos.

—Pon el manos libres, quiero que Vence escuche lo que te voy a contar.

Solid me indicó que me acercara a él. Me senté a su lado y aguardé callado para ver de qué se trataba.

—Ya te está escuchando —confirmó Solid.

—Veréis… Esta mañana ha venido alguien a visitarme al trabajo.

—¿Quien? Te juro que mato a esos hijos de puta como te hagan algo —sentenció Solid.

—Tranquilo, hermanito, estoy bien. No ha pasado nada que lamentar. A ver, os cuento: yo suelo pedir todas las mañanas un café con un cruasán, pero como casi nunca voy a la cafetería que tengo al lado de la oficina, me lo trae la camarera de allí; y hoy se ha presentado con un sobre bajo el brazo para mí.

—¿Y el desayuno? —preguntó Solid.

—¿Qué importancia tiene el desayuno? ¿Eres imbécil o qué te pasa?

Risas de Solid.

—El sobre, Diana. Dinos qué tenía el sobre dentro —intervine.

—Joder, es que mi hermano a veces es tonto. Lo que hay dentro es importante para vosotros, supongo.

—Va, hermanita. No te enfades, dinos de qué se trata.

—Eres un bobo… El sobre lleva en su interior una nota firmada por Henky y varios documentos.

Las ganas de bromear de Solid desaparecieron en ese mismo instante. Su semblante se puso serio.

—¿Dónde estás ahora mismo? —me atreví a decir.

—En la oficina, ¿dónde quieres que esté?

—¡Mierda! —grité.

—Pero ¿qué pasa?

—Nada, hermanita, Vence... que se pone dramático. ¿Sabes quién le ha dado el sobre a la camarera?

—Me ha dicho que no lo sabe. Se lo han soltado detrás de la barra cuando estaba en la cocina. Solo le ha dado tiempo a ver como salía alguien por la puerta con una capucha y gafas de sol. En el sobre ponía «Entregar a Diana».

—Eso quiere decir que Henky está vivo —consideré.

—O que ha mandado a alguien. En plan: «si me pasa algo, entrega esta información».

—¿De qué estáis hablando?

—Diana, Henky es la persona que nos está ayudando en todo esto. Lo que pasa es que no sabemos si sigue vivo.

—Madre mía… Tened mucho cuidado. Tengo miedo de que os pase algo.

—Estaremos bien.

—Eso dices siempre. En fin, tenéis que ver estos documentos. Hay un informe sobre un proyecto de investigación rechazado que se realizó en la universidad en 2013 por un profesor llamado Avid Le Fried, luego tengo otro informe con un listado de códigos y unas aclaraciones más abajo. El último documento es una carta escrita a mano con unas indicaciones.

—Justo lo que necesitamos —alegó Solid.

—Diana, haz fotos a todos los documentos y nos las envías por correo. Créate uno nuevo y envíalas a la dirección correonuevo0948@nuevocorreo.com.

—Vale, me voy a poner con ello ahora mismo.

—Escúchame, Diana: que nadie sepa que tienes esa información. No quiero asustarte, pero todos corremos peligro ahora mismo; anda

con mil ojos. Ten cuidado con las bebidas y comidas que tomes fuera de casa y evita ir sola por sitios recónditos —le advertí.

—Me estoy preocupando, chicos. Le diré a mi compañera de trabajo que se venga a dormir unos días conmigo.

—Hermanita, no tienes que preocuparte tanto. Con que permanezcas atenta es suficiente.

—No quiero ofenderte, hermano, pero esta vez prefiero fiarme de Vence. En temas de riesgo no puedo hacerte caso.

—Cagaos' de mierda… —maldijo Solid.

—No seas tonto, es por seguridad. Os voy a dejar ya, mi jefa me solicita. Envío las fotos en unos minutos. Por favor, no os arriesguéis más de lo necesario. Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti, hermanita.

—Hasta luego, chicos.

—Adiós.

Solid colgó el móvil con la misma alegría que el que recibe un paquete en casa. Le ilusionaba descubrir nuevos avances del caso, era como un juego para él.

Recibimos las fotos a los pocos minutos de haber terminado la llamada telefónica. La nueva información que nos había facilitado Henky a través de Diana fue reveladora: teníamos ante nuestros ojos un expediente donde el Departamento de Bioquímica y Biología Molecular de la universidad rechazaba en 2013 una financiación a Avid Le Fried para un proyecto de investigación denominado «Sulley», mismo nombre que el documento de los códigos robado por Solid. La causa de la desestimación fue por falta de ética. En la otra foto se observaba el documento que pudo fotografiar Solid cuando se coló en el despacho del otro profesor universitario, pero con varias anotaciones escritas a boli por Henky. Parecía que lo había estudiado a fondo.

El código «L21V-2021», rodeado ahora en color rojo, iba a parar mediante una flecha de igual color a una anotación escrita:

«Hombre letón muerto de veintiún años».

El código «E20V-2017», rodeado de igual manera, tenía otra:

«Hombre español muerto de veinte años».

Había como una veintena más: I23V-2022, D19H-2020, F21V-2018… Pero todos estos rodeados de color azul con la frase «Están vivos», seguida de una interrogación al lado de cada uno. Al final del documento, se apreciaba la palabra «Conclusión» metida en un recuadro rojo, señalando con otra flecha una frase:

«Todos son universitarios erasmus».

—Así que las conclusiones que sacamos de ese documento eran ciertas: son personas. Todo indica que han secuestrado a más de veinte y han matado a dos de ellas —no soporté leer aquello—. ¿Pero qué puta locura es esta? ¿Qué coño están haciendo? —De repente empecé a encontrarme mal, un leve ataque de angustia se instauró en mi cuerpo—. Necesito tomar el aire.

Salí corriendo para la puerta de la casa.

—Espera, Vence, voy contigo.

Tuve que salir a la calle. Se me enquistó un nudo en la garganta y me costaba respirar. Me di cuenta de que no estaba preparado para asumir que alguien estuviera realizando algo tan siniestro como eso. Crucé la carretera y me senté en el borde que separaba el paseo marítimo de la playa. Solid se sentó a mi lado. Me quedé escuchando el ruido de las olas con la mirada perdida. Pasó un buen rato hasta que me atreví a decir algo.

—¿Por qué ha tenido que pasarnos esto a nosotros? —pregunté al aire.

—Siempre has dicho que no querías ser como los demás, ni hacer cosas como los demás. Ni tener una vida predecible. ¿Ya no lo recuerdas? Esta es nuestra oportunidad para marcar la diferencia.

El comentario de Solid me volvió a dejar paralizado. Bajé la mirada y me rasqué la cabeza. Llevaba mucho tiempo cuestionando si mi vida podría plantearse de otra manera y esta era la mejor oportunidad para comprobarlo. Me costaba encontrar la motivación en mis anteriores trabajos y relaciones. Algo dentro de mi cuerpo

sentía que era lo correcto, pero lo que estaba pasando era una calamidad.

—¿Has podido leer la carta de Henky? Con la tontería ni me he acordado de ella.

—En la carta, Henky habla sobre tu patente. Dice que los dispositivos que diseñaste deben de ser muy importantes para La Gran Unidad, aunque no sabe para qué los están usando. Lo que sí conoce es que han invertido mucho dinero y tiempo en ello. Sugiere que lo ideal sería encontrar alguno de ellos y averiguar su uso.

—Eso confirma lo que descubrimos en la conversación del laboratorio. Están utilizando mis dispositivos y sabemos dónde están: en Francia. No sé si será una tarea fácil recuperarlos. Si supiera Henky que los de La Gran Unidad no saben diseñarlos y solo tienen dos unidades, fliparía. Aunque creo que lo primero que habría que averiguar es quién rechazó el proyecto de investigación de Avid Le Fried para conocer los motivos. Puede que nos aclare muchas cosas que no entendemos. Y, sobre todo, sabremos si esa persona sigue viva; está comprobado que llevarle la contraria a La Gran Unidad es un riesgo mortal.

35

Ya más sosegado, volvimos a casa para seguir investigando. Después de todo lo recibido, no pudimos certificar el estado vital de Henky. Muerto o vivo, fue imposible comprobarlo. Quería que investigásemos el proyecto rechazado a Avid Le Fried y nos hiciéramos con mis dispositivos. También nos demostró que los códigos del informe robado por Solid eran personas universitarias erasmus. Dos de ellas muertas: el joven letón en España, Markus Ozola y otra con anterioridad en Francia, el supuesto suicidio del español.

Nos decidimos por investigar primero lo más accesible para nosotros: el informe donde echaban para atrás un proyecto de investigación en la universidad a Avid Le Fried en 2013. Alguien tuvo que rechazarlo, por algún lado de internet debía de quedar constancia del responsable.

Estuvimos buscando en el ordenador cualquier dato que nos facilitase la identidad de la persona que evaluó la investigación. Nos tuvimos que comer horas y horas de documentos. Habían pasado casi diez años y parte de la información de 2013 no figuraba en ninguna base de datos. Solo teníamos el nombre del departamento que se ocupó de la evaluación. Necesitábamos al director de dicho departamento; por norma general, era quien gestionaba esas evaluaciones. Teníamos al actual, pero llevaba en el cargo unos nueve años. No había lugar en internet que nos brindase esa información, ni en la web de la universidad ni en cualquier otro sitio.

—Hay que llamar a la universidad —dijo Solid.

—Si llamamos, vamos a dejar constancia de que lo estamos buscando.

—Nos podemos inventar cualquier excusa: una quedada de antiguos alumnos y profesores de 2012, por ejemplo.

—No sé, tío —me retrepé en el sillón y crucé los brazos; pensé, valoré los pros y los contras.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? La fumada que nos hemos pegado rebuscando en internet no ha servido para nada.

—Sabes bien lo que pasará como La Gran Unidad se entere —advertí.

—Hay que arriesgarse.

Estaba inquieto, pensativo; no dejaba de agitar mi pierna. Seguía considerando las posibles consecuencias.

—Mmm… Está bien, pero yo hablo —dije.

Solid marcó el número del departamento y me pasó el teléfono. Al cabo de varios tonos, alguien respondió.

—Departamento de Bioquímica y Biología Molecular, dígame.

—Hola, muy buenas. Soy un antiguo alumno de la licenciatura en Biología y me gustaría saber cómo contactar con el antiguo director del departamento. Estamos organizando una comida de antiguos alumnos y nos gustaría invitar a varios profesores que nos dieron clase.

—¿Se refiere a la señora Bruna de la Rosa?

Me quedé mirando a Solid mientras este se encogía de hombros y me afirmaba con la cabeza.

—Eh sí, nos gustaría contar con ella —improvisé.

—Temo decirle que la señora Bruna de la Rosa se jubiló hace unos años y ya no está en activo.

—¿Tiene algún número o correo personal para contactar con ella?

—Por motivos de privacidad no puedo cederle esa información, pero puede probar a contactar con ella a través de su correo. ¿Lo tiene o quiere que se lo pase?

—Si fuera tan amable de decírmelo, se lo agradecería.

—Apunte: delarosa@correo.universidad.es

—Vale, apuntado. Muchas gracias por la información.

—De nada, ¿algo más?

—Nada más. Adiós.

—Adiós, que pase un buen día.

No terminé de pulsar el botón rojo de colgar cuando Solid ya estaba sacando conclusiones.

—Si creen que somos tan idiotas de contactar con ese correo, la llevan clara. Dame un par de horas y encuentro dónde vive esa profesora jubilada. Antes no teníamos su nombre, ahora ya puedo buscar hasta debajo de las piedras por internet.

No había más que hablar. Con la información suficiente, Solid encontraría cualquier cosa en el mundo digital como un sabueso.

Tardó unos cuarenta minutos en obtener su teléfono y dirección personal por la web de la universidad. Yo aún no tenía la convicción de lo que planeábamos, estaba preocupado.

—Tengo la dirección y su número de teléfono personal. ¿La llamamos?

—La van a matar —aseguré resignado.

—No seas tan cenizo, Vence. Por una llamada no creo que le vaya a pasar nada.

—Si esa mujer está viva y después de nuestra llamada termina muerta, ¿no te sentirías culpable, aunque no la matases tú? Me está afectando aprovecharme de Carlota, como para que ahora tenga que lamentarme de la muerte innecesaria de otra persona.

Me iba a sentir responsable si le pasara algo a aquella mujer. Puede que estuviese encantada de ayudarnos, pero si supiera las consecuencias, dudo que le interesase hacerlo. Por eso, como yo sabía el posible desenlace, contactar con ella me remordía la conciencia. Actuaríamos de manera injusta y ya la habíamos perjudicado por el simple hecho de haber preguntado por ella en la universidad.

—No lo pienses más, Vence, vamos a llamarla. Nadie se va a enterar de que vamos a hacerlo. Ni siquiera La Gran Unidad.

—Necesito pensarlo bien.

La persuasión de Solid iba en aumento.

—Hagamos una cosa, como ya es la hora del almuerzo, te invito a comer en el bar de aquí al lado y lo vas pensando.

Miré con sospecha a Solid y aunque sabía lo que quería conseguir, terminé cediendo de nuevo.

—Está bien, pero no te prometo nada. Vamos a comer.

36

Fuimos a un bar que había cerca de casa. Nos hinchamos a gambas rojas y la verdad que después de aquella comida, todo se veía de otra manera. Hasta incluso vi la situación de una forma más optimista. Pasaron casi tres horas desde que llegamos a aquel bar. Casi acabamos con el inventario de postres que tenían en cocina. Solid sabía que, con el estómago lleno, le sería más fácil convencerme de llamar a la profesora jubilada. Y lo consiguió. No sé si fue por las gambas, pero el plan me pareció más seguro.

Llegamos de nuevo a casa y quiso ser quien tomase la palabra esta vez. Marcó el nuevo número encontrado y esperamos varios tonos hasta que apareció la voz de una mujer.

—Sí, dígame.

—Hola, muy buenas. Perdone que le moleste, pero ¿es usted Bruna de la Rosa?

—Sí, soy yo. ¿Quién me llama?

—Pues verá, señora Bruna, soy un antiguo alumno del grado de Biotecnología y me gustaría hacerle unas preguntas.

—Ah sí, me han avisado hace un par de horas desde la universidad que alguien ha llamado para organizar una cena de antiguos alumnos. ¿Es sobre eso?

Solid y yo intercambiamos miradas sin decir nada. Que le avisaran desde la universidad nos resultó atípico.

—Sí, bueno, en realidad queríamos preguntarle sobre otra cosa relacionada con una investigación que gestionó en 2013. No sé si le importará que le hagamos este tipo de preguntas.

—No hay ningún problema, pero ¿con quién estoy hablando?

Solid se había quedado en blanco. Estuvo un rato pensando y dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Soy Valero Rodríguez, un antiguo alumno de la decimocuarta generación del grado y estoy haciendo un estudio en mi actual trabajo sobre la evolución de los proyectos de investigación en la licenciatura.

—Menuda trola te acabas de sacar de la manga —dije en voz baja.

—Ah, pues mira qué bien. Le ayudaré en todo lo que pueda. ¿De qué se trata?

—Verá, tengo especial interés en un proyecto de investigación dirigido por Avid Le Fried y que solicitó financiación en el año 2013. ¿Qué motivos hubo para que lo echasen para atrás?

—Pues Valero, si le soy sincera, no me suena haber rechazado una financiación a Avid Le Fried.

—Sí, debe acordarse, es el actual catedrático en Biotecnología. Tengo un informe de que su antiguo departamento le denegó la financiación en 2013.

—Lamento decirle que debe de estar consultando una información falsa. No me consta haber tramitado nada negativo a Avid Le Fried. Le aseguro que me acordaría de ello a pesar de los años. Todo lo que ha hecho el señor Avid ha sido aprobado.

Solid ya se había olido lo que estaba pasando. Quiso terminar la conversación.

—Entiendo. Entonces creo que no puede ayudarme con mi estudio. Perdón por haberle molestado, Bruna.

—No se preocupe, ¿necesita saber algo más?

—Pues nada más, señora.

—De acuerdo, siento de verdad no poder ayudarle. Que pase un buen día.

—Igualmente, hasta luego.

La llamada finalizó en esa despedida.

—No me huele bien lo que acaba de pasar.

—A mí tampoco, me ha dado la sensación de que lo quería negar todo como si ya estuviera en preaviso.

—No creo que sea ella. Mismo modus operandi que cuando hablamos con Henky: seguro que se han hecho pasar por Bruna. No teníamos que haber preguntado por ella —lamenté.

—Vamos a ver, Vence, que tú no estás haciendo daño a nadie; al revés, estás intentando destapar a unos cabrones perversos.

—Yo no lo veo así. Esa mujer estaría haciendo vida normal hasta que hemos preguntado por ella. No se lo merece. Hay que ayudarle.

—Ya me dirás cómo podemos ayudarle…

—Tenemos que ir a su casa a comprobar como está. Conseguiste su dirección.

—¿Pretendes hacer quinientos kilómetros para ver cómo está una mujer que ni siquiera conoces? Vamos, no me jodas.

—Me importa una mierda el caso si estamos afectando a otras personas que no tienen culpa. De verdad te lo digo, esto no es lo que quiero. Desde mi punto de vista, es nuestra responsabilidad velar por la seguridad de esa mujer. Ahora mismo me pillo un billete de AVE y voy a ver si se encuentra bien. Déjame tu ordenador, voy a comprar uno, por favor.

—Espera, espera… espera un momento. ¿Qué te parece si le digo a mi hermana que vaya a su casa a ver si está bien? Ella está allí y tardaría menos que tú en llegar.

—Y ponerla a ella en peligro también…

—Vence, no me toques los huevos. Nada te parece bien.

Suspiré. Me quedé recapacitando durante unos segundos.

—Está bien. Vamos a preguntarle primero a Diana si quiere.

Solid recogió de nuevo su móvil del bolsillo y marcó el número de Diana.

—Dime, hermano. Me pillas terminando de comer. Estoy con mi amiga Marta que se ha venido a dormir unos días. ¿Habéis visto las fotos? Os las envié esta mañana como acordamos.

—Sí, tenemos las fotos, pero te llamo por otra cosa.

—¿Qué pasa ahora?

—El gilipollas de Vence está con la conciencia intranquila porque dice que hemos puesto en peligro a una profesora de la universidad y quiere asegurarse de que no le haya pasado nada malo.

—No le llames gilipollas, eso se llama ser buena persona. Pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—La profesora vive cerca de ti y Vence ha dicho que quería coger el AVE para ir a comprobar cómo se encontraba. Le he propuesto

preguntarte si podías hacerlo tú.

—¿Es peligroso? ¿Qué tengo que hacer?

—Ver si está en su casa. Solo eso. Le puedes decir a tu amiga Marta que te acompañe por si acaso.

—Vale. ¿Queréis que vaya ahora mismo? Decidme la dirección y nos acercamos.

—Sí, calle Rápido Ochoa número cuatro.

En ese momento le cogí el móvil a Solid y me lo puse en la oreja.

—Diana, soy yo, Vence. Tened mucho cuidado. ¿Te puedes poner unos auriculares bluetooth y mantenernos en llamada mientras vais? Os guiaremos por si pasa algo.

—Vale, de acuerdo. Dame diez minutos y me preparo. Ahora os vuelvo a llamar.

—Ok, hasta ahora.

37

En unos quince minutos volvimos a recibir una llamada de Diana. Se encontraba de copiloto en el coche de su amiga.

—Chicos, estamos llegando a la dirección que nos disteis. Lo único que tenemos que hacer es comprobar si esa mujer está bien, ¿no?

—Sí —dijimos los dos.

—De acuerdo. Estamos aparcando ya.

—¿Veis algo raro a vuestro alrededor? —les advertí.

—Todo tranquilo, Vence.

—Ok.

Se escuchó echarse un freno de mano y unas puertas cerrándose. Un pitido en forma de alarma indicaba que activaron el cierre de seguridad del coche.

—Estamos ya acercándonos a la casa, vamos andando.

—Bien, mucho cuidado.

—Vale. Escuchadme, es una casa adosada con una cancela, un porche y una puerta al final de este. Tiene un timbre aquí fuera. Vamos a tocar.

Oímos por el altavoz el sonido del timbre resonando en el interior de la casa.

—No contesta nadie. Toco de nuevo.

Otra vez el mismo sonido.

—¿Qué hago, chicos? ¿Subo y toco a la puerta? La cancela se puede abrir.

—Sí, sube y toca, pero dile a Marta que no pare de vigilar la calle mientras —le indiqué.

—Ok. Voy a ello.

Varios golpes a puerta cerrada retumbaron.

—No abre nadie. ¿Seguro que es esta casa?

—Seguro —afirmé—. ¿Hay alguna ventana para que puedas mirar en su interior?

—Desde la calle he visto antes que hay un ventanal, supongo que será del salón. Puedo mirar si me subo a la cancela.

—Vale, asómate. Mucho cuidado.

Un ruido a cancela tambaleándose y varios gemidos de Diana por el esfuerzo.

—Estoy subida. Tiene las persianas sin echar, pero hay una especie de doble cortina en el interior. Voy a ver si veo por la rendija que hay —de nuevo varios gemidos—. ¡Chicos! Hay alguien tumbado en el sofá, parece una mujer. Está durmiendo.

Durmiendo o quizá inconsciente. No podíamos dar nada por seguro.

—Creo que no está durmiendo, Diana. Se hubiera despertado al tocar. Es posible que esté como tu hermano cuando lo encontramos tú y yo.

—¿¡Qué hago!? —gritó Diana entre nervios.

—Hay que salvar a esa mujer, llama al 112 y di que has visto a una persona desmayada en el interior de su casa.

—Ok, pero ¿y si solo está durmiendo?

Solid, que estaba reticente a comprobar el estado de aquella mujer en un principio, se atrevió a reconocer la gravedad del asunto.

—No está durmiendo, hermanita. La han drogado para matarla. No quieren que conozcamos lo que sabe ella. La opinión de Solid cambió. Sin decirme nada, me lanzó una mirada en la que interpreté que me estaba dando la razón.

—Ya he llamado al 112 y vienen de camino.

—Hermanita, busca por el porche si hay alguna llave escondida. Si hay macetas, mira debajo de ellas. Mira por la base del buzón, en cualquier lado. Mucha gente esconde sus propias llaves en esos lugares.

—Vale. Voy a buscar.

Hubo un silencio durante unos minutos, nos tenía expectantes. Cuanto más tiempo tardasen en socorrer a esa mujer, menos

probabilidad de que saliera indemne. Estábamos seguros de que no estaba durmiendo, los antecedentes hablaban por sí solos: los dos muertos y Solid fueron drogados.

—Chicos, no hay nada. En las macetas de aquí no hay rastro.

—No te preocupes. Había que intentarlo…— le dije.

—¡Aquí, Diana! ¡Aquí! —se escuchó la voz de su amiga.

Varios sonidos irreconocibles siguieron al comentario.

—¡Marta ha encontrado una llave escarbando en una de las macetas!

—De puta madre. Abre la puerta con mucho cuidado y comprueba el estado de la mujer. ¡Corre!

—Voy.

Ruido de un cerrojo de puerta abriéndose y un posterior silencio ensordecedor. No escuchábamos nada. El casi minuto que pasó nos pareció una eternidad.

—¡Diana! ¿Sigues ahí?

—Sí. Estoy al lado de la mujer. En la casa no hay nadie, está sola. ¡Tiene el pulso muy débil! Está como cuando nos encontramos a mi hermano.

—Escúchame con atención, Diana. Dile a Marta que te ayude a llevarla al baño. Tienes que meterle los dedos en la garganta y provocar que vomite. Es posible que la hayan drogado de manera oral —esa mujer tenía que echar lo que se pudo haber tomado.

—Joder, Vence. Esto es increíble.

—Lo estás haciendo bien, Diana. Sigue así.

Se escucharon varios gritos entremezclados de Marta y Diana arrastrando a aquella mujer y un par de arcadas. Al fin llegó el vómito, pero seguía inconsciente. Diana nos dijo que las pupilas de aquella mujer no respondían a estímulos lumínicos, parecía como si estuviera a punto de morir.

Un sonido a ambulancia nos llegó por el altavoz. El 112 estaba en la puerta. Escuchamos a Diana darle todo el reporte de lo que había sucedido al auxiliar médico y se fueron detrás de aquella ambulancia hasta el hospital.

Con la tranquilidad de que esa mujer ya estaba en buenas manos, me tumbé en el sofá para descargar toda la tensión que

habíamos acumulado durante la llamada. Respiré hondo y me sequé unas gotas de sudor que cayeron por mi frente. Al cabo de un cuarto de hora, mi móvil vibró. Yo seguía tumbado mirando el techo sin pensar nada. Cada vez que sonaba mi móvil me había acostumbrado a sentir un mal presagio, desde que casi nos pillan en aquella morgue. Vi el nombre de Carlota en pantalla. Extrañado, cogí la llamada.

—Hola, Carlota. Qué alegría oírte. ¿Cómo estás?

—Hola, Vence —dijo entre sollozos.

—¿Estás llorando, Carlota?

—Puedes… venir… —los sollozos no me dejaban entenderla.

—¿Qué te pasa?

—Puedes venir a mi… piso. No me encuentro… bien.

Miré a Solid flipando. Me señaló con la mano que siguiera con la conversación.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Me… ha pegado. Estoy… mal.

—¿Quién te ha pegado?

—Él…

—Ok, Carlota. Dame unos minutos y voy para tu piso. Ábreme cuando toque ¿vale?

—Vale, aquí te espero… Gracias.

Me reincorporé del sofá y me sacudí la cabeza para entender todo lo que había pasado en la última hora.

—Pues sí que se ha quedado un buen día —remató Solid.

38

Solid me llevó con el coche hasta el mismo portal del piso de Carlota. Toqué por el telefonillo y en cuestión de segundos la puerta se abrió. Atravesé el pasillo del portal y decidí subir por las escaleras, era un quinto piso. No tuve la paciencia de esperar a que bajase el ascensor. Asfixiado, llegué a la quinta planta y fui a la puerta que me había indicado Carlota: 5ºD. El timbre tenía restos de sangre. Lo pulsé y esperé hasta que alguien me abrió. Una chica que supuse que era la amiga de Carlota me escoltó hasta el comedor; no me dijo ni una sola palabra. Anduve varios pasos y allí me la encontré.

Su cara estaba llena de heridas y uno de los orificios de su nariz estaba taponado con un algodón humedecido en sangre. Tenía un derrame de color rojo oscuro cerca de la cuenca del ojo derecho y su camiseta blanca estaba manchada como si la hubieran revolcado por el suelo. La amiga que me abrió la puerta se sentó a su lado para curarle varias hemorragias superficiales que tenía en el brazo. No creí lo que estaba viendo. Ese rostro tan fino y suave con el que se presentó Carlota ante mí la semana pasada, había sido destrozado. Me quedé abstraído mientras observaba su cuerpo apaleado.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó Carlota.

—¿Qué… ha pasado?

—¡Tú tienes la culpa! —gritó su amiga.

Giré la cabeza hacia ella y le noté el semblante receloso. Por algún motivo que desconocía, había interpretado que yo era el culpable.

—¡Silvia! Por favor, no seas así. Él no tiene la culpa.

—Sí que la tiene. Si no hubiera aparecido en tu vida, ese depravado no te hubiera hecho esto.

—A ver un momento —intervine—. ¿De qué estáis hablando? ¿Por qué tengo yo la culpa?

—Hay algo que no te he contado, Vence —confesó Carlota.

Nada superaría lo que yo no le había contado a ella. A no ser que me dijera a lo que se dedicaba su padre en realidad; eso me hubiera dejado a cuadros.

—¿Qué no me has contado?

—En primer lugar, quiero decirte que estás en tu derecho de largarte de aquí si lo ves conveniente cuando te lo diga. Te he ocultado algo que tenía que haberte dicho desde el principio.

Me estaba haciendo sentir más culpable de lo que ya creía.

—¿Y bien? —continué.

—Tengo novio. Bueno, ya no. Quise dejar la relación cuando te conocí. El día que te acompañé al hospital le conté lo que había sucedido y se puso como una fiera. No es la primera vez que reacciona así, es celoso y se fía poco de mí. No soporta verme con chicos o que haga planes por mi cuenta. Pero nunca me había pegado, hasta hoy.

—¿Por eso no me contestaste cuando te hablé de quedar la primera vez?

—Sí. Lo estaba pasando mal con la relación, pero todavía estábamos juntos. En realidad, fuiste mi salvador. Se lo he dicho a Silvia durante estos días: llámalo destino o lo que sea, pero la vida te ha tirado a mis pies literalmente para que me saques una sonrisa. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien en una cita. Menos mal que volviste a escribirme de nuevo para vernos. Yo no me atreví a hacerlo por miedo a que me rechazaras. A pesar de estar pasando por todo eso, tenía ganas de conocerte. Fui tonta…

—Yo tenía las mismas ganas que tú o más —le dije mientras le cogía una de sus manos heridas—. Pero ¿por qué te ha pegado hoy?

—El día antes de quedar contigo, corté con él y, como de costumbre, no se lo tomó bien; lo bloqueé en WhatsApp y se presentó en el portal del piso para hablar conmigo, pero no le abrí la puerta. Desde entonces, no ha parado de seguirme a todos los sitios

que he ido para pedirme explicaciones: universidad, supermercado, las veces que he salido con Silvia… Luego resultó que cuando nos vimos en el parque, me siguió sin darme cuenta para saber lo que estaba haciendo. Me lo ha confesado hoy entre golpe y golpe.

—¿Es un chico rubio?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Estaba en el parque cuando nos sentamos en el banco. Me extrañó porque no paraba de mirarnos, pero no le di demasiada importancia.

—No me di ni cuenta, Vence. Imaginé que se le pasaría en unos días, pero hoy al salir de clase me ha esperado en una de las calles con poca gente y me ha metido en un callejón a la fuerza. No me ha dejado ni hablar. Me ha dado puñetazos, me ha tirado al suelo, varias patadas y no paraba de insultarme. Yo pensé que no iba a salir viva de allí de no ser porque ha debido de escuchar a alguien y se ha ido corriendo. Pero nadie ha venido a socorrerme. Me he levantado como he podido, te he llamado y casi sin mantenerme en pie, he llegado hasta el piso.

—Pobre… Lo que has tenido que pasar, qué impotencia me da. Ahora sí que me siento culpable. ¿Has avisado a tu padre?

—No quiero que mi padre se entere de esto, ya tiene suficiente con su trabajo.

«Si tú supieras…», pensé.

—¿Quieres que te acompañemos al hospital?

—Estoy bien, Vence. Todo esto que ves son solo rasguños, aunque creo que tengo… ¡ah! …una costilla rota.

—Silvia —me dirigí hacia su amiga—, ayúdame a llevar a Carlota hasta mi coche, voy a llevarla al hospital.

—No hace falta, Vence. De verdad que estoy bien.

—Deja ya de aparentar que lo estás, no puedes ir con una costilla rota por ahí —justo me acerqué a ella y la abracé con toda la delicadeza que pude—. Ya me has demostrado que eres una chica fuerte, ahora déjame ayudarte como cuando tú me llevaste al hospital.

Ella se apartó y me miró a escasos diez centímetros.

—Gracias, Vence. Gracias por todo.

39

Me sentí como una mierda. Una chica inocente como Carlota dejando a su novio maltratador por un mentiroso que quería meter a su padre en la cárcel. Esto iba a ser difícil de asimilar. Cuanto más tiempo pasaba, más complicado se volvía todo. Por más que quisiera que todas las cosas saliesen bien, siempre aparecían un montón de sucesos no planeados que lo fastidiaban todo. No los podía controlar. El daño que iba a hacer y el que ya había hecho, eran irreparables. Una profesora de universidad en el hospital y una chica agredida por un maltratador y engañada por un extraño como yo.

Solid estaba apoyado en el coche de su hermana cuando nos vio aparecer a los dos por la calle. Su asombro fue doble: no sabía que iba a delatarlo y tampoco se esperaba ver la cara de Carlota llena de magulladuras. Me ayudó a meterla en el coche y ya subido al volante se giró para presentarse.

—Hola, Carlota. Soy Solid, amigo de Vence. No sé lo que te ha pasado, pero lo siento mucho. Vamos a llevarte al hospital para que te curen esas heridas.

Solid había escuchado toda la conversación; lo llamé antes de subir al piso y estuvo oyendo por el micrófono de mis auriculares bluetooth. Siempre que podía, los llevaba colgados alrededor del cuello.

—Hola, Solid. Yo soy Carlota, encantada de conocerte. Gracias por la ayuda.

Entramos a las urgencias captando las miradas de los que estaban allí. Ver a una chica con la cara desfigurada provocó que todo el mundo se fijase en ella. Nos inventamos entre los tres que la habían asaltado por la calle para robarle el bolso y el móvil. Los

médicos se la llevaron para adentro y a nosotros nos obligaron a permanecer en la sala de espera.

—¿Por qué le has dicho tu nombre real? —pregunté a Solid.

—Por el mismo motivo que tú le dijiste el tuyo.

—Da igual… ¿Sabes que el que nos estuvo persiguiendo por el parque era el novio de Carlota? El mismo que le ha dado la paliza. Parece que no le ha sentado bien que haya quedado conmigo. Al menos podemos descartar que tenga algo que ver con La Gran Unidad. Ya sería enrevesado que ese tío perteneciese a esos putos locos.

—Sí, lo he escuchado. ¿Quieres que le demos un susto?

—Estoy en un punto que ahora mismo me da igual todo. Me he dado cuenta que por mucho que quiera hacer las cosas bien, todo se va a la mierda. Así que, ¿por qué no? Vamos a darle un susto a ese imbécil. Ha estado a punto de hacerle algo más grave a Carlota.

—Déjamelo a mí. Solo tienes que darme su nombre para buscarlo en redes.

—Se lo preguntaré a Carlota cuando se encuentre mejor. Por cierto, ¿ha llamado Diana? No hemos vuelto a saber nada más desde que se fueron detrás de la ambulancia.

—No, pero puedo llamarla —me señaló su móvil.

—Vamos fuera, mejor.

Nos fuimos al aparcamiento donde teníamos el coche y Solid marcó el número de su hermana.

—Hola —dijo Diana.

—Vamos a hablar más veces hoy que nunca. ¿Cómo van las cosas por allí?

—Pues acabamos de salir del hospital, no nos han dejado estar con Bruna al no ser familiares. Tenemos una buena y una mala noticia. Iba a llamarte ahora en un rato, pero te has adelantado.

—Dime solo la buena noticia, la mala prefiero que no me la cuentes.

—Tú siempre igual, bromeando hasta en un entierro.

—Así soy —presumió Solid.

—Ya… La buena noticia es que Bruna no ha muerto.

—Perfecto, entonces. ¿Lo has oído, Vence? La mujer está a salvo.

—La mala noticia es que está en coma.

—¡¿Cómo?! —grité al altavoz.

—Vence, tú que entiendes más sobre esto; Bruna ha llegado grave al hospital. Dicen que si no llega a ser por nosotras, es probable que hubiera muerto. No sabían lo que le pasaba hasta que le han pinchado una cosa que se llama *diazepam* y han hablado de que podría ser intoxicación por *estricino* o *estricina*, no recuerdo bien el nombre. Nos han agradecido haberla socorrido, pero no nos han querido dar más información al no tener ningún lazo familiar con ella.

—Se llama *estricnina*, es un veneno para ratas —le aclaré.

—¿La han intentado matar con un veneno para ratas?

—Son unos hijos de puta, utilizan sustancias que desaparecen del cuerpo a las pocas horas para que parezca una muerte natural. Esta vez los hemos pillado a tiempo. Querían matarla a toda costa para que no supiéramos lo que sabe. Me tienen hasta los huevos ya, hoy llevo un día que no soy yo. Me están corrompiendo del todo. Ya es que ni siquiera siento miedo, me estoy pareciendo a tu hermano.

—No le des vueltas. ¿Ha pasado algo más?

—Ya te contaremos, hermanita.

—De todas formas, Diana —dije—, sigue durmiendo con tu amiga unos días más hasta que la cosa se calme. Ya han conseguido «silenciar» a uno de sus problemas, pero no van a parar.

—Descuida, Vence. Lo haré. Voy para casa y hablamos mañana. Con lo que sea, me vais diciendo. Os quiero mucho, un abrazo.

—Otro para ti, te queremos.

Estaba transformándome en una versión nueva de mí mismo. Todo lo sucedido había conseguido alterar mi percepción de lo correcto, lo arriesgado y lo erróneo. En vez de asustarme aún más por el intento de asesinato a Bruna y la paliza a Carlota, sentía indolencia e indiferencia. Me recordó al estado de shock que tuve cuando me amenazaron en el vivero. Lo recordaba bien: llegué a casa muerto de miedo y de repente dejé de sentir. Pensé en Carlota, en Solid, en Diana, en su padre, en los universitarios muertos, en Henky… Ya no tenía la ambición de hacer las cosas bien, me habían

superado. Solo me quedaban ganas de hacer daño a los que nos hacían daño.

40

Carlota apareció por la salida de urgencias junto a un médico y varios papeles bajo el brazo. En cuanto la vi, fui corriendo hacia ellos.

—Aquí os traigo a esta campeona, menuda entereza tiene después de lo que le ha ocurrido —dijo el médico.

—Muchas gracias, doctor —le agradecí.

—No hay de qué. Cuídemela estos días que le va a hacer falta.

—Eso haré.

El doctor se despidió de nosotros y Carlota se apoyó en mí mientras fuimos de nuevo hacia el coche.

—Dos costillas fisuradas y la cara como un tomate: estoy para un desfile ahora mismo.

—Ya verás como en menos de una semana vas a estar otra vez increíble.

No dejaba de sorprenderme como tenía la cara, era como si la hubiesen maquillado a escopetazos: tonos morados, amarillos, rojos e hinchazones.

—No me hagas más la pelota, anda… Por cierto, voy a necesitar que me ayudes este fin de semana, si no es mucho pedir. Silvia se va para su pueblo y yo me quedo sola, pero no sé si podré valerme por mí misma con estos dolores.

—Te vienes con nosotros —dije.

—¿Con vosotros?

—¿Con nosotros? —se extrañó Solid.

—Sí. ¿Qué pasa? Van a ser solo tres días. Allí no te va a faltar de nada.

—Si no os parece mal… —dijo Carlota mirando de reojo a Solid.

—No te preocupes por Solid, le caes bien.

—Muchas gracias a los dos. ¿Podemos pasar antes por el piso a por algo de ropa?

—Sí, claro.

En el momento en que Carlota se bajó para ir a su piso a por sus pertenencias, Solid apagó el coche y dirigió su cuerpo hacia mí.

—¿En qué momento has pensado que era buena idea llevar a Carlota a la casa?

—No me digas que ahora tienes miedo de que venga a vivir con nosotros una chica indefensa que apenas se mantiene en pie —le vacilé.

—No tengo miedo, joder; pero sé perfectamente lo complicado que nos va a resultar investigar si está en casa. ¿Cómo lo vamos a hacer? ¿Hablamos de su padre como si no estuviera? Creo que no lo has pensado bien, Vence.

—Créeme que lo he pensado bien. Cuando tengamos que hablar de algo comprometido, le decimos que vamos a comprar o al bar de abajo. Estoy ya harto de hacer las cosas por miedo a que nos pase algo, solo quiero ver arder a esa gente y al que le ha hecho eso a Carlota.

—No voy a negar que me gusta tu nueva actitud, pero coño, lo teníamos que haber planificado mejor.

—Lo mismo que cuando tú te fuiste sin mí al laboratorio, ¿verdad?

Solid se quedó sin palabras. Estuvimos en silencio durante unos minutos hasta que Carlota golpeó el cristal de la ventanilla del coche para indicar que le abriésemos; ya estaba preparada. Mantuvimos una conversación superficial entre los tres de vuelta a casa. Por primera vez a Solid le irritaba algo: no terminaba de ver bien que la hija de Avid Le Fried estuviese tan cerca de nosotros. En el otro extremo, Carlota no era capaz de gesticular sin dar una muestra del daño producido. El cuerpo se le iba enfriando y el dolor era cada vez más protagonista.

Ya en casa, acomodamos a Carlota en el sofá y fuimos Solid y yo al supermercado para que hubiese suficiente comida durante el fin

de semana. Mientras echábamos artículos al carro, comentamos nuestros siguientes pasos.

—Bruna en coma, la investigación rechazada a Avid Le Fried, Henky desaparecido, mis dispositivos en Francia, Carlota en casa, una posible extracción dentro de un mes, universitarios siendo secuestrados, dos muertes, Diana, tú y yo en posible peligro. ¿Por dónde empezamos?

—Vamos a proyectarlo de otra manera —dijo Solid—, ¿qué hace la policía para inculpar a alguien en un caso? Pensemos como ellos, sigamos su procedimiento.

—¿Buscar pruebas de un posible culpable? —sugerí.

—Exacto. Para incriminar a alguien necesitamos evidencias. Olvidémonos de todo lo demás, centrémonos en ella, en la evidencia.

—Veo que te ha gustado la palabra…

—La evidencia —repetía una y otra vez Solid.

—¿Qué tiene de especial?

—Nadie puede ir en contra de una evidencia, por muy contaminada que esté la policía o cualquier organismo con gente de La Gran Unidad. Confío en que siempre haya alguien como Bruna o Henky con ganas de hacer las cosas bien.

Las palabras de Solid replantearon la situación. Habíamos obtenido avances, pero partiendo de actos impulsivos: «a ver qué descubríamos». Iba a ser complicado volver a tener la misma suerte si seguíamos haciendo lo mismo. Teníamos que centrarnos en algo específico, tener un objetivo claro.

—Una evidencia puede ser una declaración de una víctima y que esta tenga la suficiente objetividad y verosimilitud —pensé en voz alta.

—Bruna hubiera sido una buena candidata. ¿Te imaginas que despierta del coma?

—La podemos dar por muerta. De un coma sales en días, meses, años o nunca. Hay que pensar en otra alternativa mientras que no le apetezca despertar.

—Pues como no secuestremos a la próxima víctima erasmus de La Gran Unidad y la llevemos corriendo al hospital para hacerle una

prueba toxicológica, no se me ocurren más evidencias —propuso Solid sin creer demasiado en lo que había dicho.

—Mmm… Eso sería demasiado complicado. ¿Qué hay sobre los universitarios que no han muerto? —me cuestioné.

—¿Te refieres a los de la lista?

—Sí, a ellos. Según Henky, dos están muertos, pero en el documento hay un montón de códigos que identificó como universitarios erasmus vivos, presuntamente. ¿Cómo es posible?

—Es extraño, si te secuestran y sigues vivo con posterioridad, lo normal es que denuncies lo ocurrido. A no ser que…

—...no te acuerdes o seas la próxima víctima —lo interrumpí.

—Me has leído el pensamiento, cabrón. Puede que los estén drogando a todos como hicieron con Bruna y conmigo, no solo a los que murieron. Ahora mismo puede haber universitarios erasmus haciendo vida normal sin saber que fueron secuestrados; pensando que pasaron una borrachera típica con amnesia.

—Hay que encontrarlos como sea; como sea —repetí.

—Pff… pides demasiado, Vence. Tenemos códigos que solo tienen significado para La Gran Unidad basados en la nacionalidad, edad, género y año; internet no va a entender lo que estamos buscando.

—No solo tenemos esos códigos: intuimos que los secuestros se suelen producir en las ciudades donde hay laboratorios. Las dos muertes se produjeron en ciudades con laboratorios y recuerda la conversación que escuchamos en la morgue: «...y por ahora en este laboratorio no hemos tenido problemas», dijo uno de los dos hombres cuando le acusó el otro de que hubo «problemas» en otros laboratorios años antes. Es solo una sospecha, pero me da que aquí, en Santa Bárbara, se han realizado secuestros y por lo que parece, les ha salido bien, sin lastimar muertes.

—Estamos haciendo demasiadas cábalas, esto solo se puede comprobar buscando a erasmus universitarios en esta ciudad por edad y fecha —planteó Solid—. Eso no me resultaría tan complicado.

—¿Y a qué esperamos? Vamos a pagar todo esto y seguimos en casa. Es posible que Carlota nos haya desvalijado todo —bromeé.

—Tú ríete, pero veremos a ver en qué acaba lo de Carlota.

41

Entramos en casa y Carlota estaba dormida. No pudo con su propio cansancio; había sido un día duro para ella y aún no habíamos cenado. Solid fue a la cocina a colocar la compra y yo me acerqué a su lado. Me senté con cuidado para que no se despertara y la miré con detenimiento mientras dormía: a pesar de todos los rasguños que se mostraban en su cara, seguía teniendo un encanto natural. Su rostro desprendía una belleza sencilla, primitiva. No le hacía falta ningún maquillaje o arreglo adicional para demostrar su finura. Era como yo solía decir, una persona guapa. Estaban las personas atractivas y, con menos frecuencia, las personas guapas. A una persona atractiva, por instinto, la deseabas. Una persona guapa como ella, la observabas de tal manera que sentías el deber de no estropearla, como si fuera una escultura frágil y perfecta.

No aguanté las ganas de acariciar con suavidad su cara con el reverso de mi dedo índice. Bajé desde la frente hasta casi llegar a los labios y me paré. Ella abrió los ojos. Me reconoció y me lanzó una sonrisa. En un gesto burlón, me apartó mi cara con su mano y se reincorporó para abrazarme.

—Gracias, ángel de la guarda —me susurró.

Y me dio un beso puntiagudo cerca de la oreja. Nuestras caras permanecieron pegadas durante unos segundos. Noté como su cuerpo se expandía fruto de una respiración profunda y sus manos entrelazadas se apretaban en mi espalda. Signo de que nuestro abrazo la reconfortaba. Por primera vez en mucho tiempo me estaba sintiendo querido, de esa manera. El momento estaba siendo perfecto de no ser porque había una extraña presencia comiendo patatas fritas mientras nos miraba. Yo tenía los ojos cerrados, pero el ruido de las patatas siendo desmenuzadas en la boca de Solid hizo

que nos volviésemos Carlota y yo hacía él. En cuanto vio que lo estábamos mirando, cantó una canción en inglés:

—*I believe I can fly, I believe I can touch the sky...* —tarareó moviendo su cuerpo en forma de vaivén.

—Tu amigo es más idiota que tú —me confesó Carlota al oído.

—Eres muy tonto, lo sabes, ¿no?

—Parecéis críos de quince años. Voy a la terraza un rato y así os dejo más intimidad —dijo Solid recorriendo el salón y pasándome una mano por mi hombro. Justo cuando lo tocaba, apretó dos veces con sus dedos en forma de advertencia.

—Ahora en un rato te acompaño —le aseguré.

Carlota y yo cenamos mientras vimos una serie en Netflix. En cuanto terminamos de cenar, ella se volvió a acurrucar en mi costado y acabamos de ver lo que nos quedaba de capítulo. Fue en esos minutos finales de la serie cuando revivió momentos pasados de su vida. Quiso desahogarse.

—¿Sabes algo, Vence?

—Dime.

—No hay día que deje de pensar en mi madre y hace ya unos cuantos años que nos dejó.

—Tuvo que ser una putada. No podría imaginar ni lo más mínimo lo que tuvisteis que luchar y soportar tu padre y tú.

—Fue duro para los dos. Yo aprendí a esa edad el verdadero significado de la impotencia, de no poder hacer nada frente a la esclerosis que fue debilitándola poco a poco. No es justo que una persona con esa edad presencie la muerte de su madre, pero así es la vida.

—Nada de eso es justo… —lamenté.

—Mi padre enloqueció buscando una cura para ella, pero no lo consiguió.

—¿A qué te refieres con buscar una cura?

—Mi padre es catedrático en Biología Molecular y estuvo investigando por todo el mundo cualquier tratamiento innovador para curar a mi madre, pero ninguno le funcionó. Incluso el grupo en el que estaba trabajando, La Gran Unidad, se ofreció de manera altruista a financiar un tratamiento para ella.

—¿Y no le funcionó ese tratamiento?

—Al principio obtuvo buenos resultados frente a la esclerosis, luego la enfermedad comió terreno al tratamiento y lo neutralizó.

—Joder…

—De hecho, aún seguimos agradecidos por todos los esfuerzos que hizo La Gran Unidad por nosotros. No teníamos el dinero suficiente para ese tratamiento y se hicieron cargo de todos los gastos.

Solid estaba en la terraza y vi como se levantaba de la silla y miraba hacia nosotros. Había escuchado lo mismo que yo: La Gran Unidad.

—¿La Gran Unidad? —pregunté con disimulo.

—Sí, es una organización que nació en la universidad. Realiza todo tipo de proyectos humanitarios por el mundo y colabora con muchos organismos para ayudar a gente enferma como lo estuvo mi madre.

—¿En serio os ayudaron de manera altruista?

—Mi padre trabajaba con ellos y consiguió que La Gran Unidad fuese consciente del problema de mi madre; al final se interesaron en ayudarnos. La verdad que se portaron muy bien con nosotros.

Un porrazo proveniente de la terraza llegó hasta nuestros oídos.

—¿Estás bien? —le pregunté a Solid desde lejos.

—Sí, no es nada. Había un mosquito en la mesa y le he dado con la mano.

Yo sabía que en aquella mesa no había ningún insecto. Solid la había golpeado por la rabia de estar escuchando la versión de Carlota sobre la organización. Acto seguido, se levantó y nos dijo que iba a acostarse, tenía sueño. No soportó escuchar más cosas buenas de La Gran Unidad sabiendo lo que sabíamos.

—Noto un poco distante a tu compañero conmigo —reconoció Carlota.

—No se lo tengas en cuenta. Es desconfiado de primeras cuando conoce a alguien, pero ya verás como con el tiempo te cogerá cariño.

—¿Con el tiempo? Eso quiere decir que… —y me miró a los ojos.

—¿Qué quiere decir? —le incité.

—Pues, que estamos juntos o saliendo o como se diga...

De nuevo me volvió a hacer un barrido visual desde la boca hasta los ojos. No le respondí, en lugar de eso me acerqué hasta tal punto que confundí su respiración con la mía. Mi corazón golpeaba la caja torácica como queriendo salir; y nos besamos por primera vez en la boca. Cerramos los ojos aliviados. Fue un beso prolongado, pero sin agresividad, pausado, como queriendo establecer de manera sutil una conexión entre los dos a través de nuestros labios. El beso terminó y juntamos nuestras frentes una con la otra, nos sonreímos. Jugueteamos con nuestras narices como si fuéramos de verdad unos adolescentes. Estábamos en sintonía.

Ya no había vuelta atrás, mi sentimiento por ella estaba empezando a florecer y eso iba a ser imposible de parar. Después de besarnos, Carlota se atrevió a reconocer algo que le inquietaba, y que aún no nos había dicho.

—Tengo miedo, Vence.

—¿Miedo a que?

—Miedo a encontrarme de nuevo con él.

—¿Con tu ex?

—Sí. Pienso que, si tengo que volver a hacer vida normal cuando me recupere, ¿con qué tranquilidad voy a ir a la universidad o a cualquier otro lugar sabiendo que sigue merodeando por ahí?

—¿Cómo se llama?

—Timeo Llagaria. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a investigarlo.

—Ten cuidado con él, Vence. Es muy agresivo.

Se quedó dormida en mi pecho en cuestión de una hora y poco. Estuve pensando: ahora sentía la obligación de ayudarle. No permitiría que el violento de su exnovio la siguiese asustando, tampoco que el asesino de su padre matase a más gente. La situación era irónica, ella tan inocente y buena persona, y su entorno tan degenerado. Esa noche nos quedamos dormidos en el sofá hasta el mediodía del domingo.

42
Solid

Me había despertado antes que Vence y Carlota, eran las nueve de la mañana. Salí a la calle para espabilarme por completo; el frío de la mañana no me molestaba. Atravesé el recinto de casas donde nos encontrábamos y me apoyé en una jardinera que pegaba a la carretera mientras veía pasar a la gente. Estuve como veinte minutos pensando en el nuevo descubrimiento que había hecho. En cuanto se levantara Vence, se lo contaría. Desbloqueé mi móvil para entretenerme, pero alguien me sorprendió.

—Buenos días —dijo alguien con voz temblorosa.

Levanté la cabeza de inmediato. Un hombre se había colocado a mi lado con los brazos cruzados. Me pareció divertido que un desconocido se hubiera atrevido a saludarme.

—¿Quién eres?

—Por fin te conozco en persona, Solid. Me ha costado mucho encontraros.

—No puedo decir lo mismo.

—Soy Henky.

Giré la cabeza en su totalidad y lo miré de frente.

—Claro, y yo Papá Noel.

—Estoy bien jodido, Solid. Volvieron a dar conmigo los de La Gran Unidad y tuve que esconderme. Veo que os sirvieron las pruebas que envié a tu hermana.

Las únicas personas que sabían la existencia de esas pruebas éramos Vence, mi hermana, yo… y Henky. Seguía reticente.

—Para un poco, amigo —le dije—. ¿No nos hemos besado y ya te quieres acostar conmigo? Vamos paso a paso. ¿Eres Henky de verdad? ¿Por qué estás aquí? Te daba por muerto.

—Después del último intento de que diesen conmigo tuve que moverme, otra vez. No podía seguir contactando por internet con vosotros, no era seguro. Y en Santa Fe no tenía sentido quedarme sin vosotros cerca. Os seguí la pista hasta aquí. Lo malo… Que la Gran Unidad puede que también sepa cómo dar con vosotros —paró de hablar un segundo y me observó con curiosidad—. No te has extrañado de verme, es cierta la leyenda de que no sientes miedo.

—Ya lo ves.

—Tengo tanto que contarte, que no sé por dónde empezar. Vi como agredían a Carlota, pero ¿os fiais lo suficiente como para tenerla en casa?

No me fiaba ni un pelo de que esa persona fuese Henky, pero cualquier movimiento raro que hiciera, sería hombre muerto. No tendría contemplación en atacarle. ¿Debía sentir miedo una persona normal por tener a un desconocido a su lado? No estaba seguro. Le seguí la conversación.

—Yo no confiaba al principio, pero Carlota parece buena gente.

—¿Quieres que le quitemos a su ex las ganas de seguir intimidándola?

Notaba un poco atemorizado a Henky. ¿Sería realmente él? ¿Era esto una advertencia para desconfiar y huir? Me costaba entenderlo, no lo sabía con firmeza; me dejé llevar.

—Anoche escuché a Carlota decirle a Vence que tenía miedo. ¿Se te ocurre algo? —le propuse.

—Claro, pero antes necesito que no le cuentes a nadie que has estado conmigo, ni siquiera a Vence.

Ese comentario me descolocó. Algo no estaba interpretando bien.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo, Henky? Te aseguro que soy el más despiadado de los dos si me quieres hacer algo.

—¿Tú qué crees? Si La Gran Unidad se entera de que estoy aquí, me matará, como a todos. Y Vence ahora mismo está idealizando a Carlota. Aunque confiemos en ella, sigue siendo la hija de Avid Le Fried. Como le cuente algo a su padre…

—Primero me dices que tienes una idea para ayudarle con su ex y ahora que no confiemos en ella. O yo estoy más tonto de lo

normal hoy, o te estás contradiciendo. Yo no voy a contar nada, seré una tumba; pero si noto algo raro… te crucifico.

—Tranquilo, bestia. Una cosa no quita a la otra. He llegado hasta aquí con todo el riesgo que conlleva. Necesito un poco de tiempo para pensarlo todo mejor. ¿Habéis descubierto algo más?

—¿Pretendes que te diga nuestros avances sin saber siquiera si eres realmente Henky?

—¿Crees que no te hubiera hecho algo si no lo fuera?

—Te preguntaré algo sencillo. Las conversaciones que tuvimos por internet se eliminan en cuanto se sale uno del juego. Cuando hablé contigo por primera vez ¿qué te dije?

—La segunda vez que contacté con vosotros estabas escribiendo tú y me dijiste que habíais robado unas fotos. Yo os dije lo del muerto en Francia y la existencia de los laboratorios.

—Eso es cierto.

Demasiada información para no ser él. Henky hizo un gesto de aprobación con la mano.

—De cualquier modo, aunque estemos aquí tan tranquilos, corremos peligro si seguimos a la vista de todo el mundo. Apunta mi nuevo número y nos vemos esta tarde en un lugar más seguro para ponernos al día.

—Mmm… Me lo voy a pensar.

43

Eran las once de la mañana cuando Solid me despertó sacudiéndome el brazo. Dejé a Carlota durmiendo y me fui a desayunar con él a una cafetería del paseo marítimo. Le expliqué el problema con el exnovio de Carlota y me dijo que se ocuparía de quitarle las ganas a Timeo de volver a hacer de las suyas. Dijo que había conocido a alguien en un periódico local, pero se negó a darme más explicaciones de cómo iba a hacerlo.

Por otro lado, me comentó que había estado buscando por internet a los posibles universitarios erasmus que fueron secuestrados por La Gran Unidad. Los había filtrado por ciudad y año, en especial, la ciudad en la que nos encontrábamos. Rebuscando por Google, dio con un documento público universitario con el listado de personas que habían solicitado hacer el Trabajo Fin de Grado en la carrera de Biología. No le fue fácil encontrarlo, antes se leyó cientos de listados de otras carreras.

En particular, se trataba de un hombre italiano de veintitrés años. ¿Por qué este en especial?

A simple vista, correspondía con uno de los códigos del documento robado por Solid y comentado por Henky: «I23V-2022». La primera letra coincidía con la inicial de su nacionalidad italiana; el número con sus veintitrés años de edad; la siguiente letra con su sexualidad y, por último, el año en el que se podría haber producido el secuestro. Todo cuadraba. Solo nos faltaba dar con él.

Como era domingo, no hicimos mucho más productivo que esperar a que llegase el lunes para buscar al italiano. Mientras tanto, Solid desapareció toda la tarde para ocuparse del ex de Carlota y yo la pasé con ella. Me pidió quedarse toda la semana siguiente conmigo para sentirse más segura, cosa que no le negué. Así que los

tres conviviríamos siete días más. Carlota decidió no acudir a la universidad hasta mitad de semana y siguió recuperándose de sus heridas en nuestra casa. Aparte de miedo, le daba vergüenza que le viesen por la calle con tantos rasguños faciales.

El lunes llegó y como yo le dije a Carlota que me había mudado aquí por temas de trabajo, le avisé de que estaría toda la mañana fuera. Ella lo entendió y nos aseguró que se haría cargo de la casa mientras estuviéramos trabajando. Solid y yo salimos esa misma mañana con la intención de buscar al italiano. Pusimos rumbo a la Facultad de Ciencias para dar con él en cuanto acabasen sus clases. Teníamos su nombre y su cara, suficiente para reconocerlo. Solid había hecho muy buen trabajo encontrándolo tan rápido en internet. Lo que una persona normal tardaría días en buscar en la red, Solid lo hacía en cuestión de horas. No dejaba de sorprenderme lo fácil que era obtener información de alguien sabiendo su nombre y donde buscar.

Llevábamos unas cuatro horas esperando, pero no fue hasta el momento de almorzar cuando por fin lo vimos salir por la puerta de la facultad. La espera había dado su fruto. No planeamos ninguna forma especial de abordarlo, por lo que en cuanto dobló la esquina del jardín que rodeaba a la facultad, salimos tras él. Pero no queríamos parecer unos locos asaltándolo sin razón alguna.

Estuvimos dudando de qué manera presentarnos hasta que se me ocurrió algo: me situé en la acera de enfrente para así cruzarnos en cualquier paso de peatones que decidiera tomar.

Le estuve siguiendo el ritmo durante un buen rato hasta que por fin se paró en un semáforo en rojo. Ya lo tenía enfrente, era cuestión de que el semáforo se pusiera en verde para pararlo. Los coches frenaron a ambos lados del paso de peatones, la gente empezó a pasar. Me quedé en la acera esperando a que llegase. Estaba ya cerca, le hice un barrido visual de cuerpo entero en milésimas de segundos; levanté la cabeza para mirarle a la cara y advertirle con mi brazo que se detuviera. Pero por encima de su hombro vi al otro lado de la acera a Solid negándome con su dedo y

advirtiéndome que me apartara. Bajé el brazo. Mis latidos golpearon mi mente. No sabía qué me quería decir, me quedé estático y el italiano caminó por mi lado sin enterarse de mis intenciones. Nuestras camisetas se rozaron y pasamos de largo. Solid echó a andar con rapidez en dirección contraria y antes de alcanzarlo me di la vuelta para saber qué estaba pasando. El italiano se había parado unos metros más adelante para saludar a una persona. Fue ahí cuando entendí los gestos de Solid.

—No puede ser.

—¿Qué cojones hace aquí? ¿Por qué está saludando al italiano? ¿Por qué justo cuando lo estábamos siguiendo?

—Vamos, no me jodas. A quien se lo cuente, no se lo cree —dijo Solid impotente.

—No entiendo nada... ¿Y cómo has reconocido a la chica?

—¿Recuerdas cuando investigué a Carlota al llegar a Santa Bárbara?

—Sí, claro.

—Investigué su perfil y la vi en las fotos junto a ella.

—Ahh…cierto. Estaban las dos juntas. Pues esta chica, Silvia, me trató muy raro el otro día cuando fui corriendo al piso de Carlota. Me echó la culpa de la paliza de Carlota y ni me saludó al entrar —le aclaré a Solid.

—No sé qué pensarás tú, Vence, pero temo decirte que hay algo que Carlota no nos está contando.

El comentario de Solid se introdujo en mi subconsciente hiriéndome como el dolor de un nervio ciático.

—Te aseguro que Carlota es inocente, no tiene ni idea de los planes ocultos de su padre y La Gran Unidad.

—Vence…

Solid me lanzó una mirada seca. Me estaba doliendo su mera intuición, no quería aceptarlo.

—¡Que no, joder! ¿Me estás diciendo que todo lo que está haciendo Carlota es una actuación?

—Podría ser la misma actuación que la que tú estás haciendo con ella.

—¡Te vuelvo a decir que no! ¡Es imposible!

Di varias vueltas por la acera aclarando mis ideas. Estaba nervioso pensando siquiera en una posible traición de Carlota. Me producía temor el hecho de solo imaginarlo.

—No te dejes llevar por las emociones que estás sintiendo por ella y piensa con la cabeza, no podemos cagarla.

Endorfina, oxitocina, serotonina… No podía pensar con sentido común. Por mi cuerpo circulaban una cantidad de sustancias químicas producto de mi romance con Carlota.

—No termino de creerlo. Le han pegado una paliza y está en nuestra casa; si casi no puede moverse. Tiene miedo de ir a la universidad porque su ex anda suelto. Y me ha contado cosas muy profundas sobre ella y su familia. ¿Cómo va a ser todo mentira? ¿Y si no sabe nada de lo que está haciendo su amiga?

—Podemos olvidar lo que acabamos de presenciar si quieres, pero la realidad es esta. Me jode decírtelo, Vence, y ya sabes que no me asusta nada en esta vida, pero si te dejas llevar por tus emociones con Carlota, nos puede costar la vida a los dos.

—Es que no puede ser… Carlota es pura bondad —pensé en voz alta—, no puede estar respaldando dos asesinatos y el intento de homicidio de otra persona —me puse las manos en la cabeza y me tapé los ojos; dejé pasar unos segundos, estaba empezando a dudar —. Ahh… Dios mío. Si hasta nos hemos besado, joder… Me sentía mal por estar engañándola y ahora va a resultar que soy yo el engañado.

—No podemos subestimar la capacidad de La Gran Unidad. Aún no nos han pillado, Vence. Estamos juntos, es lo que importa.

—¿Y qué hacemos? ¿La echamos de la casa y nos largamos de aquí? Es que no lo entiendo, ya hubiera ido a su padre a contarle quiénes somos y dónde estamos. No puede ser que sea tan buena actriz.

—Es posible que lo del novio sea verdad: os persiguió y las heridas están ahí. También es posible que no sepa quiénes somos aún. Por eso no han venido a buscarnos. Puede que no nos esté contando la verdad por simple precaución; en el fondo seguimos siendo unos desconocidos para ella. No va a ir contándole eso a cualquiera.

—Pero vamos a ver —me paré a pensar—, ¿qué relación guarda el italiano con la amiga de Carlota? Ese chico es una supuesta víctima a la que han drogado. ¿Cómo es posible que se ponga a hablar con la amiga de la hija de Avid Le Fried, el presunto partícipe de su secuestro? ¿Qué coño no estamos entendiendo?

—Habrá que preguntárselo a Carlota. ¿No crees?

—¿Confesarle quiénes somos en realidad y lo que estamos haciendo no nos comprometería un pelín más?

—Si Avid Le Fried quiere a su hija, más le vale que no nos haga nada hasta que estemos a salvo. Es por eso por lo que creo que aún no sabe quiénes somos. No se la jugaría dejando a su hija con nosotros.

—¿Estás hablando de amenazar a Avid Le Fried con hacerle algo a su hija si la cosa se tuerce?

En realidad, no quería saber la respuesta, ya sentía algo especial por Carlota y aunque me estuviese engañando, me iba a ser complicado hacerle más daño. No terminaba de creer que todo lo que me había contado sobre ella fuese mentira.

—Es la única manera de darle a Avid donde más le duele.

—Pfff… —suspiré con la intención de encontrar un ápice de cordura—. Vamos para la casa. Quiero que me lo diga a la cara.

Siempre existió para nosotros la probabilidad de que la hija de Avid Le Fried estuviese colaborando con su padre en la organización, pero tras conocerla, no me hubiera imaginado que esa sospecha se hiciera realidad. Nos habíamos besado, confesado cosas, estaba herida, sus gestos de cariño, abrazos y miradas eran sinceros… No entendía, no encontraba la coherencia de lo que sucedía. Tenía la esperanza de su inocencia, pero, por otro lado, sentía rabia de que me estuviera engañando. No estaba en mis cabales para pensar con claridad. Había caído como un tonto en sus redes y arriesgarme a confiar en ella podría costarnos la vida. La idea de que Carlota fuese una grave amenaza ocupó todos mis pensamientos.

44

Solid y yo llegamos por fin a la puerta de casa. Nos paramos justo delante sin abrir. Eran las tres de la tarde. Nos miramos, asentimos con la cabeza: había llegado la hora de afrontar la situación. Abrimos la puerta y entramos. Solid echó la llave. Carlota estaba de pie transportando platos de pasta recién hecha a la mesa del salón.

—Vamos, chicos, que se enfría la comida. He hecho de comer para los tres. Estaba aburrida y he pensado que vendríais con hambre, así que os he hecho mi plato estrella: pasta al pesto —nos dijo mientras nos enseñaba los platos para que los oliéramos.

—¿Puedes sentarte? —le dije muy serio.

—¿Qué ha pasado, Vence?

—Siéntate, por favor.

—Me estás asustando. ¿Qué ocurre?

La miré y tragué saliva. Mi garganta se había contraído, me costaba hablar.

—¿Por qué estáis haciendo todo esto Avid Le Fried y tú?

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Cómo sabes el nombre de mi padre?

—Por favor, Carlota, te agradecería que no nos mintieras más. ¿Por qué secuestráis universitarios y los matáis?

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando? ¿A qué viene todo esto, Vence?

—No disimules más, Carlota —intervino Solid—. Sabemos lo que ocultáis en La Gran Unidad.

—Perdonad que os diga, pero estáis desvariando los dos. ¿Todo esto es por lo que te conté ayer del tratamiento de mi madre y La Gran Unidad, Vence?

Ya no había vuelta atrás. Estaba alterado, nervioso. Sus palabras no habían hecho más que aumentar mi inseguridad.

—Si no vas a ser sincera con nosotros, quiero que te vayas de aquí cuanto antes. No te haremos nada, no somos como tu padre.

—No se va a ir de aquí hasta que nos cuente la verdad —aseguró Solid.

—¿Quién eres en realidad, Vence?

Carlota me miró con inocencia, como si no hubiera hecho nunca nada malo. Sentí rabia por dentro, exploté.

—Lo sabes bien, ¿no? Alguien a quien tu padre quiere ver muerto, igual que a Solid.

—¿Qué dices de mi padre? Estás loco, en serio.

—Vete de aquí, por favor.

—No se va a ir de aquí —volvió a decir Solid mientras cogía un cuchillo.

—Os estáis volviendo locos. Os juro que no sé de lo que estáis hablando. ¿Me has estado engañando desde el principio, Vence?

—¿Te vas a ofender ahora porque te haya engañado? Tu padre es un puto asesino que secuestra universitarios, ha matado ya a dos personas y ha drogado a mi amigo Solid. Eres un asco de persona si nos sigues ocultando eso.

—Te estás pasando conmigo, Vence. No sé por qué decís eso de mi padre. ¿Qué mosca os ha picado para decir tales acusaciones?

—¿Qué te parece si nos cuentas primero qué coño hacía tu amiga Silvia hoy hablando con un italiano? Un italiano que fue secuestrado y drogado por tu padre —se aventuró a decir Solid.

—¿Cómo sabéis que Silvia ha hablado hoy con Piero?

—¿O sea que lo estás reconociendo? Solid y yo estábamos siguiendo a Piero y fíjate qué casualidad que se ha puesto a hablar con tu amiga.

—Pues claro que se ha puesto a hablar con mi amiga Silvia, se lo he pedido yo. Piero está apuntado al club ecuestre que dirige mi padre a las afueras de la ciudad y yo me encargo de dar clases de equitación en mi tiempo libre. Al estar en estas circunstancias, le he

pedido a Silvia que quedase con él para darle toda la documentación. No iba a ir medio coja y con la cara hecha un asco. El chico no sabe mucho español y me pidió que le gestionase la matriculación.

Solid perdió la paciencia que yo tenía contenida: me empujó y se abalanzó sobre Carlota como un animal de caza. Los platos cayeron al suelo. Puso a Carlota contra la pared mientras le ponía el cuchillo en el cuello.

—¡Solid! —grité.

Si no hacía algo, correría la sangre. Me tiré para él y lo aparté de Carlota. La cogí de la mano y la senté en el sofá.

—Eres una mentirosa, Carlota —le dije con todo el dolor del mundo—. Quiero que recojas tus cosas y te vayas de aquí. No quiero volver a verte. Solid, deja que se vaya. Si nos tiene al menos algo de cariño no le dirá a su padre que nos mate. Si lo hace, confirmaremos lo que realmente es, una mierda de persona.

Carlota se levantó del sofá y me miró entre lágrimas.

—Te estaba empezando a querer, Vence. En mi vida haría daño a una persona que se ha portado tan bien conmigo. Todos los besos, abrazos y palabras que te he dedicado, son de verdad. Salvo lo de mi exnovio, no te he ocultado nada más. No sé a qué viene esta locura que os habéis inventado.

—Vete, por favor —dije con la voz apretada.

Solid no insistió más en que se quedara, cedió a mis deseos. No íbamos a actuar como lo hacían ellos, éramos mejores personas.

Carlota recogió sus cosas y atravesó el salón gimoteando entre lágrimas.

—¿Me podéis abrir? —preguntó por última vez.

Yo me levanté sin decir nada y le abrí la puerta para no volver a verla más. Se me quedó mirando como un cachorro. Las muertes, los secuestros, las drogas y todo lo que me pasaba por la cabeza resonaban con más intensidad. Le cerré la puerta en la cara.

—Adiós, Vence —se escuchó a lo lejos.

Solid y yo no nos dirigimos la palabra. Hubo un silencio sepulcral en la casa durante más de dos horas. No salimos de nuestros pensamientos. Ya no estábamos seguros habiendo revelado nuestra verdadera identidad a Carlota. Nos habíamos dejado llevar por nuestros impulsos. Había que irse de allí.

—No sé qué será de nosotros —dije—, ni si avanzaremos en este puto caso de mierda, pero quiero que hagamos una última cosa antes de que nos pillen. No se van a salir con la suya tan fácil.

—¿Tienes un plan? —se extrañó Solid.

—Antes de chocarnos, vamos a pegar un par de volantazos.

—Estoy deseando que me ilustres.

—Vamos a ir a Francia a por mis dispositivos, llama a Diana.

A Solid le brillaron los ojos.

45

Diana

Habían pasado cuatro días desde que mi hermano y Vence me dijeron que iban a Francia. Desde entonces, no había vuelto a hablar con ellos. No sabía lo que hacer.

Una llamada entrante en el móvil me sacó de aquel estado de incertidumbre. Era Vence.

—¡Por fin! ¿Qué está pasando? ¿Cómo estáis?

—Hola, Diana. Ha sucedido algo…

La voz de Vence denotaba tristeza y desapego.

—No me asustes, por favor. ¿Qué ha ocurrido?

—Se lo han llevado —pronunció a duras penas.

Su tono de voz golpeó mi estado anímico. Un latigazo eléctrico atravesó mi espalda.

—¿Quién se lo ha llevado? ¿A dónde?

—La Gran Unidad ha secuestrado a tu hermano.

—¿¡Qué!? ¿Estás de broma?

—Fuimos a Francia a por los dispositivos y los robamos de aquel laboratorio. Tenían la misma seguridad de aquí, una mierda. Nadie sospechó. Creímos que todo había salido bien hasta que volvimos a Santa Bárbara. Nos estaban esperando, Diana. Se lo han llevado, por mi culpa.

—No me digas eso, Vence. No me conduzcas a esa realidad. Dime que no es verdad. Te lo suplico.

—Yo…

Mis lagrimas no tardaron en recorrer parte de mi cara.

—¿Y qué podemos hacer para encontrar a mi hermano?

—Actuar como ellos. Vamos a por Carlota, la hija de Avid Le Fried.

SEGUNDA PARTE

Carlota Le Fried

1

Llegué al piso llorando de dolor y pena. Una de mis costillas fisuradas me dolía como nunca. Tirar de la maldita maleta llena de ropa hasta aquí me había resentido todo el cuerpo. Silvia estaba mirando por el balcón del piso mientras fumaba. En cuanto escuchó la puerta cerrarse, se dio la vuelta extrañada de mi llegada. Me encontró allí parada, en mitad del pasillo, con lágrimas en los ojos y la cara llena de heridas cicatrizando. Lancé la maleta hacia un lado con las pocas fuerzas que aún me quedaban. Silvia apagó el cigarro en la baranda metálica del balcón y vino corriendo a abrazarme.

—Dios mío, pero ¿qué te ha pasado? ¿No ibas a quedarte una semana con Vence?

—Me ha echado de su casa —dije entre suspiros.

—¡Será hijo de puta! Ven aquí, siéntate que te voy a traer algo de comer.

Le hice caso, fui cabizbaja hasta el sillón. Estaba desfallecida, me sentí como una cría indefensa. No entendí nada de lo que había presenciado. Aún me dolían las palabras que me había dicho Vence:

«Eres una mierda de persona, mentirosa y una asesina…».

No sé qué motivo transformó de un día para otro su actitud hacia mí. El beso que nos dimos fue una de las mejores cosas que me había pasado en mucho tiempo. Estaba empezando a quererlo un poco, era todo lo que yo buscaba en un chico: cariñoso, atento, guapo, listo… Después de lo que había sufrido en mi relación con Timeo, por fin había encontrado a alguien diferente, pero se me había esfumado de un día para otro.

Silvia apareció por el pasillo con un plato de ensalada con pollo y un refresco.

—Toma, Carlota. Come.

—Muchas gracias.

—¿Me vas a explicar por qué ese tío te ha echado de su casa?

—De verdad que no lo sé, Silvia. Se ha inventado un montón de conspiraciones sobre mi padre. Me ha dicho que es un asesino y que te ha visto hablando esta mañana con el italiano, una supuesta víctima de mi padre.

—¿Qué me estás contando? ¿El italiano una víctima? Si estaba más bueno que el pan, no le he visto yo con mucha preocupación de ser una víctima. Le he dado los papeles de la matriculación del club y ganas me han dado de darle mi teléfono para quedar con él. ¿Me estaban espiando?

—Según ellos, a ti no. Estaban persiguiendo a Piero.

—¿Al italiano? ¿Y de qué lo conocen?

—Pues eso es lo que no entiendo, Silvia. Me han contado una historia inverosímil sobre mi padre y ese tío. Pensaban que yo les estaba ocultando algo y por eso me han echado.

—Todos los tíos son iguales, Carlota. A ese lo que le ha pasado es lo que les pasa a casi todos: quería follar contigo y como ha visto que no ibas a poder hacerlo hasta dentro de un par de semanas por las heridas, se ha inventado esas mierdas para darte la patada en el culo.

—Él no es así, Silvia. Te aseguro que era diferente, si hasta nos besamos ayer.

—Escúchame, Carlota. Léeme los labios: todos los tíos son iguales. Olvídate de él, es otro gilipollas como tu anterior novio, el agresivo de Timeo. Qué asco de gente.

—Tú no lo conoces.

—Claro que lo conozco, he estado con muchos tíos de ese tipo. Solo quieren acostarse contigo cuanto antes y salir huyendo.

Suspiré.

—Oye, olvídate, de verdad. Hazme caso. Échate ahí un rato y descansa. Tienes que seguir recuperándote. Voy a ir a ducharme mientras, que de tanto fumar me huele el pelo a humo.

Silvia se metió en el cuarto de baño y puso la música del móvil a todo volumen. Sonaba *Beggin* de Måneskin.

Reviví casi la conversación entera que había tenido con Vence y Solid al ritmo de la canción: me habían engañado con sus nombres, conocían el nombre de mi padre, lo habían acusado de secuestrar y asesinar universitarios, de haber drogado a Solid y de querer matarlos.

Estaba convencida de que no eran simples excusas inventadas para darme una patada en el culo, como dijo Silvia. Algo más serio les había pasado. Los noté asustados, como si de verdad peligraran sus vidas, pero acusar a mi padre de esas cosas era absurdo. Me irritaba por dentro que me hubiesen ofendido y engañado de esa manera. Me dolía incluso más que mis propias heridas. Luego pensaba en Vence, en sus besos y muestras de cariño: no podían ser mentira. Tenía que descubrir lo que estaba pasando. Si hubieran sido unos locos enfermos, me hubieran hecho daño. Me tenían en su casa sin que apenas lo supiera nadie, el lugar perfecto para haber abusado de mí y no lo hicieron.

Mi padre era una de las mejores personas que había conocido en toda mi vida. Un hombre noble, recto, familiar y luchador. Todo lo que yo era hoy día, lo era en parte por él. Me había enseñado el significado del sacrificio y la humildad, de que nunca había que despreciar a nadie y ser educado con todo el mundo, por mucho que alguien te degradara.

Fue durísimo para él perder a mi madre: eran dos personas enamoradas. De hecho, cuando era más pequeña, soñaba con encontrar a un chico que me enamorase como lo estaban ellos. Nuestra historia fue un drama hasta que con el paso de los años nos acostumbramos a vivir sin la presencia de mi madre. Todos los buenos recuerdos que tenía de ella estaban inundados de sus últimos momentos de vida. No era capaz de recordar algo alegre sin que me viniera a la cabeza su estado físico en sus últimos meses. No fue justo para ninguno de los tres.

Tardé un par de días en tomar acción ante lo que me había sucedido con Vence y Solid. Aún sin poder ir a la universidad por mis

dolores en las costillas, me desesperaba en el piso haciendo reposo y escuchando los consejos de Silvia para recuperarme antes. Intenté hablar con Vence, pero no me cogió el teléfono, así que decidí llamar a mi padre para preguntarle si sabía algo sobre todas esas acusaciones.

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Hola, papá. Qué alegría escucharte, estoy bien. ¿Cómo estás tú?

—Pues como siempre. Estoy más liado que nunca, entre investigaciones y clases, no tengo tiempo para hacer muchas cosas.

—Vaya, trabajo no te falta, entonces.

—La verdad que no. Por cierto, ¿te ha pasado algo? Me han dicho los del club ecuestre que llevas unos días sin pasar por allí, me ha extrañado.

—Ah, no es nada. He estado unos días un poco mal con dolores de cabeza y barriga. Ya sabes, cosas de mujeres.

De repente la puerta del piso sonó. No le hice caso y seguí hablando. Silvia gritó desde su cuarto que abriría ella.

—Qué lástima no estar allí contigo para darte un abrazo, te quiero mucho, mi niña. Iré pronto para allá, tengo que dar un seminario de biología. Ya te avisaré para tomarnos algo. Cuando vuelvas a estar bien, pásate por el centro. El chico italiano que te comenté quiere empezar las clases esta misma semana y me ha pedido que le gustaría que fueses tú la instructora.

—¿Te refieres a Piero?

—Sí, el chico italiano de veintitrés años que está aquí de Erasmus. Soy su mentor en la facultad y he estado hablando con él hace unos días.

—Ah, no tienes que preocuparte, ya le he gestionado lo de la matrícula. La semana que viene voy de nuevo.

—Muy bien, hija. Muchas gracias. Ya sabes que intento amenizar la estancia de todos los universitarios que llegan aquí.

Silvia ya había abierto la puerta y me estaba llamando a voces para que fuera.

—Espera un momento, papá.

Tapé el micrófono del móvil con la mano y le contesté a Silvia.

—No puedo ir, estoy hablando con mi padre.

Lo volví a destapar.

—Ya estoy contigo de nuevo, papá. ¿Qué te estaba diciendo? Ah, ya recuerdo, lo de cuidar a los universitarios, tú siempre tan servicial. Por cierto, me gustaría hacerte una pregunta.

—Dime, hija. ¿Qué quieres saber?

—¿Tú conoces a dos chicos que se llaman…?

Silvia apareció en el comedor con el invitado sorpresa. Mi primera reacción fue levantarme y echarme hacia atrás para protegerme detrás del sillón.

—¿Hija? ¿Estás ahí? ¿Qué está pasando?

—Nada, nada. ¿Te importa que te llame después y seguimos hablando? Tengo una visita y no puede esperar.

—Sin problema, hija. Luego me cuentas. Te quiero mucho. Hasta luego.

—Y yo a ti. Hasta luego, papá.

2

Cogí una de las muletas que tenía en el suelo y amenacé al visitante a que no se acercara.

—¿Por qué le has dejado entrar, Silvia? ¿Estás loca?

—Tranquila, Carlota. He abierto sin saber quién era, pero parece que viene de buenas a decirte algo. Escúchalo.

—No tengo que escuchar nada de ese desgraciado. Lárgate de aquí o llamo a la policía.

—Perdóname, Carlota —dijo Timeo.

—¿Crees que es suficiente pedirme perdón después de haberme dejado el cuerpo así? Casi me matas, maldita fiera. ¡Fuera de mi vista!

—Vale, vale. Ya me voy. No quiero más problemas, yo solo quería venir a pedirte perdón en persona.

La primera vez que lo veía aterrorizado desde que lo conocí.

—¿Cómo que no quieres más problemas? El problema fue haberte conocido, asqueroso —le grité mientras le señalaba con la muleta.

—En serio, no quiero más problemas —y tragó saliva con los ojos inyectados en miedo—. Dile a tu amigo que he venido en persona a pedirte perdón. No se volverá a repetir.

—¿A qué amigo te refieres? —le dije sorprendida.

—A ese loco amigo tuyo, no sé cómo se llama. El moreno con un pendiente en la oreja y unas burbujitas en el ojo.

—¿Te refieres a Solid?

—No sé su nombre, solo quiero que sepas que estoy arrepentido de lo que he hecho y que no volverás a saber de mí en la vida. Por favor, dile que he venido a verte y te he pedido perdón. Por lo que más quieras.

—Vete de aquí. Ya veré lo que hago —le confesé.

Timeo agachó la cabeza y se fue por el pasillo hasta que la puerta se cerró. Silvia y yo nos miramos asombradas y una leve sonrisa nos apareció al mismo tiempo en la cara. Después de todas las amenazas continuas y esta última agresión, no nos salió otra cosa más que reírnos aliviadas. Nos abrazamos de alegría. El maldito agresor que me había echado por novio, había venido con el rabo entre las piernas.

—¿Te has fijado? Poco le ha faltado para mearse encima.

—Ha probado de su propia medicina, espero que aprenda —sentencié.

—¿Cómo habrá cambiado de opinión tan rápido? ¿Es por Vence?

—Según su descripción, se ha referido al amigo de Vence, Solid.

—¿Qué demonios le habrá hecho para amedrentarlo? Era una fiera salvaje. No creo que haya sido fácil.

—No tengo ni idea, Silvia. Solo sé que antes de que Vence me echase de su casa, me pidió el nombre de Timeo y me dijo que lo investigaría.

—Y tanto que lo ha investigado, lo ha cogido por los huevos y se los ha estrujado. No quedaba nada de su hombría inquisidora.

—Gracias, Vence —susurré mirando a ningún sitio.

—Fíjate, igual no era tan cabrón el tal Vence. Quería acostarse contigo y aunque no lo consiguió, tampoco quiso que te pasase nada malo.

—Él no es malo.

Lo volví a llamar varias veces para agradecérselo, pero sin resultado. Por alguna extraña razón, había decidido no volver a contactar conmigo. Eso no incitaba más que mis ganas de averiguar la verdad sobre Vence y Solid. Sabía que me habían engañado desde el principio, pero no parecían malas personas. Me resultó contradictorio que hubiesen actuado así la última vez que nos vimos. Alguien les habría mentido sobre mi padre para alejarlos de mí.

Pensé de nuevo en las últimas palabras de Vence:

«...no le dirá a su padre que nos mate. Si lo hace, confirmaremos lo que realmente es, una mierda de persona».

Parecía como si hubieran conocido antes a mi padre que a mí y no solo eso, por sus comentarios, le tenían pavor y asco. Después estaba lo de secuestrar y matar universitarios. Eso era una acusación terrible: mi padre no sería capaz de matar a una mosca. ¿Quién le podría haber contado a ellos tal infamia de él? ¿Y por qué?

3

Con la tranquilidad de que Timeo no estuviese acechándome por la calle, me atreví a volver a la universidad al lunes siguiente. Para terminar de regresar a la rutina total, fui por la tarde al centro ecuestre a impartir mis clases de equitación. En realidad, quería ir al centro para encontrarme con Piero, el chico italiano. Mi padre le había puesto mucho hincapié en que lo atendiera y era el único eslabón al que podía agarrarme si quería averiguar algo más sobre Vence y Solid.

Entré al centro y saludé durante unos minutos a los trabajadores. Sin olvidarme de mis caballos, pasé a darles un poco de cariño. Eran unas criaturas preciosas e inteligentes. No existía mejor sensación de libertad que la de estar montada en un caballo. Si quisiéramos aprender los humanos sobre nobleza y lealtad, solo tendríamos que fijarnos en ellos. Me tenían enamorada. Una vez saludados todos, me cambié: casco, botas y ropa de equitación. Ya con todo ajustado, salí fuera para esperar a Piero. Preparé los dos caballos con sus monturas y me senté en los bancos del exterior del edificio. A los veinte minutos de estar allí, Piero apareció a toda velocidad sabiendo que llegaba unos minutos tarde.

—Ciao, Carlota. Scusate por llegar tarde. He tenido problemas con el transporte.

—Hola, Piero. No te preocupes. Estaba organizándolo todo. ¿Preparado para montar a caballo? Te presento a Hades, es tu caballo de iniciación.

—¡Oh! —se sorprendió—. ¿Este es il mio cavallo? È molto bello. Ciao, Hades. Un gusto conocerte.

La siguiente hora la pasé explicándole todos los conceptos principales para montar a caballo. Posturas, hábitos de montar, qué hacer en determinadas situaciones, qué no hacer, en resumen, todo lo necesario para que diésemos una vuelta sin problemas. Pasado ese tiempo, le ayudé a montarse en Hades y nos dispusimos a hacer una pequeña ruta por detrás del centro. Montados en los caballos y más lento que el trote, a paso, emprendimos nuestro viaje. Aún se me resentían las costillas, pero aguanté el dolor. Tras unos minutos recorriendo aquella ruta, decidí sacarle un poco de conversación.

—Por cierto, Piero. ¿Qué tal tu estancia aquí en España?

—Está muy bien. Tu padre es buen mentor, me trata como en casa.

—Me alegro que así sea. ¿Y qué tal los amigos? ¿La gente se relaciona contigo?

—Certo, los españoles sois buena gente. Tengo muchos amigos.

—¿Conoces a unos amigos míos que se llaman Vence y Solid?

—Lo siento, pero no. Cómo te digo esto… ¿Debería conocerlos?

—No necesariamente. Salgo de fiesta con ellos y pensé que los conocerías.

—Oh sí, me encanta la fiesta. Mejores fiestas en España que en ningún otro sitio.

—Tienes mucha razón, Piero —me hizo gracia.

—No sé qué le echáis al alcohol, pero algunas veces me hacéis olvidar todo. Me levanto con resaca y sin recordar la noche. Es increíble para mí.

—No debes abusar tanto del alcohol, que te mata las neuronas, hombre —le volví a decir riendo.

—Yo no bebo mucho, en serio. Tomo tres o cuatros copas a la noche. Es suficiente para mí. Pero pocos días he amanecido sin acordarme. La culpa es del alcohol de España y su clima. Me tienen loco —bromeó mientras hacía el gesto de locura con la mano en la sien.

—Sí, sí, claro. Eso cuéntaselo a otra.

—Amo andare a cavallo, Carlota. Esto es increíble —terminó por confesar.

—Así es. Montar a caballo es muy divertido. ¿Qué te parece si volvemos ya para el centro y seguimos el próximo día? No se te da nada mal.

—¡Andiamo! ¡Vamos!

Mi interrogatorio a Piero finalizó ahí. No había dicho nada sospechoso, hacía la típica vida que solía hacer un universitario erasmus en España: estudiar poco e irse mucho de fiesta. Lo más seguro es que mi padre estaría encauzándolo para que no perdiese el hábito de estudio. Aprender a montar a caballo te obligaba a ser diligente y constante.

No me sacaba de la cabeza la actitud impronta de Vence. En cuanto salí del centro ecuestre, lo llamé. Estaba ya harta de escuchar siempre lo mismo: siete tonos y llamada finalizada. Eso me enfureció, la que debía estar cabreada en todo caso sería yo. Me habían engañado e insultado. No podía desaparecer de un día para otro, después de todo lo que sentimos. Necesitaba explicaciones. Si quería olvidarse de mí, lo iba a tener que hacer de nuevo en persona: fui para su casa.

4

Había pasado ya una semana desde la última vez que nos vimos. Subí por las escaleras de la urbanización, atravesé la piscina comunitaria y me presenté en la misma puerta por la que me había echado. Toqué el timbre, di varios golpes y lo llamé a gritos para que me abriera. Una puerta se abrió, pero no era la que estaba golpeando. El casero que vivía enfrente salió por los ruidos.

—Si buscas a Vence o a Solid, no están. Se han ido de viaje —escuché a mi espalda. Me di la vuelta y el casero me reconoció—. Ah, sí eres tú, Carlota. No te había reconocido. ¿Cómo estás de tu accidente?

—Hola —le dije sin recordar su nombre—. Estoy ya mejor, con molestias aún en las costillas. ¿Se han ido de viaje?

—Me alegro que estés mejor. Sí, hace una semana que se fueron con varias maletas y me dijeron que se iban de viaje.

—¿Se han ido del todo?

—No sabría decirte, Carlota. A mí me han pagado el mes entero, así que la casa la tienen disponible hasta entonces.

Tuve una idea.

—Qué fastidio, me dejé la semana pasada varias prendas y el cargador de mi ordenador. Venía a recogerlos.

—No te preocupes por eso. Yo tengo las llaves. ¿Quieres que te las deje, recoges tus cosas y ahora me las devuelves?

—Se lo agradecería de corazón, no sabe cuánto.

—Toma, aquí tienes. Ahora tocas en mi puerta y me las devuelves. No olvides echar la llave cuando salgas.

—Lo haré, muchas gracias.

—De nada. Ahora nos vemos.

—Hasta ahora.

Por fin entré a la casa. Todo estaba igual que cuando salí llorando por la puerta. Tenía pinta de que habían salido a las pocas horas de haberme echado. En el suelo quedaban restos de los platos rotos y de la basura brotaba un olor a comida descompuesta. En el microondas todavía estaba la salsa pesto que hice para la pasta. Esto terminaba por confirmar que habían salido por patas. Parecían coherentes con lo que dijeron: tenían un miedo infundado a que mi padre los matase. Algo inconcebible para mí.

Busqué por toda la casa en busca de algo que me aclarase quiénes eran o qué hacían aquí. Miré por todas las habitaciones, por los armarios, debajo de los colchones, en el sofá y en todos los muebles; no encontré nada. Me senté en el respaldo de aquel sofá donde hace siete días me había besado con Vence. Aún recordaba su olor.

Ya no sabía en qué lugar de la casa buscar. Había mirado por todos sitios, aquí ya no tenía nada que hacer. Me decepcioné. Fui de nuevo a la cocina a limpiar todos los platos que seguían acumulados en el fregadero y a sacar la basura para tirarla. El casero no parecía mala persona, me dio cargo de conciencia dejarle la cocina en ese estado. Puse la bolsa de basura en la puerta de salida y enjuagué los platos. Abrí el lavavajillas para meterlos y uno de ellos se me cayó al suelo al ver lo que había dentro. A ese paso, no quedaría vajilla en esa casa.

Un dosier marrón estaba pegado con cinta americana al techo interno del lavavajillas. No creí que estuviese ahí para ser lavado, por lo que giré una hélice para despegarlo y pisando la cerámica rota del plato que se me cayó, fui de nuevo al salón para ver qué era. Me senté mientras no paraba de hojear toda la información.

Me quedé sin aliento. Lo que estaba observando me alteró el ritmo cardiaco. Fotos de mi padre, de Silvia, de mí, información de La Gran Unidad, noticias de dos universitarios erasmus muertos en España y en Francia, un informe con códigos que no entendía, una carta firmada por un tal Henky; en conclusión: toda una investigación secreta sobre las muertes de varios universitarios.

Por último, había un folio enorme con el resumen de todos los datos recabados:

«Avid Le Fried y La Gran Unidad secuestran, drogan y matan a universitarios erasmus», ponía en el título.

«¿Para qué? No lo sabemos»,

«¿Dónde? Ciudades con laboratorios de La Gran Unidad»,

«¿Cómo investigar a Avid Le Fried? Su hija Carlota estudia en la misma ciudad que uno de los laboratorios. Hay que conocerla y utilizarla para saber más sobre Avid».

Esa palabra me dolió al instante: utilizarla. Me sentí traicionada y como si me hubieran violado. Tiré los folios al aire de la rabia y grité varias veces. Miré a todos los lados de la casa. Por un momento no supe qué hacía allí ni quién era, dejé de reconocerme. Mi vida estaba perdiendo sentido. ¿Quién era mi padre? ¿Quiénes eran en realidad Vence y Solid? ¿Quién era yo? Esto no me lo hubiera esperado ni en mis peores pesadillas. Tomé aire, recogí los folios del suelo y seguí leyendo:

«Espiamos laboratorio. Avid Le Fried (por confirmar) habla con alguien desconocido sobre una extracción programada para julio. Hay que averiguar dónde será la extracción».

Me puse la mano en la frente del asombro.

«Bruna de la Rosa sabe algo, pero casi la matan cuando vamos a verla. En el hospital en coma».

Ni pestañeé. ¿Quién podría ser Bruna de la Rosa?

«La Gran Unidad utiliza los dispositivos de Vence, están en Francia».

¿Unos dispositivos?

«Carlota no sabe nada de su padre, parece inocente. Vence se ha enamorado de ella».

Claro que yo era inocente. Pero ¿por qué tanto empeño con mi padre? ¿Vence se había enamorado de mí de verdad? No pude

asimilar toda esa información de golpe, pero fue la siguiente frase, la que terminó por desorientarme:

«Piero está siendo secuestrado y drogado por Avid Le Fried y La Gran Unidad y no se está enterando. Utilizan drogas para producirle amnesia y hacerle creer que es una resaca de borrachera. Hay que hablar con él».

Me quedé atónita con lo que estaba descubriendo. Recordé la conversación que había tenido hacía unas horas con Piero en el centro ecuestre. Mientras montábamos a caballo, se las dio de gracioso diciendo que el alcohol de España le hacía olvidar las noches de fiesta algunas veces, al despertar. Es decir, que sufría amnesia. No le creí cuando me dijo que él no bebía demasiado. Eso tenía relación con lo que sospechaban Vence y Solid. No lo podía negar. Entendía en parte que se enfadaran y me echasen de aquí, pero yo no pude decirles nada que no supieran porque no tenía ni idea. De hecho, me costaba pensar que mi padre estuviese al tanto de esos supuestos secuestros, ya ni hablar de que fuese partícipe.

Metí todos los folios en el dosier, cerré la puerta y devolví las llaves al casero. Nos despedimos y me fui para el piso. Ya tenía lo que andaba buscando.

5

Llegué al piso y mi compañera no estaba. El silencio y un olor a Chanel por el pasillo era lo único presente. Silvia debió de quedar con algún chico para haber dejado ese olor embriagador.

Fui a mi habitación, me descalcé y me tumbé en la cama. Miré de nuevo todos los documentos. Había dos informaciones que me llamaban la atención por encima de las demás: las muertes de dos universitarios erasmus y el hipotético secuestro a Piero. No paré de darle vueltas. Busqué por Google los respectivos nombres de las víctimas. No encontré nada interesante sobre el español que murió en Francia: se había suicidado tras haber consumido drogas.

A diferencia de este último, descubrí algo significativo del letón que murió aquí en España. Las primeras páginas de Google mostraban la noticia de su muerte en diferentes medios digitales, pero en la página cuatro había una en particular: la universidad lamentaba en un comunicado la pérdida del chico letón por su relación como universitario erasmus. Avid Le Fried, mi padre, hablaba en ese mismo comunicado. Comentaba por escrito que le resultó muy duro que uno de sus alumnos mentorizados hubiera muerto de un infarto.

Eso me dejó de piedra. Mi padre también era el tutor de Piero, otro universitario erasmus. No había que ser ningún lince para intuir que era el nexo entre ellos. Ahora comprendía el motivo por el que Vence y Solid sospechaban de él, pero, por otro lado, era mi padre. Un hombre ejemplar, mi héroe, mi sustento y mi mejor amigo. Habíamos soportado juntos la muerte de mi madre y el devenir de los años. Me consideraba una persona buena, humilde y trabajadora, en parte por todo lo que me enseñó él. No podía creer la versión de que fuese una mala persona. Cabía la posibilidad de que alguien

estuviera manchando su honorabilidad adrede. Las muertes existían, no había duda, pero de ahí a culpar a mi padre, era más complejo. Tampoco conocía las verdaderas intenciones de Vence y Solid.

De cualquier modo, llamaría a mi padre para preguntarle sobre ello, pero viendo que ya era tarde, decidí hacerlo por la mañana del día siguiente.

El despertador sonó a las nueve, fui al servicio y antes de prepararme para ir a la universidad, marqué el número de mi padre en el móvil.

—Buenos días, papá.

—Hola, hija. ¿Qué tal?

—Muy bien, ya estuve ayer en el centro. ¿Cómo estás tú? ¿Qué haces?

—Ah, mira qué bien. Espero que le hayan gustado las clases al italiano. Ahora me pillas en Francia, volé de urgencia ayer por unos problemillas que tienen aquí en común con nuestro departamento.

Mi padre estaba en Francia. ¿Qué estaría haciendo allí en realidad?

—Vaya, hombre. Tenía ganas de quedar contigo en persona. Te echo de menos. Me gustaría hablar sobre algo.

—Pobre, mi niña. ¿De qué se trata? En la última llamada me preguntaste si conocía a alguien y tuviste que colgar. ¿Es sobre eso?

Decidí no hablarle aún sobre Vence y Solid. No estaba segura de hacerlo, tenía un cacao mental alarmante.

—Ah, no. Eso era una tontería —le aclaré—. Solo quiero verte para hablar sobre ti, sobre mí… sobre mamá. La sigo echando de menos.

—No te preocupes, hija. En cuanto resuelva lo de Francia voy a tu casa y hablamos. Tenía pensado ir de todas formas por allí. ¿Necesitas saber algo más que pueda responderte, aunque sea en llamada?

—Puedo esperar a que vengas, no hay problema. Sí es verdad que estuve hablando con Piero ayer y me habló muy bien de ti.

—Pues claro, hija. Me encargo de que la estancia de esos chicos erasmus sea lo más placentera en España.

—¿Por qué lo haces?

—¿A qué te refieres, hija?

—Me refiero a que un catedrático como tú no tiene la necesidad de pasar más tiempo entretenido con eso, ¿no?

Escuché a mi padre reírse.

—Te extraña que eche más horas de trabajo. ¿A eso te refieres? ¡Ay, hija mía…! Te diré algo, hay que ayudar siempre a los demás. Cuando tu madre murió, me prometí a mí mismo que haría todo lo posible por salvar y mejorar las vidas de todas las personas que pudiera y, desde entonces, mis investigaciones y mi actividad en la universidad están centradas en ello.

—Pero ¿qué beneficio obtienes a cambio?

—Con solo saber que puedo salvar una vida o mejorarla a cualquier nivel, me reconforta por dentro.

—Me alegra saber que tengo un padre tan bueno, estoy orgullosa de ti.

Hubo un silencio extraño al decir mi último comentario. Es como si a mi padre le hubiera afectado de alguna manera.

—Gracias, hija —dijo al final—. Yo también estoy orgulloso de ti, mi pequeña.

—Te quiero. No te molesto más. Resuelve lo de Francia y en cuanto estés aquí, hablamos.

—Yo también te quiero. Te llamaré en unos días. Hasta luego, hija.

—Hasta luego, papá.

La llamada no terminó por aclararme nada, pero conocía demasiado bien a mi padre. Me estaba ocultando algo, no sé si para protegerme o para protegerse él, pero algo no me estaba diciendo. En la conversación que teníamos pendiente en persona, no escaparía de mi interrogatorio. Le hablaría sin tapujos y de mis sospechas. Tendría que mentirme a la cara; mirándome a los ojos.

Mientras, se me había ocurrido algo: en cuanto terminase las clases de universidad el jueves, iría a buscar más información a su piso, a unas cinco horas de aquí. Tenía sus llaves. Sería un viaje

largo, pero era posible que encontrase pruebas en su casa que me aclararan la nube de confusión en la que me hallaba sumergida.

6

Amanecí al día siguiente con la intención de poner patas arriba el piso de mi padre. Silvia aún no había llegado; estaría durmiendo medio desnuda y abrazada a un tío en cualquier lugar. Bebí un café a toda prisa y me fui a la universidad.

Pasó un día, Silvia apareció y me contó que había conocido a un tío que le había gustado. Muy raro en ella, puesto que siempre iba promulgando que solo los necesitaba para acostarse con ellos. Pocas ocasiones repetía con uno y con este ya había estado dos días seguidos; igual le había llegado el momento de recapacitar y entender que no todo era blanco o negro. Que no todos eran unos cabrones, ni todas éramos unas aprovechadas.

El jueves llegó y antes de irme, le expliqué a Silvia que iba a ir a casa de mi padre a buscar unos informes que necesitaba, y que volvería el mismo lunes siguiente. A ella le pareció bien, me hizo el gesto de «OK» con la mano y me advirtió que tuviese cuidado. Estaba un poco cambiada y distraída desde que conoció a ese chico. No paraba de hablar con él por WhatsApp. Sin más, me descargué el tique del viaje en el móvil y me fui a la estación de autobuses. Fueron cinco horas de puro calor sofocante en aquel bus.

Llegué a mediodía a Santa Fe y el aire exterior de la calle me pareció incluso más soportable que la temperatura que me había acompañado durante todo el viaje. Pedí un taxi y me llevó hasta la misma puerta del portal decimonónico. La fachada del bloque de pisos seguía igual. Llevaba como un par de años sin ir por allí. Siempre quedaba con mi padre en Santa Bárbara, donde él tenía otro piso alquilado.

Saqué las llaves y abrí el portal. Un hombre con pinta de conserje me saludó por el pasillo, yo actué de igual manera. Toqué el botón del ascensor y subí al tercer piso. Por fin me encontraba allí, delante del tercero B: un piso de ciento veinte metros cuadrados que daba a una de las calles principales de Santa Fe. Como había previsto, no había nadie. Mi padre seguía en Francia. El piso era maravilloso, lo recordaba bien. Tenía un estilo clásico, acorde a la fachada exterior que lo precedía. Las habitaciones estaban adornadas con numerosos detalles en puertas, muebles e iluminación.

Presa de mi ansiedad por saber, solté las cosas en la mesa que tenía en el salón y me dirigí a su despacho. Lo que fuera a descubrir, debía de estar allí dentro. Abrí la puerta y me dispuse a no dejar nada sin registrar. El problema era que no sabía lo que encontrar. Miraba documentos sin un objetivo claro, con el fin de descubrir algo que me llamase la atención. Había dos estanterías llenas de archivos numerados e investigaciones relacionadas con su especialidad: la Biología Molecular. Hasta me mareé de tanto leer. Era como encontrar una aguja en un pajar, no podía filtrar de ninguna manera aquellos documentos. Ya me estaban empezando a doler las costillas de estar encorvada en el suelo pasando hojas. No había nada interesante, me di por vencida.

Regresé al salón y abrí las ventanas para fumarme un cigarro. No lo hacía con frecuencia, pero de vez en cuando me apetecía. Silvia me había pegado ese vicio mortal. Apoyé mi cuerpo en la barandilla del balcón y lo encendí. Me quedé mirando la calle mientras echaba el humo del cigarro una y otra vez. Desbloqueé mi móvil, marqué un número y me lo puse en la oreja.

—Cógeme el teléfono, maldita sea —le dije a un Vence imaginario.

No había manera de que volviésemos a hablar, pero mi persistencia era mayor. Todos los días lo llamaba dos o tres veces.

Acabé el cigarrillo y, dejando las ventanas abiertas del salón para que se fuera el olor, me tumbé en el chaise longue que tenía mi padre en frente de la televisión. Puse los pies encima de la mesa de cristal que había entre medias y cerré los ojos varios segundos.

Un sonido a timbre me incorporó de repente. No sabía si estaba soñando o provenía de la puerta. Alcancé mi móvil y miré la hora: llevaba dos horas durmiendo, no me había dado ni cuenta. El timbre volvió a sonar. Fue extraño; mi padre no estaba aquí y era imposible que nadie viniera a visitarlo en su ausencia.

Me levanté y acerqué mi ojo a la mirilla de la puerta. Una chica rubia de unos treinta años estaba al otro lado.

¿Quién podría ser? No presentía nada bueno.

Coloqué la cadena en el marco de la puerta por seguridad y abrí solo una rendija. Al asomarme por ese espacio, un puñetazo se coló directo a mi nariz. No me lo esperé, caí de culo y se me nubló la vista; me había quedado grogui. La chica rubia aprovechó para zafarse de la cadena que le impedía el paso. Con una técnica hábil y premeditada, colocó un cable con una goma en el marco interior y en un abrir y cerrar de la puerta, la cadena se descolgó. Entró y cerró la puerta. Yo seguía sentada en el suelo observando todos sus movimientos. Retrocedí unos metros. Sin perder un segundo más, me agarró por la camiseta y me lanzó de nuevo al sofá.

—¿Dónde está mi hermano? —fueron sus primeras palabras.

Yo no entendí nada. Me toqué la cara y me di cuenta que mi nariz y el labio superior estaban sangrando.

—¿Quién es tu hermano? ¿Quién eres tú? —me atreví a decir.

Ella se acercó a mi cara y me volvió a agarrar por la camiseta.

—No te lo voy a repetir más, Carlota. ¿A dónde se han llevado a mi hermano?

No podía preguntarle de nuevo, ya tenía la cara demasiado estropeada desde hace unas semanas para que siguiera golpeándome esa chica. Al tenerla tan cerca, reconocí algo: sus ojos, nariz y boca me resultaron familiares. Se parecía a Solid, el amigo de Vence.

—¿Eres la hermana de Solid? —dije cerrando los ojos y apretando los dientes para encajar un posible golpe facial.

Se acercó otra vez a mí, esta vez sin agarrarme.

—No te hagas más la tonta si quieres salir viva de aquí. Voy a hacer todo lo posible para salvar a mi hermano, ¿me has entendido?

Yo no sabía cómo salir indemne de esa situación. Tenía que fiarme de mi verdad y contarle todo cuanto sabía. No había otra alternativa.

—No sé dónde está tu hermano. He venido aquí para investigar a mi padre y descubrir qué sabe sobre la muerte de esos universitarios. Te juro que yo no tengo nada que ver. Quiero saber la verdad.

—Mientes —me amenazó con la mirada.

—Dile a Vence que me coja el teléfono, o a Vence, o como quiera que se llame en realidad. Desde que tu hermano y él me echaron de su casa, lo he estado llamando para contarle lo que sé.

La chica rubia se sentó a mi lado.

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé que mi padre ha sido el mentor de un alumno universitario erasmus que murió en Santa Fe y sé que es el mentor actual de un chico italiano que se llama Piero al que yo doy clases de equitación. El chico italiano me comentó el otro día que en varias ocasiones sufrió amnesia cuando salió de fiesta y cree que es por culpa del alcohol que sirven aquí en España. Algo que no me sorprendió hasta que descubrí unos papeles en el lavavajillas de la casa de Vence y Solid. Fue ahí cuando leí que ellos sospechaban que Piero estaba siendo drogado. Y para qué te voy a engañar, no creo que mi padre esté detrás de todas esas atrocidades. Alguien ha debido de confundir a Vence y a Solid. Conozco bien a mi padre y él no haría daño a nadie. Pero quiero llegar hasta el final de esto, saber la verdad. Estoy aquí sin que él lo sepa. He aprovechado que se ha ido a Francia para venir.

—Confías demasiado en tu padre. ¿Qué se supone que hace en Francia? ¿Está con La Gran Unidad?

—Cuando hablé el otro día con él me dijo que había ido de urgencia por unos problemas con una investigación en común con su departamento.

—Y más problemas que van a tener si le tocan un pelo a mi hermano.

—¿Qué le ha pasado a tu hermano?

—Mira, Carlota. No sé si te estás haciendo la tonta o de verdad eres tan idiota y no ves lo que está pasando delante de tus ojos. A mi hermano lo ha secuestrado La Gran Unidad. Estamos buscándolo.

—¿Estáis? ¿Vence está bien? ¿Está contigo? —dije sin esconder mi entusiasmo—. Dale al menos las gracias por haberme salvado de mi antiguo exnovio.

—Dáselas más bien a mi hermano y a un periodista, fueron ellos quienes se encargaron de amedrentar a ese payaso que tenías de novio.

—Yo no quería que le pasase nada malo a tu hermano, en serio. ¿Os puedo ayudar en algo? Sé que tu hermano y Vence me engañaron, pero sé que no iban con mala intención. Me gustaría ayudar… Podéis buscar información conmigo, he venido para encontrar algún documento que me aclare las intenciones de mi padre.

La chica se quedó pensando. No estaba segura de qué hacer, así que se levantó y se alejó lo suficiente de mí para que no escuchase con quién estaba hablando. Al rato, apareció y se puso de rodillas a mi altura.

—Tenemos cosas pendientes. Por ahora no vamos a hacerte nada. Si de verdad quieres ayudarnos, no le cuentes nada de esto a tu padre y no te alejes de aquí. Cualquier otra cosa que hagas, interpretaremos que no estás con nosotros.

Se levantó de nuevo y dio la vuelta para irse.

—Espera un momento. ¿Ya te vas? ¿Cómo has dado conmigo? Nadie lo sabía. ¿Qué hago mientras?

—¿Seguro que nadie lo sabía? —preguntó de manera enigmática —. Ocúpate de buscar información de tu padre y si encuentras algo interesante vuelve a llamar a Vence.

—Vale, lo intentaré. Dile a Vence de mi parte que lo echo de menos.

—Lo sabe, te está escuchando —dijo mientras se tocaba unos auriculares bluetooth que colgaban de su cuello—. Por cierto, échate hielo en la boca si no quieres que se te hinche el golpe.

Y se fue. Me dejó allí con medio labio roto y un pequeño corte en la nariz. En este mes había recibido más palizas que en toda mi vida.

Mi cara era un poema escrito en sucio.

7

Me levanté y fui al fregadero de la cocina a ponerme hielo en la cara. Mientras lo hacía, pensé en La Gran Unidad: la hermana de Solid había asegurado que habían secuestrado a su hermano. Desde que mi madre murió, no volví a escuchar sobre esa organización. Lo único que sabía era que tuvo bastante importancia en el tratamiento que casi salva a mi madre de la muerte prematura.

Se me ocurrió algo: podría servir como filtro para buscar información en el despacho de mi padre. Me centraría en cualquier documento relacionado con La Gran Unidad. Lo volví a desordenar todo y me di cuenta de que mi padre tenía varios clasificadores con las iniciales de la organización. Aparté todas las carpetas que no tuvieran las iniciales «LGU» y me quedé con un montón de diez archivadores.Eso me llevó más de dos horas.

Era ya medianoche después de revisarlos. Proyectos para facilitar la enseñanza en varios países subdesarrollados, planes de financiación para estudiantes universitarios, investigaciones y un listado de pacientes como mi madre que se sometieron a tratamientos innovadores para curarse. Me quedé entre mis manos con este último tomo.

No podía negar que quería reencontrarme con ella, aunque fuese de esa manera. Busqué su nombre: Dánae López; y lo encontré.

Mi padre aún conservaba todo el seguimiento que se le hizo a mi madre. Saqué los folios del separador de plástico y los ojeé con lentitud. Entre párrafo y párrafo explicando la sintomatología y padecimiento de mi madre, leí algo que hasta ese día había ignorado:

«La persona voluntaria para efectuar el tratamiento a la paciente Dánae López es su hija, Carlota Le Fried».

Con lentitud, entremetí la mano por mi pelo para apartarlo de mi cara. ¿A qué se estaba refiriendo con «persona voluntaria»? No recordaba haber participado en el tratamiento que se le practicó a mi madre.

Unas hojas más adelante, había una declaración firmada por mí, donde reconocía los típicos riesgos de someterme a un proceso quirúrgico. Me estaba quedando perpleja. O había olvidado firmar esa documentación, o alguien lo había hecho por mí. Ni siquiera recordaba haber estado en quirófano o en algún lugar parecido. No había pasado tanto tiempo como para que lo olvidase, ya era mayor de edad cuando pasó lo de mi madre y ahora tenía veinticuatro años.

Se me vino un pensamiento a la cabeza, pero lo puse en cuarentena. No quería aceptarlo. De hacerlo, estaría poniendo en duda el buen hacer de mi padre. ¿Me habría drogado para llegar a conseguir que me sometiera a dicho proceso? Me asusté al reflexionar sobre ello. Hubiera sido más fácil que me lo contase y yo no hubiera dudado en hacer lo que fuera por salvar a mi madre, pero actuar a mis espaldas de esa forma… Resultaba espeluznante. ¿Qué motivos tendría para ni siquiera consultármelo? Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Seguí leyendo.

En cuanto a las demás personas enfermas que salían en esos informes, no reconocí a los voluntarios que se sometieron al proceso. Debía de ser gente anónima puesto que solo se identificaban por códigos de números y letras. Lo que sí estaba claro era que el tratamiento innovador que financiaba La Gran Unidad a aquellas personas, consistía en tener siempre a un voluntario para cada una. Teniendo en cuenta todos los acontecimientos, no sé hasta qué punto la palabra voluntario era real. Tenía la sensación de no saber muy bien quién era mi padre.

Menudo dolor de cabeza me estaba dando. ¿Cómo valoraría con certeza quién era el bueno y el malo en este caso? Unas personas que no conocía hace unas semanas, mi padre, una organización, una

conspiración, un chico secuestrado, alumnos universitarios muertos… Desde Vence pasando por Solid y acabando por mi padre, me habían engañado en algún momento. ¿A quién debía dar mi voto de confianza? No podía fiarme de todos al mismo tiempo. Había prometido ayudar a la hermana y a Vence con Solid, pero ¿y si al hacerlo comprometía a mi padre? Estaba hablando de mi padre, sangre de mi sangre. El lazo emocional que me unía a él superaba con creces cualquier otro lazo afectivo. ¿Y si fuera otra víctima más? Necesitaba encontrarme con él y hablar de todo esto. Ordené el despacho y me quedé dormida en la cama del dormitorio principal.

Amanecí en cuanto entraron los primeros rayos de sol por la ventana. Curé de nuevo mis heridas y desayuné con tranquilidad. Otra vez tenía un dolor ya más que familiar en mi cara. Me dio rabia no haberme defendido en ninguna de las veces que me pegaron. Imaginé la situación contraria: yo golpeando a Timeo y a la hermana de Solid. Sentía placer solo de pensarlo. Nunca había sido una persona agresiva ni violenta, pero me enfurecía por dentro que me sacudieran la cabeza en tan pocas semanas de forma reiterada.

Esa misma mañana me aseguré a mí misma que se acabaría el poner de nuevo la cara. La próxima persona que me quisiera intimidar, tendría al menos mi respuesta. Ya me había cansado de que todo el mundo me ocultara cosas. Así que mis siguientes pasos serían ir de nuevo a Santa Bárbara para hablar con mi padre y llamar a Vence para decirle que me largaba de allí. Estaba fastidiada. La noche y el reposo de todos los incidentes habían cambiado mi personalidad pasiva a belicosa. Le di el último sorbo al café y marqué el número de Vence en mi móvil. A los cinco tonos sonó una voz. Por fin me cogía el teléfono.

—¿Si?

—Vence, ¿eres tú?

—No soy Vence.

—Ah, eres tú, la de los puñetazos.

—¿Qué has descubierto?

—Mira, dile a Vence que no pienso acatar vuestras órdenes si no me contáis qué está pasando en realidad, y dile también que me

largo de aquí. He descubierto algo personal que tengo que hablar con mi padre en mi ciudad.

—No te muevas de allí —dijo con tono amenazante.

—¿Qué vas hacer? ¿Vas a venir a darme otro puñetazo? Te advierto que esta vez no te va a ser tan fácil. Me largo de aquí, estoy harta de que todo el mundo me engañe.

—Si lo haces, te arrepentirás —sentenció.

—¿Me estás poniendo a prueba? ¿Quieres comprobarlo? Veámoslo.

Y le colgué. He de admitir que me había levantado con los cables cruzados sin pensar demasiado en las consecuencias de mis actos, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza que me estaban afectando. Dejé el piso tal cual estaba al principio, cogí los informes de mi madre y los demás pacientes y salí por la puerta. Cuando estaba bajando por las escaleras del primer piso, mi móvil sonó. Lo miré y era el número de Vence.

—¿Qué quieres otra vez? ¿No me has entendido bien lo que te he dicho antes?

—Hola, Carlota —sonó la voz de Vence.

Escucharlo de nuevo me sentó como un bálsamo.

8

Nuestras voces se ausentaron durante un momento. Me atreví a responderle.

—¿Por qué no me has cogido el teléfono en todo este tiempo?

—¿Te fiarías de la hija de un hombre que ha intentado matarnos y ya tiene varios asesinatos a su espalda?

—Eso no es cierto, Vence. ¿Qué pruebas tienes?

—Por aquí no, Carlota. Coge el autobús de la línea cuarenta y espera dentro. Tienes la parada al salir del piso. Te lo contaré todo.

—Te hago la misma pregunta: ¿por qué tendría que fiarme de ti?

—No te obligo a hacerlo. Escucha primero lo que te voy a decir y luego decide lo que quieras.

Lo pensé durante un instante.

—Hmm… Si vuelves a engañarme, se acabó. Voy para la parada de bus.

No iba a perder nada al escuchar la verdadera versión de Vence, además, el autobús parecía un sitio seguro para que no me tendieran una trampa. Si hubiesen querido hacerme daño, la hermana de Solid se hubiera ocupado de mí en el piso de mi padre. Tampoco podía negar que sentía una gran curiosidad por saber lo que tenía que decirme.

Recogí todas las cosas del piso y fui a la primera parada de bus que encontré en la calle. Esperé unos quince minutos y la línea cuarenta apareció. Una decena de personas se bajaron y subimos otra tanda al autobús. Pagué el viaje y fui andando por el pasillo balanceándome al compás de la aceleración del vehículo. Miraba a ambos lados buscando un sitio libre cuando de repente reconocí en la última fila a dos personas: Vence y la hermana de Solid estaban sentados esperándome, ambos con gorra negra. La fila era de cinco

asientos, ellos estaban en cada esquina. Le dediqué una mirada de desprecio a la hermana de Solid y me senté en el contiguo a Vence.

—Aquí me tienes.

—Habla en voz baja, este es de los pocos sitios en los que podemos estar seguros antes de que den con nosotros.

—¿Qué ha pasado con Solid? —quise ir al grano.

—Es una larga historia con muchos detalles.

—No tengo nada que hacer. Empieza por decirme quiénes sois en realidad.

—Solid y yo éramos personas normales, como tú. Con trabajos de mierda y vidas mediocres. Hace cuestión de mes y medio, un médico forense se puso en contacto conmigo para contarme sobre un caso en el que habían falsificado su informe de un cadáver.

—¿El informe forense del universitario muerto? —le interrumpí.

—Exacto. Al principio no le creímos, pero nos fue dando pruebas fehacientes de lo que estaba ocurriendo. Todo apunta a que tu padre es el principal sospechoso de dichos asesinatos y, respecto a la parte que nos toca, no es la primera vez que intentan secuestrar a Solid. En el primer intento, lo drogaron y apareció en su casa con amnesia.

—¿Qué motivo hubo para que lo secuestraran?

—Solid robó en la universidad un listado con códigos que representaban a personas, en especial a universitarios erasmus. Lo asaltaron para recuperar las fotos, pero no las encontraron porque Solid escondió su móvil a tiempo.

—Un momento. ¿Has dicho un informe con códigos que representan a personas?

En ese momento varias piezas en mi cabeza encajaron.

—Sí, lo tuviste que ver en el dosier que teníamos escondido en el lavavajillas. Con las prisas, se nos olvidó llevárnoslo y lo encontraste cuando te colaste en la casa.

El casero nos llamó para decirnos que habías estado allí.

—Espera un segundo —y saqué la lista de pacientes con los voluntarios «anónimos»—, esta lista la encontré ayer en el despacho de mi padre. Se supone que La Gran Unidad, a través de esos laboratorios, ha estado financiando un tratamiento innovador a

varias personas enfermas. Lo más llamativo es que, en todo ese listado, hay un supuesto voluntario anónimo que hace falta para cada enfermo.

Vence se quedó observando la lista durante un buen rato.

—¿Por qué dices que son supuestos voluntarios?

—Porque yo soy una de los supuestos voluntarios. ¿Recuerdas la historia de mi madre? Ella aparece como paciente en ese listado y la voluntaria soy yo. Y te aseguro que no recuerdo haber hecho tal cosa.

La hermana de Solid se acercó a nosotros. No daba crédito a lo que había escuchado.

—¿Cómo has dicho? —dijo Vence habiendo oído a la perfección mi último comentario.

—Mira el informe de mi madre. Hay una declaración firmada por mí. Te aseguro que yo no he firmado nada de eso. Creo que mi propio padre me drogó.

Vence lo leyó y le dio el folio a la hermana de Solid. Acto seguido se puso las manos en la frente y miró al suelo del autobús negando con la cabeza. Me pareció intuir que estaba empezando a entender muchas de las cosas que no había descifrado aún. Al rato, recuperó la compostura.

—Hay varios códigos en tu lista de voluntarios que coinciden con los códigos que tenemos nosotros en la otra lista que robamos. Son los universitarios erasmus. El chico italiano está también en tu lista con el código «I23V-2022». Por lo que dices, todo indica que no son voluntarios, sois personas que os habéis sometido a un tratamiento experimental sin saberlo y dos de ellas ya han muerto.

Me puse las dos manos en la boca.

—Dios mío.

—¿Crees ahora que lo único que intentamos hacer es salvar a esas personas? —me dijo Vence con una mirada franca.

—Sí lo creo. Pero ¿por qué mi padre? ¿Qué pruebas tenéis de que él sea el responsable?

—Carlota, ponte en nuestro lugar. No tenemos nada en contra de tu padre, pero ha sido mentor de un universitario muerto y en la actualidad lo es de otro que tú misma has admitido que está siendo

drogado. Luego está su viaje a Francia, justo cuando fuimos allí a robar los dispositivos. Por no hablar de lo que te ha podido hacer a ti.

—Tiene que haber una explicación. Conozco demasiado a mi padre, os juro por mi madre que está muerta que él no haría algo así. Tiene que haberla…

—Sé que te resultará duro pensar eso de tu padre, pero no deberías jurar sin tenerlo claro, Carlota.

—Joder —miré por la ventana del autobús—. ¿Por qué me ha tocado vivir esto a mi después de todo? ¿De verdad la vida no ha tenido suficiente con matar a mi madre de manera prematura?

Vence se rio de manera irónica.

—Así es la vida, Carlota. A la vida no le importa lo que te pase, la vida simplemente… pasa. Nuestros actos y lo que nos sucede son insignificantes para el funcionamiento del mundo. No cometas la insolencia de pensar que eres importante. No lo somos, ni tú, ni yo, ni nadie.

—No nos merecemos esto —acabé por decir—. ¿Y qué hay sobre lo de Francia?

—He olvidado contarte que antes de descubrir todo esto, yo ya conocía a tu padre. Realicé una patente en la universidad que luego me robaron porque un tribunal formado por tu padre, entre otros, me acusó de maltrato animal. Una patente valorada en millones de euros que hubiera sido mía y que ahora es propiedad de La Gran Unidad. La patente consiste en un dispositivo electrónico que es capaz de monitorizar varios parámetros del sistema nervioso del cuerpo humano.

—¿O sea que podrías ser rico ahora mismo si nada de esto hubiera pasado?

—No lo pienso demasiado, pero sí, podría serlo.

—¿Y qué importancia tiene para ellos el dispositivo?

—Sabemos que los utilizan en esos experimentos con la gente que secuestran, pero creo que ya no los van a utilizar.

—¿Por qué? —pregunté intrigada.

—Porque Solid y yo fuimos a Francia a por ellos y los hemos robado de un laboratorio. Solo disponían de dos unidades y el único

que sabe hacer nuevos dispositivos como esos soy yo.

—Estáis locos. ¿Ahí es cuando secuestraron a Solid?

—No, fue al volver a España. Nosotros vivimos aquí, en Santa Fe, pero no podíamos acercarnos porque estaban vigilando nuestras casas. Así que fuimos a Santa Bárbara donde vivíamos de manera provisional. Alguien debió de enterarse de nuestro regreso y nos tendieron una emboscada. Tres tíos en un Mercedes nos asaltaron mientras íbamos por la calle. Solid pudo escapar y a mí me pillaron, pero en cuanto se despistaron un segundo, Solid los atacó y yo salí corriendo. Casi pudo con los tres, pero la superioridad física terminó imponiéndose. Solid decidió sacrificarse por mí y no hemos vuelto a saber más de él.

—¿Se atrevió a hacer eso? Debéis de ser buenos amigos.

—Solid es una de las personas más fieles que he conocido.

La hermana de Solid posó una mano en el hombro de Vence. Se notaba la complicidad entre ellos.

—Pero entonces, ¿cómo disteis conmigo luego?

—Por tu amiga Silvia.

—¿Silvia? ¿Qué tiene que ver? Si ella no se entera de nada.

—La investigamos al igual que a ti y nos dimos cuenta de que era una chica que tenía relaciones esporádicas con chicos. Aprovechamos eso para que conociera «sin querer» a un amigo nuestro muy guapo. No pudo resistirse y funcionó. Silvia le contó que ibas a la casa de tu padre este fin de semana y en cuanto te bajaste del bus, no te perdimos de vista.

—Aplicasteis el mismo método que tan bien os funcionó conmigo, ¿no?

—Lo siento, Carlota. En ningún momento quise hacerte daño… Todo se complicó.

—Pero me engañaste.

—Soy consciente de ello y no me siento orgulloso, créeme.

—Da igual —quise demostrar que no me importaba, aunque fuese mentira—. Ahora es más prioritario ayudar a Solid y saber la verdad. ¿Qué planes teníais?

—Nuestro plan era amenazar a tu padre con hacerte daño a cambio de Solid, pero como te habrás podido dar cuenta, no vamos

a hacer eso.

Eso terminó por enfurecerme.

—Qué considerados por vuestra parte. Puedo pensar que soy una privilegiada por no ser apaleada de nuevo en menos de un mes.

—Ponte de nuevo en nuestro lugar, Carlota. Estamos jodidos y cuando la gente está desesperada, hace cosas desesperadas.

—Ya veo. Eso incluye ir a por una persona inocente como yo. Ibais a actuar de igual manera que como hizo el agresivo de mi exnovio: a golpe limpio. Perfecto —Vence no supo qué responderme a eso—. No sé qué pensar de vosotros en estos instantes, pero bueno… Creo que os puedo proponer un plan para salvar a Solid, o por lo menos intentarlo.

—Yo… no sé qué decir. Nosotros no éramos así, pero la situación nos ha superado. No hay excusa.

Vence parecía afectado. Si sentía una pizca de empatía, se lo tenía bien merecido.

—¿Cuál es el plan que tienes? —habló por primera vez la hermana de Solid.

—Necesito que os fieis de mí, eso lo primero. Aunque os parezca una locura, voy a hablar con mi padre. Le voy a contar varias cosas de las que sabemos; sin poneros en peligro en caso de que mi padre sea ese monstruo del que tanto habláis.

—Debes atenerte a las consecuencias, son personas sin escrúpulos —advirtió Vence.

—¿Crees que no sé el riesgo que conlleva? Pero ya estoy harta de esto. Quiero saber la verdad. Quiero saber si mi padre, una de las personas que más quiero en este mundo, me ha estado engañando. Si tan psicópata creéis que es, no dudará en hacerme daño cuando le hable sobre esto. Y si le importa tanto recuperar esos dispositivos, los podríamos intercambiar por Solid.

—Te vas a exponer demasiado, Carlota. No quiero que te pase nada.

—Si no hubieras querido que me pasase nada, no haberme metido en este lío. Ahora me veo en la necesidad de saber quién es mi padre. Te guste o no, es lo que has provocado.

—Está bien —dijo la hermana de Solid—, pongamos que nos fiamos de ti y seguimos tu plan. ¿Cómo lo vas a llevar a cabo?

—Fácil. Mi padre va a venir en unos días a Santa Bárbara y ya tenemos fijada una cita. Ahí me tendrá que contar todo.

—¿Y si sale mal?

—¿Qué puede empeorar para vosotros? Si teme por él mismo por mi culpa y se atreve a hacerme algo, huid lo más lejos posible, porque será capaz hasta de atacar a su propia hija. Y si reconoce que quiere los dispositivos, certificaré que me ha estado engañando toda la vida y los cambiaremos por Solid. Pensad que tengo que darle el beneficio de la duda por muchas pruebas que tengáis; sigue siendo mi padre y lo que me une con él no es minucia.

—Ok, de acuerdo —dijo Vence convencido—. Hagamos eso, pero nosotros vamos contigo. Aquí corremos el mismo peligro que allí, pero estando juntos creo que estaremos todos más seguros.

Ese mismo día hicimos los tres el viaje de vuelta a mi ciudad. Vence y la hermana de Solid se quedaron en algún lugar que no quisieron revelarme por seguridad y yo fui para el piso. Como era previsible, Silvia no estaba. El amigo de Vence seguía haciendo un buen trabajo con ella, no lo podía negar. Pensé en llamarla para contárselo, pero luego llegué a la conclusión de que sería un problema añadido soportarla en casa después de que se enterase; mejor que disfrutara todo el tiempo posible. Ya se le pasaría en unos días.

El sábado llamé a mi padre para proponerle quedar el lunes o el martes, con suerte ya estaría aquí, y así fue: mi padre me confirmó que llegaba de Francia el lunes por la mañana y que, si le permitía hacer un par de gestiones por la ciudad, podríamos quedar para comer. Fijamos la cita y le escribí por WhatsApp a Vence la nueva noticia. Después de hacerlo, me dijo que la hermana de Solid vendría a darme unos auriculares bluetooth para escuchar la conversación con mi padre, por si la cosa se complicaba.

No sé por qué le conté a Vence que iba a quedar con mi padre. En el fondo, iba a ser una conversación entre padre e hija de manera privada, pero algo en mi interior me incitó a hacerlo. No me

encontraba segura y que Vence estuviese cerca me transmitía tranquilidad. Esperaba no arrepentirme luego.

9

Solid. Días antes.

Recuperé el conocimiento después de la paliza que me dieron en el coche. Antes de que se llevasen a Vence, pensé en cuestión de milisegundos: si se lo llevaban a él, todo se iría a la mierda. Aunque no me gustase reconocerlo, yo era más prescindible. Vence planificaba mejor las cosas y sabía en todo momento el nivel de riesgo que aportaba cada situación. Yo, por desgracia, no. Todos los actos imprudentes que había podido realizar desde el principio, los hacía a merced de tenerle a mi lado. Confiaba demasiado en él para que arreglase mis marrones si la cosa se torcía.

Esos fueron los motivos principales por los que decidí atacar a esas tres personas que habían capturado a Vence. Mientras dos de ellos lo sujetaban para meterlo en el coche, el otro se subió al volante. Ahí fue cuando me atreví a atacar por la espalda a los que seguían fuera: puñetazo en seco en el riñón a uno y patada en los testículos al otro. El dolor que les produjo fue suficiente para que soltaran a Vence y saliera corriendo.

Yo no tuve tanta suerte, uno de ellos se recuperó antes de lo esperado y me alcanzó, pero pobre de él. Casi lo mato, de no ser porque los otros dos se abalanzaron sobre mí. Si no se hubiesen metido, a ese lo hubiera hecho picadillo. Le di puñetazos en la cara hasta que los otros dos me pusieron una pistola en la nuca. Mi fallo fue haberme quedado allí.

Como siempre me pasaba, no sentí a tiempo la advertencia mental de que debía huir. Los que me estaban apuntando me obligaron a subir al coche mientras recogían del suelo lo que quedaba de su otro compañero. Creo que no llegué a matarlo

porque cuando lo subieron al coche noté como respiraba. El paseo duró muy poco para mí, por lo menos de manera consciente. Uno de ellos se ensañó conmigo, tomó venganza por su amigo, supongo. Solo recuerdo que mientras conducía uno, él otro se limitaba a amenazarme con la pistola y a darme con la culata en la cara y en el costado. Hasta que mi cuerpo dijo basta y me mandó al cuarto de los sueños.

Abrí los ojos y me encontré sentado en una silla maniatado a la pared, con un mono blanco puesto. Me habían cambiado la ropa. Estaba en una habitación enorme, pero no había nada ni nadie. Mi intuición me decía que, si aún no me habían matado, era porque se avecinaba una ronda de preguntas y respuestas sin final feliz.

A los pocos minutos de despertar, escuché acercarse por detrás a dos personas. Giré mi cabeza todo lo posible para verlos, pero no pude. En cuanto los noté cerca, uno de ellos me puso un saco en la cabeza para no reconocerlos. La conversación empezó.

—Así que aquí tenemos al famoso ladrón de documentos y dispositivos. Qué privilegio tenerte con nosotros. ¿Nos podrías firmar un autógrafo? —dijo jactándose de mi situación.

—Vete a la mierda. Sois muy valientes actuando en grupo, pero si os pillo de uno en uno os dejo como a vuestro compañero: con la cara destrozada.

—Sigue haciéndote el valiente —llegó el primer puñetazo, a la altura de las costillas—. De ti depende que esto sea fácil o complicado.

—Si vuestro jueguecito se centra en que queráis infundirme miedo, la lleváis clara. Me tendréis que matar antes de que os cuente algo.

—Este aún no sabe lo que le espera —otro puñetazo al mismo sitio—. Vamos a empezar por algo sencillo. ¿Dónde está tu amigo?

—Está en la casa de tu madre dándole por el culo, hijo de la gran puta.

No les debió de hacer mucha gracia porque me golpearon en el otro costado. Esta vez me provocó falta de aire, pero mantuve la calma.

—No vas a salir vivo de aquí ¿lo sabes? Si quieres una muerte sin sufrimiento, tendrás que responder de manera correcta a nuestras preguntas, pero si quieres no haber deseado estar vivo para soportar el dolor que vas a sentir, sigue así. Te voy a reformular de nuevo la pregunta. ¿Dónde están los dispositivos?

—Los hemos vendido por eBay. Lo siento. Debisteis protegerlos mejor. No podéis ser tan gilipollas de dejar unos dispositivos tan importantes en un laboratorio con esa seguridad de mierda. Sois unos inútiles.

El puñetazo que faltaba para emparejar mis dos costados no tardó en llegar. No hubo más intercambio de palabras, aquellas dos personas me desataron de la silla y me llevaron a empujones a otro lugar. Yo seguía sin ver, así que me guie por los sonidos y olores. El ruido de varias puertas y el olor a desinfectante me resultó familiar: estaba en uno de los laboratorios de La Gran Unidad. Incluso creí estar en el mismo lugar donde habíamos estado Vence y yo semanas antes, cuando nos colamos en aquella morgue.

Me frenaron en seco y una puerta se abrió. Entré obligado y me quitaron el saco de la cabeza. No me dio tiempo a verles la cara porque en cuanto me di la vuelta me topé con la puerta cerrada. Estaba en una habitación blanca en la que apenas podía moverme. Todo era de color blanco: la puerta, el suelo, el techo, las luces estaban enfocadas de tal manera que no se produjeran sombras con mi cuerpo; en resumen, esto parecía una especie de tortura. Llegué a la conclusión de que intentaban privarme de todos los sentidos para debilitarme psicológicamente. No oía nada, no sentía nada, no olía nada, y lo único que visualizaba era un blanco resplandeciente por todos lados.

Aguanté sin problemas unas cuatro o cinco horas hasta que perdí la noción del tiempo. No sabía ni la hora ni el momento del día en el que me encontraba. Una sensación de vértigo ocupó mi mente, me agarré a las paredes para no caerme. Por un momento pensé que estaba en una cabina de avión. Estaba perdiendo la sensación de gravedad terrestre. Ojalá eso me hubiese permitido sentir miedo en algún momento, en el fondo, deseaba sufrir esa emoción que tanto

me han echado en cara toda mi vida, pero no fue así. Lo único que experimenté tras esos síntomas de tortura fue incomodidad.

Mi visión mezclaba cosas que no existían. Unas nubes moviéndose a cámara lenta se entremezclaban con la imagen blanca que captaban mis ojos. Para luchar contra ello, abría y cerraba los ojos para hacerlas desaparecer. Ahí fue cuando descubrí que podría quedarme dormido para que pasara el tiempo más rápido, y eso hice. Cerré los ojos y conseguí quedarme dormido en cuestión de media hora.

Un sonido atronador me despertó al poco tiempo. Sonaba música rock altísima. Querían privarme del sueño, estaba jodido. No sé cuánto tiempo estuvo sonando esa música, pero se me hizo eterno. En cuanto el sonido paró, la cabeza no dejaba de darme vueltas, como cuando te pasabas bebiendo. Necesitaba ir al servicio y tenía hambre.

Me oriné encima.

Mi experiencia sensorial me estaba jodiendo la realidad, pero seguía manteniendo el sosiego. Cualquier persona en mi situación ya estaría suplicando clemencia.

La culpa de que yo fuera diferente la tenía la lipoidoproteinosis. Una enfermedad que me destrozó la amígdala a los pocos años de nacer, es decir, podrían estar cayendo bombas nucleares a mi lado y a pesar de que yo lo supiera, mi cuerpo no reaccionaría ante tal estímulo. Cuando alguien siente miedo, su propio cuerpo lo prepara para huir: acelera su corazón para enviar sangre lo antes posible a los músculos, respira más rápido para aumentar las reservas de oxígeno y pensar con más claridad, dilata las pupilas para captar cualquier movimiento en su entorno, envía el líquido sobrante y las heces a la vejiga y a los intestinos, respectivamente, con el fin de evacuarlos para que el cuerpo no pese tanto y cueste menos trabajo huir.

Todo esto era incapaz de hacerlo mi cuerpo de manera automática, y tampoco tenía la capacidad de provocar las citadas reacciones, por tanto, esas torturas acabarían conmigo de dolor,

nunca de miedo. Por lo que se haría más insoportable. Lo que se me avecinaba no iba a ser agradable para nadie, ni siquiera para los torturadores. Si querían provocar una pizca de miedo para que yo contase algo, no lo iban a conseguir. Solo tenía la esperanza de que mi cuerpo aguantara todas aquellas agresiones que me esperaban.

Las horas que estuve encerrado en aquella habitación habían terminado por crearme un estado de sedación general. Los cerrojos de la puerta chirriaron, alguien entró y me golpeó en el mentón; de nuevo volví al cuarto de los sueños. Desperté con una nueva bolsa en la cabeza. Esta vez tenía las manos atadas a los brazos de una silla. Supuse que estaba en la misma habitación donde me golpearon con anterioridad. Noté como alguien me abría la cremallera del mono y me colocaba unas pegatinas por todo el torso. El show empezó de nuevo.

—Hoy vamos a pasar un buen rato contigo —dijo la voz de un hombre.

—¿Ya ha pasado un día? Se me ha hecho corto —les vacilé.

—Mira qué bien. ¿Estás preparado?

—Estoy igual de preparado que cuando os robé en la puta cara el informe de los universitarios erasmus y los dispositivos.

Noté una descarga eléctrica en la cadera que se introdujo en mi cuerpo como cuchillos de sierra entrando y saliendo. Me obligó a contraer casi todos los músculos del cuerpo. El dolor se atenuó y respiré aliviado del esfuerzo.

—¿Dónde están los dispositivos?

—No son vuestros, se los robasteis a mi amigo.

—¿Quién puede probar eso que dices?

—Yo; y os juro que como salga de aquí os voy a joder vivos.

Otra nueva descarga recorrió mis extremidades. Un minuto de puro dolor. Alfileres puntiagudos clavándose en mi cuerpo de forma reiterada. Al finalizar, mi cabeza se inclinó hacia delante; me costaba soportar el propio peso de mi cara.

Estuvieron dándome descargas eléctricas no sé ni cuánto tiempo, pero aventuraría que unas seis horas sin llegar a equivocarme. Yo terminé extenuado, pero no consiguieron que respondiera. Pasé otro

turno de tortura blanca encerrado en aquella habitación. Con el paso del tiempo, mi cuerpo se iba consumiendo. Me pesaban hasta los párpados, estaba desfallecido. No me cambiaron la ropa e iba acumulando la orina… y las heces. Era una mierda viviente, en el sentido literal. Me habían convertido en un cuerpo asqueroso, podrido y trastornado.

El peor día fue el siguiente: ahogamiento simulado. Me vendaron los ojos y me ataron en forma de cruz a una tabla. La única tortura en la que deseé morir por no aguantar el dolor agonizante. Con una gasa tapándome la boca y la nariz, vertieron agua de sabor fétido encima para provocarme una sensación de ahogo mortal. La brutalidad de aquella técnica eliminó la poca dignidad y humanidad que me quedaba. Cada vez que el chorro de agua cesaba, sentía un ardor irresistible en mi cerebro y mi pecho. Pensé que explotaría en mil pedazos. En cuanto respiraba un poco de aire para recuperarme, el líquido nauseabundo volvía a llenar mis pulmones. Había perdido la esperanza de salir vivo de allí. Las personas que estaban torturándome no paraban de decirme que el ahogamiento seguiría hasta que no les contase lo que querían escuchar. Aguanté varias tandas de tortura blanca y ahogamiento simulado durante varios días hasta que mi mente me desvió de lo consciente.

Había entrado en un estado vegetativo. De vez en cuando volvía a la realidad, me encontraba en el interior de un cuerpo que apenas reconocía de no ser por las cicatrices características que tenía desde pequeño. Fue una de las sensaciones más traumáticas y extrañas que había sentido en toda mi vida. Es como si mi cerebro me hubiese privado del contacto con la realidad para no sufrir más. Ya no sabía cuántas veces había muerto, pero mi muerte real estaba llegando.

En uno de tantos días que llevaba ahí encerrado, escuché con dificultad sonidos detrás de la puerta blanca. Mis oídos no funcionaban y solo diferenciaba ruidos graves y agudos. No entendí cómo podía seguir vivo. La puerta se abrió y dos personas me cogieron de ambos brazos. Mis piernas no respondieron y me tuvieron que llevar a rastras. Al cabo de un rato noté una brisa en mi cara, estaba en el exterior. Veía borroso, no tenía fuerzas ni para

hablar. Me arrojaron al interior de lo que parecía una furgoneta. Por fin iba a morir tranquilo, en algún lugar enterrado sin volver a soportar dolor. La dichosa calma había llegado.

10

Había reservado una mesa en el restaurante «Albo» que estaba a unas dos manzanas de mi piso. Mi padre aún no había llegado. Miré el móvil: dos y cuarto de la tarde, veintisiete de junio; sincronicé los auriculares bluetooth y llamé a Vence para que escuchara todo lo que íbamos a hablar. Comprobé que funcionaban y los metí por dentro del cuello de mi camiseta. Vi llegar a mi padre desde lejos y me levanté para saludarlo, nos dimos un abrazo eterno.

—Hija mía, cuántas ganas tenía de verte.

—Y yo a ti, papá. Casi no nos vemos ya.

—Lo sé, me apena mucho. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Pues me han pegado una paliza, papá… Es broma, hace unos días me caí de uno de los caballos y amortigüé el golpe con la cara, ya te puedes imaginar.

—Me has asustado con lo de la paliza, mujer. ¿Qué caballo ha sido? Les diré a los del centro que le apliquen un correctivo.

—No te preocupes. Fue más culpa mía que del caballo. No me puse las botas y se me quedó encajado el pie. Perdí el control.

—Recuerda aplicarte los consejos que das a los novatos.

—Lo sé. Fui idiota. ¿Comemos?

—Vamos a ello.

No quise profundizar en nada antes de saciar nuestro apetito, por lo que entre plato y plato hablamos de temas superfluos. En mi mente no dejaban de golpear todas las incógnitas que me acechaban, como si estuvieran pidiendo salir a través de mis palabras. Hice un acto de voluntad para no estropearle la comida antes de tiempo. Fue justo en el postre cuando lancé mi primera pregunta, mientras a mi padre le servían un café.

—Oye, papá, ¿qué le pasó en realidad a mamá?

—¿Y esa pregunta, hija?

—No sé, ya te dije que la sigo echando de menos y a veces pienso en ella. Lamento no haber podido ayudarla si lo hubiera necesitado.

Mi intención principal era forzar que reconociera mi implicación en el tratamiento de mi madre, pero se mantuvo indiferente a mi pregunta. Dio un sorbo al café hirviendo y se limpió con la servilleta.

—Hija, tu madre murió como cualquier otra persona que sufre la maldita enfermedad de la esclerosis. Ya te conté que hicimos todo lo posible para salvarla, pero no hubo suerte.

No obtuve la respuesta deseada. Ahondé en mi nueva pregunta con algo más de exactitud.

—¿Qué pasó con el tratamiento innovador financiando por La Gran Unidad? Parecía prometedor…

—Y lo fue. Ese tratamiento casi salva a tu madre, pero, como bien dices, era un tratamiento innovador que requería de ciertos elementos para que fuese efectivo y que no se dieron. Es lo que conlleva la innovación.

Ya tenía algo. Mi padre me había abierto camino con esa respuesta, ahora tocaba sacarle provecho.

—¿No disponíamos de esos «elementos»? Me da rabia pensar que podríamos haberla salvado…

Hubo un silencio prolongado; mi padre estaba pensando muy bien qué responderme.

—Al principio sí, pero es complicado de explicar. Era un tratamiento agresivo. De todas formas, no pienses más en el pasado, hija mía. Hicimos lo que pudimos.

Me di cuenta: quiso cerrar el tema lo antes posible. No le apetecía hablar de ello. Era el momento de lanzar una estocada, algo que le llegase al corazón.

—Papá… ¿yo…? Me refiero, a ver cómo te lo pregunto…

No me atrevía a decírselo a la cara.

—Dime, hija.

Saqué valor de donde no había.

—¿Yo era ese «elemento» tan importante para que mamá se pusiese bien?

Mi padre dio un nuevo sorbo al café y esquivó de nuevo mi ofensiva.

—Qué tontería. ¿Por qué dices eso, hija?

Mi segunda bala ya estaba preparada.

—No sé, papá. Tengo la sensación de que no has sido del todo sincero conmigo en estos años sobre lo que le pasó a mamá. Quería quedar contigo para que me lo dijeras a la cara. No quiero que me mientas.

Lo miré sin pestañear, sin movimiento facial alguno. Esa bala no pudo esquivarla, le alcanzó de refilón.

—Hija, yo… siempre he hecho todo lo posible para que tu madre y tú fueseis felices. Me he desvivido por vosotras. A tu madre la quería más que a mí mismo y a ti te adoro como a nadie en este mundo. Quiero que eso lo tengas siempre claro.

Lo tenía a punto de caramelo. Ahí iba mi tercera bala.

—No hace falta que lo digas. Me has demostrado toda mi vida lo buen padre que eres, pero no quiero que me engañes. ¿Tuve algo que ver en el tratamiento de mamá?

En ese instante solo deseaba que no me mintiese. Sentía miedo a su respuesta, como si me hubiera situado al filo de un precipicio y estuviese mirando al vacío. Mi padre suspiró, se apoyó con los brazos en la mesa y me clavó la mirada.

—Sí, hija. Tuviste algo que ver. He estado temiendo esta conversación desde que murió tu madre.

Por fin. Respiré hondo varias veces para destensar mi cuerpo.

—¿Por qué has temido hablar conmigo? ¿En qué sentido tuve algo que ver?

—Me daba miedo contarte la verdad. Fuiste… su donante.

—¿Donante de mamá?

—Esto no va a ser fácil —y volvió a beber del café mientras sudaba—. Sí, hija, para que el tratamiento fuese efectivo, tu madre necesitaba tu sangre. Era la única compatible. La mía no le sirvió; ojalá…

—Pero si yo no me enteré de nada, papá. ¿Por qué no me lo dijiste? Le hubiera dado toda la sangre necesaria.

—Es complicado de explicar. El tratamiento era agresivo para el donante, no para el enfermo.

—¿Cómo que para el donante? ¿Qué me hicieron?

Mi padre se secó una lágrima de la cara y se aflojó la camisa con un dedo.

—Cuando descubrí ese tratamiento, me ofrecí de voluntario para salvar a tu madre. Estaba dispuesto a dar mi vida por ella. Fui el primero en realizar las pruebas de donante. En el tratamiento, pasaste por un proceso quirúrgico muy doloroso. Yo lo hice, pero mi sangre no fue compatible con tu madre. Así que solo me quedaban dos alternativas: o me resignaba a que tu madre muriese, o…

—…yo hacía de donante de mamá. ¿Cierto?

—Así es, hija mía.

—No entiendo algo, papá. ¿Por qué no recuerdo nada?

Mi padre apretó los labios, cerró los ojos y miró hacia abajo, signo de estar contando algo por lo que no estaba orgulloso.

—Un jueves, cuando llegaste a casa después de haber estado de fiesta, te apliqué un fármaco para que no sintieras el mínimo dolor en quirófano y no recordaras ese momento. Al día siguiente, achacaste la pequeña amnesia a la resaca de la noche anterior. Como te he dicho, era un proceso agresivo, doloroso y traumático. Si quería asegurarme de que no tuvieras secuelas, no debías recordar nada en absoluto.

Mis sospechas se hicieron realidad. Mi propio padre me había secuestrado para salvar a mi madre.

—Joder, papá. Me lo tendrías que haber dicho —la cara de mi padre estaba horrorizada—. ¿Funcionó al menos?

El pulso de mi padre estaba disparado, le temblaban hasta las piernas.

—A la perfección. Tu madre mostró una mejoría enorme, pero al contarle los motivos de ello, me prohibió volver a hacerte pasar por eso. Prefirió morir lentamente a que tú sufrieras.

—Pero papá…

Dos lagrimones cayeron de mis ojos.

—Prometí cumplir las voluntades de tu madre, hija. ¿Estaba desesperado por salvarla? La respuesta es sí. ¿Voy a lamentar toda

mi vida haberte hecho pasar por eso sin decírtelo? Sí, moriré con esa pena. Quizá, si te lo hubiese contado a tiempo, la hubieras podido convencer para seguir con el tratamiento. No hay noche que vaya a dormir sin arrepentirme.

La conversación se convirtió en algo difícil de digerir por ambos. Nos levantamos y nos dimos un abrazo. Lo necesitaba. Mi padre me agarró más que yo a él. Le había dolido sincerarse. Apuró lo que le quedaba de café y nos fuimos del restaurante. Estuvimos reposando aquella revelación por todo el largo del paseo marítimo, sin hablarnos, pero de la mano, como cuando me llevaba de pequeña a los parques. Solo faltaba que mi otra mano no estuviese desocupada, sino agarrada a la mano de mi madre. Cómo echaba de menos ese momento. Apreté fuerte la mano de mi padre para no sentir vértigo de ese recuerdo.

—Hija, yo… lo siento mucho. Estaba desesperado por salvar a tu madre. No sabía qué hacer.

—Ya basta, papá. No lo sientas más. Te agradezco al menos que me lo hayas contado ahora, me hacía falta.

—Tu madre y tú habéis sido mi razón de vivir desde siempre. He hecho todo lo posible para protegeros y ayudaros.

—Me duele que me lo hayas ocultado y que no hiciéramos las cosas de otra manera, pero eso no quita que hayas cuidado tan bien de mí todos estos años sin mamá —dije con la voz apretada por culpa de las ganas de llorar.

Mi padre compartió una sonrisa conmigo y nos fundimos en un nuevo abrazo, pero aún quedaba la pregunta más importante de esa conversación.

11

Al reanudar la marcha por aquel camino, le tiré del brazo para frenarlo.

—Papá —me limpié las lágrimas de la cara—, quiero saber una última cosa antes de irnos.

—¿Si?

Llegó el momento deseado. Me imaginé a Vence y a la hermana de Solid pegados al auricular, con total expectación.

—¿Para qué queréis los dispositivos?

—¿Qué dispositivos?

—Papá, por favor. Los dispositivos que os han robado en Francia.

La cara de mi padre se puso blanca. Como si hubiera visto pasar a un fantasma. Era la única persona que no se hubiera imaginado que le hablase de ese tema. En un gesto torpe, me soltó del brazo y me metió prisa para sentarnos en un banco cercano. El miedo se apoderó de su cuerpo. De las pocas debilidades que tenía, su hija, lo estaba poniendo contra la espada y la pared. No se molestó en ocultarlo.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Conoces a los ladrones? Es muy importante que me digas todo lo que sepas, hija. Pero muy importante.

—Papá, necesito que me cuentes a qué te dedicas en realidad. ¿Por qué son tan importantes esos dispositivos? ¿Qué estáis haciendo con la gente universitaria que viene del programa Erasmus? Eres el mentor de Piero, ¿por qué lo habéis drogado como hiciste conmigo?

Mi padre no daba crédito, estaba siendo hostigado por sorpresa.

—Hija, escúchame bien, no sé qué te habrán contado ni lo que sabes, pero es importante que tengas cuidado con lo que vas

diciendo.

—Papá, ¿me estás amenazando?

Mi padre me acarició la cara y se acercó aún más a mí.

—No te estoy amenazando, Dios me libre. Te estoy diciendo que esto no es un juego. Hay ciertas cosas que no puedo contarte ni deberías saber si quieres que tu vida no corra peligro. No me pidas esas respuestas, Carlota.

La primera vez que mi padre me llamaba por mi nombre.

—¿Por qué, papá? ¿Qué está pasando?

—No sigas por ahí, hija mía. Por tu bien, por nuestro bien, necesito que me cuentes todo lo que sabes.

—Quiero a Solid a cambio de los dispositivos.

—¿A Solid?

—El chico que os robó los dispositivos y que habéis secuestrado.

—Pero ¿¡cómo sabes eso!? ¿Conoces a los ladrones? Por favor, hija, dímelo.

—Si quieres los dispositivos, dame a ese chico —sentencié.

—No puedo hacer eso, hija.

—Esto es gravísimo, papá. Dime al menos si hay alguna manera de recuperar a ese chico. Te lo pido por el amor que nos une; por mamá, por ti… por mí. Si mamá estuviese viva, no creo que le gustase saber en qué te has convertido.

—No me digas eso, hija. No puedo ayudarte.

—¿Estás seguro? Echa la mirada atrás y pregúntate si lo que estás haciendo merece la pena. ¿Crees que estaríamos orgullosas de ti de saberlo todo?

Mi padre agachó la cabeza. Estaba abatido.

—Hija, yo… —se dio por vencido.

—Por favor, dime cómo hacerlo —le supliqué.

—Hay una manera, pero necesito los dispositivos.

—¿Para qué queréis los dispositivos?

—Hija… No puedo contártelo. Haz que me traigan esos dispositivos y yo te diré una forma de salvar a ese chico.

—¿Cómo que no puedes contármelo? ¿Qué locura estáis haciendo con la gente?

—Lo siento, hija.

—Esto es muy fuerte. ¿Por qué sigues metido en esto? ¿Qué beneficio obtenéis? ¿Estáis secuestrando personas sin que se enteren?

—Hija, no puedo decirte más, te prometo que no puedo hacerlo. Te pondría en riesgo.

—Increíble –negué con la cabeza–. No sabes lo que me duele pensar que tengas algo que ver con esas atrocidades.

Tras este último comentario, me encontré con la expresión facial de un hombre derrotado, sin armas, sin saber cómo defenderse. Hizo un gesto de dolor, asumió el golpe y me propuso algo.

—Dentro de tres días van a trasladar a ese chico de laboratorio porque necesitan tener las salas libres aquí.

—Sigo sin entender cómo pretendes que recuperemos a Solid.

—Yo tengo que firmar la orden de traslado. Te haré una orden idéntica a la original para que su amigo se haga pasar por el encargado de recogerlo y pueda llevárselo. En el laboratorio creerán que es de la empresa de traslado de pacientes. Solo tendrá que llegar unos minutos antes de que llegue el transportista de verdad.

—Papá, espero que no sea una trampa. De serlo, yo estaré con Vence, y si lo pillan, me pillarán a mí también.

—Es muy arriesgado, hija. No deberías estar presente.

—No vas a convencerme de hacer lo contrario, papá.

Mi padre se quitó las gafas y se limpió el sudor de la frente con la mano.

—Hija… esto va a ser difícil para todos.

—No deberías haberte metido en esto, papá. Tú eras una buena persona.

—Carlota, cuando entras, ya no puedes salir. No es tan fácil como piensas.

—Siempre hay una opción para hacer las cosas bien.

—A cambio necesito los dispositivos, hija. Es lo único que te pido.

—Vale, de acuerdo. Te los conseguiré. Espero que tengas preparada esa orden de traslado en unos días.

—Lo haré, hija. Lo haré, pero vuelvo a advertirte que no deberías estar presente. Tienes que tener mucho cuidado.

—Lo que voy a hacer es un acto de valentía; me lo enseñaste tú.

Mi padre no supo cómo responderme, le di un último abrazo y nos hablamos al oído.

—Mañana tendrás la orden. Estaré atento el día del traslado. No voy a permitir que te pase nada malo.

—Eso espero, papá.

12

Entré a mi piso, donde estaban esperándome Vence y la hermana de Solid. No aguanté las lágrimas. Arrojé los auriculares bluetooth al suelo y me senté en el sillón. Sollocé de rabia y me tapé la cara con las manos. La conversación con mi padre me estuvo haciendo mella de camino al piso. Me escocía saber la verdad como una herida recién hecha. No dejé de llorar hasta que me quedé sin lágrimas.

—¿Por qué, mamá? —ojalá estuviese para responderme.

Los chicos no quisieron forzarme a hablar sobre ello y me dejaron asimilar todo hasta el día siguiente.

Cuando desperté, abrí la puerta de mi cuarto y me encontré de nuevo con ellos: la hermana de Solid estaba viendo la televisión y Vence estaba con un montón de componentes y herramientas encima de la mesa. Me acerqué para comprobar lo que estaba haciendo.

—¿Lo has decidido? —le pregunté.

—Estos dispositivos solo me han traído desgracias, están malditos. Quiero que por lo menos sirvan para salvar a Solid. Es lo único que me importa.

—¿Crees que nos podemos fiar de mi padre?

—No te puedo responder a eso. ¿Tú qué crees?

—No sé cuánta verdad había en sus palabras, pero sus lágrimas eran auténticas.

—Espero que eso sea suficiente para ti, vamos a confiar en el principal sospechoso del caso… Es irónico —resopló con impotencia —. Yo no voy a poder entrar al laboratorio para recoger a Solid, seguro que tienen mi cara memorizada. Vais a tener que ir las dos: Diana y tú. Alquilaré una furgoneta y os esperaré al volante.

—Pensé que te negarías a darle los dispositivos a mi padre.

—Estoy cansado, Carlota. La situación me ha superado, pero Solid ha dado la vida por mí; se lo debo.

—Las langostas —le recordé.

—¿Cómo?

—La historia que me contaste de las langostas y su caparazón. Tenemos que volver a mudar nuestros caparazones.

—Cierto. Aunque se lo vayamos a poner fácil a nuestros depredadores, no nos queda otra.

No imaginé que Vence se fuera a desprender tan fácil de los dispositivos, eran su billete de salida a una vida extraordinaria. En cambio, me los estaba ofreciendo con la convicción de que sirvieran para recuperar algo más preciado que unos millones de euros: su amigo.

Llamé a mi padre y quedamos en un lugar apartado fuera de la vista de cualquier curioso. Tenía unas ojeras muy pronunciadas por no haber dormido desde la última vez que nos vimos.

—¿Estás bien, papá? Tienes cara de no dormir.

—No he podido hacerlo, hija. No he dejado de pensar en el daño que os he hecho.

—Tú mismo afirmaste ayer que ya no podíamos hacer nada por el pasado, pero podemos cambiar el presente y el futuro.

Mi padre, sin reaccionar al comentario, sacó un protector transparente con un folio impreso en su interior y me lo dio.

—Aquí tienes la orden, hija.

—¿Me puedo fiar de ti? Yo entraré a ese laboratorio.

—Ya conoces mi opinión. Es muy peligroso, pero no te traicionaría por nada en este mundo. Tu madre te protegió en su momento y yo lo voy a seguir haciendo hasta el final de mis días.

—Sabes que me voy a fiar de tus palabras. Yo… te sigo queriendo, pese a todo —agarré la bolsa que llevaba y se la enseñé —. Aquí tienes los dispositivos.

Mi padre los cogió, me dio un beso en la coronilla y acercó mi cabeza a su pecho con sus manos.

—Ojalá todo hubiera sido diferente —dijo.

—Aún estamos a tiempo de cambiar las cosas.

—Mañana a las diez y media está programada la recogida: pasad quince minutos antes y no os entretengáis, por favor.

Abandonamos aquel lugar y nos fuimos cada uno por un camino diferente, con la intuición de que un padre y una hija se despedían allí mismo para siempre.

Llegó el día. Siete de julio, jueves. Eran las diez en punto: Vence iba conduciendo la furgoneta blanca, Diana iba detrás y yo en el asiento del copiloto. Todo estaba siendo demasiado arduo y comprometido, pero una vida dependía de nosotros. Ambas chicas íbamos con un uniforme azul marino y gorra, simulando ser trabajadoras de una empresa de transporte. Lo habíamos ensayado todo: llegar, entrar, recoger y salir.

Visualizamos el laboratorio a las diez y diez. Vence aparcó la furgoneta cerca de la entrada y nos bajamos de ella. Estaba nerviosa, me temblaba la mandíbula como si tiritase de frío. Diana se dio cuenta de mi estado emocional y me agarró la mano durante unos segundos para descargar la tensión que almacenaba. Entramos al laboratorio y nos acercamos a la recepcionista.

—Buenos días —dijo Diana—, tenemos una orden de un traslado de paciente.

—Buenos días, chicas. A ver, déjenme ver la orden.

—Aquí tiene.

—Hmm… De acuerdo. Un segundo que la tramite y dé aviso a los enfermeros para que suban al paciente.

Los seis o siete minutos posteriores que estuvo tecleando esa secretaria sin decirnos nada se nos hicieron eternos. Diana me seguía agarrando por detrás para tranquilizarme. Estábamos a punto de volver a ver a su hermano. Esa mañana el laboratorio estaba tranquilo, demasiado tranquilo. Me extrañó no ver a nadie paseándose por allí. Lo normal en un edificio con trabajadores era que hubiese movimiento de gente y un runrún de voces, pero reinaba el silencio. Pensé en mi padre. Lo imaginé en esas instalaciones transportando universitarios drogados a alguna sala

para someterlos. De repente, el ruido de una puerta sonó a nuestro alrededor.

—Ahí lo traen —dijo la secretaria indicándonos con la cabeza a nuestras espaldas.

Nos dimos la vuelta y esta vez fui yo quien retuvo a Diana tras ver el estado en el que se encontraba su hermano. Solid parecía un zombi. Había perdido como siete u ocho kilos desde la última vez que lo vi y su rostro era el de una persona con diez años más. Los enfermeros iban tirando de él porque no se mantenía en pie. Su cabeza se iba tambaleando de un lado hacia otro, estaba como inconsciente. Agarramos a Solid entre las dos y, a duras penas, nos despedimos de la gente de allí. Pesaba como un verdadero muerto. Iba a ser un duro camino hasta la furgoneta. Justo al salir por la puerta nos cruzamos con dos hombres uniformados. Se nos quedaron mirando con cierta extrañeza. Yo me cagué de miedo. En las tarjetas de identificación vi que eran de una empresa de transporte especial de pacientes.

Nos dimos cuenta de que aligeraron el paso hacia dentro. Eso nos puso más nerviosas. No tardarían mucho en averiguar que éramos unas impostoras. Llegamos a la parte trasera de la furgoneta y Vence nos abrió las puertas. En cuanto metimos a Solid dentro, varias voces se escucharon a lo lejos. Dos hombres con pinta de matones salieron a nuestra búsqueda. Corrí lo más rápido que pude hacia el asiento del copiloto. Vence estaba ya sentado y activando el contacto de arranque.

Se escucharon disparos. La furgoneta se movió y los cristales traseros estallaron. Vi por el retrovisor que las dos puertas seguían abiertas. Me di la vuelta para ver qué estaba pasando: Solid y Diana estaban tirados en el suelo de la furgoneta. Solid no reaccionaba y Diana chillaba de dolor con una mano puesta en el muslo izquierdo; estaba sangrando. Me quedé bloqueada.

—¡Haz algo, por Dios! —gritó Vence.

Desabroché mi cinturón y me tiré hacia atrás sin pensarlo. Varias balas rozaron las partes metálicas del interior. Con las manos protegiéndome la cabeza y sin perder el equilibrio, agarré los mangos interiores de las dos puertas y las cerré. Vence aceleró todo

lo que pudo y salimos de aquel aparcamiento. Yo apoyé mi cabeza contra la carrocería y visualicé la situación: Solid seguía inconsciente y Diana estaba gimiendo de dolor rodeada de un charco de sangre. Una bala le había dado a la altura del glúteo.

El plan era salir de aquella furgoneta lo antes posible para evitar una persecución y que no se desangrase. El hospital no era una opción segura: ellos vieron a Diana herida y sería el primer lugar al que irían, pero había que sacarle esa bala. Se me ocurrió una idea estúpida, pero viable: llamar a Silvia. Estaba cursando el último año de enfermería; por muy loca que fuese, sabría sacar una bala mejor que nosotros.

Nos escondimos en un callejón y apagamos el motor de la furgoneta. Llamé a Silvia y le dije que viniese a recogernos en su coche. Vence se pasó con nosotros a la parte trasera. Estuvimos reanimando a Solid, pero no surtió efecto, estaba como ido. A Diana no le pudimos hacer un torniquete porque la herida de bala la tenía en la parte superior del glúteo y no hubo manera de liarle una venda; nos limitamos a presionar la herida.

Silvia apareció al cuarto de hora con el coche: atónita al ver la situación, pero sin hacer demasiadas preguntas. Nos subimos los cinco y fuimos directos al piso. Mientras Silvia y yo tirábamos de ambos hermanos hasta la quinta planta, Vence fue a una farmacia a comprar lo necesario para sacar la bala de la herida. A Solid lo tumbamos en la cama para que descansara y a Diana la pusimos bocabajo en el sofá. Estaba mareada, pero seguía consciente. Vence trajo la compra y Silvia empezó con la curación: la desvistió de cintura para abajo y con varios instrumentos, procedió a la extracción de la bala. En el piso solo se escuchaban gritos de dolor y reinaba un halo de inquietud. Tras un rato largo de maniobras, Silvia pudo sacar un casquillo de bala que sonó en un plato en forma de alivio para todos. Desinfectó la herida y la trató con gasas y vendas. Diana estaba exhausta después de todo. La dejamos descansar en el sofá.

13

Yo era en ese momento una olla a presión; encendí un cigarro y salí al balcón. Demasiados pensamientos se estaban generando en mi cabeza, tenía que parar por unos instantes antes de que explotase en mil pedazos. Vence apareció a mi lado para compartir opiones.

—¿Sabes? Hace unas semanas abandoné mi segundo trabajo del año y me sentí un desgraciado. No quería pasar mi tiempo en algo tan aburrido y monótono, pero viendo como estoy ahora, quizá no era tan mala idea…

—La normalidad nos parece tan frecuente que perdemos el sentido de valorarla.

Vence se quedó mirándome y me quitó el cigarro de las manos. Le pegó un par de caladas, tosió y me lo devolvió.

—No has fumado en tu vida —dije.

—Tengo a mi mejor amigo medio muerto en una cama y a su hermana desangrada con una herida de bala. Es el mejor día para empezar a fumar. Si no hubiese abierto esa carta, nada de esto estaría pasando.

—¿Una carta?

—¿No te lo he contado? Así es como me contactó Henky, el médico forense. Quería que le ayudase a resolver el caso porque descubrió que yo era el propietario legal de los dispositivos.

—¿Y por qué no hablamos con él? —le propuse.

—Creo que está muerto. Llevamos sin saber de él varias semanas.

—¿Quién lo ha matado?

—¿Tú quién crees? Tu padre o alguien de La Gran Unidad. Lo estaban persiguiendo también.

—Joder… Tengo que hablar con mi padre. Me prometió que no nos pasaría nada malo.

—Prometió que no te pasaría nada malo a ti, y mírate, sigues de una pieza. Capaz ha sido de haber organizado todo para que no te rozase ni una bala y cargarse a todos los demás, pero le ha salido mal.

—No lo creo, Vence. He visto como golpeaban las balas muy cerca de mí. Me advirtió varias veces que iba a ser peligroso. De lo contrario, sería demasiado idiota por haber dejado ir a un testigo como Solid. Pondría la mano en el fuego a que ha hecho todo de buena fe.

—Pues ten cuidado que te puedes quemar.

Me irritó que no fuese más empático conmigo.

—¿Sabes lo duro que me está resultando asimilar que una de las personas que más quiero en este mundo sea un asesino? Entiendo que estés enfadado, pero esto está siendo duro para todos. Cada uno vamos arrastrando nuestro lastre particular.

Vence hizo una muesca con la boca y mantuvo su silencio, otorgándome la razón. No hablamos más.

Al paso de las horas, Diana despertó y se mostró mejor de su herida. Silvia revisó a Solid: estaba deshidratado y mostraba síntomas de haber realizado esfuerzos extremos. Le aplicó suero y analgésicos, pero aún necesitaba descansar. Vence me agarró del brazo y me llevó al baño, otra vez quiso hablar conmigo en privado.

—¿Estarías dispuesta a entregar a tu padre? —me soltó de golpe.

—¿A qué viene eso ahora?

—Es lo único que podemos probar. Tenemos la conversación grabada donde reconoce que te drogó sin que lo supieras y el archivo que encontraste en su casa con tu nombre y el de tu madre. Eres la única prueba viva para demostrarlo.

—Yo soy la única prueba para meter a mi padre en la cárcel, no para acusar a La Gran Unidad de asesinar a personas.

—¿Qué diferencia hay, Carlota? La Gran Unidad y tu padre son la misma cosa. Sé que te duele escucharlo, pero si encarcelamos a tu padre, será una persona menos haciendo daño en el mundo. Estaba

a cargo del joven letón muerto y ahora está a cargo de otra posible víctima, Piero. ¿Qué más necesitas saber para convencerte?

—No puedo hacerlo, Vence. No todavía. Necesito hablar con él, necesito que me explique todas mis dudas.

—Cada minuto que se consume, estamos menos seguros aquí. A lo mejor a ti no te ocurre nada, pero ¿qué pasa con los demás? Mira a tu alrededor y dime si lo que ves es una situación agradable.

No tenía argumentos para debatir eso, las personas que se encontraban conmigo estaban destrozadas.

—Vence, déjame hablar primero con él, ¿vale? Te prometo que haremos lo mejor para todos.

—Haz lo que creas conveniente.

Vence salió del baño resignado. De manera instintiva, me metí en mi habitación y saqué el móvil para llamar a mi padre. No me cogió el teléfono; ya me había acostumbrado a que nadie me cogiera las llamadas. Lo lancé encima del colchón y pensé en las alternativas que teníamos: acusar a mi padre era la única solución viable para dar un paso adelante, pero no estaba dispuesta a entregarlo de aquella manera.

En pocos minutos vibró el móvil en la cama, me incorporé y vi que era él.

—Hola, hija.

—¡Papá! ¿Qué ha pasado? ¿Has visto la que se ha liado?

—Lo he visto, espero que sigas bien.

—Yo estoy bien, papá, pero mis amigos están heridos. No entiendo por qué os empeñáis en causar tanto daño a los demás.

—No tengo mucho tiempo, hija. Voy a estar ocupado después de todo lo ocurrido. Solo quería saber si estabas bien.

—Lo estoy, pero necesito volver a verte y hablar contigo. No podemos dejar las cosas así.

—Hija… ya hablaremos. Voy a colgar, es muy importante que no te olvides de ir al centro de equitación. Los caballos requieren de tu atención.

—¿Por qué me hablas ahora de los caballos? Vamos a quedar, por favor.

Y colgó. No obtuve respuesta de vuelta. Lo llamé, pero apagó su móvil justo al terminar de hablar conmigo. Algo estaba pasando, no era un comportamiento normal en mi padre.

Salí de mi habitación y le conté a Vence lo ocurrido.

—Diría que la llamada ha durado un minuto, me ha preguntado si me encontraba bien y ha hecho hincapié en lo de los caballos. Luego me ha colgado.

—¿Tu padre te ha pedido que cuides de los caballos sin venir a cuento?

—Exacto, pero yo nunca he tenido que cuidar de los caballos en el centro, eso lo hace el equipo de mantenimiento. Yo doy clases a gente principiante. Él lo sabe a la perfección.

—Hmm… ¿Qué querría decirte?

—No lo sé, lo que está claro es que no es normal.

—¿Tenías algo pendiente que hacer allí?

—Que yo sepa, no. Solo doy clases un par de veces a la semana. Ha sido raro.

—Está claro que no le hace gracia que hurgues en sus temas. Quiere que te dediques a la equitación y que te olvides de lo demás.

—Sí, pues anda. Pensaba no ir en unas semanas con todo lo que tenemos encima. Mañana tendría clase con Piero y la semana que viene con una chica.

—¡¿Con Piero?! —exclamó Vence.

«Con Piero», repetí en mi cerebro.

—¿Y si lo que quería mi padre era que hablase con Piero?

—¿Qué puede contarnos Piero que ya no sepamos?

—Habrá que averiguarlo. Hablaré mañana con él, sin falta.

—Yo voy contigo, no me fío de tu padre. Diana que se quede aquí a cargo de su hermano.

14

Al día siguiente hicimos lo planeado. Solid ya se encontraba mejor y su hermana le hizo compañía. Vence y yo fuimos al centro ecuestre por la tarde. Él se quedó por los alrededores y yo me reuní con Piero en el mismo lugar que el primer día: la ruta exterior para caballos. Me contó que su experiencia en España estaba siendo gratificante y que no paraba de salir de fiesta y conocer gente nueva; las principales motivaciones de un universitario erasmus.

—Sigo muy contento con tu padre, Carlota. Me cuida mucho.

—Me alegra saberlo. ¿Te ha contado algo interesante estas últimas semanas?

—Seguro, él siempre me está dando consejos para aprobar asignaturas.

—¿Solo eso? ¿No te ayuda en nada más?

—Ok, Carlota, tú piensas que es como mi madre, pero no lo es —dijo riendo con su acento italiano.

—No me refería a eso, lo has interpretado mal. Hablo en general, aparte de aconsejarte en los estudios.

—Sí que estoy contento por el pedazo de fiesta a la que me ha invitado.

Al escuchar eso paré los dos caballos y miré a Piero.

—¿Qué fiesta?

—¿No conoces? Todos los meses se celebra una fiesta para personas erasmus de la universidad. Tu padre ha sido amable en invitarme. Siempre es una fiesta privada.

Me quedé atónita.

—¿Cuándo es la fiesta?

—¿Vas a querer venir? Puedes ser mi acompañante. Dentro de dos semanas en la discoteca Pae South.

—Mmm… Igual hablo con mi padre y le digo que me dé una invitación para mí. ¿Tú vas a ir seguro?

—No me pierdo una fiesta ni loco, Carlota. ¿Sirve como respuesta?

—Sí, claro —dije sonriéndole—. Oye, Piero, tengo un poco de prisa. ¿Qué te parece si terminamos la clase y el próximo día hacemos doble turno para compensarte?

—Ok, no hay problema. Si vienes a la fiesta te perdono todo.

—Allí estaré.

Acabada la conversación con Piero, abandoné el recinto y me reencontré con Vence. Estaba esperándome en uno de los bancos.

Llegamos a la conclusión de que mi padre quería que hablase con Piero para saber que se iba a celebrar esa fiesta, donde este chico sería uno de los invitados. Hacer hincapié en él solo significaba una cosa para nosotros: si ya aparecía en la lista como uno de los «voluntarios» con el código «I23V-2022», Piero podría ser un objetivo para drogarlo en aquella fiesta por parte de La Gran Unidad. Coincidían las fechas de la fiesta y la misteriosa «extracción».

Vence confirmó la relación de fechas al escuchar hace unas semanas hablar sobre la «extracción» en una conversación de dos hombres en la morgue del laboratorio. En conclusión, mi padre quería que hiciera algo al respecto. No estábamos seguros de si deseaba que salvásemos a Piero del secuestro o de estar allí presentes por alguna razón. Sin más dilación, fuimos de nuevo al piso para ver como se encontraban los hermanos. Al entrar nos llevamos una grata sorpresa: Solid estaba despierto tumbado en el sofá, apoyando la cabeza en las piernas de su hermana mientras lo acariciaba. Fue una imagen fraternal. Aún le costaba hablar, pero el hecho de que estuviera lúcido ya era un avance. Diana se encontraba mejor: «con un agujero más en el culo», como estuvo repitiendo las siguientes horas en tono de broma. Ese momento de recuperación de los hermanos nos resultó como un oasis en mitad del desierto. Todos respiramos más tranquilos, pero la serenidad nos duró poco. El móvil de Diana sonó en mitad del salón. Era un

número desconocido, así que puso el manos libres para que escucháramos todos.

—Sí, dígame —dijo la hermana de Solid extrañada.

—¿Eres Diana?

Un silencio acordonó la habitación en la que nos encontrábamos. Diana no sabía si responder con una afirmación o colgar. Al final se decidió.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy un familiar de Bruna.

—¿Qué Bruna?

—Bruna de la Rosa, la mujer a la que intentaste salvar la vida.

15

Sin descendencia ni marido que se conociese, la sobrina de Bruna de la Rosa era el familiar más cercano que tenía. En la llamada pidió por orden directa de su tía que Diana fuera en persona a hablar con ella: Bruna había muerto. Salió del coma unos días antes de la llamada, pero su salud empeoró de forma súbita; no aguantó ni una semana. El tiempo suficiente para contarle a su sobrina que quería ver a la chica que le salvó de la muerte segura la primera vez.

Habíamos quedado con ella en la casa de Bruna, el domingo por la tarde, día diez de julio, justo después de comer. Por precaución, Diana se volvió a quedar en el piso junto a su hermano. Teniendo en cuenta que ambos seguían convalecientes y que La Gran Unidad no pararía hasta dar con ellos, yo era la única persona que podía moverse de ciudad en ciudad sin temor a que me hicieran algo: mi padre me había prometido que no me pasaría nada malo. Dicha garantía era el único amparo para que estuviera yendo a casa de esa mujer junto a Vence; este más desconfiado, como era normal.

Una vez allí, la sobrina de Bruna nos recibió en la casa de su tía, donde Diana la socorrió semanas atrás. La conversación no tardó en entrar en detalles.

—Antes de nada, quiero agradeceros el haber venido. Los últimos deseos de mi tía fueron claros: quería hablar con la chica que la salvó. Es una lástima que no le diese tiempo a hacerlo.

—Para nosotros es un placer estar aquí —dije.

—Veréis, la vida de mi tía no ha sido fácil. Ha sido una mujer icónica, trabajadora y luchadora por sus sueños. Se especializó en Biología Molecular y terminó siendo catedrática en la universidad. Lo

que pasa es que su carrera profesional se vio truncada casi al final por varios problemas personales.

—¿Se puede saber qué tipo de problemas personales tuvo? —preguntó Vence.

La sobrina de Bruna suspiró antes de volver a hablar.

—Digamos que un tiempo antes de jubilarse, por el año 2013, dejó de estar en sus cabales. Es decir, su mente empezó a desvariar. Se imaginaba cosas que no existían y cada cierto tiempo creía en conspiraciones varias. Fue inhabilitada de empleo y prejubilada por recomendación médica. Desde entonces, ha estado bajo tratamiento psiquiátrico. Los médicos me dijeron que el día que Diana intentó salvarle la vida, se quedó inconsciente por culpa de un medicamento en especial. Intuyen que quiso suicidarse.

—La inhabilitaron el mismo año que rechazó el proyecto de investigación a tu padre —me dijo Vence en voz baja.

—¿Qué pasó en su vida para sufrir eso? —le pregunté a la sobrina.

—Genética y mala suerte. Trastorno de personalidad paranoica. Al principio tenía miedo y ansiedad generalizada pero luego todo se complicó: creía que la gente quería matarla. No se fiaba de nadie ni de nada. Incluso había temporadas que dejaba de comer por miedo a ser envenenada. Menos mal que el tratamiento le ayudó a mitigar los síntomas.

—Pobre mujer.

—Sigo teniendo una duda —se cuestionó la sobrina—, ¿cómo se dio cuenta Diana de que mi tía estaba inconsciente? ¿Se conocían? ¿Habían quedado aquí?

Vence contestó casi instantáneamente para evitar sospechas.

—Tu tía tenía las cortinas de la ventana del salón recogidas y se veía el interior desde la calle. Diana pasó por la acera y la vio en una posición extraña; fue entonces cuando pensó que había podido sufrir un infarto. En cuanto tocó varias veces a la puerta y no le abrió nadie, llamó a emergencias.

—Es una pena que no haya podido agradecérselo. Trasmitidle mi gratitud a Diana, por favor.

—No te quepa duda de que lo haremos.

—Lo cierto es que mi tía tenía algo importante que contarle a Diana, pero me conformo con que vosotros se lo digáis. Cuando despertó del coma puso todos sus esfuerzos en contactar con ella: deseaba decirle que alguien quería matarla y que solo ella daría con el supuesto asesino. Entended que, aunque lo que os digo os parezca una locura, esto lo hago por ella. A pesar de su enfermedad, sus últimos deseos fueron esos. Estaba obsesionada con la muerte desde hace mucho tiempo. Lo pienso fríamente y me parece incluso una tontería el haberos hecho venir hasta aquí para deciros esto, pero sentía la necesidad de hacerlo.

—No te preocupes por eso —replicó Vence—, nos pillaba de paso. Pero ¿su muerte ha sido natural o de verdad querían matarla?

—Como os he dicho antes, todo es fruto de su trastorno. Cuando dejaba de tomar la medicación, esos pensamientos obsesivos le inundaban la mente. Su muerte ha sido normal, certificada por los médicos. Un coma producido por exceso de pastillas y un infarto a los pocos días de salir de ese estado.

—Qué final más doloroso para tu tía, de verdad que te acompañamos en el sentimiento —dije.

—Así es la vida… Te la pasas trabajando y esforzándote para dar lo mejor de ti y luego te caen todo tipo de problemas. Por eso quería que Diana supiera de ella. Recuerdo sus palabras en el hospital al salir del coma:

«Nubia, por lo que más quieras, dile a la chica que me ha salvado que alguien me ha querido matar. El asesino es la misma persona con la que estuve reunida horas antes de quedar inconsciente. Si ella me ha salvado, sabrá de lo que hablo».

—¿Tu tía estuvo reunida con alguien horas antes de quedar inconsciente? —dijo Vence asombrado.

—Mi tía no quedó con nadie, casi todo es producto de su imaginación. Llevaba muchos años creyendo en conspiraciones. Yo la visitaba con frecuencia y hacía vida normal con su medicación, pero a veces se regodeaba en sus pensamientos. Nunca tuvo brotes

severos ni mala conducta, todo se quedaba en su cabeza, hasta estas últimas semanas. Yo creo que decidió no tomar sus pastillas y eso la terminó por desequilibrar.

La Gran Unidad no solo se había dedicado a secuestrar universitarios, sino que se iba cargando las vidas de aquellas personas que molestaban en sus objetivos. Vence ya sabía por dónde llevar la conversación.

—¿No hay forma alguna de comprobar si tu tía estuvo con alguien ese día?

La sobrina de Bruna hizo de nuevo otro parón para saber bien qué decir; esperó unos segundos, respiró.

—No os voy a negar que a veces me he cuestionado si lo que decía mi tía era verdad, pero no podía fiarme de una mente enferma. Tenía que aceptar la realidad.

—Podemos revisar sus objetos personales —probó a decir Vence —, siempre desde el respeto y tu permiso. Aunque no conociéramos a tu tía, estamos aquí por ella. Vamos a darle el gusto de investigar, aunque sea un poco, esté donde esté ahora.

—No sé si debería dejaros. Pensar que mi tía podría estar diciendo algo con claridad mental, me haría sentir tan culpable de no creerla en vida que no lo soportaría.

—Nosotros hemos venido a apoyarte y a respetar el duelo con tu tía. Lo que decidas, lo acataremos —quise decirle para que no se sintiera forzada a hacer algo incómodo en esos momentos.

La sobrina se quedó de nuevo pensativa, cavilando alguna alternativa que la satisficiera.

—Con todo el respeto que os tengo a ambos, no me gustaría que gente extraña anduviese hurgando entre las cosas de mi tía. ¿Qué os parece si yo reviso todas las cosas personales y si encuentro algo interesante os llamo?

—Cuenta con nosotros —dijimos Vence y yo al mismo tiempo—, estaremos cerca de aquí si necesitas nuestra ayuda.

—Gracias. Os agradezco la visita. Mi tía estaría muy agradecida con vosotros.

—Y nosotros con ella; y nosotros con ella —pronunció Vence otra vez en voz baja.

La sobrina nos acompañó a la puerta y nos fuimos. En cuanto nos alejamos lo suficiente de aquella casa, Vence no tardó en recriminarme los actos de La Gran Unidad.

—Tu padre o alguno de los matones de La Gran Unidad quedó con Bruna para matarla y lo han conseguido. Maldita sea, cómo fuisteis capaces de meteros en esa organización.

—Vence, por favor, deja ya de tomarla conmigo. Yo no soy mi padre. Estoy aquí contigo, a tu lado. ¿No es suficiente?

—Lo siento, Carlota. No lo soporto. En parte es por mi culpa. Esa mujer está muerta por mis decisiones.

—¿Por qué te martirizas tú ahora?

—Yo convencí a Solid para llamar al departamento de la universidad y preguntar por ella. Eso alertó a los de La Gran Unidad y fueron a por ella.

—¿Qué ibais a saber vosotros?

—Lo sabíamos. Sabíamos que si hacíamos esa llamada al departamento la pondríamos en peligro.

—No es justo que os sintáis culpables por ello.

—Es un lastre que llevaré a partir de ahora. En fin, quiero enseñarte algo, vamos.302

16

Vence me cogió de la mano y fuimos andando a diferentes lugares. Me enseñó su casa por fuera, la de Solid, la de Diana, la cafetería donde secuestraron a Solid, la universidad donde estudiaron y trabajaba mi padre. Me hizo el recorrido desde que emprendieron esta historia. La que permitió que coincidiéramos y le hiciéramos frente a una verdad inesperada para todos. Me llevó a un lugar apartado donde se veía Santa Fe desde lo alto. Se notaba el aire fresco y libre.

Nos besamos. La última vez que lo hicimos éramos otras personas. Cerramos los ojos, nuestras bocas no se movieron, queríamos parar el tiempo. Olvidar todo lo que nos rodeaba, reiniciar nuestra memoria salvo el habernos conocido. Supervivientes de una guerra injusta.

Algo nos sacó de ese parón placentero en el que nos habíamos trasladado después de tantas malas noticias. Estaba atardeciendo cuando mi móvil sonó: la sobrina de Bruna llamaba.

—Hola, Carlota. Soy Nubia, la sobrina de Bruna.

—Hola, Nubia. ¿Has podido encontrar algo?

—Creo que he encontrado algo interesante. ¿Podéis venir? Sigo aquí en la casa.

—Claro que sí, en diez o quince minutos estaremos por allí.

17

Tuvimos que irnos antes de tiempo de aquel maravilloso mirador en el que habíamos disfrutado de un momento de sosiego. Vence y yo fuimos a pie hasta la casa de Bruna. Tardamos más de quince minutos, alrededor de treinta. Sin olvidar toda la adversidad que nos rodeaba, yo me sentía feliz al notar la mano de Vence junto a la mía. Es lo único bueno que había obtenido de todo esto.

Mi sensación de alegría no tardó en disuadirse: su mano se soltó de forma brusca al llegar a la casa de Bruna. Vence se agachó, me tapó la boca y me hizo el gesto de guardar silencio. Me señaló con la otra mano la puerta: estaba abierta y olía a humo. Anduvimos agachados por las escaleras hasta que nos posicionamos al lado del marco de la entrada. No se escuchaba a Nubia, solo ruidos y pisadas como de estar arrastrando algo. Vence me ordenó que me quedase fuera, él entraría. No había mucho tiempo para pensar otra cosa, acaté sin objeción. Cruzó la puerta en cuclillas y se introdujo en la casa. En ese momento, dejé de saber lo que estaba pasando. Solo apreciaba un olor cada vez más intenso a humo. De repente se escucharon porrazos: se estaba produciendo un forcejeo. Cristales y jarrones rompiéndose en el suelo. Varios golpes y gemidos de hombres. Vence se estaba peleando con alguien. Como los porrazos no cesaban y la voz de Vence no se escuchaba, decidí entrar de manera silenciosa. De la cocina salía un humo negro producido por un incendio, me tapé la boca. Los golpes venían del salón. Encontré a Nubia en el suelo maniatada y a un hombre rapado de espaldas dándole puñetazos en la cara a Vence, que yacía en el suelo.

Me puse a escasos centímetros de él y se me vinieron a la cabeza dos situaciones que aún me dolían: la paliza que me dio Timeo y el puñetazo de Diana cuando se coló en la casa de mi padre. Esta vez

iba a ser yo quien ganase la pelea. Sin pensarlo, saqué la navaja que llevaba desde entonces y la clavé en uno de los riñones de aquel hombre. Sabía que, si se la clavaba en el cuello, lo mataría, así que solo debía clavarla en algún punto que sobreviviera; no era una asesina.

El hombre se echó a un lado en cuanto notó la hoja de metal tocar uno de sus riñones. Vence, con la cara ensangrentada, se levantó y le dio un gancho directo al mentón. El hombre cayó fulminado. Había que aprovechar para salir de ahí. El humo estaba atravesando todas las habitaciones y el fuego se había hecho dueño de la cocina. Ayudamos a Nubia y salimos corriendo de la casa. Vence hizo una llamada anónima al 112 advirtiendo de un incendio y nos largamos lo más lejos de allí.

Anduvimos casi un kilómetro hasta sentarnos en la terraza de un restaurante a la vista de todo el mundo para evitar sorpresas. Vence tenía la nariz con un par de algodones y se había puesto una tirita en la ceja. Nubia seguía interiorizando lo sucedido: estuvo a punto de morir por los supuestos asesinos imaginarios de su tía. Yo, por primera vez, había salido indemne de un altercado. Me había prometido no volver a actuar más como una víctima. Cualquier persona que me quisiera intimidar, se las vería conmigo.

—Vence, Carlota, ahora os tengo que agradecer yo que me hayáis salvado la vida. No sé qué os ha dado con mi familia, pero sois nuestros ángeles de la guarda.

—Hemos hecho lo que hubiera hecho cualquier persona en nuestra situación —se excusó Vence.

—Habéis sido muy valientes. Ese hombre tocó a la puerta y abrí sin temor creyendo que erais vosotros. Me golpeó, me ató con una cuerda y me tapó la boca con cinta. Me iba a quemar viva…

—Parece ser que tu tía sí que tenía razón en algo: ese hombre iba a matarte —le confesé.

—Lo he averiguado antes de que me asaltara ese loco.

—¿Por eso nos has llamado?

—Sí. Recordé que mi tía escondía en un cajón todos los tiques de compras y de los lugares a los que iba. Lo solía hacer para que los pocos familiares que la visitaban, como yo, creyéramos lo que había

estado haciendo en nuestra ausencia. Vamos, para que no la tomásemos por loca si nos contaba algo. Y antes de que ese hombre me atacase, encontré este tique —sacó de su bolsillo un pequeño papel y lo puso encima de la mesa—. El día que Diana la socorrió, estuvo con alguien unas horas antes en un bar.

—¿Cómo sabes que estuvo con alguien? —preguntó Vence mientras cogía el papel para observarlo.

—Fíjate: cuatro cervezas, dos con alcohol, dos sin alcohol y dos menús para comer. ¿Tú crees que mi tía se hubiera pedido dos menús estando sola? Además, ella no bebía alcohol. Alguien quedó de verdad con ella y yo no la creí. Me siento una imbécil por ello. Todos estos años contándonos que la querían matar y nosotros ignorándola. ¿Sería todo verdad?

—Hay que descubrir con quién quedó tu tía.

18

Nubia se quedó absorta en sus pensamientos, como si estuviera buscándole sentido a lo ocurrido. En un giro rápido de cabeza, nos miró a los dos.

—Antes de descubrir con quién quedó mi tía, quiero que me digáis quiénes sois vosotros. Si mi tía estaba en lo cierto y quería contarle todo a Diana, no creo que confiase en una simple desconocida. Tampoco creo que pasara por casualidad por la puerta. Parecéis buenas personas, pero si no me decís la verdad, tendré que acudir a la policía.

Permitir a Nubia que acudiese a la policía estropearía el poco factor sorpresa que nos quedaba y la pondríamos aún más en riesgo. Le tuvimos que decir la verdad. Por lo que me comentó Vence, no podíamos confiar en la policía. Ya habían intentado matar a Henky cuando fue a comisaría a preguntar por el caso. A Nubia le contamos la historia de Vence, Solid y su hermana, sin que supiera que yo era la hija de Avid Le Fried. Gracias a eso, nos confirmó que su tía fue inhabilitada a los pocos meses de rechazar el proyecto de investigación a mi padre. Se quitaron de en medio a Bruna sin ningún tipo de escrúpulos. Nubia no tardó demasiado en entender que la policía como la universidad estaban jugando sucio; por lo que depositó en nosotros la suficiente confianza como para que investigáramos juntos. Quería hacer honor a la memoria de su tía: encontrar alguna prueba que probase que fue asesinada o que sirviera para desarticular a esa banda de secuestradores.

Esa noche dormimos todos en un hostal apartado de Santa Fe. La casa de Bruna había ardido en su totalidad, con la noticia de que

los bomberos pudieron apagar el fuego sin lamentar víctimas. Eso significó que el asaltante pudo escapar antes de que llegasen los bomberos. Por tanto, no podíamos ir a ninguna casa relacionada con nosotros.

Nuestra idea fue quedarnos esa noche en el hostal y acudir al día siguiente al restaurante donde Bruna quedó con su posible asesino.

—Creo que Bruna conocía bien a su invitado. No te pides dos rondas de cervezas y un menú con un desconocido —dijo Vence mientras nos acercábamos al restaurante.

—Lo vamos a descubrir en cuanto lleguemos. Conozco a los dueños del restaurante. Mi tía lo solía frecuentar mucho y estoy segura que nos ayudarán en todo lo que le pidamos.

La pantalla de mi móvil mostraba casi la una en punto: los camareros de aquel lugar estaban preparando el primer turno del almuerzo. Entramos los tres a la barra y Nubia saludó efusivamente a los encargados.

—¿Qué tal, Jorge? Me alegro de verte… Mi tía está bien, le daré recuerdos de tu parte.

Nubia nos miró de reojo y nos aclaró que no tenía ganas de explicar que su tía había muerto.

—Muy bien, Nubia. ¿Vas a querer una mesa para ti y tus amigos?

—Claro que sí, prepárame una para tres cuando puedas. Mientras, dile al jefe que quiero hablar con él, es importante.

—Uff, temas serios ¿o qué? Voy a decirle a Rafa que venga.

—Gracias, Jorge.

Nos sentamos en la mesa que nos preparó aquel camarero, pedimos algo de beber y el jefe apareció y abrazó sin pensarlo a Nubia.

—Cariño, ¿cómo estáis? Llevo sin verte una eternidad. A tu tía la suelo ver con más frecuencia.

—Qué alegría verte, Rafa. Estamos bien, mi tía un poco pachucha, ya sabes cómo es… Veníamos a comer y, aparte, quería pedirte un favor; precisamente por ella.

—Lo que tú quieras, querida. ¿Qué te hace falta?

—Hace unas semanas mi tía estuvo aquí comiendo. ¿Podrías enseñarme en las grabaciones si tuvo compañía? Ya sabes que a veces me cuenta miles de historias y bueno…

—No tienes que darme más explicaciones, Nubia. Acompáñame y te enseño las cámaras. Ahora que lo dices, creo que estuvo en una mesa de aquí dentro comiendo con alguien. Dame un segundo que conecte el ordenador y lo podrás ver con tus propios ojos.

Aquel hombre nos dejó entrar a una antesala entre la barra y la parte trasera del restaurante. Había un ordenador apagado. Movió el ratón y el escritorio por defecto de Windows se reflejó en la pantalla. Abrió el programa de las videocámaras y se fue al día que Bruna estuvo aquí.

—Vais a tener suerte de que todavía no hayamos borrado las grabaciones. Casi siempre hacemos limpieza en cuestión de mes y medio. Mirad, ya estamos en el día, vamos a buscar la hora exacta. Creo que fue sobre las dos de la tarde… Aquí la tenéis; está sentada sola.

—Pasa la grabación unos minutos, por favor —dijo Nubia.

—Dame un segundo…

—¡Para, para! —dijimos todos al unísono.

Un hombre apareció y se sentó en frente de ella.

—Voy a volver la grabación unos segundos para atrás. Vamos a verle la cara a ese hombre.

El dueño del restaurante paró la grabación justo cuando se estaban saludando Bruna y su acompañante. Nubia y yo no lo reconocimos. Vence retrocedió unos pasos y apoyó su mano en una mesa que teníamos al lado. Una bandeja vacía cayó al suelo y sonó como al golpear un platillo de percusión. Todos le miramos. Su cara se puso pálida: parecía que hubiera visto al mismo demonio. Salió corriendo de aquella habitación y lo perdí de vista. Fui tras él. Miré a ambos lados de la calle, pero no lo vi. De repente escuché su voz. Estaba sentado en el suelo con las manos puestas en la cara.

—No puede ser. No puede ser. No puede ser.

—Vence, ¿qué te pasa? ¿Quién es?

—Es imposible. No puede ser. Tiene que ser un error.

Había entrado en un bucle de negación. Para ayudarle, agarré su cara con mis manos y le incité a levantarse del suelo. Una vez incorporado, volví a insistirle.

—Por favor, Vence. Dime qué está pasando.

—Van a volverme loco, Carlota. Van a conseguirlo.

Estaba como en estado de shock.

—¡Vence! ¡Necesitamos saber quién es esa persona!

—El sombrero, su cara… Estaba allí con nosotros, me choqué con él.

—¿Qué dices?

—Solid y yo quedamos en la plaza Nikola Tesla con Henky, pero este no apareció. Había un hombre con sombrero sentado en un banco mientras yo esperaba al lado. Me choqué con él. Estuvimos hablando y en cuanto vio aparecer a Solid, se fue.

—¿Te hizo algo?

—No, pero estaba allí. Henky luego nos comentó que no se pudo presentar en la plaza por miedo a que hubiese alguien vigilando, y no le faltó razón. Ese cabrón del sombrero es el asesino de Bruna y se ha estado riendo de nosotros todo este tiempo. A saber si se ha cargado a Henky y a todos los demás.

Vence no paraba de negar con la cabeza. Me cogió las dos manos y me miró con cierta ansiedad.

—Carlota, tu padre tiene que conocerlo. Tiene que saber quién es. Llámalo y pregúntale por él.

—Mi padre no me coge el teléfono, lo tiene apagado.

—Carlota, hay que dar con ese hombre. Por primera vez tenemos una prueba tangible y no se nos puede escapar.

—Mmm… Tengo una idea —dije—. Comamos algo y vayamos al piso de mi padre. Es posible que podamos encontrar algo allí. Recuerdo que cuando estuve rebuscando en su despacho, encontré muchos nombres de personas y contactos relacionados con él y La Gran Unidad.

Nubia agradeció con efusividad todo lo que el dueño del bar había hecho por nosotros. Sin su buen hacer, no hubiéramos obtenido esa pista tan importante. Dudo que la tía de Nubia, Bruna

de la Rosa, comiera por casualidad en ese restaurante. A pesar de que la quisieron inhabilitar mentalmente, aún mantenía dosis de sensatez: el tique guardado, sentarse a comer en una mesa con visión directa a las cámaras… La batalla de la sutileza se la había ganado a su asesino. Lástima que no viviera para contarlo.

19

Terminamos de comer y nos dispusimos a ir al piso de mi padre. Una vez allí, nos organizamos como un comando en busca de un objetivo.

—Vence, Nubia, una habitación para cada uno. Yo buscaré en su despacho. Vence, al cuarto de invitados, y tú, Nubia, al salón. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Vamos a ello.

—Descubramos a ese cabrón —enfatizó Vence.

Una hora después, yo estaba enfrascada en la inmensa cantidad de documentación que tenía mi padre allí: otra vez revolviendo aquella maraña de archivadores. Necesitábamos una foto, una imagen, algo que revelase la identidad del hombre del sombrero.

—¿Algo interesante, Vence? —pregunté en voz alta para que me oyera.

—Papeles y más papeles…

—¿Y tú, Nubia?

Sin respuesta. Elevé la voz por si no me había escuchado.

—¡¿Nubia?!

Nada de nada. Alcé la vista, me preocupé. Con los antecedentes sufridos, cogí el abrecartas que tenía mi padre en su despacho para defenderme. Atravesé la puerta sin hacer ruido y me encontré a Vence igual que yo, saliendo del otro cuarto en modo sigilo. En cuanto atravesamos el pasillo vimos que en el salón no había nadie. La puerta del piso seguía cerrada y Nubia no estaba. Vence señaló al sofá: un cuadro bocabajo reposaba sobre este. Le dimos la vuelta.

No era un cuadro; era una orla de universidad. Profesores y alumnos de la licenciatura en Biología aparecían en él.

—¡La hostia! —exclamó Vence.

—Tiene que ser una broma.

—Tu padre, el del sombrero y Nubia en una misma foto.

—¿Cómo se llama el del sombrero?

—Se llama Luis Tarrant Altascopas, profesor de Nubia junto a tu padre.

—¿Por qué no nos ha contado Nubia que fue alumna de mi padre y del asesino de su tía? ¿Ha huido al descubrir la orla?

—¿Y si ha venido alguien a secuestrarla mientras buscábamos en las habitaciones?

—Vence, no está la puerta forzada y tampoco hemos escuchado gritos… Ha huido.

—Joder, pero ¿por qué?

—No lo sé. De hecho, tampoco se ha esforzado en esconder la orla para que no la encontrásemos. Es como si le hubiese dado igual.

—¿Y si no es quien dice ser? ¿Y si es de La Gran Unidad?

—Vence, por favor. Un poco de sensatez. Mira la orla: Nubia de la Rosa. A la fuerza es sobrina, hermana o prima hermana de Bruna. Ya sería casualidad que coincidieran en apellido sin ser de la familia. Es improbable que pertenezca a La Gran Unidad si la han querido quemar viva y no nos ha hecho nada malo.

—Llámala.

—Ya lo he hecho, pero no me lo coge.

—A ver, vamos a ordenar los sucesos —dijo Vence con la intención de sacar algo coherente—. Confiando en la inocencia de Nubia, esta no sabía nada de La Gran Unidad hasta que se lo contamos. Tras el incendio, descubre que lo que decía su tía era verdad y no era producto de un trastorno. Luego reconoce al posible asesino de su tía en las grabaciones del restaurante y prefiere no revelarnos su identidad. Decide huir cuando la dejamos sola en el salón al encontrar su propia orla. ¿Por qué huye ahora y no antes?

—¿Un acto impulsivo? Me refiero —aclaré mis pensamientos—, Nubia no nos dice que conoce al asesino por miedo a que pensemos

mal de ella y en cuanto se fija en la orla, ve a mi padre, al asesino y a ella misma. Eso le provoca una reacción para actuar sin pensar en las consecuencias negativas.

—¿Consecuencias negativas? Pero entonces no ha huido, según tu suposición.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, si huyes, es porque vas a protegerte, y si te proteges, es porque sí has pensado en las consecuencias negativas. Nosotros no somos ninguna amenaza para ella, por tanto, me atrevería a decir que no ha huido, sino que ha ido a cometer algún acto apresurado; como…

—¡Ir en busca del asesino de su tía! —gritamos a la vez.

—Mierda, mierda, mierda, mierda… Se la van a cargar. Hay que hacer algo, Carlota.

—¿Sabes dónde vive el asesino, Luis Tarrant?

—¿Cómo voy a saberlo, Carlota? ¿Soy adivino? Pero no creo que haya ido a su casa. Son las siete de la tarde, si ese hombre es profesor debe de estar en la universidad. Nubia ha ido allí casi al cien por cien.

—Y yo qué voy a saber, Vence. Tú eres de esta ciudad. ¿A cuánto está la universidad de aquí?

—Quince o veinte minutos andando.

—Coge lo primero que veas para defendernos y vámonos.

20

La opción de esperar a un autobús no entraba en nuestros planes. Diez euros fueron suficientes para que un taxi nos dejara en la misma puerta de la Facultad de Ciencias, donde se estudiaba y se impartía el Grado en Biología y a su vez, estaba el Departamento de Biología Molecular. Si estábamos en lo cierto, Nubia estaría ya en la facultad dispuesta a cometer un disparate y revelar todas nuestras intenciones a La Gran Unidad, sin olvidar el riesgo de muerte que conllevaba ir sola hasta allí.

Vence y yo nos plantamos en la misma entrada. Ahora éramos nosotros el blanco fácil: cualquier integrante de La Gran Unidad nos podría reconocer y dar la alarma para que uno de sus matones viniese a por nosotros. Durante el trayecto hasta allí, revisamos la localización exacta del despacho de ese profesor en la facultad y su horario de clase. En teoría, debía de estar dando en ese momento clase en el aula C. Ese fue nuestro primer destino.

Llegamos allí camuflándonos entre los universitarios que iban y venían por el hall de la facultad. La voz de un profesor atravesaba las dos puertas de metal cerradas que nos separaban del aula. De manera discreta, asomé mi cabeza por el vidrio redondo de una de las puertas: una treintena de alumnos y un profesor impartiendo clase; era él, Luis Tarrant Altascopas, el supuesto asesino de Bruna, pero no era nuestra intención molestarlo, de hecho, era todo lo contrario. Evitar que la presencia tanto de Nubia como la nuestra se notase. Ya nos ocuparíamos de ese cabrón llegado el momento.

Como no había rastro de la sobrina de Bruna, fuimos al segundo destino: el despacho de Luis Tarrant. Era el otro lugar donde podría estar esperando Nubia para sorprender al asesino de su tía.

En la otra punta de la facultad se encontraban los despachos de los profesores. Un péndulo enorme caía desde el techo hasta casi rozar el suelo, quedando suspendido y oscilando bajo la acción gravitatoria. Alrededor de este, unas escaleras repartidas de forma simétrica daban acceso a las diferentes plantas. Tomamos rumbo a la primera, despacho G, Luis Tarrant Altascopas, ponía en un identificador dorado con letras negras clavado a unos centímetros de la puerta de su despacho. Tocamos para comprobar que no hubiese nadie dentro y no obtuvimos respuesta. La puerta estaba entornada, así que nos aseguramos de que nadie nos mirase y entramos. Sin duda, era un señor despacho, parecía un mini departamento: un recibidor y dos habitaciones.

Ni rastro de Nubia. Esa mujer había desaparecido como por arte de magia. Inspeccionamos por encima las dos habitaciones en busca de algo interesante pero no encontramos nada fuera de lo normal: exámenes sin corregir, libros científicos en varias estanterías, un par de ordenadores apagados, un olor a café procedente de un vaso en la papelera… y la misma voz que estaba impartiendo clase hace quince minutos en el aula C, sonaba cada vez más cerca de nosotros. Eso último nos puso en estado de alerta, de hecho, nos aseguraba que la puerta por donde habíamos entrado ya no era la salida para escapar de allí. Estábamos bien jodidos.

El asesino de Bruna nos iba a encontrar hurgando en su despacho. Vence y yo pensamos lo mismo. Había que esconderse en la habitación donde no olía a café, la que olía a folios rancios. Por el simple hecho de que Luis Tarrant utilizaría la del café para sus quehaceres y no entraría en la otra. Nos colocamos cuerpo con cuerpo detrás de la puerta, entre el hueco que dejaba una estantería y la esquina de la habitación. Apagamos la luz y nos olvidamos de respirar por un momento. Mi oreja pegaba en el esternón de Vence: el corazón parecía que iba a salir de su tórax. El hombre entró después de terminar una conversación fuera de su despacho con otra persona. Silbaba mientras se oía como colocaba varias cosas en su escritorio y hacía crujir los mecanismos de su silla con ruedas; se había sentado.

—Hijo de puta —susurró Vence.

—Calla, por favor —y le tapé la boca.

Estuvo como veinte minutos tecleando en su ordenador. A nosotros ya nos faltaba el aire por la posición en la que nos encontrábamos. Ni tragamos saliva para evitar hacer ruido. Con su puño pareció dar un golpe en la mesa, algo le molestó. El sonido de desbloqueo de su supuesto móvil sonó en forma de «check» y carraspeó varias veces para arreglarse la garganta.

—Me está tocando demasiado los huevos el puto francés. ¿Qué mosca le ha picado estas últimas semanas? —dijo el profesor.

—...(voz indescifrable procedente de su móvil).

—No esperaba que le diera ese ataque de arrepentimiento y empatía por los demás, después de todo lo que ha hecho. Sigo sin creerme lo de que se haya escapado el chico. Él ha tenido algo que ver.

—...(otra vez, voz indescifrable procedente de su móvil).

—Me da igual lo que piense ahora, hay que seguir con el proyecto; no puede abandonar. Esto no es un puto plato de lentejas. Te aseguro que, si Avid sigue en esa actitud, va a ir directo al cementerio. No sabe lo que le espera.

Francés, Avid, cementerio… estaba hablando de mi padre. Vence me notó alterada y se antepuso a mis movimientos: me apretó contra él lo suficiente para que no generase el mínimo ruido. Cerró los ojos y puso su frente contra mi cabeza. Yo quería salir y partirle la cara a ese hijo de la gran puta. Luis Tarrant terminó la llamada y en varios gestos apresurados, apagó el ordenador, las luces y se fue de su despacho. Esta vez cerró la puerta de fuera con llave; nos dejó encerrados sin saberlo.

21

Esperamos unos minutos por si volvía y respiramos aliviados. Estar más de media hora en esa postura me resultó como si hubieran estado presionándome el pecho contra el suelo. No teníamos cómo salir de allí y quedarnos encerrados hasta que volviese al día siguiente no era la mejor alternativa. Echar la puerta abajo tampoco parecía viable.

—Mi padre está arrepentido —le dije a Vence.

—Parece que surtieron efecto las conversaciones que tuviste con él.

—Se ha arrepentido, Vence —volví a repetir—, y ahora por mi culpa está en peligro. Soy una idiota, lo he expuesto.

—No me da ninguna pena, Carlota. Que cada uno asuma su penitencia —dijo mientras rebuscaba por ambos despachos.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscar algo con lo que poder salir de aquí. Ayúdame a registrar todas estas estanterías, tenemos que encontrar a Nubia antes de que la maten.

No entendí bien qué pretendía buscar en aquellas habitaciones para salir, pero no se me ocurrió un mejor plan. Con suerte, unas ganzúas o unas llaves de repuesto aparecerían para abrir la puerta.

Solo encontramos libros, bolígrafos, rotuladores, grapadoras… Nada nos servía para escapar. En un momento de lucidez se me ocurrió algo. Frente al escritorio del despacho de Luis Tarrant visualicé lo que hasta ese momento no habíamos tenido en cuenta. Una ventana: primer piso, jardín, una tubería bajante de lluvia; como mucho un esguince en algún tobillo al caer.

—Vence, ven. Ya sé cómo vamos a salir de aquí.

Vence pareció no enterarse. Dejé de pensar unos segundos para escuchar con atención a mi alrededor. Otra vez esa sensación premonitoria de que algo malo iba a suceder cuando alguien no me respondía.

—¿Vence? ¿Estás ahí?

Nada, sin respuesta. Salí de la habitación y me metí en la otra. Vence estaba sentado con la cara descompuesta mirando varios folios que había cogido de la estantería. Abstraído en sus pensamientos, se los quité de las manos para ver de qué se trataba. Le di la vuelta para leerlos y entendí al instante su reacción:

«Proyecto de investigación Avid Le Fried: obtención de *adrenocromo* para retrasar el envejecimiento y regenerar órganos del cuerpo humano».

—¿Esta es la documentación de la investigación que rechazó Bruna a mi padre?

—La misma. Sigue leyendo, por favor.

—«El *adrenocromo* se genera a partir de la oxidación de la adrenalina, un proceso que se produce en exclusiva cuando el cuerpo humano se somete a situaciones extremas de estrés y terror. Una vez generado el compuesto, se debe obtener mediante extracción sanguínea antes de que el propio cuerpo lo elimine. Las pruebas realizadas en animales de laboratorio han sido esperanzadoras: el sesenta y cinco por ciento de animales con enfermedades terminales han mejorado su condición mortal». No me lo puedo creer.

Vence se quitó las manos de la cara y se echó para adelante.

—Me estropearon el Trabajo Fin de Grado los mismos que han estado experimentando con animales y con personas… hay que joderse. ¿Qué tipo de negocio están haciendo? ¿Torturan a los estudiantes para extraerles un compuesto que luego venden? Esto es demasiado gore.

—Ese compuesto casi salva a mi madre...

—Hay que ir a la policía, Carlota. Asumamos el riesgo, a la mierda si nos hacen algo. Contemos la verdad, esto es inimaginable. No podemos seguir escondiéndonos mientras esos enfermos siguen con ese negocio. No puedo aguantar más.

—Mi padre —pensé en voz alta.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Él ha permitido todo esto.

—Una persona desesperada hace cosas desesperadas. La cuestión es que, con esta información, tu declaración y las grabaciones de tu padre, podríamos presentarlas en alguna comisaría que no estuviese compinchada con La Gran Unidad. Alguien bueno habrá, digo yo.

—Estoy confusa, Vence. Leer eso me ha revuelto el pensamiento. Si lo hacemos, acusaríamos a mi padre sin duda. Ahora que quiere hacer las cosas bien…

—Pss… Me hace gracia que digas eso, Carlota. ¿Crees que la vida es justa? ¿Crees que ese hombre, por muy padre tuyo que sea, merece piedad? Están secuestrando personas sin su consentimiento para torturarlos y vender su sangre al mejor postor. Tu propio padre te lo ha hecho a ti. Piensa en Solid y en como lo dejaron. Parecía un vegetal cuando lo recogisteis.

—Mi padre me secuestró por mi madre. Yo lo hubiera hecho de igual manera si me lo hubiera pedido. Pero sí, tienes razón. No tengo duda de que tenemos que hacer algo. Por los universitarios muertos, por Diana, Solid, Nubia… Por ti, por mí…

—Vamos a buscar a Nubia y acabemos de una vez con esto. ¿Cómo habías dicho que podíamos salir de aquí?

22

Bajamos por aquella ventana deslizándonos, no sin dificultad, por la tubería bajante de metal que estaba a unos setenta centímetros de nuestra posición. No nos quedaban muchas alternativas para encontrar a Nubia: la casa de Luis Tarrant, su propia casa o quizá el laboratorio de la ciudad. Con el tiempo en contra, había que elegir un destino cuanto antes. Vence encontró en el despacho de ese tío la dirección personal de su casa, así que nos decantamos por ir hasta allí.

Era un barrio residencial con calles paralelas de igual longitud y modelo de casas; todo muy agradable a la vista. Casas separadas unas con otras mediante setos y jardines bien cuidados. Por los modelos de coches que íbamos viendo al llegar, aquí solo vivían personas adineradas: un barrio de clase alta.

Llegamos de noche a la dirección número catorce. Nos escondimos entre los setos y el jardín de esa casa. Las luces estaban encendidas, vigilamos durante unos minutos sin perdernos movimiento alguno. Una mujer de mediana edad apareció en el interior de la casa: estaba poniendo varios platos en la mesa de lo que a simple vista parecía el comedor. Dos niñas pequeñas corrieron a sentarse. La mujer apareció de nuevo con una fuente de comida y sirvió a las niñas. Una vez hecho eso, vino hacía las ventanas, miró afuera y corrió las cortinas; perdimos la visual. No parecía la casa de un supuesto asesino, de hecho, no había rastro ni de Luis Tarrant ni de Nubia.

Mi móvil sonó, lo silencié muy apresurada y observé la llamada entrante: Nubia. Se lo enseñé a Vence. Otra vez ese mal presentimiento se apoderó de mí.

—¿Nubia? ¿Dónde estás?

—Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes? Por favor, dime dónde estás.

—Yo… no quería. No era justo lo que le hizo a mi tía.

—¿Qué ha pasado, Nubia? Necesitamos saber dónde estás.

—Yo… lo siento.

—¡¿Dónde estás?!

—Estoy… Está muerto, Carlota.

—¿Quién está muerto?

–El asesino. Lo he matado.

—¡¿Cómo?! Nubia, si quieres que te ayudemos, dime dónde estás.

—Estoy en casa de mi tía.

—Vamos para allá, no te muevas de allí.

El caos se había apoderado de todos nosotros, hasta del propio asesino. El control cedió a la fatalidad. Pensé en aquellas niñas cenando con su madre, esperando a que su padre llegase de trabajar, por muy asesino que fuese. Unas niñas que habían sido privadas de su padre, de repente, sin explicaciones. Un padre recordado con buena estima por ellas, como yo hacía con el mío. Mil veces me había repetido ya Vence que mi padre era igual de asesino que todos los integrantes de La Gran Unidad, pero mil veces sentía amor y afecto por él. No lo podía evitar. Dudo que decidiese con claridad si tuviese a mi padre delante. Perdimos por completo el control de la situación: habíamos provocado que una persona inocente como Nubia matase a alguien.

23

Avid Le Fried. Enero de 2021.

Los ojos de aquella madre estaban vidriosos, me miraba con la preocupación que una mujer sentía por el devenir de su hijo. Una lágrima cayó justo al lado de los documentos que estaba leyendo. El padre, en cambio, con dolor, pero sin mostrar emoción alguna, los rellenaba con la firma de su hijo. Nunca terminé por acostumbrarme a esa situación: padres desesperados, arruinados y con deudas, entregándonos a sus propios hijos para darles una vida mejor. Firmando unas cláusulas que nos exentaba de cualquier responsabilidad sobre ellos, a cambio de dinero y una vida universitaria para los afectados.

La madre de aquel chico lloró desconsolada. Su marido la arropaba con los brazos. Seguían sin creerse lo que estaban a punto de hacer.

—Señora, no se preocupe por su hijo. Yo estaré a cargo de él y no le pasará nada malo. Va a pasar un año erasmus en España como otro cualquiera, ni se dará cuenta. Estudiará, saldrá de fiesta, hará amigos y… —no quise recordarle que iba a ser drogado y torturado hasta el límite—, …me ocuparé de que su estancia sea la mejor posible. Firmados los documentos, sus deudas quedarán resueltas y su hijo disfrutará de una vida universitaria a coste cero.

—Por favor, doctor, prométame que nuestro hijo volverá a casa.

Esa frase me volvió a llevar al pasado. Los padres de Markus Ozola, el chico letón, me pidieron lo mismo antes de que llegase a España. Yo les prometí que su hijo iba a estar bien durante todo el año académico, que volvería a casa con ellos. Pero no nos dimos cuenta de que padecía una afección cardíaca y los del laboratorio le

aplicaron un tratamiento del dolor por encima de su resistencia. No lo soportó y murió.

Ojalá haber tenido los dispositivos en ese momento, hubiéramos evitado su muerte. Sus padres no me lo perdonaron y encima tuvieron que mantener silencio por miedo a ser encarcelados tras haber firmado las dichosas cláusulas. Ellos mismos cavaron la tumba de su propio hijo, aconsejados por personas como yo. Nos habíamos convertido en una entidad criminal a cambio de salvar otras vidas «más importantes» que pagasen la millonada que valía el tratamiento. Personas con enfermedades graves, como la de mi mujer, que disponían del suficiente dinero para que nos resultase rentable hacer todo lo que hacíamos.

Esta vez no le prometí a esa madre que su hijo fuera a volver a casa.

—Haré todo lo posible para que su hijo esté bien, ¿de acuerdo?

—Que no sufra, por favor.

—No se preocupe.

—Mi pobre Piero —dijo la madre entre lamentos.

Salí de aquel lugar como si esos padres me hubiesen permitido entrar y robarles todo lo que tenían. La imagen era desoladora, dos personas bajo el marco de la puerta viendo como les arrebataba la poca dignidad que tenían. Todo por el maldito dinero. Y yo, marioneta del poder, aprovechándome de su situación desfavorable en representación de La Gran Unidad. Con un documento recién firmado por ellos en mi maletín que los mantenía a raya.

Ya de vuelta a casa, de Italia a España, Luis Tarrant aparecía en la llamada entrante de mi móvil.

—Dime, Luis.

—Tenemos un pequeño problema, Avid.

—¿Qué ocurre?

—El médico forense que hizo el informe del muerto ha estado en comisaría haciendo preguntas sobre nosotros.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Se ha dado cuenta de que falsificamos su primer informe y ha ido a denunciarlo.

—Joder, eso es un grave problema.

—Hay que matarlo, Avid. No podemos permitir que siga yendo por los sitios aireando eso.

—No hablemos más por aquí. Voy a coger el avión a España y me pones al día. Ahora te veo.

En ese momento no pensamos que esa persona iba a ser nuestra piedra angular para entorpecer nuestros objetivos.

24

Después de escuchar la confesión de Nubia por teléfono, fuimos de inmediato a la casa de su tía. La puerta estaba abierta, entramos y encontramos a Nubia allí: sentada en un sillón con la ropa manchada de sangre. Había una pistola Glock encima de la mesa. Nubia estaba llorando.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho. Yo no quería.

Se abrazó a mí.

—Cuéntanos qué ha pasado, por favor.

—Lo reconocí en el restaurante, cuando vimos las cámaras. No os lo dije, tenía miedo de que pensaseis mal de mí. Era él, me dio clase. En la casa de tu padre encontré la orla; los dos sonriendo, tu padre y él. Sentí impotencia y rabia… Me entraron ganas de darle un susto. De hacerle pasar por todo lo que pudo haberle hecho a mi tía.

—¿Desde cuándo tienes una pistola?

—Es la pistola del hombre que vino a prender fuego a la casa de mi tía. Cuando Vence entró sorprendiéndole, se abalanzó sobre él y la pistola se deslizó hasta debajo de uno de los muebles. Pensé que como ninguno de vosotros la había nombrado, desconocíais su existencia. En cuanto tuve la oportunidad de escapar del piso de tu padre, fui de nuevo a la casa de mi tía y la pistola seguía allí, medio quemada; pero funcional. No había disparado en mi vida, pero estaba convencida de que quería asustar a ese maldito asesino. La cogí y fui en su búsqueda. Lo esperé a la salida de la facultad y lo seguí durante un buen rato. No me atreví a hacerlo. Las calles se iluminaban ya con la luz tenue de las farolas y yo discutía con mi propia mente para decidir el mejor momento.

Por tardar tanto, él se dio cuenta de que alguien le seguía. Al doblar una de las calles se encaró conmigo y me sujetó por el cuello

sin saber que iba armada. Apretó tan fuerte que los latidos de mi corazón iban a estallar en mi cabeza. Mi visión se iba oscureciendo. Escuché su voz:

«Así que tú eres la sobrina de la loca de Bruna, ¿no? ¿Quieres acabar como tu tía? ¿Muerta por querer entrometerse donde no le llaman?».

No hubo más palabras, se las negué. Saqué la pistola con las pocas fuerzas que me quedaban y mientras me miraba con sus ojos ensartados en sangre, le disparé a la altura del pecho. Sus manos dejaron de apretarme, cayó fulminado al suelo. Con el miedo de no saber si alguien escuchó el disparo, hui de allí lo más rápido posible. Vine a casa y os llamé; el resto ya lo sabéis.

—Joder, Nubia —dije—. ¿Por qué no confiaste en nosotros? ¿Qué ha pasado con el cuerpo?

—Lo siento, Carlota. Me he dejado llevar por mis sentimientos. No soy la persona que ha apretado el gatillo… o eso creo. Me quería estrangular allí mismo, pero asumiré las consecuencias. El cuerpo se ha quedado en mitad de la acera, es cuestión de tiempo que alguien lo encuentre. Le he tomado varias fotos para que lo veáis.

Nubia volteó su móvil y nos enseñó las fotos. En ellas, el hombre que aparecía en las grabaciones del bar estaba muerto en mitad del suelo con un tiro debajo del pecho.

—No voy a negar que me alegra saber que te has cargado a esa puta escoria —admitió Vence—, pero se nos ha jodido el plan.

—¿Por qué?

—Queríamos ir a la policía para denunciar el caso con todo tipo de pruebas. La cosa es que, si ahora vamos a comisaría para presentar pruebas y a hablar sobre ello, habiendo un homicidio de por medio, iremos directamente al calabozo y nos acusarán de asesinato. La policía solo sabrá una parte de la verdad: profesor universitario muerto. Y La puta Gran Unidad seguirá campando a sus anchas.

—Tienes que esconderte, Nubia. Por lo menos hasta que consigamos solucionar esto —le recomendé.

—¿A dónde voy? Tengo trabajo aquí. No tiraré todo por la borda. No es justo, no soy una asesina.

—Vente con nosotros. Pídete unos días libres o una excedencia en el trabajo. Si nos vamos y te quedas, aquí vas a ser carne de cañón.

—Dios mío, ¿en qué me he metido? —lamentó Nubia.

25

La policía ya habría encontrado el cuerpo sin vida de Luis Tarrant y una investigación para dar con su asesino estaría en marcha. Nubia llevaba consigo el arma que introdujo la bala en el pecho de aquel hombre, así que salvo algún testigo o cámara que identificara con certeza la identidad de Nubia, era complicado que la reconociesen: era de noche, sería improbable que diesen con ella. La única forma de que la policía la culpara tendría que ser mediante la relación entre Luis Tarrant con Bruna de la Rosa, pero eso no le interesaría ni siquiera a la propia organización criminal, por lo tanto, era un tiempo extra que jugaba a favor de Nubia.

No lo era tanto para nosotros: horas antes de su fallecimiento habíamos estado merodeando por la facultad y su departamento; imposible que algún curioso no nos hubiese captado y que, tras leer la noticia de la muerte de Luis Tarrant, atase cabos y le pareciera sospechoso que dos personas estuvieran cerca de su despacho. Por tanto, teníamos dos flancos abiertos: unos asesinos con ganas de hacernos desaparecer del mapa y la sospecha de que la policía diese con nosotros.

Sin poder presentarnos ante la policía por miedo a que nos encarcelasen tras la muerte de Luis Tarrant, la intención de acudir a la fiesta erasmus cobraba ahora más sentido que nunca. Salvar la vida de una persona y tener un nuevo testigo del caso; a pesar de no saber si la organización mantendría todos sus planes tras la muerte de uno de los suyos. Mi padre podría aclararnos la situación, pero desde la última vez que hablamos, su teléfono permanecía apagado.

Llegamos a mi piso sanos y salvos, con Nubia inclusive. Era martes, doce de julio. Diana, Solid y Silvia: fue una alegría verlos de nuevo, como encontrar un avituallamiento en una carrera de fondo. Diana ya movía el culo con soltura, Solid, aún débil, se podía valer por sí mismo y Silvia como siempre. Saber que los tuyos estaban bien era una sensación inexplicable. Nos habíamos convertido en una mini familia fruto de las circunstancias.

Fuimos al grano: presentamos a Nubia y contamos al completo todo lo que nos había sucedido. Hubo todo tipo de reacciones: miedo, alegría, rabia, esperanza. Solid abrazó a Nubia, como forma de retribución por haber matado a aquel hombre. Tenía motivos suficientes para estar agradecido con Nubia por todo lo que Luis Tarrant les había hecho pasar. Los mismos motivos que yo tuve cuando me salvó Solid del acoso de mi antiguo novio. Lo entendía a la perfección, salvando las distancias. Pero estaba diferente, Solid ya no era la persona que conocí junto a Vence, ahora era una persona de pocas palabras, pensativa. Recordé la conversación con mi padre:

«Hija, te drogué porque es un tratamiento muy duro, con muchas secuelas».

No había más que verlo, no quiso contarnos por lo que había pasado, lo habían convertido en alguien pensativo; nada parecido al Solid que yo conocí: sin miedo y atrevido.

Algo a lo que estaba dándole vueltas, terminó por resolvérmelo Vence: la muerte de Luis Tarrant. Mientras todos descansaban en el piso, se metió en mi cuarto para hablarme sobre ello.

—Carlota, he estado pensando en algo desde que llegamos aquí.

—¿De qué se trata?

—No me cuadra lo de Luis Tarrant. No hay ninguna noticia relacionada con su muerte por internet. He mirado en la web de los periódicos regionales, nacionales y de la universidad; no hay nada. En Twitter nadie se ha hecho eco del incidente. ¿No te parece raro?

—Tiene que estar muerto —aseguré—. Las fotos que nos enseñó Nubia no dejan duda: un charco de sangre y una herida de bala a la altura del corazón. ¿Quién sobrevive a eso?

—Yo también creo que está muerto.

—¿Entonces?

—Una muerte siempre es tema de interés para cualquier periódico. Nadie en una redacción obviaría ese suceso, a no ser que aún no lo sepan.

—Eso quiere decir que la policía no ha filtrado nada. Es raro.

—A estas alturas ya me espero cualquier cosa, Carlota. ¿Tú podrías hablar de nuevo con Piero para saber más sobre la celebración? Puede que hayan cambiado los planes en La Gran Unidad.

—Sí, claro. Ahora en un rato lo llamo y le saco cualquier detalle importante.

—Vale, pues quedamos en eso: habla con el italiano y yo hablaré con Solid para preparar el plan.

Después de la conversación que tuvimos, dejamos pasar varios días para hacer nuestras tareas respectivas. Yo hablé con Piero y conseguí sonsacarle más información. La fiesta iba a celebrarse el viernes de la semana siguiente, día veintinueve de julio. Sin cambios aparentes, a las diez de la noche en la discoteca Pae South. Por lo que me contó, asistirían unas doscientas personas de forma privada, pero cada alumno erasmus podría llevar un invitado. En el caso de Piero, no me esforcé demasiado para que me diera una invitación; según él, era su profesora de equitación favorita.

Vence y Solid indagaron sobre el fallecido: llamaron a la universidad haciéndose pasar por alumnos de uno de los grados donde Luis Tarrant impartía clase y el secretario les comentó que Luis se encontraba actualmente de baja. Suficiente para confirmar nuestras sospechas: por algún motivo estaban ocultando su muerte.

26

Luis Tarrant

Cada vez tenía menos ganas de dar clase a esos alumnos incompetentes que, con suerte, mantenían la concentración durante apenas veinte minutos. Miré el reloj y eran las ocho menos cinco. Di por finalizada la clase de esa tarde y subí a mi despacho. Un alumno me siguió hasta la misma entrada y me estuvo calentando la cabeza un buen rato. Hacerme la pelota no sería suficiente para que lo aprobase.

Una vez despachado, entré y solté las cosas en el escritorio. No recordé haber apagado las luces de las habitaciones, así que las encendí de nuevo. Aún olía a café en la habitación. Desde que avisaron del accidente andaba inquieto. Encendí el ordenador y busqué cualquier titular que hablase de ello, tenía que asegurarme de que no nos relacionaran con el incendio. Ese maldito bruto no hacía una bien. El mensaje era claro: prende fuego a la casa de Bruna antes de que su sobrina llegue, no podemos dejar pistas que nos vinculen. Pasé veinte minutos rebuscando por Google cualquier noticia, pero no informaron de nada extraño. Menos mal que huyó a tiempo. Mi móvil sonó.

—Dime —dije con seriedad.

—Jefe, Avid no da señales de vida. Ha desaparecido.

—Me está tocando demasiado los huevos el puto francés. ¿Qué mosca le ha picado estas últimas semanas?

—En su casa no hay nadie y en los laboratorios tampoco está. Los del laboratorio me han comentado que estaba un poco sensible por los voluntarios.

—No esperaba que le diera ese ataque de arrepentimiento y empatía por los demás, después de todo lo que ha hecho. Y otra

cosa —le advertí—, sigo sin creer lo de que se ha escapado el imbécil ese del laboratorio. Él ha tenido algo que ver.

—Sea lo que sea, hay que andar con mucho cuidado. Puede que haga algo contra nosotros.

—Me da igual lo que piense ahora, hay que seguir con el proyecto: la extracción y la fiesta siguen en pie. Esto no es un puto plato de lentejas. Te aseguro que, si Avid sigue en esa actitud, va a ir directo al cementerio. Lo voy a encontrar, no sabe lo que le espera.

Cargo de conciencia a estas alturas. Como si no hubiese sido partícipe de las dos muertes y todos los demás secuestros.

Terminé la llamada y di un golpe en la mesa de rabia. Me quedé razonando unos segundos. Había que encontrar a Avid con urgencia, nos podría meter en un buen lío. Apagué el ordenador, cerré el despacho con llave y me fui para casa. Pasaría a ver a mis hijas e iría al laboratorio para terminar de organizar la extracción de Piero.

El camino a casa se me estaba haciendo extraño. Un ruido continuo me iba acompañando, como si alguien estuviera persiguiéndome. En una de las calles yendo a mi destino noté la presencia de una persona. Estaba oscuro, pero la luz de las farolas me permitió ver la silueta de una mujer en el espejo retrovisor de uno de los coches aparcados. No sabía si me estaba siguiendo; esperé unos minutos. La mujer seguía tras mis pasos. Si giraba una esquina, ella lo hacía. Di la vuelta a una manzana para confirmarlo y allí permanecía, a una distancia prudente pero siempre sin perderme de vista. No tenía el cuerpo para que una alumna me estuviera acosando. Al doblar la siguiente esquina me di la vuelta y pude verla sin que se diera cuenta.

La reconocí al instante: era la sobrina de Bruna de la Rosa. Antes de hacer nada, abrí WhatsApp y avisé de lo que me estaba ocurriendo. Mi rabia aumentó sin límites. Esa mujer iba a probar nuestros nuevos métodos de tortura sin sedación. Apuré la última recta y al girar de nuevo, la agarré con mis dos manos del cuello y la levanté del suelo. Pensaba matarla allí mismo.

—Así que tú eres la sobrina de la loca de Bruna, ¿no? ¿Quieres acabar como tu tía? ¿Muerta por querer entrometerse donde no le

llaman?

Un estruendo estalló entre nosotros. Miré hacia abajo y aquella mujer estaba sosteniendo una pistola. Su ropa estaba manchada de sangre. De repente, me quedé sin fuerzas en las manos y la solté. Caí al suelo, cerré los ojos.

27

Todos éramos ya conocidos por La Gran Unidad. Presentarse en aquella fiesta sin llamar la atención iba a ser una ardua tarea. Modifiqué mi apariencia para parecer una extranjera proveniente de Europa del este: cambié el color negro de mi pelo a un rubio dorado, me corté media melena, compré lentillas de color azul y varios productos de maquillaje para ocultar los rasgos característicos de mi cara. Hicimos una prueba en el piso y los chicos ni me reconocieron.

La discoteca Pae South estaba localizada en la orilla de la playa, con varias salas: exterior con piscina, primera y segunda planta interior y una intermedia con techo de un material parecido al esparto; en resumen, era un lugar amplio.

El plan era no perder de vista a Piero y esperar a que alguien lo drogase para llevarlo al hospital lo antes posible. Asumí lo que nunca hubiera imaginado: culpar a mi padre. Era la única manera de hacer daño a La Gran Unidad. Sabíamos que, con el informe toxicológico de Piero, la confesión de que mi padre me había drogado y el documento que robamos del despacho de Luis Tarrant, la policía abriría una investigación sin dudar de los hechos. Aparte, queríamos evitar que torturasen de nuevo a una persona. El problema era que yo iba a ser la única de nosotros allí dentro para actuar; y había que planificar la evacuación del italiano pensando que no sería capaz de enfrentarme a hombres que me superasen en físico. Estadística en mano, tenía todas las de perder. Cualquier matón de La Gran Unidad que merodease por allí a la espera de que Piero perdiese la consciencia, acabaría conmigo de un simple empujón. Sin contar que habíamos asumido el factor sorpresa, es decir, dábamos por seguro que La Gran Unidad desconocía nuestras intenciones de colarnos allí.

De lo contrario, nos liquidarían antes de que nos diésemos cuenta. Era como perder un partido antes de jugarlo, pero no permitiríamos que siguieran saliéndose con la suya; después de todo, esto ya había sobrepasado lo personal. Habían convertido nuestras vidas mediocres en una excepcional obra dramática.

La tarde del viernes veintinueve todos andábamos nerviosos por el piso; yo la que más, pues me tocaba ser la protagonista de la incursión. Vence y Solid vinieron a hablar conmigo.

—Estoy un poco asustada, chicos.

—Carlota —dijo Vence agarrándome de la mano—, vamos a estar contigo en todo momento, vamos a controlar cada salida de la discoteca y vamos a protegerte. Ten claro que nuestra prioridad no es Piero, sino tú. Si notamos algo raro, irrumpiremos a la fuerza. ¿Has repasado lo que tienes que hacer?

Yo le agarré la otra mano en agradecimiento y le sonreí.

—Tengo que hacer un barrido visual del número y la localización de guardaespaldas que haya por el recinto, mantenerme alejada de Piero sin perderlo de vista y esperar a que se sienta mal.

—Bien, ese momento será el más crítico porque estarán vigilándolo y se lo querrán llevar. No lo van a drogar con jeringuilla porque eso dejaría marca, así que lo drogarán de forma oral como hicieron con Solid. Es probable que alguien le dé una copa adulterada, incluso los propios camareros. La droga tardará entre veinte y cuarenta minutos en llegar a su riego sanguíneo. Te darás cuenta porque parecerá como si estuviera en un estado profundo de embriaguez. Dificultad para caminar, hablar y falta de coherencia en lo que diga. Al ser sumisión química, hará todo lo que le ordenen.

—Vale, hasta ahí todo bien. ¿Qué hago cuando me dé cuenta de ello? No me lo habéis dicho todavía.

—No te lo hemos dicho porque no sabíamos qué hacer, pero ahora sí.

—¿Y?

—En cuanto notes los primeros síntomas, te vas a acercar a él y lo vas a besar.

—¿¡Cómo!?

—Necesitamos que lo beses, lo agarres de la mano y os vayáis a la playa como si fuerais a enrollaros. La Gran Unidad no se lo va a llevar hasta que estén seguros de que esté inconsciente al completo, para evitar que luego tenga recuerdos de que fue secuestrado. Así que tendrás ese intervalo de tiempo para llevártelo.

—Un momento, ¿queréis que lleve a Piero a la playa, donde no habrá nadie con el riesgo de que me acorralen siete gorilas trajeados? Sin testigos… No sé si lo habéis meditado con suficiencia.

—Si consigues sacarlo a la playa, del resto nos ocuparemos nosotros. Estaremos allí preparados con otra persona.

—¿A quién habéis llamado para que os ayude?

—Al mismo que asustó a tu antiguo novio —se atrevió por fin a decir algo Solid.

—¿Otro matón?

—Parecido —confirmó Vence—. Un periodista que conoció Solid al llegar aquí, con muchas ganas de dar exclusivas.

—¿Así que esa fue la manera en la que asustaste a Timeo?

—Más o menos; primero le robé cierta información comprometida de su móvil y el periodista se ocupó de amenazarlo. Fue mano de santo.

—Espero que vuestro plan salga bien. Dependo en exclusiva de vosotros.

28

Henky

No podía dejar a los chicos solos en esa fiesta. Tampoco quería que supieran mi verdadera identidad hasta que estuviésemos seguros. Sin duda, temía hacerlo. Había estado en contacto con Solid desde que lo sacaron de ese zulo inmundo. Esos depravados se excedieron con él. Lo notaba diferente, con la mirada perdida, pero tenía que dejarle tiempo para que se recuperase. Me llamó por última vez antes de esa fiesta.

—¿Cómo estás, Solid?

—Estoy bien, ya mejor. No hay nada que me supere, ya lo sabes.

—Me alegro que así sea. ¿Qué vamos a hacer?

—Te voy a presentar como a un periodista. Si conseguimos sacar a ese chico de la fiesta, protege a Carlota y a Piero hasta que los tengamos.

—¿Y si la cosa se tuerce antes?

—No aparezcas, huye. Necesitamos a alguien vivo para continuar en esto. Si nos cogen a todos, se acabó.

—Lo sé. Una última cosa: ¿crees que si me hago pasar por un supuesto periodista con una cámara, intimidará a un grupo de serbios despiadados si se presenta la ocasión? ¿No te parece demasiado optimista?

—Confía en mí, Henky. No hay mayor miedo para una organización clandestina que la revelación de sus actos.

—Te veo muy seguro, Solid.

—Va hombre, no tengas miedo.

29

Eran las doce menos cuarto cuando llegamos al aparcamiento de la Pae South. Entre los coches aparcados asomaban universitarios erasmus haciendo botellón para coger «tono» antes de entrar. Silvia se había quedado en casa por si nos pasaba algo a los demás. Vence, Solid, Diana, Nubia y yo íbamos en el coche. Ellos debían permanecer escondidos mientras yo ejecutaba el plan.

Me despedí de todos. Vence se bajó a mi lado y me besó como si no hubiera un mañana; eso me animó. «Estaré a tu lado», fueron sus últimas palabras. Yo le abracé para estrujar el resto de energía que necesitaba para adentrarme allí sola. Nos acariciamos y le di la espalda para dirigirme a la entrada. Piero estaba esperándome en la cola, a lo lejos, bien vestido y con una sonrisa de oreja a oreja en cuanto me reconoció. Al principio le costó saber que era yo.

—¡Guau! ¡Estás increíble, Carlota! Pareces otra chica, pero igual de espectacular. Me encanta el pelo rubio y tus ojos azules.

—Para ya, hombre. ¡Me vas a sonrojar! Tú también estás muy guapo, Piero. Vas muy elegante. ¿Cómo estás?

—¡Buah! Estoy súper contento. ¿Quieres que entremos ya?

—Claro, vamos a divertirnos. ¿Preparado? —divertirse no iba a ser la descripción más idónea.

—¡Vamos a bailar, a beber y a cantar!

Tres porteros en la entrada nos detuvieron como un rompeolas. Piero enseñó su invitación, lo reconocieron y tras revisarla, se quedaron mirándome con cara de pocos amigos. El chico italiano intercedió por mí en ese momento de tensión.

—Es mi persona invitada, amigos. No hay problema, viene conmigo.

Uno de los porteros miró a Piero de arriba abajo y comentó algo en un idioma irreconocible con los otros dos que yacían a su lado. Imaginé por su reacción que no esperaban que Piero viniese con invitada. Pasaron varios segundos hasta que por fin nos dejaron continuar. Mientras nos alejábamos de ellos, me di la vuelta para verlos de nuevo y seguían desafiándome con la mirada.

Superado el primer obstáculo, nos adentramos en la parte exterior de la discoteca. Estaba repleta de gente, había una piscina y no hacía tanto calor como en las salas interiores. La música estaba altísima y nos teníamos que hablar al oído. Para seguir con el plan, le dije a Piero que necesitaba ir al baño. Al parecer, no le importó demasiado pues ya estaba hablando con otro grupo de personas. Me alejé lo suficiente para que no me localizara, pero sin perderlo entre la multitud.

Tras un buen rato, revisé todo el recinto y les comenté a Vence y a Solid la situación: tres porteros en la entrada principal, otros dos en la salida de la playa y varios más repartidos por la discoteca. Hacía treinta minutos que Piero se había pedido la primera copa, sin efectos extraños en su conducta. El calor me provocó sed, así que decidí pedirme un refresco mientras esperaba el momento. Los minutos siguieron pasando hasta que fue a pedir su tercera copa. Piero se acercó a los camareros con un billete de veinte euros en la mano. No vi con claridad quién le estaba poniendo la copa porque un alemán borracho quiso ligar conmigo y me tapó la visión. Tardé en deshacerme de aquel chaval el tiempo suficiente para perder de vista a Piero. Hice la cuenta: cinco minutos desde que pidió la copa.

«Lo he perdido de vista. Voy a buscarlo», escribí por WhatsApp.

Miré por las salas interiores y no di con él; era complicado buscar a alguien entre la maraña de personas de aquel lugar. Otros cinco minutos más, en total diez, sin verlo.

La discoteca tenía un baño de hombres en cada esquina. Fui a cada uno y mientras pisaba charcos de orina, inspeccioné todos los retretes: tampoco estaba allí. Cinco minutos más de añadido, quince en total. Sudé con una velocidad pasmosa. Di vueltas, recorrí de

nuevo las diferentes salas, grité su nombre y miré en cada barra donde servían copas. Casi media hora desde la última vez que lo tuve controlado.Salí de nuevo a la sala exterior donde habíamos estado al principio. Aparté a la gente como si estuviera andando en mitad del mar hasta situarme en un pequeño escalón para ver por encima de todos.

Nunca me había pasado, pero me sentí asfixiada por la humedad de la playa. Me faltaba un poco el aire y mis pulsaciones estaban aceleradas. Clamé un suspiro de alivio al cielo cuando por fin reconocí su silueta en un punto lejano de mi campo visual. Piero estaba solo, apoyado en una protección metálica que rodeaba la piscina del recinto. Sin perder tiempo, me acerqué corriendo a él y lo inspeccioné: daba pequeños vaivenes con la cabeza, sus pupilas estaban dilatadas y no paraba de reír como si alguien le estuviera contando algún chiste. Recordé las indicaciones de Vence: «tienes que besarlo».

Hice de nuevo un barrido visual alrededor de nosotros para asegurarme de que no viniese nadie y lo besé. Él aceptó encantado. Nos pegamos el lote durante unos minutos. Me empezó a doler la cabeza por la tensión acumulada. Lo agarré de la mano y me dispuse a llevarlo a la playa. A mitad de camino mi móvil vibró dentro del bolso. Lo saqué y tenía un nuevo wasap de Vence:

«Tienes que sacarlo por la salida VIP, estamos esperando allí Solid y yo».

Con los nervios, no pensé demasiado en el mensaje y di la vuelta para llevar a Piero a la salida citada. Crucé toda la sala exterior, subimos por las escaleras que daban a la zona VIP y al llegar allí, choqué sin querer con alguien y le tiré la copa. En cuanto escuché los cristales romperse en el suelo me di cuenta que la zona VIP no tenía salida.

—Perdona, Carlota. Ha sido mi culpa. No te preocupes por la copa —dijo la persona con la que me había chocado.

El dolor de cabeza se me había acentuado. Mis manos estaban temblando y me di cuenta de que las tenía libres. Ya no estaba

agarrando a Piero. Miré aturdida a aquella persona.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Dónde está Piero? —alcancé a decir.

—Soy compañero de tu padre, Carlota. Lo siento, nos tenemos que ocupar de Piero.

No vi bien a aquella persona a pesar de tenerla tan cerca. Quise responderle, pero esta vez mis labios no se movieron. Era incapaz de articular una sola palabra. Todo me resultó confuso a mi alrededor. Ya no sabía con seguridad si estaba realmente en la discoteca o en otro lado. Mi mente había dejado de procesar con fiabilidad lo que percibía a mi alrededor. A mi entorno le faltaba viveza y dinamismo. Parecía como si estuviera atrapada en la intersección de dos dimensiones. Las luces y los flashes estaban adoptando la forma de cuchillas arrojadizas en dirección a mi cara y la música se había convertido en susurros de pequeños gnomos que aparecían a mis pies: estaba drogada.

Lo último que recuerdo con lucidez es que Vence me había dicho por WhatsApp que estaba con Solid. Al evocar dicho mensaje, el nombre de Vence se iluminó en el cielo y vi como uno de los gnomos lo tachaba y se reía. Entonces, comprendí una cosa: ese no era el plan. Pero ya no reaccioné: mi cuerpo había dejado de hacerme caso. Varios torrentes de fuego viajaron desde mi espalda hasta mi cerebro provocando que mi visión se oscureciera. Al instante, me desplomé en el suelo y perdí el conocimiento.

TERCERA PARTE

No tengas miedo

1

Discoteca Pae South, doce menos cuarto de la noche: besé a Carlota como si no fuéramos a vernos nunca más. Sus manos estaban heladas y la temperatura no había bajado de los veinticinco grados. Me quedé de pie apoyado en el coche mientras se iba alejando en dirección al chico italiano. Solid, Diana, Nubia y yo permanecimos en el aparcamiento a la espera de noticias.

Vimos desde la distancia como los porteros de la discoteca detenían a los dos para hacerles un mini interrogatorio. A los pocos minutos, uno de ellos los dejó pasar y perdimos el contacto visual. El plan comenzaba: solo teníamos que esperar a que Carlota llevase al italiano drogado a la playa para interceptarlo. Solid había quedado en el aparcamiento con su amigo del periódico, el mismo que se llevó por delante a Timeo, el antiguo novio de Carlota. Hasta una persona tan agresiva como él guardaba secretos que lo convertían en alguien débil a ojos de los demás.

Solid le había prometido al periodista que sacaríamos por la salida de la playa a un chico drogado con síntomas de sumisión química. A cambio de esa exclusiva, la idea era evitar que cualquier matón atacase a Carlota al verla salir con Piero. Con un periodista y una cámara en mano, los guardaespaldas de la discoteca tendrían que actuar de manera cordial, o por lo menos sin violencia. Pero ya habían pasado tres cuartos de hora y aún no había llegado. La voz de Solid interrumpió la espera, que se nos estaba haciendo eterna.

— Vence, mira lo que acaba de llegar —me señaló con la cabeza al lateral de la discoteca.

Las chicas, Diana y Nubia, se asomaron entre los reposacabezas de los asientos delanteros.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué está aparcando una ambulancia en la discoteca? —preguntó Diana.

—No lo sé —dije—, pero no me parece normal que haya una ambulancia a no ser que haya algún incidente. ¿Tendrá algo que ver con Piero?

—Esto no me huele bien —titubeó Solid, ¿te ha escrito Carlota?

—Hace un rato me dijo la localización de los porteros, pero no ha vuelto a escribirme.

El tiempo pasaba: una hora desde que llegamos y el periodista seguía sin venir, Carlota no volvió a decir nada y esa ambulancia seguía ahí parada con el conductor fuera, fumando en una penumbra a unos veinte metros de esta.

—Tengo que ir a mear —dijo Solid.

—¿Ahora? ¿No has podido mear antes de salir del piso?

—Si quieres me meo encima y os dejo aquí el olor.

—Está bien, pero no tardes, por lo que más quieras. Eres peor que un niño chico.

Solid abrió la puerta y se metió entre las malezas que separaban el aparcamiento de la playa. Nubia y Diana permanecieron en silencio, como si estuviesen presenciado un espectáculo con total atención. Una ráfaga blanca iluminó el interior del coche: Carlota me había escrito un nuevo wasap.

—Chicas, Carlota me acaba de escribir hace unos segundos que acaba de perder a Piero. No sabe dónde está ahora mismo.

—Joder —exclamó Diana.

—Si Piero ha desaparecido y Carlota sigue ahí dentro, va a correr peligro. Hay que sacarla de ahí. No voy a permitir que le pase nada malo.

—Tú solo no vas a poder, Vence. Espera a que venga mi hermano y vais los dos.

—¿¡Y dónde coño se ha metido ahora este tío!? Mira que le he dicho que no tardase. ¿Puedes ir a buscarlo, Diana?

—Ok, voy a buscarlo. No tardo.

Diana se fue y nos quedamos Nubia y yo, atentos a cualquier movimiento. Mi ansiedad no me dejó tener las piernas quietas.

Golpeaba con insistencia la parte baja del salpicadero con la rodilla. El ruido que producía llamó la atención de Nubia.

—Tranquilo, Vence.

Ese comentario no hizo más que ponerme más nervioso. Sintiéndome encerrado en aquel asiento, decidí poner pies en tierra y respirar un poco de aire. Al bajarme, me vino un «dèjá vu»: viajé de repente al momento en el que fui a comprar un limonero hace unas semanas y noté algo puntiagudo incrustándose en mi espalda. Alguien en aquel aparcamiento estaba apuntándome con un arma por detrás.

—No te muevas —dijo alguien con acento extranjero.

—Vale, vale. No quiero problemas —dije levantando las manos.

—Si haces algo raro, mato a las dos chicas.

«¿Dos chicas?», pensé.

Giré la cabeza y vi como un monstruo de metro noventa tenía agarrada a Diana y me estaba apuntando con su otro brazo libre. Nubia permanecía en el asiento.

—Dame tu móvil y desbloquéalo —me ordenó.

—¿Qué móvil?

El matón golpeó el costado de Diana con la culata de la pistola y está gimió de dolor.

—¿Estás sordo? ¿Quieres que la mate?

—Tranquilo. Ya me ha quedado claro. Aquí tienes mi móvil desbloqueado —y se lo di.

Aquel hombre estuvo hurgando en mi móvil durante unos minutos mientras no dejaba de apuntarme.

En ese mismo momento, algo centró toda mi atención al frente: el conductor de la ambulancia que estaba fumando en una esquina se encontraba en el suelo y medio desnudo. El matón que me apuntaba no se había dado cuenta de ello. Una persona le había quitado el uniforme y estaba arrastrándolo a un lugar más recóndito. Mi sorpresa fue tal cuando observé que la persona que lo había noqueado no era ni más ni menos que Solid. Con toda la tranquilidad del mundo, se terminó por ajustar su nuevo uniforme y se subió al volante de la ambulancia. Otra vez había vuelto a hacer de las suyas.

«¿Qué está haciendo? Hay que salvar a Carlota, no jugar a ser conductor de ambulancia», razoné.

El gorila de casi dos metros nos retuvo en el aparcamiento a la espera de que le llegasen nuevas órdenes. Apenas había gente en ese lugar para pedir ayuda, todo el mundo estaba dentro emborrachándose al ritmo de la música.

Al cabo de unos minutos, se escucharon movimientos cerca de la salida de la playa; no se veía bien. Un grupo de personas iba tirando de un chico en aparente estado de embriaguez. Unos metros atrás, otro grupo llevaba a una nueva chica en igual condición. En cuanto se acercaron a la ambulancia y los vi mejor, mi cabeza se transformó en una explosión de conclusiones: el chico inconsciente era Piero, la chica era Carlota y Solid estaba esperando en la ambulancia. En ese momento entendí las intenciones de Solid. El muy cabrón se había anticipado a todos. Lo había vuelto a hacer, otra de sus obsesivas escapadas. No me pareció ni mal, a estas alturas. Ya sentiría yo miedo por él. Por primera vez me atreví a rezar, miré al cielo y supliqué que no lo pillasen:

«Por favor, si hay alguien ahí arriba, Dios, algo, quien sea que esté ahí observándonos, que no lo pillen».

2

Nosotros seguíamos bajo arresto criminal y el grupo de personas terminó por meter a Carlota y a Piero en la ambulancia. Dos hombres los acompañaron al interior del vehículo para custodiarlos. Las puertas traseras se cerraron y uno de los allí presentes las golpeó como señal de que la ambulancia debía partir. Solid arrancó y salió del aparcamiento. Los hombres que no se habían subido a la ambulancia se dirigieron hacia nosotros.

—Andando —dijo uno de ellos.

—¿A dónde vamos? —le cuestioné.

—No más preguntas. Vamos a divertirnos ahora.

Ya no estábamos bajo la coacción de un solo hombre. Nos habíamos reunido con más matones. Parecían perros con hambre. Nos alejaron de la discoteca y nos metieron en la salida de una rambla que desembocaba en la playa, donde no nos veía nadie. Uno de los presentes sacó un estuche con una jeringuilla y varios recipientes.

—¿Unas últimas palabras antes de que os mandemos al fondo del mar? No os preocupéis que vuestra amiga y el italiano no os echarán de menos.

—Vais a pagar por todo el daño que estáis haciendo, malditos hijos de puta —dijo Diana mientras escupía en la cara del que le estaba agarrando.

—Fíjate la niña —aquel matón la observaba de manera viciosa—, qué valiente es. Igual tenemos que hacerle un trabajito antes de que muera. ¿Qué os parece?

Aquellos depravados rieron durante un rato y empezaron a arrancarle la ropa a Diana de manera brusca. No creía lo que estaba

viendo, les importó poco que estuviéramos presenciando tal agresión.

En plena oscuridad, noté entre las siluetas de aquellos hombres como Diana se estaba quedando en ropa interior. La tiraron al suelo y uno se atrevió a sentarse encima, mientras se desabrochaba el pantalón. Las bragas de Diana se rajaron; ella soltó un gemido de llanto e impotencia. El grupo de aquellos malnacidos no paraba de reír. A mí me tenían sujeto sin poder defenderla y Diana solo recitaba un leve «por favor» entre quejidos. El resto de la manada aclamaba al hombre con el pantalón bajado. Se puso en posición y le dedicó unas últimas palabras a Diana.

—Esto te pasa por no portarte como una buena chica. Ahora tendrás tu merecido.

—Por favor, no me hagas esto —dijo Diana doblegada.

Nubia y yo cerramos los ojos con la intención de que nada de eso fuera real y al abrirlos de nuevo, despertáramos de un mal sueño.

Un ruido a zapatilla frotando la arena del suelo se notó a nuestro lado. Aquellos monstruos que estaban a punto de violar a Diana se giraron de forma brusca hacia el sonido.

—No vas a violar a nadie, puto gordo inútil —dijo una sombra.

—Grrrr… —gruñó el monstruo mientras apuntaba con el arma y se subía el pantalón.

—Yo que tú, no haría eso —amenazó la sombra.

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Eres otro amiguito valiente de estos? ¿Con quién te crees que estás hablando?

—¿Y tú, sabes con quién estás hablando?

Una sonrisa bajo la oscuridad dejó verse y apareció un hombre con una cámara.

—¿Quién eres y por qué estás grabando? —dijo el gorila incrédulo.

—Trabajo en la redacción del periódico *Spawn* y estás ahora mismo en directo en YouTube. ¿Deseas contar a nuestros espectadores por qué tienes a una chica desnuda en el suelo?

El monstruo se convirtió en un gato asustado y guardó el arma en la parte trasera de su pantalón. Los demás dejaron de

apuntarnos, de agarrarnos, en definitiva, cesaron sus esfuerzos por retenernos. El cabecilla metió la mano en el bolsillo, marcó un número en el teclado táctil de su móvil y esperó a que le cogieran una llamada. Dio un par de explicaciones en serbio y colgó.

—No os vais a salir con la vuestra, malditos niñatos. Vuestros amigos lo van a pasar bien esta noche.

—Me da la sensación que nos estás amenazando delante de una cámara. ¿Es eso cierto? —preguntó nuestro salvador.

La confianza de ese periodista terminó por apaciguarlo:

—No es ninguna amenaza, ha sido un malentendido.

Uno de ellos arrojó mi móvil al suelo y se esfumaron. Recogimos a Diana, la vestimos y nos abrazamos en círculo. El hombre que nos acababa de salvar esperó a que nos desahogásemos para ponernos al corriente de lo sucedido.

—Un placer conoceros. Menos mal que se han creído lo de que estaba en directo. Lo siento por lo sucedido. Me llamo Cheshire, pero podéis llamarme Che. Sintiéndolo mucho, temo deciros que no nos deberíamos entretener demasiado. Tenemos que ayudar a vuestro amigo Solid.

Por alguna razón, me resultaba familiar su forma de hablar.

—¡¿Por qué no has aparecido antes, maldito tardón?! —exclamó Diana, algo recuperada del trauma.

—En realidad, he llegado a tiempo —aclaró Che.

—Y te lo agradecemos, Che. Pero ¿qué pasa con Solid?

—Tu amigo Solid me dijo que permaneciera escondido en el aparcamiento hasta que me diese la señal.

—¿Qué señal?

—Le avisé cuando llegué aquí y vino a verme. Una vez reunidos, a Solid se le ocurrió un plan y me pidió que no me acercara a vosotros hasta que la ambulancia hubiese salido de aquí.

—Jodido cabrón, siempre igual. Han estado a punto de violarme… Se va a enterar cuando lo enganche.

—No me gustaría estropear este momento, pero reitero que ahora nos toca salvarlo a él.

—¿Cómo que salvarlo?

—Sí, va para el hospital con Piero, Carlota y dos escoltas armados. ¿Creéis que él solo será capaz de neutralizar a esos matones?

—Joder, vámonos ya de aquí —dije mientras me subía al coche.

3

Solid debió de hacer una ruta alternativa al hospital porque lo vimos llegar a los pocos minutos de aparcar nosotros. Che nos pidió que estuviésemos preparados para lo que podría suceder en cuanto esa ambulancia estacionase en la puerta de Urgencias.

Divisamos a Solid al volante y posicionó el vehículo a la misma altura de nuestro coche. Nos mandó callar con la mano, sin bajarse. Che enfocó con la cámara a las puertas traseras. Todos estábamos en posición, de pie, en silencio, esperando a que algo ocurriera. Las puertas se mantuvieron cerradas, el ambiente permaneció en calma. Nos miramos unos a otros con desconcierto. Solid se bajó con un apreciable enfado y aporreó las puertas.

—¡Eh, vosotros, los de dentro! Salid de ahí sin hacer nada raro.

Un nuevo silencio. Al rato se escuchó un «clic». Las puertas se abrieron: dos hombres sin demostrar agresividad se bajaron de inmediato.

—Os dejamos a los chicos si dejáis que nos vayamos.

Su comportamiento nos desconcertó. En el interior se encontraban Carlota y Piero inconscientes. Aceptamos la propuesta. Los sacamos de allí y los dos hombres se largaron en la misma ambulancia. Esperábamos una reacción, una trampa, algo que nos sorprendiera. No nos hicieron nada.

Cruzamos el pasillo de la entrada y explicamos a los médicos lo sucedido. Necesitábamos la prueba toxicológica tanto de Carlota como de Piero lo antes posible. Che tenía las grabaciones de como intentaron violar a Diana y del intento de secuestro. Ahora ya sí teníamos algo consistente con lo que empezar a atacar a La Gran Unidad: delito de secuestro y violación. Parte del objetivo de nuestro plan se había cumplido. A los afectados les hicieron un lavado de

estómago y les trataron con varios medicamentos para acelerar su mejoría. A Diana le tuvieron que dar un tranquilizante para que durmiera un poco.

En la habitación donde ya se encontraban los damnificados mantuve una nueva conversación con Solid.

—¿Cómo supiste lo de la ambulancia tan rápido?

—No lo sabía. Simple intuición.

—¿Fue suficiente una simple intuición para abalanzarte sobre ese conductor, noquearlo y ocupar su puesto?

Solid se encogió de hombros.

—Ya me conoces, así soy —hizo una pausa mientras observaba los latidos de Carlota en el monitor cardíaco—. ¿Sabes algo, Vence? Después de salir vivo del secuestro, de lo que me hicieron… —una nueva pausa de dolor—, nunca llegué a sentir miedo. Esos hijos de puta casi me matan por torturarme hasta la extenuación, pero el miedo nunca vino a verme. Esas horas, días o el tiempo que estuve allí encerrado, deseé sentir miedo para decir basta, pero mi mente no quiso hacerme caso. Así que en cuanto me recuperé gracias a vosotros, estuve meditando muchos días. Sin hablar, sin mostrar emociones, solo escuchando a mi cuerpo, a mi mente… Y lo entendí. Lo entendí todo. Ahora veo sentido a esas conversaciones de chico con aquel médico.

—¿Qué entendiste?

—Sé que mi falta de miedo terminará por matarme algún día, me lo habéis repetido toda la vida, pero mientras siga vivo, voy a actuar igual. No voy a aceptar que sea un defecto. Es lo que me hace útil e imprevisible. En cuanto vi la ambulancia supe que ninguno sería capaz de cometer la locura que hice. Te juro que no sabía si estaba en lo cierto. No tenía pruebas suficientes para creer que fuesen a transportar a Piero en ese vehículo, solo una mera intuición. Pero comentaros mi plan hubiera generado una discusión evitable con mi hermana y contigo.

—No te voy a recriminar nada de lo que has hecho desde que me presenté aquel día en tu tienda para que analizaras ese maldito tuit.

Solo puedo darte las gracias. Has sido la persona más importante de esta historia; una historia que podemos contar gracias a ti.

Solid y yo nos fundimos en un abrazo interrumpido por Che.

—Señores, antes de irme tengo que hablar con los dos en privado.

Los tres salimos al pasillo. Solid me soltó al oído una frase que no entendí al instante.

—Hablando de Henky…

Miré a Solid extrañado y este me devolvió una risa con audacia.

—¿Qué está pasando? —dije.

—Vence, te presento a Henky —confesó Solid.

—¿Cómo?

Volví a mirar a ambos sin entender nada.

—Mi nombre real es Cheshire, pero sí, soy Henky. Aquí me tienes.

Yo no cabía de asombro. Estaba enfadado y a la vez feliz por la noticia. Nos dimos un abrazo. Me agradeció el trabajo hecho.

—¿Todo este tiempo me lo habéis ocultado? ¿Desde cuándo lo sabías, Solid?

—Mejor que te lo explique Che.

—Volvieron a dar conmigo en Santa Fe y os seguí la pista. Intuí vuestros planes con Carlota. Presencié la paliza que le dieron, pero no pude hacer nada. No me fiaba. El día que se quedó Carlota con vosotros y le pediste a Solid que te ayudase con el maltratador de Carlota, lo paré por la calle y me explicó la situación. Conseguimos amenazar a Timeo, pero todo se complicó: Francia, vuestra desconfianza con Carlota, la desaparición de Solid…

—¿Y por qué no me contaste nada a mí? ¿Por qué has esperado hasta el último momento para ayudarnos?

—Vence, tenía miedo. Está comprobado que las torturas de La Gran Unidad hacen hablar a cualquiera menos a Solid. Si te hubieran raptado a ti también, hubiéramos caído todos como fichas de dominó. Si tú no sabías nada de mí, no podrían haberte sacado información alguna.

—Joder, tio. Le pegaron un tiro a Diana. Podrías al menos haber dado señales de vida.

—¿Con el padre de Carlota tan cerca? Ni de coña. Ha querido matarme desde el principio.

—Bueno, da igual. ¿Así que periodista en vez de médico forense? Eres como un camaleón. En el fondo me alegro de que sigas vivo y nos hayas ayudado. Un placer conocerte en persona. Perdona que no se note mi efusividad de conocerte, pero sigo interiorizando todo.

Le estreché la mano con contundencia.

—No te preocupes, pero aún me queda trabajo. Voy a hacer pública toda la información que tenemos. Así que os voy a dejar aquí y estamos en contacto mañana. La Gran Unidad no volverá a ser un problema para nadie.

—Vale. Muchas gracias, Che. Ha sido un orgullo conocerte —reconoció Solid—.

—Igualmente, Solid. ¡Eres un prodigio!

4

Piero descansaba en una habitación contigua a la nuestra junto a sus amigos de universidad. En la otra habitación del hospital solo quedábamos las dos chicas, Solid y yo. Ellos durmiendo y yo en vilo acariciando la mano de Carlota. Era probable que fuese la mejor persona que había conocido en toda mi vida y la tenía ahí en frente, sedada por haber luchado hasta el extremo por una buena causa. Poniendo en duda a su padre, a sus recuerdos, a nosotros, a su antiguo novio, a todos. Una luchadora, en resumen. Me sentía afortunado y no sé si podría decir feliz, por el simple hecho de estar rodeado de aquellas personas. Tenía unas ganas enormes de que despertase para decirle «te quiero» y besarla. Todo me parecía perfecto en ella, hasta la respiración artificial que le provocaba el oxígeno que llevaba puesto. Me quedé dormido pensando en ella.

El móvil no paraba de vibrar cuando me di cuenta que mi brazo derecho estaba dormido por completo. Abrí los ojos y estaba apoyando la cara en la cama de Carlota. Con el único brazo que me respondía, coloqué el móvil ante mis ojos y, a duras penas, vi la pantalla a través de las legañas. Eran las ocho de la mañana y tenía quince llamadas perdidas de Che. Le cogí la llamada número dieciséis.

—Dime —dije aún medio dormido.

—¿Dónde estás, Vence? ¿Seguís todos juntos? Solid no me coge el teléfono.

Levanté la cabeza para saber dónde estaba y vi a todos durmiendo en la sala del hospital.

—Estamos donde nos dejaste anoche. Todo bien, sin problemas.

—Tenéis que ver el titular de cualquier periódico digital. Es urgente.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Míralo.

—Espera un segundo.

Cogí el móvil y puse en Google uno de los periódicos digitales más leídos del país. Leí el titular. Al no esperarme la noticia, el móvil se me resbaló y cayó justo en mi nariz. Nunca mejor dicho, desperté de golpe.

—Acabo de verlo, Che. Dame un rato que hable con esta gente y ahora te llamo. Gracias por avisarme.

—De nada, ahora hablamos.

Con un solo brazo di golpes por toda la sala para que se fueran despertando. Entre gruñidos y quejas capté la atención de los tres. Nubia, Diana y Solid acataron mis deseos de que viesen los titulares de los periódicos. Solid se levantó de un salto, Diana se enzarzó con un cojín y Nubia abrió la ventana para coger aire.

«El cuerpo sin vida de Luis Tarrant, catedrático de universidad, ha aparecido con una herida de bala en el pecho en el piso en propiedad de Avid Le Fried, catedrático y compañero del ahora fallecido».

«Ambos catedráticos habrían mantenido una discusión anterior a la muerte de Luis Tarrant, desembocando en el fatal desenlace. Por lo que se conoce, Luis y Avid mantenían un grupo de investigación oculto a la universidad donde secuestraban personas de otros países para extraerles la sangre y venderla al mejor postor. Las pruebas presentadas a la policía han concluido que la discusión se ha producido por un desacuerdo entre ambas personas. Hasta ahora, no se conoce el paradero de Avid Le Fried, buscado por todos los cuerpos de policía. En dicho grupo de investigación clandestino ya se han contado las muertes de dos universitarios erasmus».

«El modus operandi de dichos catedráticos consistía en aprovecharse de sus respectivos puestos en las diferentes

universidades para tener acceso a los alumnos que viniesen de otros países, drogarlos y someterlos a diferentes torturas en una cadena de laboratorios. La universidad ya se ha puesto manos a la obra para erradicar este grupo criminal que ha estado campando a sus anchas en la sombra. Desde aquí, lamentamos el daño y las muertes producidas. Nuestro más sincero apoyo a las familias afectadas».

—Hijos de la gran puta —gritó Solid—. Por eso ayer nos dejaron escapar con tanta facilidad, ya me extrañaba. Asumieron perder a costa de echarle la culpa al padre de Carlota y a un muerto que, fíjate la casualidad, no puede hablar.

Me quedé reflexionando sobre todo lo que nos había pasado desde el momento en que recibí esa condenada carta de Henky. Comenté mis conclusiones en voz alta.

—No han esperado a que los denunciemos. Eran conscientes que tarde o temprano encontraríamos una debilidad en sus planes. Lo tenían planeado: cargarle los muertos a Avid Le Fried y a Luis Tarrant. Incluso perdiendo, han ganado.

—No puede ser —dijo Solid indignado—. ¿Me estás diciendo que lo único que hemos hecho es ayudarles a conseguir sus dispositivos y a centrar la mirada en otros culpables? Hay más personas a las que culpar. ¿Qué hay de la persona que habló por teléfono con Luis Tarrant horas antes de morir? ¿Y de todos los matones que nos han estado persiguiendo? ¿Y de los que me torturaron?

—Enemigo invisible —concluyó Nubia sin dejar de mirar por la ventana—. Por eso son tan dañinos, porque no tenemos la capacidad de definirlos, de reconocerlos.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Diana.

Solid golpeó la pared.

—¡Tenemos que…!

Lo interrumpí.

—Esto se acaba aquí, por ahora. Basta de planes.

Miré a todos los allí presentes, uno a uno. Obteniendo la aprobación de que debíamos parar con esto. La ilusión y felicidad de la noche se había convertido de repente en un chorro inaceptable de

realidad, pero estábamos vivos y, sobre todo, juntos. No iba a permitir volver a comprometernos.

Solid no quiso rendirse: me agarró por el brazo y me llevó al pasillo del hospital.

—Esto no puede quedar así, Vence. Por favor. Tenemos las pruebas, a Henky y a las víctimas. Algo se tiene que poder hacer.

—¿Crees que no lo he pensado bien, Solid? Solo tenemos pruebas para reafirmar la culpabilidad de Avid Le Fried y Luis Tarrant: la grabación de Luis reunido con Bruna de la Rosa y los testimonios de Piero y Carlota, que señalan de manera directa a Avid. Todo lo que tenemos apunta a ellos, cosa que ya saben los periódicos y la policía. Sin olvidar que Nubia ha matado a Luis Tarrant. Es mejor que dejemos las cosas como están. La Gran Unidad ha sido más inteligente que nosotros, en todo momento. Han ganado, pero hemos destapado su caso, hemos destapado la verdad. Creo que es lo más importante ahora.

—¿Y ya está? ¿Te conformas con eso? ¿Todo nuestro esfuerzo para culpar a solo dos responsables de esta masacre?

—Claro que no me conformo. De hecho, si te soy sincero, siempre he creído que esta historia iba a tener un final feliz donde los buenos ganábamos por completo a los malos. Quizá sea por ver tantas películas y series en televisión. Pero ¿qué quieres que te diga?

La vida no es justa.

Tres meses después

Decidí quedarme una temporada con Carlota en su piso. Aunque la policía ya estaba al tanto del caso y La Gran Unidad había cesado su actividad junto a la detención de algunos de sus responsables, aún nos costaba coger el sueño por miedo a que algo malo sucediera. Un wasap, una llamada, Avid Le Fried desaparecido; en conclusión, secuelas que nos costaban olvidar.

Llevaba ya casi tres meses viviendo con Carlota desde que salimos de aquel hospital. No había vuelto a ver a los chicos desde entonces, todos queríamos descansar un tiempo. Ella estaba a mi lado, acurrucada sobre mí mientras veíamos la televisión. Aprovechando al máximo esos momentos de tranquilidad que tanto habíamos deseado. Carlota estaba terminando su último curso universitario y yo aún no sabía lo que hacer con mi futuro profesional. No iba a volver a trabajar para nadie.

El timbre del piso resonó en nuestros oídos. Giré mi cabeza y me quedé mirando la puerta. Carlota alzó su cuerpo y se extrañó.

—¿Esperas a alguien? —le dije.

Ella, negándome con la cabeza, se levantó, me besó y fue directa a abrir la puerta. Un repartidor de mensajería urgente llevaba un paquete grande bajo el brazo. Sin escuchar lo que estaban diciendo, vi al fondo del pasillo como Carlota firmaba algo y le daba las gracias a aquel repartidor. Cerró la puerta y se vino de nuevo a mi lado. Soltó el paquete encima de la mesa, se sentó y nos quedamos ambos mirándolo.

—¿Qué es? ¿No lo vas a abrir? —pregunté con curiosidad.

—Deberías hacerlo tú, Vence. Está a tu nombre.

—¿Para mí? ¿Quién lo ha enviado?

Lo cogí y lo moví en el aire: varias cosas sueltas sonaron dentro. No pude con la intriga. Abrí la caja con un cuchillo y me quedé observando su interior. Carlota se asomó por encima de mi hombro. Fruncí las cejas al reconocer lo que había dentro.

—¿Son mis dispositivos?

No me salieron más palabras. Los saqué del paquete y unos documentos aparecieron justo debajo. Era la información que demostraba que yo era el dueño legal de la patente. Mi trabajo no recompensado, mi exclusiva para ganar un par de millones de euros. Allí estaba, por arte de magia, en mis manos.

—¿Por qué? —le pregunté a Carlota—. ¿Por qué ahora? ¿Ha sido tu padre?

—No lo sé, Vence. Venía sin remitente.

DIEZ MINUTOS ANTES

El timbre de la puerta sonó y levanté la cabeza. Vence me preguntó si esperaba alguna visita y le dije que no. Lo besé y me levanté corriendo para ver quién era. Por la mirilla vi un polo con el logo de una empresa de mensajería; abrí la puerta. Un hombre con un paquete y un sobre bajo el brazo se presentó ante mí.

—Buenos días. Un paquete para Duke Vencedor y un sobre para Carlota Le Fried.

—Sí, somos nosotros.

—¿Es usted Carlota Le Fried?

—Sí, soy yo.

—Solo puedo entregar el sobre a Carlota Le Fried, ¿me enseña su DNI?

Miré extrañada al repartidor, saqué el DNI y se lo enseñé. ¿A qué venía tanta seguridad?

—Perfecto, Carlota. Aquí tiene. Necesito que me eche dos firmas —dijo señalando varios recuadros en un documento.

—Vale.

Mientras el repartidor terminaba de gestionar la entrega, revisé el sobre. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando leí el remitente.

«Tienes que ayudarme. Fdo. Henky».

Me quedé ensimismada en mis pensamientos.

—Pues está todo correcto. Muchas gracias. Que tenga un buen día —dijo el repartidor sacándome de ese proceso mental.

—Eh… Usted también, que pase un buen día. Gracias.

Sin darme la vuelta, metí la carta por dentro de mi camiseta y cerré la puerta. Puse la caja encima de la mesa y le dije a Vence que

el repartidor había traído eso para él. Su cara fue un poema cuando la abrió. Más sorpresa me llevé yo al descubrir que en el interior de la caja estaban los dispositivos de Vence, junto a la documentación que reconocía su autoría para la patente.

Eso no hizo más que alimentar mi curiosidad por saber lo que ponía en la carta, pero no quería que Vence lo supiera. Algo me decía que no debía hacerlo. Me ausenté unos minutos excusándome con ir al baño. Eché el pestillo y subí la tapa del váter para simular una larga parada allí. Respiré hondo, abrí la carta y la leí:

«Informe forense del Instituto de Medicina Legal, solicitado por Autoridad Judicial. Objeto del informe: reconstrucción de los hechos y dictamen de la causa de la muerte de Avid Le Fried. Preámbulo: el cadáver es encontrado en el interior de una fábrica atado por las extremidades, bocarriba y con un trapo dentro de la boca. Examen: excrementos en ropa interior, heridas abdominales producidas por descargas eléctricas y edema pulmonar. El sujeto presenta un mensaje en la piel del pecho, escrito con algún tipo de herramienta para rasgar. Conclusiones: la causa de la muerte del sujeto es paro cardiorrespiratorio. Todo indica, según pruebas realizadas, que ha sido torturado hasta la muerte».

Tuve que parar. Me limpié un par de lágrimas que habían caído hasta mi barbilla. Las sequé con la manga de mi sudadera y terminé de leer aquella pesadilla.

«El mensaje grabado en la piel de la víctima dice lo siguiente: NO TENGAS MIEDO».

Henky finalizaba aquella carta con una revelación:

«Los dispositivos estaban escondidos en la casa de tu padre. Te escribo a ti porque no sé cómo se lo va a tomar Vence. No creo que piense con claridad y también porque te lo debo. Debías saber lo que ha pasado con tu padre. Hay una persona que está dando caza al resto de los integrantes de La Gran Unidad. Lee atentamente lo

que te escribo: La Gran Unidad está huyendo de alguien. Sin contar a tu padre, las dos personas acusadas que iban a entrar a la cárcel han sido asesinadas de la misma manera, sin piedad. Esos mensajes en el pecho y la forma en la que han muerto; todos torturados... Es un sello personal muy identificable.

Carlota, conocemos al asesino. No va a parar. Es probable que esté intentando satisfacer sus necesidades emocionales con esos crímenes, pero no sé dónde está. Su enfermedad, la tortura por la que pasó, La Gran Unidad: no hay mente que lo soporte. Si se confirman mis sospechas, hemos creado un psicópata, Carlota. Hay que dar con él».

El mundo se me paralizó. Me puse una mano en la boca y pensé en Solid. Me quedé varios minutos abstraída. Tiré de la cisterna y volví de nuevo al sofá junto a Vence, que seguía jugueteando con sus dispositivos.

—Por fin sale la millonaria del baño.

—El millonario vas a ser tú, no te equivoques —repliqué sin que se notase lo que había presenciado.

—Esta patente lleva tu nombre, el de Solid, el de Diana y el de Nubia. Sin vosotros no hubiera sido posible. Apostaría el valor de la misma a que ha sido tu padre el que nos ha enviado el paquete. Estoy seguro.

Ignoré su comentario y fui al grano.

—Por cierto, ahora que lo mencionas, ¿dónde está Solid?

—La última vez que hablé con él me dijo que iba a tomarse unos meses sabáticos. Estará en alguna playa tomando el sol.

«No tengas miedo», repetí en mi cabeza.

NOTA DEL AUTOR

Querido lector, espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo al escribirla. Si has llegado hasta aquí, creo que te mereces saber cuál fue mi fuente de inspiración.

Pero antes de contártelo, te agradecería una reseña de LA VIDA NO ES JUSTA en Amazon, bajo tu critero. Puedes pinchar en el link anterior o escanear el siguiente código QR:



Aunque no lo parezca, estarás contribuyendo positivamente a que continúe escribiendo durante muchos años. Tengo muchas historias que compartir contigo.

¡Ayúdame a lograrlo!

Como recompensa, si me envias un correo electrónico confirmando que me has hecho una reseña, te responderé con información inédita de lo que va a pasar con la historia y los personajes. ¡No vas a imaginarlo!

Correo: nicodepaula@outlook.es

Y ya que lo prometido es deuda, hay una pequeña parte de lo ocurrido que surgió a partir de una experiencia real.

Para ponerte en contexto, tengo que explicarte que durante un año estuve trabajando en un proyecto de investigación en la universidad, que luego se convirtió en mi Trabajo Fin de Grado.

Por motivos que hoy sigo desconociendo, el tribunal encargado de evaluarme, infravaloró mi trabajo y obtuve una de las peores notas de ese año; incluso uno de los integrantes de ese tribunal cuestionó la ética de la investigación, culpándome a mí en ese momento. Algo bastante incoherente, pues ese proyecto me lo propuso la propia universidad.

Después de todo esto, pedí ayuda a muchas personas de la universidad y lo único que recibí fue un comentario que hoy sigo recordando:

«No te consumas en lo que ha ocurrido, sigue adelante, la vida a veces no es justa».

Ese fue el momento más importante para que este libro exista hoy. Una frase convertida en una historia.

Con esto, no quiero dar a entender que guardo algún rencor a la universidad. De hecho, estoy muy agradecido por todo lo que viví y aprendí durante esos años académicos. Hay más profesores buenos que malos. Simplemente, fue una situación que me decepcionó.

Tampoco hubiera sido posible conocer a muchas personas que hoy tengo en buen recuerdo. En especial, a una que conocí por «casualidad».

Y para que no haya duda, me reafirmo: la universidad es de las mejores experiencias que puedes tener como persona. Es el primer contacto a una libertad que hasta esa edad no tienes.

Aclarado esto, creo que ya es el turno de los personajes, ¿no? Te contaré algo sobre ellos.

Vence y Solid personifican dos personalidades que todos tenemos: nuestra parte más racional y lógica, representada por Vence; se enfrenta en el otro extremo a nuestra versión más visceral

e intuitiva, Solid, con el apoyo de esa patología rara que realmente existe.

Durante toda la historia hay una continua lucha entre la lógica y el corazón, entre lo planificado y la intuición. Al final, solo un equilibrio entre ambas puede dar buenos resultados. Vence acude al rescate de Solid, al mismo tiempo que Solid se sacrifica por Vence. Nunca olvides equilibrar la lógica y el corazón en tu vida, dándole igual relevancia.

Pero vayamos a lo importante, si estás pensando que esto no puede quedar así, reconozco que llevas toda la razón. Por ello, me complace anunciarte que la segunda parte de este libro verá la luz más pronto que tarde; incluso es posible que ya esté publicada cuando estés leyendo esto, quién sabe.

Algunos personajes regresarán, mientras que nuevas caras se unirán para complementar una historia independiente aún más oscura, como podrás haber intuido por el final. Aunque no des nada por sentado, ya que lo más obvio a veces no es lo correcto.

Dicho esto, solo me queda agradecer la confianza que has puesto como lector en mí. Saber que te he entretenido con lo que escribo es de un valor incalculable. No dudes en hacérmelo saber. ¡Me harás muy feliz!

¿Nos vemos en el siguiente?

Instagram: nicodepaula_
Web: nicolasdepaula.com

De ti dependo, en exclusiva.

AGRADECIMIENTOS

Sin la ayuda desinteresada de buenos amigos como Migue Sánchez y Arturo Navas, además de Isa Blasco, este libro no hubiera visto la luz. Sus valiosos puntos de vista me ayudaron a enriquecer la trama y a hacerla más atractiva.

No puedo pasar por alto el apoyo de mis primos Luis y Migue Maldonado, quienes acogieron la historia con entusiasmo y me compartieron sus opiniones. Tampoco puedo olvidar a mi madre, quien se leyó el libro en tres días.

A todos los que me han apoyado en este viaje, desde un simple «me gusta» en Instagram hasta los que actuaron como lectores beta, les agradezco profundamente. Vuestra contribución me motiva a dedicar mi tiempo a una de las cosas que más me apasiona: escribir historias.

Y eso, nunca lo olvidaré.



Nicolás de Paula nació en 1992 y vivió con su familia hasta los 7 años en Estepa (Sevilla). Vive actualmente en Granada y es especialista en un ámbito de la ingeniería informática llamado PLN (Procesamiento del lenguaje natural). Una tarea que permite a la tecnología comprender el lenguaje humano.

Hasta la fecha, ha escrito *La vida no es justa* y un conjunto de microrrelatos de autoayuda titulados *Microrrelatos: el círculo de la felicidad*.

En estos momentos, está escribiendo la segunda parte del libro *La vida no es justa*, llamada *Se lo merecen*, además de un libro

totalmente independiente basado en una sociedad alternativa.